

KATE ATKINSON

INCIDENTES



Lectulandia

En pleno festival de Edimburgo, algo perturba durante un instante la pacífica calma de una cola que espera entrar en un espectáculo. El topetazo de dos coches, en apariencia accidental, desemboca en una brutal agresión que toma un giro inesperado cuando uno de los ciudadanos de la cola interviene en defensa de la víctima. Será el desencadenante de una serie de acontecimientos enlazados entre sí, contenidos unos en otros como *matrioshkas* rusas, esas muñecas que siempre tienen otra más pequeña en su interior..., hasta llegar al núcleo de la intriga.

Una vez más, Kate Atkinson enfrenta a Jackson Brodie, exmilitar, expolicía y exdetective privado, a un caso en el que será algo más que observador. Y es que, en esta ocasión, Jackson se verá convertido nada menos que en sospechoso de asesinato.

Incisiva y trepidante, «Incidentes» pone al día el género negro con un magnífico estudio de caracteres y una trama que crece en intensidad e interés a medida que se acerca a la clave del desenlace.

Lectulandia

Kate Atkinson

Incidentes

Jackson Brodie - 2

ePub r1.0

Ablewhite 09.09.15

Título original: *One Good Turn*
Kate Atkinson, 2006
Traducción: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Debbie, Glynis, Judith, Lynn, Penny, Sheila y Tessa.
Por cómo éramos y por cómo somos.

Male parva, mole dilabuntur.

(Lo que se consigue con deshonor, se despilfarra con deshonor).

CICERÓN, *Filípicas*, II, 27.

MARTES

Capítulo 1

Se había perdido. No estaba acostumbrado a perderse. Era de esos hombres que trazan planes y luego los llevan a cabo con eficacia, pero ahora todo conspiraba contra él de forma imprevista. Había quedado atrapado en un atasco en la A1 durante dos horas soporíferas, así que ya pasaba de media mañana cuando llegó a Edimburgo. Entonces lo habían desviado por una vía de dirección única y no había podido girar por una calle que estaba cerrada por culpa de un escape de agua. Había llovido, de forma incesante e implacable, durante todo el trayecto hacia el Norte, y solo empezó a amainar cuando llegaba a las afueras de la ciudad. La lluvia no había disuadido en absoluto a las multitudes; ni se le había pasado por la cabeza que Edimburgo estuviera en pleno festival y que habría hordas ambulantes de gente que pululaba por ahí como si acabasen de declarar el fin de una guerra. Lo más cerca que había estado nunca del Festival de Edimburgo fue cuando puso por error el programa *Late Night Review* y vio a un puñado de gilipollas de clase media discutir sobre alguna pretenciosa obra de teatro alternativo.

Acabó en el sucio centro, en una calle que parecía hallarse de algún modo en un nivel inferior que el resto de la ciudad, un ennegrecido barranco urbano. La lluvia había dejado los adoquines resbaladizos y grasientos, y tenía que conducir con cuidado porque la calle bullía de gente que cruzaba cuando uno menos lo esperaba o se plantaba en grupitos en medio de la calzada, como si nadie les hubiese dicho que las calles eran para los coches y las aceras para los peatones. Una larga cola serpenteaba a lo largo de toda la calle: gente que esperaba para entrar en lo que parecía un agujero de bomba en la pared pero que se anunciaba como escenario alternativo 164 en un gran letrero en la puerta.

El nombre que figuraba en el carné de conducir en su cartera era Paul Bradley. «Paul Bradley» era un nombre fácil de olvidar. Para entonces se había separado varios grados de su nombre real, un nombre que ya no tenía la sensación de que le hubiera pertenecido nunca. Cuando no estaba trabajando, se hacía llamar con frecuencia (pero no siempre). «Ray». Agradable y simple, con lo de que significara «Rayo». Rayo de luz, Rayo de oscuridad. Rayo de sol. Rayo de noche. Le gustaba moverse con disimulo entre identidades, deslizarse entre las grietas. El Peugeot de alquiler que conducía le parecía perfecto; no era un chisme llamativo de macho sino el coche que conduciría un tío corriente. Un tío corriente como Paul Bradley. Si alguien le preguntaba a qué se dedicaba, a qué se dedicaba Paul Bradley, contestaría: «A cosas aburridas. No soy más que el último mono en una oficina, que lleva papeles de aquí para allá en un departamento de contabilidad».

Trataba de seguir conduciendo y descifrar al mismo tiempo su *Edimburgo de la A a la Z* para averiguar cómo salir de aquella calle de mil demonios, cuando alguien se plantó delante del coche. Era una clase de hombre que odiaba: un tipo joven, de cabello oscuro con gruesas gafas de montura negra, barba de dos días y un pitillo

colgándole de los labios; había cientos de ellos en Londres, todos tratando de parecer existencialistas franceses de los sesenta. Apostaba a que ninguno de ellos habría abierto nunca un libro de filosofía. Él los había leído todos: Platón, Kant, Hegel, y hasta pensaba en estudiar la carrera algún día.

Frenó en seco y no le dio al tipo de las gafas; solo le hizo dar un pequeño salto, como un torero que evitara al toro. El tipo se puso furioso y empezó a blandir el pitillo, a gritar y a hacerle gestos obscenos con el dedo. No tenía encanto alguno, ni modales. ¿Estarían orgullosos sus padres del trabajo que habían hecho? Ray odiaba el tabaco, era un hábito asqueroso, y odiaba a los tíos que iban por ahí haciéndote gestos groseros con el dedo y gritando «Métetelo donde te quepa» salpicando saliva de sus sucias bocas manchadas de nicotina.

Sintió el golpe, más o menos con la fuerza con que uno le da a un tejón o a un zorro en una noche oscura, solo que vino de atrás y lo empujó hacia delante. Menos mal que el tipo de las gafas había ejecutado ya su pequeño pasodoble para quitarse de en medio, o habría quedado hecho papilla. Miró por el espejo retrovisor. Un Honda Civic azul, con el conductor apeándose: un tipo grandote con músculos de levantador de pesas, más cachas de gimnasio que cachas de supervivencia, que no habría sido capaz de durar tres meses en la jungla o el desierto como podría haberlo hecho Ray. No habría durado ni un día. Llevaba guantes de conducir, unos feos de cuero negro y con agujeros para los nudillos. Tenía un perro en la parte de atrás del coche, un fornido rottweiler, exactamente el perro que habría cabido sospechar que tendría un tipo como él. Ese hombre era un estereotipo andante. El perro estaba en pleno ataque en el asiento de atrás, salpicando saliva por toda la ventanilla, arañando el cristal con las garras. A Ray no le preocupaba mucho el perro. Sabía cómo matar a un perro.

Bajó del coche y lo rodeó hasta el guardabarros de atrás para comprobar los daños. El conductor del Honda empezó a gritarle:

—Estúpido gilipollas de mierda, ¿qué te has creído que hacías?

Era inglés. Ray trató de pensar en algo que decir que no resultara conflictivo, que calmara un poco al tipo; estaba claro que era como una olla a presión a punto de explotar, deseando explotar, y daba saltitos como un peso pesado en baja forma. Ray adoptó una postura neutral y una expresión neutral, pero entonces oyó a la multitud proferir un colectivo «Aah» de horror y advirtió el bate de béisbol que había aparecido de pronto en la mano del tipo, salido de la nada, y pensó: «Mierda».

Ese fue el último pensamiento que tuvo durante varios segundos. Cuando fue capaz de pensar de nuevo estaba espatarrado en la calle, asiéndose el lado de la cabeza en que el tipo le había pegado. Oyó el ruido de cristales al romperse: el muy cabrón estaba ahora reventándole todas las ventanillas del coche. Trató, sin éxito, de ponerse en pie, pero solo consiguió quedar de rodillas como si estuviera rezando, y de pronto el tipo avanzó hacia él con el bate alzado, sopesándolo en la mano, listo para asestarle un golpe de *home run* en el cráneo. Ray levantó un brazo para defenderse, mareándose aún más al hacerlo, y al caer de nuevo hacia atrás sobre los adoquines, se

dijo: «Jesús, ¿aquí acaba todo?». Se había rendido, de veras se había rendido, algo que no había hecho jamás, cuando alguien salió de entre la multitud blandiendo algo cuadrado y negro que arrojó al tipo del Honda, para alcanzarlo en el hombro y hacerle dar tumbos.

Volvió a quedar sin sentido durante unos segundos, y cuando recobró el conocimiento había un par de mujeres policías agachadas junto a él, una de ellas diciéndole:

—Tranquilo, tómeselo con calma, señor.

La otra estaba llamando por radio a una ambulancia. Era la primera vez en su vida que se alegraba de ver a la policía.

Capítulo 2

Martin nunca había hecho nada parecido. Ni siquiera mataba las moscas que entraban en casa, sino que las perseguía con paciencia y las atrapaba con un vaso y un plato para luego liberarlas. Los mansos heredarán la tierra. Tenía cincuenta años y nunca había cometido a sabiendas ningún acto de violencia hacia otro ser viviente, aunque a veces pensaba que tenía más que ver con la cobardía que con el pacifismo.

Estaba en la cola, esperando a que alguien interviniera en la escena que se desarrollaba ante ellos, pero todos adoptaban una actitud de espectadores, como paseantes ante una pieza de teatro especialmente brutal, y no tenían intención alguna de interrumpir el espectáculo. Incluso Martin se había preguntado al principio si sería otra representación, una pieza aparentemente espontánea que pretendiera o bien horrorizar o bien revelar que somos inmunes al horror por el hecho de vivir en una comunidad de medios globales que nos ha vuelto espectadores pasivos de la violencia (etcétera). Esos eran los pensamientos que pasaban por la parte objetiva e intelectual de su cerebro. Su cerebro primitivo, por otro lado, estaba pensando: «Oh, joder, esto es horrible, espantoso; que el hombre malo se vaya, por favor». No lo sorprendió oír mentalmente la voz de su padre («Contrólate, Martin»). Su padre llevaba muerto muchos años, pero Martin oía a menudo sus bramidos de plaza de armas. Cuando el conductor del Honda terminó de romper las ventanillas del Peugeot plateado y se dirigió hacia el conductor, blandiendo el arma y disponiéndose a asestarle el golpe final de la victoria, Martin comprendió que era probable que el hombre en el suelo estuviera a punto de morir, a punto de ser asesinado por el enloquecido hombre del bate ahí mismo, ante sus narices, a no ser que alguien hiciera algo; instintivamente, sin pensar en absoluto —porque si lo hubiera pensado podría no haberlo hecho—, se quitó el maletín del hombro y lo arrojó, al estilo lanzamiento de martillo, a la cabeza del demente conductor del Honda.

No le acertó en la cabeza, lo que no le sorprendió —nunca había tenido mucha puntería y era de los que se agachaban cuando una pelota iba en su dirección—, pero su ordenador portátil estaba en el maletín y el pesado extremo le dio en el hombro y lo mandó dando tumbos al suelo.

Lo más cerca que había estado antes Martin de la escena real de un crimen había sido durante una excursión de la Sociedad de Autores a la comisaría de Saint Leonard's. Aparte de Martin, el grupo estaba compuesto totalmente por mujeres. «Eres nuestro representante masculino», le dijo una de ellas, y él captó cierta desilusión en la risa cortés de las otras, como si lo menos que pudiera hacer como su representante masculino fuera parecerse un poco menos a una mujer.

Les ofrecieron café y galletas —de chocolate al *whisky*, barquillos de fresa; todos quedaron impresionados por la variedad— y un «policía veterano» les dio una

agradable charla en una sala de reuniones nueva que parecía expresamente diseñada para grupos como el suyo. Luego les enseñaron diversas partes del edificio, la central de llamadas y una sala tenebrosa en que agentes vestidos de paisano (del servicio secreto) sentados ante ordenadores echaron una breve mirada a los «escritores», decidieron, con razón, que eran irrelevantes, y volvieron a sus pantallas.

Los pusieron a todos en una rueda de reconocimiento, le tomaron las huellas dactilares a una del grupo y los encerraron, por poco tiempo, en una celda, donde pasearon de aquí para allá y soltaron risitas para suavizar la claustrofobia. «Risita», se le ocurrió a Martin, era una palabra casi exclusivamente femenina. Las mujeres sueltan risitas, los hombres se ríen, sin más. Martin se temía que él mismo fuera un poco dado a las risitas. Al final de la visita, como si lo hubieran organizado para ellos, presenciaron, con un pequeño escalofrío de miedo, cómo se reunía a toda prisa un equipo de antidisturbios para sacar a un preso «difícil» de una celda.

La visita no tenía mucha relación con la clase de libros que escribía Martin, en la persona de su *alter ego*, Alex Blake. Eran novelas policíacas tradicionales y pasadas por agua en las que aparecía una heroína llamada Nina Riley, una chica belicosa que había heredado una agencia de detectives de su tío. Los libros se situaban en los años cuarenta, justo después de la guerra. Era una época de la historia que atraía a Martin en especial: las penurias monocromas, la resaca de sórdida desilusión en la estela del heroísmo. La Viena de *El tercer hombre*, los condados alrededor de Londres en *Breve encuentro*. ¿Qué debía sentirse al poner los propios colores en el estandarte de una guerra justa, al experimentar tantos sentimientos nobles (sí, mucha propaganda, pero el fondo era genuino), al verse libre de la carga del individualismo? Al haber estado al borde de la destrucción y la derrota y sobrevivido. Y al haber pensado: «Y ahora, ¿qué?». Desde luego, Nina Riley no sentía ninguna de esas cosas; solo tenía veintidós años y había pasado la guerra en un colegio privado suizo. Y no era real.

Nina Riley había sido siempre un poco marimacho, aunque no tenía tendencias lésbicas evidentes y a menudo estaba rodeada por muchos hombres que la cortejaban y con los que ella se mantenía sorprendentemente casta. («Es como si una delegada de *Chalet School* hubiese crecido para hacerse detective», le escribió un «lector agradecido»). Nina vivía en una Escocia de geografía imprecisa que contenía mar, montañas y páramos ondulados, todo ello a poca distancia en coche de cada ciudad importante (y, con frecuencia, de Inglaterra, aunque nunca de Gales, algo que Martin pensaba que tal vez debería rectificar), siempre al volante de su deportivo Bristol descapotable. Al escribir el primer libro de Nina Riley lo concibió como un gesto cariñoso hacia un tiempo anterior y otra forma de hacer las cosas.

—Un pastiche, si quiere —dijo con nerviosismo cuando le presentaron a su editora—. Una especie de homenaje irónico.

Supuso una sorpresa descubrir que se lo iban a publicar. Había escrito el libro

para entretenerse, y de repente estaba sentado en un monótono despacho de Londres sintiendo que tenía que justificar los disparates que había creado ante una mujer joven a la que parecía costarle concentrarse en él.

—Bueno, en cualquier caso —repuso ella haciendo un visible esfuerzo por mirarlo—, lo que yo veo es un libro que puedo vender. Una especie de intriga de asesinato alegre. La gente tiene ansias de nostalgia, el pasado es como una droga. ¿De cuántos libros prevé que constará la serie?

—¿La serie?

—Hola.

Martin se volvió y vio a un hombre apoyado en el marco de la puerta con afectada actitud de tranquilidad. Era mayor que él, pero iba vestido como si fuera más joven.

—Hola —le respondió la joven editora, mirándolo absorta. Aquel intercambio mínimo pareció contener más significado del que tocaba—. Neil Winters, nuestro director ejecutivo —lo presentó con una sonrisa de orgullo—. Este es Martin Canning, Neil. Ha escrito un libro maravilloso.

—Estupendo —dijo Neil Winters, estrechándole la mano a Martin. Tenía una mano húmeda y blanda que le hizo pensar en algo muerto que uno recogería en la playa—. El primero de muchos, espero.

Al cabo de un par de semanas trasladaron a Neil Winters a esferas más altas de la central europea y Martin nunca volvió a verlo; sin embargo, consideraba aquel apretón de manos el momento identificable en que cambió su vida.

Martin había vendido hacía poco los derechos para la televisión de los libros de Nina Riley.

—Es como meterse en un baño caliente. El relleno perfecto para la franja de la tarde del domingo —comentó el productor de la BBC, haciéndolo sonar como un insulto, y por supuesto lo era.

En el mundo de ficción bidimensional en que habitaba, Nina Riley había resuelto por el momento tres asesinatos, un robo de joyas, un atraco a un banco, había recuperado un caballo de carreras robado, impedido el secuestro del pequeño príncipe Carlos del castillo de Balmoral y, en la sexta entrega, había frustrado casi sin ayuda un complot para robar las joyas escocesas de la corona. La séptima, *La araucaria*, acababa de aparecer en edición de bolsillo en las mesas de «tres por el precio de dos» de todas las librerías. El séptimo libro era más «oscuro», todo el mundo parecía estar de acuerdo («Por fin Blake se está moviendo hacia un estilo de novela negra más maduro», había escrito «un lector» en Amazon. Todo el mundo es un crítico), pero a pesar de ello las ventas se mantenían «boyantes», según su agente, Melanie.

—El final no está a la vista aún, Martin —le decía.

Melanie era irlandesa y eso hacía que todo lo que decía pareciera amable, aunque no lo fuera.

Cuando la gente le preguntaba, como hacía a menudo, por qué se había hecho escritor, Martin solía responder que, como pasaba la mayor parte del tiempo en su

imaginación, le había parecido una buena idea que le pagaran por ello. Lo decía con jovialidad, sin risitas, y la gente sonreía como si hubiera dicho algo gracioso. No entendían que era la verdad: vivía dentro de su cabeza. No en el sentido intelectual o filosófico; de hecho, su vida interior era extraordinariamente banal. No sabía si todo el mundo era igual. ¿Había más gente que pasara su tiempo fantaseando con una versión mejor del día a día? Nadie hablaba nunca de la vida de la imaginación, salvo en términos de algún tipo de arte elevado a lo Keats. Nadie mencionaba el placer de imaginarse tumbado en una hamaca en el césped, bajo un cielo despejado de verano, esperando la llegada de un correcto y tradicional té de las cinco, preparado por una agradable mujer de pecho generoso y delantal impecable que decía cosas como «Venga, a comérselo todo, tesoro», porque era así que las agradables mujeres de pecho generoso hablaban en la imaginación de Martin, una extraña especie de conversación subdickensiana.

El mundo interior de su cabeza era mucho mejor que el mundo exterior de su cabeza. Bollos, mermelada casera de grosella, nata. En lo alto, golondrinas que surcaban el cielo azul, descendiendo en picado como pilotos de la Batalla de Inglaterra. El ruido distante del cuero contra la madera de sauce de los palos de críquet. El aroma a té caliente y fuerte y a césped recién cortado. Sin duda esas cosas eran infinitamente preferibles a un hombre aterrador con un bate de béisbol, ¿no?

Martin llevaba el portátil consigo porque la comedia de mediodía, para la que había estado haciendo cola, era una parada en su (muy tardío) camino de ese día hacia el «despacho». Hacía poco que había alquilado el «despacho» en un edificio reformado en Marchmont. En sus tiempos había sido una tienda de licores, pero en la actualidad proporcionaba un espacio soso y sin nada especial —paredes de pladur y suelos laminados, conexiones de banda ancha e iluminación halógena— a un estudio de arquitectos, a una consultoría de informática y, ahora, a Martin. Había alquilado el «despacho» con la vana esperanza de que, si salía de casa cada día para ir a escribir y tenía una jornada de trabajo normal como el resto de la gente, eso lo ayudaría de algún modo a superar el letargo que había invadido el libro en que estaba trabajando (*Muerte en la isla Negra*). Sospechaba que era mala señal el hecho de que pensara en el «despacho» como en un lugar que existía solo entre comillas, un concepto ficticio más que un sitio donde se lograra hacer nada.

Muerte en la isla Negra era como un libro bajo un hechizo: no importaba cuánto escribiera, nunca parecía que hubiera más.

—Deberías cambiar el título, suena como un libro de Tintín —le decía Melanie.

Antes de publicar nada, hacía ocho años, Martin había sido profesor de religión, y por algún motivo, en una etapa temprana de su relación, a Melanie se le había metido en la cabeza (y nunca había conseguido sacárselo de ahí) que había estado en un monasterio. Cómo llegó a esa conclusión era algo que él nunca había entendido. Ciertamente, tenía una prematura tonsura a causa de la pérdida de pelo, pero aparte de eso no creía que hubiera nada especialmente monástico en su aspecto. No importaba

cuánto intentara desengañar a Melanie de su fijación, seguía siendo lo que encontraba más interesante en él. Era Melanie quien había divulgado dicha información errónea a su publicista, quien, a su vez, la había difundido a los cuatro vientos. Estaba en los archivos oficiales, en los recortes de prensa y en internet, y no importaba cuántas veces Martin le dijera a un periodista: «No, en realidad nunca fui monje, es una confusión», este seguía considerándolo el punto de apoyo de la entrevista: «Blake pone reparos cuando se menciona el sacerdocio». O «Alex Blake desestima su temprana vocación religiosa, pero sigue habiendo algo enclaustrado en su carácter». Etcétera.

Muerte en la isla Negra le parecía a Martin aún más trillado y de manual que sus libros anteriores, algo para ser leído y olvidado de inmediato en camas, hospitales, trenes, aviones, playas. Había escrito un libro al año desde que empezó con la serie de Nina Riley y pensaba que simplemente había perdido el ímpetu. Iban batallando juntos, él y su endeble creación, atascados en el mismo camino. Le preocupaba pensar que nunca podrían escaparse el uno del otro, que seguiría escribiendo sobre sus estúpidas aventuras para siempre. Él sería ya un hombre mayor y ella seguiría teniendo veintidós años, y Martin les habría exprimido toda la vida a ambos.

—No, no, no —decía Melanie—. A eso se le llama aprovechar un buen filón, Martin.

Abusar de la gallina de los huevos de oro era cómo podría haberlo expresado otra persona, alguien sin una comisión del quince por ciento. Se preguntaba si podría cambiarse el nombre —o, aún mejor, usar su nombre real— y escribir algo distinto, algo con sentido y valor verdaderos.

El padre de Martin había sido soldado profesional, sargento de Estado Mayor, pero el propio Martin había escogido un camino decididamente no combativo. Él y su hermano Christopher habían asistido a un internado de la Iglesia anglicana que proporcionaba a los hijos de las Fuerzas Armadas un ambiente espartano solo un poco mejor que el de un asilo de pobres. Al dejar esa atmósfera de duchas frías y carreras de fondo («Hacemos hombres de los chicos»), Martin había asistido a una universidad mediocre en la que obtuvo una licenciatura igual de mediocre en estudios religiosos porque era la única asignatura en la que tenía buenas notas, gracias a la incesante e impuesta promoción del estudio de la Biblia como forma de llenar las peligrosas horas vacías de que disponían los chicos adolescentes en el internado.

Después de la universidad siguió un posgrado en docencia para darse tiempo a pensar en lo que quería hacer «de verdad». Desde luego, nunca había tenido la intención real de ser profesor, aún menos de estudios religiosos, pero de un modo u otro se encontró con que a los veintidós años había vuelto al punto de partida de su vida y era profesor en un pequeño internado de pago en el Lake District, lleno de chicos que no habían pasado los exámenes de ingreso de las mejores escuelas

privadas y cuyos únicos intereses en la vida parecían ser el rugby y la masturbación.

Aunque se consideraba alguien nacido ya en la mediana edad, solo tenía cuatro años más que los chicos mayores y le parecía ridículo estarles educando en cualquier cosa, pero en especial en religión. Por supuesto, los chicos a los que enseñaba no lo consideraban un hombre joven, sino un pesado carroza que no les importaba nada. Eran chicos crueles e insensibles que, probablemente, crecerían para convertirse en hombres crueles e insensibles. Por lo que Martin veía, los estaban instruyendo para llenar los escaños menos importantes de los *tories* en la Cámara de los Comunes y consideraba su deber introducirlos en el concepto de moralidad antes de que fuera demasiado tarde, si bien por desgracia para la mayoría de ellos ya lo era. El propio Martin era ateo, pero no había descartado del todo la posibilidad de experimentar algún día una conversión —un súbito levantamiento del velo, una apertura de su corazón—, aunque creía más probable que estuviera condenado a seguir siempre de camino a Damasco, el camino más concurrido.

Excepto cuando el plan de estudios lo establecía, Martin había tendido a ignorar la Cristiandad tanto como fuera posible y a concentrarse en su lugar en la ética, la religión comparativa, la filosofía, las ciencias sociales (cualquier cosa excepto la Cristiandad, de hecho). Su cometido era «promover la comprensión y la espiritualidad», afirmaba si lo desafiaba un padre jugador de rugby, anglicano y *fascista*. Pasaba mucho tiempo enseñando a los chicos los principios del budismo porque había descubierto, a través del ensayo y el error, que era la forma más eficaz de quedarse con ellos.

Pensó que solo haría eso durante un tiempo y luego tal vez viajaría o se sacaría otro título o conseguiría un trabajo más interesante y empezaría una nueva vida, pero en lugar de ello la vieja vida había seguido y seguido y él la había sentido precipitarse hacia la nada, desmadejándose, y se dio cuenta de que si no hacía algo se quedaría allí para siempre, haciéndose mayor que los chicos hasta jubilarse y morir y habiendo pasado la mayor parte de su vida en un internado. Sabía que tendría que tomar alguna iniciativa, ya que no era una persona a la que le pasaran las cosas sin más. Había vivido su vida en una especie de punto muerto: nunca se había roto nada, nunca le había picado una avispa, nunca había estado cerca del amor o de la muerte. Nunca se había esforzado por conseguir la grandeza, y la recompensa había sido una vida insignificante.

Se acercaba a los cuarenta. Estaba en un tren expreso precipitándose hacia la muerte —siempre se había refugiado en metáforas más bien febriles— y se apuntó a unas clases de escritura creativa que formaban parte de algo parecido a un programa educativo de promoción rural. El grupo se reunía en una sala comunal del pueblo y lo dirigía una mujer llamada Dorothy que acudía desde Kendal y que tenía unas referencias poco claras para impartir la clase. Consistían en un par de relatos publicados en una revista de arte del Norte, recitales y talleres («en proceso») y una obra de teatro representada sin éxito en el Festival de Teatro Alternativo de

Edimburgo sobre las mujeres en la vida de Milton (*Las mujeres de Milton*). Tan solo la mención de «Edimburgo» en la clase llenaba a Martin de nostalgia por un lugar que apenas conocía. Su madre era nativa de la ciudad y Martin había pasado los tres primeros años de su vida allí mientras su padre estaba destinado en el castillo. Algún día, pensaba mientras Dorothy parloteaba sobre la forma y el contenido y la necesidad de «encontrar la propia voz», algún día volvería a Edimburgo y viviría allí.

—¡Y leed! —exclamaba Dorothy extendiendo los brazos de forma que su amplísima capa de terciopelo se desplegaba como las alas de un murciélago—. Leed todo lo que se haya escrito.

Hubo algunos murmullos rebeldes en la clase: habían venido a aprender a escribir (o al menos algunos de ellos), no a leer.

Dorothy parecía dinámica. Llevaba pintalabios rojo, faldas largas y llamativos pañuelos y chales que prendía con grandes broches de peltre o de plata. Se ponía botines de tacón, medias negras a rombos, extraños sombreros de terciopelo arrugado. Eso era al principio del curso de otoño cuando el Lake District estaba cubierto por sus galas más chillonas, pero para cuando hubo descendido la monotonía húmeda del invierno, la propia Dorothy llevaba botas de agua menos teatrales y chaquetas forradas. También ella se había vuelto menos teatral. Había empezado el curso con frecuentes alusiones a su «pareja», un escritor residente en algún lado, pero para cuando se acercaba Navidad ya no mencionaba a la pareja y el pintalabios rojo se había visto sustituido por un desafortunado beige del mismo color que su piel.

Ellos también la habían decepcionado, su variopinta colección de jubilados, esposas de granjeros y gente que quería cambiar sus vidas antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Nunca es demasiado tarde! —declaraba con el entusiasmo de una predicadora, pero la mayoría tenía entendido que a veces sí lo era.

Había un hombre hosco que parecía despreciarlos a todos y que escribía con un estilo parecido al de Hughes sobre aves de presa y ovejas muertas en las laderas. Martin había supuesto que tenía algo que ver con el campo —un granjero o guardabosque— pero resultó ser un geólogo despedido de una petrolera, debido a una reducción de plantilla, que se había mudado a la zona y adoptado sus costumbres. Había una chica con pinta de estudiante que de verdad los despreciaba a todos. Llevaba pintalabios negro (inquietante en contraste con el beige de Dorothy) y escribía sobre su propia muerte y el efecto que tendría sobre la gente que la rodeaba. Y había un par de amables señoras del Instituto de la Mujer que, en realidad, no parecían querer escribir.

Dorothy les insistía en que escribieran pequeños fragmentos de angustia autobiográfica, secretos de confesionario, textos terapéuticos sobre su infancia, sus sueños, sus depresiones. En lugar de ello escribían sobre el tiempo y las vacaciones, sobre animales. El hombre hosco escribía sobre sexo y todo el mundo miraba al suelo mientras lo leía en voz alta; solo Dorothy escuchaba con vago interés, la cabeza

ladeada y una leve sonrisa alentadora en la cara.

—Bueno, muy bien —dijo una vez con tono de derrota—. Escribid sobre una visita o una estancia en el hospital; serán vuestros «deberes».

Martin se preguntó cuándo iban a empezar a escribir ficción, pero su pedagogo interno reaccionó ante la palabra «deberes» y acometió la tarea a conciencia.

Las señoras del Instituto de la Mujer escribieron sentimentales fragmentos sobre visitas a gente mayor y a niños en el hospital.

—Qué bonitos —comentó Dorothy.

El hombre hosco describió con sangriento detalle una operación para extraerle el apéndice.

—Vibrante —opinó Dorothy.

La chica desgraciada escribió sobre su estancia en el hospital de Barrow-in-Furness después de haber intentado cortarse las venas.

—Qué pena que no lo consiguiera —murmuró una de las granjeras sentada al lado de Martin.

Él solo había estado en el hospital una vez en la vida, cuando tenía catorce años; se había encontrado con que cada año de su adolescencia le traía nuevos horrores. En el camino de vuelta de la ciudad había pasado junto a una feria. Su padre estaba destinado en Alemania por aquel entonces, y Martin y su hermano, Christopher, pasaban el verano allí, libres de los rigores del internado. El hecho de que fuera una feria alemana la convertía en un sitio aún más aterrador para Martin. No sabía dónde estaba Christopher aquella tarde; probablemente jugando al criquet con otros chicos de la base. Martin había visto la feria por la noche cuando las luces, los olores y los gritos constituían una visión distópica que al Bosco le habría encantado pintar. A la luz del día parecía menos amenazadora y la voz de su padre surgió en su cabeza, como tenía por costumbre (por desgracia), gritando: «¡Enfréntate a lo que temes, chico!». Así que pagó la entrada y empezó a pasearse evitando los distintos aparatos porque en realidad no era el ambiente de la feria lo que le daba miedo, sino las atracciones. Incluso los columpios lo mareaban de pequeño.

Hurgó en el bolsillo en busca de monedas y compró un *Kartoffelpuffer* en un tenderete de comida. Su comprensión del lenguaje era poco fiable, pero se sentía bastante seguro con *Kartoffel*. El buñuelo de patata estaba grasiento y sabía curiosamente dulce y le cayó como plomo en el estómago, así que fue muy mal momento para que la voz de su padre reapareciera en su cabeza, justo cuando pasaba ante un inmenso columpio, como un barco. No sabía su nombre en alemán, pero en inglés sabía que se llamaba el Barco Pirata.

El Barco Pirata subía y bajaba trazando una enorme parábola imposible en el cielo, con los gritos de los ocupantes siguiendo su trayectoria en un descenso de terror. La sola idea de aquella atracción, no digamos ya la realidad palpable que tenía delante, infundía un auténtico horror en el pecho de Martin y, precisamente por eso, tiró los restos de su *Kartoffelpuffer* en una papelera, pagó la entrada y se subió.

Fue su padre quien acudió al *Krankenhaus* civil para llevarlo a casa. Lo habían llevado al hospital después de encontrarlo en el suelo del Barco Pirata, desplomado y medio inconsciente. No fue algo mental, no tuvo nada que ver con el valor; resultó que era especialmente sensible a las fuerzas gravitatorias. El doctor que le dio el alta rio y dijo en perfecto inglés:

—Si quieres mi consejo, no tienes madera de piloto de caza.

Su padre había pasado junto a su cama del hospital sin reconocerlo. Martin intentó hacerle señas, pero él no vio el débil ademán de su hijo sobre la colcha. Al final alguien del puesto de enfermeras le indicó dónde estaba la cama de su hijo. Su padre iba de uniforme y parecía fuera de lugar en la sala del hospital. Se alzó imponente sobre él y dijo: «Eres un puto mariquita, Martin. Contrólate».

—Hay ciertas cosas que no tienen nada que ver con la debilidad de carácter. Hay ciertas cosas a las que una persona es incapaz de enfrentarse por constitución —concluyó Martin—. Y, desde luego, aquello pasó en otro país, en otra vida.

—Muy bueno —dijo Dorothy.

—Un poco soso —opinó el hombre hosco.

—Mi vida hasta la fecha ha sido un poco sosa —respondió Martin.

Para la última clase del curso Dorothy llevó botellas de vino, paquetes de galletas Ritz y un pedazo de queso cheddar. Se agenciaron vasos y platos de papel en la cocina de la sala comunal. Dorothy levantó su vaso y dijo:

—Bueno, hemos sobrevivido —lo que a Martin le pareció un extraño brindis, y añadió—: Confío en que volvamos a encontrarnos todos en el curso de primavera.

Martin no supo si fue por la inminencia de la Navidad o por los globos y los brillantes adornos de papel de plata colgados en la sala comunal, pero los envolvió cierto aire de celebración. Incluso el hombre hosco y la chica suicida se sumaron al espíritu festivo. Más botellas de vino salieron de las mochilas y portafolios de la gente; no habían tenido la seguridad de que hubiera una fiesta de fin de curso, pero habían acudido preparados.

Martin supuso que todos esos factores, pero en especial el vino, contribuyeron al sorprendente hecho de que despertara a la mañana siguiente en la cama de Dorothy en Kendal.

Ella tenía la pálida cara abotargada y se tapó con la colcha y dijo:

—No me mires, soy un espanto al despertarme.

Era verdad que estaba un poco espantosa pero, por supuesto, Martin nunca le habría dicho algo así. Quiso preguntarle cuántos años tenía, pero supuso que eso sería aún peor.

Más tarde, ante una cara cena en un hotel con vistas al lago Windermere, que en opinión de Martin ambos merecían por haber sobrevivido a más que simplemente el curso, ella brindó con un buen Chablis intenso y comentó:

—¿Sabes una cosa, Martin? Eres el único de la clase capaz de poner una palabra delante de otra sin darme putas ganas de vomitar, disculpa mi lenguaje. Deberías ser escritor.

Martin esperó que el conductor del Honda se levantara del suelo y buscara entre la multitud al culpable de haberle lanzado un misil. Intentó convertirse en una figura anónima en la cola, trató de fingir que no existía. Cerró los ojos. Era lo que hacía en la escuela cuando lo acosaban, aferrándose a una magia antiquísima y desesperada: si él no podía verlos, no le pegarían. Imaginó al conductor del Honda caminando hacia él, con el bate de béisbol bien alto, dispuesto a blandirlo para aniquilarlo.

Para su asombro, cuando abrió los ojos, el conductor del Honda estaba subiendo otra vez a su coche. Cuando se alejó, algunos entre el público prorrumpieron en lentos aplausos. Martin no supo con seguridad si expresaban desaprobación ante el comportamiento del conductor del Honda o decepción ante su incapacidad de llegar al final. Fuera lo que fuese, se trataba de un público difícil de complacer.

Martin se arrodilló en el suelo y le preguntó al conductor del Peugeot:

—¿Estás bien?

Pero fue apartado, educadamente pero con firmeza, por las dos mujeres policía que llegaron y asumieron el control de todo.

Capítulo 3

En realidad, Gloria no vio qué pasó. Para cuando el rumor había recorrido la espina dorsal de la cola, supuso que se había ido deformando por el camino. «Han asesinado a alguien».

—Probablemente se estaba colando —le comentó como si tal cosa a la excitada Pam, de pie junto a ella.

Gloria era estoica en las colas, y le irritaba la gente que se quejaba y revolvía como si la impaciencia fuera de algún modo un indicio de su individualidad. Hacer cola era como la vida: había que callarse y aguantar. Le parecía una lástima haber nacido demasiado tarde para la Segunda Guerra Mundial, ya que tenía exactamente la clase de carácter sufridor con que se contaba en tiempos de guerra. El estoicismo era, en su opinión, una virtud muy subestimada en el mundo moderno.

Entendía que alguien quisiera matar a otro que se le colara. Si de ella hubiese dependido, a esas alturas habría ejecutado sumariamente a muchísima gente: a los que tiraban basura en la calle, por ejemplo; si el resultado fuera que los colgaran de la farola más próxima, seguro que se lo pensarían dos veces antes de desechar el envoltorio del caramelo. Años atrás se había opuesto a la pena de muerte; recordaba haberse manifestado, durante su estancia demasiado breve en la universidad, contra una ejecución en algún país lejano que no habría sabido situar en el mapa, pero ahora sus opiniones tendían a ir en la dirección opuesta.

Le gustaban las normas, las normas eran cosas buenas. Le gustaban las normas que decían que no se superara el límite de velocidad o se aparcara sobre las líneas amarillas dobles, normas que decían que no se tirara basura al suelo ni se hicieran pintadas en las paredes. Estaba hasta la coronilla de oír a la gente quejarse de los radares y los guardias de aparcamiento como si hubiera algún motivo por el que debieran verse libres de ellos. Cuando era más joven, solía soñar con el sexo y el amor, con tener gallinas y abejas, con ser más alta, con correr por el campo junto a un perro, un pastor escocés blanco y negro. Ahora soñaba con ser la guardiana de las puertas del cielo, con estar ahí plantada con el libro de cuentas final, marcando los nombres de los muertos a medida que aparecieran ante ella, permitiéndoles el paso o negándoselo. Todas esas personas que aparcaban en la parada del autobús y se saltaban los semáforos en los pasos de cebra se arrepentirían, y mucho, cuando Gloria las mirara por encima de las gafas y les pidiera que rindieran cuentas.

Pam no era lo que habría llamado una amiga, solo alguien a quien hacía tanto que conocía que había dejado de intentar librarse de ella. Pam estaba casada con Murdo Miller, el amigo más íntimo del marido de Gloria. Graham y Murdo habían asistido a la misma escuela de Edimburgo, una educación cara que había pulido un poco sus caracteres en esencia groseros. Ambos eran ahora mucho más ricos que sus compañeros de promoción, hecho que, como decía Murdo «no hace sino demostrarlo todo». Gloria pensaba que no hacía sino demostrar, posiblemente, que ellos eran más

codiciosos y más despiadados que sus antiguos compañeros de clase. Graham era hijo de un contratista (Viviendas Hatter) y había empezado su carrera acarreando capachos de ladrillos en una de las pequeñas obras de su padre. Ahora era un promotor inmobiliario multimillonario. Murdo era hijo del propietario de una pequeña firma de vigilancia (Seguridad Haven) y había empezado como gorila en la puerta de un *pub*. Ahora dirigía una empresa de seguridad enorme: discotecas, *pubs*, partidos de fútbol, conciertos. Graham y Murdo tenían muchos intereses comerciales en común, negocios que se extendían por todas partes y tenían poco que ver con la construcción o la seguridad, y que requerían reuniones en Jersey, las Caimán, las islas Vírgenes. Graham tenía una mano metida en tantos asuntos que hacía tiempo que se había quedado sin manos que meter.

—Los negocios engendran negocios —le explicaba a Gloria—, el dinero genera dinero.

Los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres.

Tanto Graham como Murdo vivían con todos los símbolos de la respetabilidad: casas demasiado grandes para ellos, coches que cambiaban cada año por un modelo más nuevo, esposas que no cambiaban. Llevaban camisas blanquísimas y zapatos hechos a mano, tenían mal el hígado y la conciencia tranquila pero, debajo de sus avejentados pellejos, eran unos bárbaros.

—¿Te he contado que hemos redecorado el cuarto de baño de abajo? —comentó Pam—. Con estarcido hecho a mano. No estaba segura al principio, pero ya me voy convenciendo.

—Vaya —respondió Gloria—. Fascinante.

Era Pam la que había querido acudir a esa grabación de radio de mediodía (*Escaparate de la comedia alternativa en Edimburgo*), y Gloria la había acompañado con la esperanza de que al menos uno de los cómicos fuera gracioso, aunque no tenía grandes expectativas. A diferencia de algunos residentes de Edimburgo que consideraban el advenimiento del festival anual algo parecido a la llegada de la peste negra, Gloria disfrutaba bastante con el ambiente y le gustaba asistir a alguna obra o concierto en el Queen's Hall. Con las comedias no lo tenía tan claro.

—¿Cómo está Graham? —quiso saber Pam.

—Oh, ya sabes —contestó Gloria—. Sigue siendo Graham.

Esa era la verdad, Graham era Graham; no había nada más, ni nada menos, que Gloria pudiera decir sobre su marido.

—Hay un coche de policía —observó Pam, de puntillas para ver mejor—. Veo a un hombre en el suelo. Parece muerto. —Por su tono de voz, parecía encantada.

Últimamente, Gloria pensaba mucho en la muerte. Su hermana mayor había muerto a principios de año y, unas semanas atrás, había recibido una postal de una antigua amiga del colegio para informarla de que una de su grupo había sucumbido al cáncer hacía poco. Le pareció que el mensaje, «Jill falleció la semana pasada. ¡Es la primera de nosotras en pasar a mejor vida!», hacía gala de un desenfado innecesario.

Gloria tenía cincuenta y nueve años, y se preguntó quién sería la última en pasar a mejor vida y si se trataba de una competición.

—Mujeres policía —gorjeó una encantada Pam.

Una ambulancia se abría camino lentamente entre la multitud. La cola se había deshecho bastante y ahora alcanzaban a ver el coche de policía. Una de las agentes se dirigió a gritos a la muchedumbre para decirles que no entraran a la representación y se quedaran donde estaban, porque iban a recoger declaraciones sobre el «incidente». Impertérrita, la multitud siguió su lento fluir hacia el interior.

Gloria había crecido en un pueblo del Norte. Larry, su padre, un hombre taciturno pero concienzudo, vendía seguros de puerta en puerta a gente que apenas podía permitírselos. Gloria no creía que la gente siguiera haciendo eso. Su pasado le parecía ya una curiosidad de anticuario, un espacio virtual recreado por el museo del futuro. Cuando estaba en casa y no arrastrando su prehistórico maletín de una puerta poco amistosa a otra, su padre pasaba el tiempo desplomado frente al fuego devorando novelas de detectives y bebiendo a sorbitos media pinta de cerveza. Su madre, Thelma, trabajaba media jornada en una farmacia local. Para el trabajo llevaba una bata blanca hasta las rodillas, cuyo aspecto clínico compensaba con unos grandes pendientes dorados de perlas. Afirmaba que trabajar en una farmacia le permitía conocer los secretos íntimos de todo el mundo, pero por lo que la joven Gloria veía, se pasaba el tiempo vendiendo plantillas y algodón y lo más emocionante de su empleo era decorar el escaparate de Navidad con guirnaldas y lotes de regalo de Yardley.

Sus padres llevaban vidas monótonas y lánguidas que los pendientes de perlas y las novelas de detectives no conseguían animar gran cosa. Gloria suponía que su vida sería del todo distinta; que le pasarían cosas gloriosas (como su nombre implicaba), que irradiaría luz por dentro y por fuera y que dejaría una estela ardiente como la de un cometa. ¡Pero eso no había ocurrido!

Heryl y Jock, los padres de Graham, no eran muy distintos de sus padres; tenían más dinero y estaban más arriba en la escala social, pero sus expectativas básicas en la vida eran las mismas. Vivían en una clásica casa de Edimburgo de una sola planta, un sitio agradable en Corstorphine, y Jock tenía una empresa de construcción relativamente modesta con la que se ganaba bastante bien la vida. El propio Graham había cursado un año de ingeniería de caminos en Napier («una puta pérdida de tiempo») antes de unirse al negocio de su padre. Antes de que pasara una década estaba en la sala de juntas de su propio gran imperio: «Viviendas Hatter. Viviendas reales para gente real». Gloria había ideado ese eslogan muchos años atrás, y ahora deseaba de verdad no haberlo hecho.

Graham y Gloria se habían casado en Edimburgo y no en el pueblo natal de ella (se había mudado a Edimburgo cuando estudiaba) y sus padres habían viajado con un billete barato de ida y vuelta para el mismo día y se marcharon en cuanto se hubo cortado el pastel. El pastel en cuestión era el de Navidad de la madre de Graham,

transformado a toda prisa para la boda. Beryl siempre hacía el pastel en septiembre y lo dejaba a macerar envuelto en paños blancos en la despensa, para desenvolverlo cada semana con ternura y añadir un chorrito bautismal de *brandy*. Para cuando llegaba la Navidad, los paños blancos estaban teñidos de color caoba. A Beryl la inquietó utilizar el pastel para la boda porque aún quedaba lejos su natividad (se casaron a finales de octubre) pero puso cara de confianza y lo cubrió de mazapán y glaseado blanco como de costumbre, aunque en lugar del muñeco de nieve puso en el centro una pareja nupcial de plástico atrapada en un vals poco convincente. Todo el mundo supuso que Gloria estaba embarazada (no lo estaba), como si fuera la única razón por la que Graham se habría casado con ella.

Quizá su decisión de casarse por lo civil había desconcertado a sus padres.

—Pero no es que seamos precisamente cristianos, Gloria —había dicho Graham, y tenía razón.

Graham era un ateo agresivo y Gloria —nacida con un cuarto de sangre judía de Leeds, un cuarto de católica irlandesa y criada como bautista de West Yorkshire— era una agnóstica pasiva, aunque, a falta de algo mejor, había puesto «Iglesia presbiteriana escocesa» en el formulario de admisión del hospital cuando tuvieron que operarle de un juanete dos años atrás, en un centro privado en Murrayfield. Si se imaginaba siquiera a Dios era como una entidad imprecisa que merodeaba detrás de su hombro izquierdo, como un loro gruñón.

Tiempo atrás, Gloria estaba sentada en un taburete en un *pub* en la calle George IV Bridge de Edimburgo, vestida (por increíble que ahora pareciera) con una minifalda muy corta y atrevida, fumando un Embassy de manera afectada, bebiendo una ginebra con naranja y confiando en verse guapa, mientras alrededor tenía lugar una acalorada conversación de estudiantes sobre marxismo. Tim, su novio de entonces —un joven larguirucho con peinado afro de chico blanco antes de que estuviera de moda cualquier clase de afro—, era uno de los más ruidosos del grupo, haciendo ademanes cada vez que decía «intercambio de mercancías» o «la tasa de plusvalía» mientras Gloria se tomaba su ginebra con naranja a sorbos y asentía con gesto de enterada, confiando en que nadie esperase que contribuyera porque no tenía la menor idea de lo que estaban hablando. Estaba en segundo de carrera; estudiaba historia pero de una forma despreocupada que ignoraba lo político (la declaración de Arbroath y el Juramento del Jeu de Paume) a favor de lo romántico (Rob Roy, María Antonieta), lo que no le hacía ganarse el cariño del profesorado.

Ya no se acordaba del apellido de Tim; lo único que recordaba de él era su gran mata de pelo, como un diente de león. Tim anunció al grupo que en ese momento eran todos de la clase trabajadora. Gloria torció el gesto porque no quería ser de clase trabajadora, pero todos a su alrededor murmuraban que estaban de acuerdo —aunque no había ni uno solo que no fuera hijo de un médico, un abogado o un hombre de negocios— cuando una fuerte voz replicó:

—Eso son gilipolces. No seríais nada sin el capitalismo. El capitalismo ha

salvado a la humanidad.

Y ese era Graham.

Llevaba un abrigo de piel de borrego, como un vendedor de coches de segunda mano, y tomaba una pinta en una esquina de la barra, solo. Parecía un hombre, pero aún no había cumplido los veinticinco, y Gloria advertía ahora que veinticinco años no eran nada. Entonces apuró la cerveza de un trago, se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Vienes?

Y ella se bajó del taburete y lo siguió como un perrito porque tenía mucho carácter y era muy atractivo comparado con alguien con pelo de diente de león.

Y ahora todo llegaba a su fin. El día anterior, la Unidad Especializada en Fraudes había hecho una inesperada pero cortés visita a las oficinas centrales de Viviendas Hatter en Queensferry Road, y Graham se temía que estuviesen a punto de arrojar luz en todos los rincones oscuros de sus transacciones comerciales. Había llegado tarde a casa con cara de cansancio, había apurado de un trago un Macallan doble sin siquiera saborearlo y luego se había dejado caer en el sofá, para ver la televisión como un hombre ciego. Gloria le preparó una chuleta de cordero con unas patatas que habían sobrado.

—Entonces, ¿han encontrado tus libros secretos? —preguntó.

—Nunca encontrarán mis secretos, Gloria —repuso él con una risa forzada, pero, por primera vez en los treinta y nueve años que hacía que lo conocía, su tono de voz no fue arrogante. Iban a por él, y lo sabía.

Había sido el campo el que le había acarreado la ruina. Había comprado un terreno de zona verde sin permiso de construcción. Le habían dejado la parcela barata —al fin y al cabo, un terreno sin permiso de construcción no era más que campo—, pero después, ¡sorpresa!, se le había concedido el permiso y ahora se hallaba en construcción una espantosa urbanización de «viviendas unifamiliares» de dos, tres y cuatro habitaciones a las afueras de la ciudad, al Noreste.

Solo hizo falta una pequeña suma para alguien del departamento de urbanismo, la clase de transacción que Graham había hecho cientos de veces; «allanar el camino», lo llamaba él. Para Graham había sido insignificante: su corrupción era mucho más amplia, profunda y de mayor alcance que un campo verde a las afueras de la ciudad. Pero eran las cosas más pequeñas las que a menudo hacían caer a los grandes hombres.

Una vez que la ambulancia con el conductor del Peugeot hubo desaparecido, las agentes empezaron a tomar declaraciones entre la multitud.

—Con un poco de suerte tendremos algo en el circuito cerrado de televisión —dijo una de ellas señalando una cámara que Gloria no había advertido, en lo alto de un muro.

Le gustaba la idea de que hubiera cámaras vigilando a todo el mundo en todas

partes. El año anterior, Graham había instalado un sistema de seguridad de última tecnología en la casa: cámaras, sensores de infrarrojos, botones de alarma y Dios sabía qué más. Le gustaban los pequeños y prácticos robots que patrullaban el jardín con sus ojos de espía. Hubo un tiempo en que el ojo de Dios vigilaba a la gente; ahora era el objetivo de una cámara.

—Había un perro —dijo Pam, ahuecándose el pelo color albaricoque, coqueta.

—Todo el mundo se acuerda del perro —repuso con un suspiro la mujer policía—. Tengo varias descripciones muy precisas del perro, pero al conductor del Honda lo describen de forma muy diversa: «moreno», «rubio», «alto», «bajo», «flaco», «gordo», «de veintitantos», «cincuentón». Nadie ha apuntado siquiera la matrícula del coche; lo lógico sería pensar que alguien se las habría apañado para hacerlo.

—Pues sí —admitió Gloria—. Sería lo lógico.

Ya se les había hecho tarde para la grabación de la BBC. Pam estaba encantada de que las hubieran entretenido con un drama en lugar de una comedia.

—Y el jueves tengo la feria del libro —dijo—. ¿Seguro que no quieres venir?

Pam era admiradora de un escritor de novelas policíacas que iba a hacer una lectura de sus libros en la feria. A Gloria no le entusiasmaban las novelas negras; su padre se había dejado la vida leyéndolas y, de todos modos, ¿no había suficientes crímenes en el mundo sin necesidad de añadir más, aunque fueran de ficción?

—No es más que una forma de escapismo —repuso Pam, a la defensiva.

Si uno necesitaba escapar, en opinión de Gloria, se metía en un coche y se largaba. Su novela preferida seguía siendo, sin duda, *Ana de las tejas verdes*, que de pequeña había representado para ella una forma de ser que, aunque ideal, aún no se había vuelto imposible.

—Podríamos ir a tomar una buena taza de té a algún sitio —sugirió Pam.

—Tengo cosas que hacer en casa —se excusó Gloria.

—¿Qué cosas?

—Simplemente cosas —repuso Gloria.

Se había apuntado a una subasta en eBay de un par de galgos de Staffordshire que cerraba al cabo de dos horas, y quería estar ahí para la puja definitiva.

—Vaya, eres una mujer con secretos, Gloria.

—No, no lo soy —contestó ella.

Capítulo 4

Unas luces brillantes iluminaron de pronto un cuadrado blanco, volviendo más negra aún la oscuridad de alrededor. Seis personas se internaron en el cuadrado desde todas direcciones. Caminaban deprisa, entrecruzándose de una forma que le hizo pensar en soldados llevando a cabo una compleja instrucción en la plaza de armas. Uno de ellos se detuvo y empezó a balancear los brazos y hacer rotaciones de hombros, como si se preparara para un agotador ejercicio físico. Los seis empezaron a decir disparates.

—Nueva York único, Nueva York único, Nueva York único —decía un hombre.

—Cochecitos de bebé de caucho, cochecitos de bebé de caucho —repetía una mujer mientras hacía alguna clase de taichi.

El hombre que antes balanceaba los brazos le habló entonces al vacío, muy deprisa y sin detenerse a recobrar el aliento:

—Duermes peor que si se obligara a un ratón a alojarse en la oreja de un gato, si un bebé que está echando los dientes se tendiera junto a ti lloraría como si fueras la pareja de sueño agitado.

Una mujer detuvo sus andares desenfrenados y declaró:

—Cachorros de peluche blanditos, cachorros de peluche blanditos, cachorros de peluche blanditos.

Era como observar a los pacientes de un manicomio anticuado.

Un hombre emergió de la oscuridad al cuadrado de luz, dio una palmada y dijo:

—Muy bien, todo el mundo, si ya habéis acabado de ensayar, ¿podemos ocuparnos del vestuario, por favor?

Jackson se preguntó si sería buen momento para revelar su presencia. Los actores —«la compañía»— habían pasado la mañana llevando a cabo el ensayo técnico. Por la tarde iban a hacer el ensayo general con vestuario, y Jackson había esperado poder llevarse antes a Julia a comer algo, pero los actores ya iban ataviados con similares atuendos marrones y grises que parecían sacos de patatas. Se le cayó el alma a los pies al verlos. Para Jackson, el teatro, aunque por supuesto nunca se lo diría a ninguno de ellos, era comparable a una buena comedia navideña, a la que había que asistir a ser posible en compañía de un niño entusiasmado.

Los actores habían llegado el día anterior, tras tres semanas de ensayos en Londres, y se los habían presentado por fin esa misma noche, en el *pub*. Todos se habían deshecho en elogios: una mujer, mayor que Jackson, había dado saltitos como un niño pequeño, y otra (ya se había olvidado de sus nombres) se puso teatralmente de rodillas con las manos juntas como si rezara y diciendo «Nuestro salvador». Jackson había pasado vergüenza; no sabía cómo tratar a los artistas dramáticos, lo hacían sentir aburrido y mayor. Julia había permanecido en segundo plano (por una vez) y dio muestras de haber captado su incomodidad con un guiño que pudo haber sido lascivo, aunque Jackson no lo supo con seguridad porque hacía poco que (por fin) había admitido que necesitaba gafas. El principio del final; a partir de ahí todo

iba cuesta abajo.

Los actores formaban un pequeño grupo *ad hoc* con base en Londres, y Jackson había intervenido cuando, en el último momento, se habían quedado sin financiación para llevar la obra al Festival de Edimburgo. No por amor al teatro sino porque Julia lo había adulado y engatusado con su habitual estilo exagerado, que en realidad era innecesario: solo habría hecho falta que se lo pidiera. Era el primer trabajo real como actriz que tenía en una temporada, y él había empezado a preguntarse (nunca a ella, Dios nos libre) por qué se hacía llamar actriz cuando apenas actuaba. Cuando creyó que estaba a punto de perder el papel en el último momento por falta de dinero, se había sumido en una profunda melancolía tan poco característica en ella que Jackson se vio impelido a animarla.

La obra, *Buscando el Ecuador en Groenlandia*, era checa (o quizá eslovaca, en realidad no había prestado mucha atención), una pieza existencialista, abstracta e incomprensible que no trataba ni sobre el ecuador ni sobre Groenlandia (y, de hecho, tampoco sobre la búsqueda de nada). Julia se había llevado el guión a Francia y le había pedido que lo leyera, para observarlo mientras lo hacía y preguntarle «¿Qué te parece?» más o menos cada diez minutos, como si él supiera algo de teatro, lo que no era cierto.

—Me parece... bien —había respondido, indefenso.

—Así pues, ¿crees que debería aceptar el trabajo?

—Dios santo, sí —repuso él, demasiado rápido.

Mirando atrás, se daba cuenta de que nunca había existido la posibilidad de que Julia no aceptara el papel, y se preguntaba si ella habría sabido desde el principio que la financiación iba a ser una pesadilla y había querido que se sintiera involucrado de algún modo con la obra. No era una persona manipuladora, más bien al contrario; pero a veces tenía una capacidad de previsión que lo sorprendía.

—Y, si tenemos éxito, recuperarás el dinero —respondió de buen humor cuando él se ofreció—. Y, nunca se sabe, puede que obtengas beneficios.

«En tus sueños», pensó él, pero no lo dijo.

—Nuestro ángel —lo había llamado Tobías, el director, la noche anterior mientras le daba un abrazo de marica.

Tobías tenía más pluma que un pavo real. Jackson no tenía nada en contra de los homosexuales; solo deseaba que a veces no fueran tan gays, en especial cuando los estaban presentando en lo que había resultado, por desgracia, un *pub* escocés de machotes, a la antigua. Su «salvador», su «ángel»; cuánto lenguaje religioso procedente de una gente que no era nada religiosa. Jackson sabía que no era ni un salvador ni un ángel. Era tan solo un tipo. Un tipo que tenía más dinero que ellos.

Julia lo vio y le hizo señas de que se acercara. Estaba colorada y le temblaba el párpado izquierdo, indicio por lo general de que estaba sometida a demasiada tensión. El pintalabios ya casi se le había borrado y tenía el cuerpo camuflado por el disfraz de penitente de tela de saco, de forma que no parecía Julia. Jackson supuso que la

mañana no había ido bien. No obstante, lo abrazó con una gran sonrisa (uno podía decir lo que fuera de Julia, pero era una verdadera actriz) y él la estrechó entre sus brazos y oyó su respiración, húmeda y superficial. La «sede» de su teatro improvisado estaba bajo el nivel del suelo, en las entrañas de un edificio centenario que era una maraña de húmedos pasadizos de piedra que salían en todas direcciones, y se preguntó si Julia sobreviviría allí abajo sin morir de tisis.

—¿No vamos a comer, entonces? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Ni siquiera hemos acabado del todo con la parte técnica. Tendremos que trabajar toda la hora de la comida. ¿Qué tal te ha ido la mañana?

—He dado un paseo —respondió Jackson—; he ido a un museo y a la Camera Obscura. Le he echado un vistazo a la tumba de *Bobby de Greyfriars*...

—Oh.

Julia puso cara de tragedia. La mención de un perro, cualquier perro, siempre provocaba un reflejo emotivo en Julia. La noción de un perro muerto hacía subir bastante el grado de la emoción. La mera idea de un perro muerto y fiel era casi más de lo que podía soportar.

—Sí, le he transmitido tus condolencias —añadió Jackson—. Y también he visto el nuevo edificio del Parlamento.

—¿Qué tal es?

—No sé. Nuevo. Raro.

Advirtió que en realidad no lo estaba escuchando.

—¿Debería quedarme? —preguntó.

Ella puso cara de pánico y dijo a toda prisa:

—No quiero que veas el espectáculo hasta la noche del estreno ante la prensa, todavía está un poco verde.

Julia siempre era optimista con todos sus trabajos, así que Jackson supuso que «un poco verde» significaba que era «malo del carajo». Ninguno de los dos se dio por enterado. Advirtió que Julia tenía arrugas alrededor de los ojos que no recordaba haber visto ahí dos años antes. Ella se puso de puntillas para dejarse besar y dijo:

—Tienes mi permiso para largarte. Pásatelo bien.

Jackson le dio un casto beso en la frente. La noche anterior, después del *pub*, había esperado echar un polvo heroico con Julia en cuanto entraron por la puerta del piso de alquiler en Marchmont que los promotores le habían conseguido. Los sitios nuevos solían llenarla de energía en lo que concernía al sexo, pero en lugar de ello dijo:

—Cariño, si no me voy a la cama ahora mismo, me muero.

No era propio de Julia no querer sexo; Julia siempre quería sexo.

Supuso que era un piso de estudiantes en la época de clases: había marcas de cinta adhesiva en la pared y un cuarto de baño en el que utilizó dos botellas de lejía antes de que empezara siquiera a parecer limpio. Julia no limpiaba baños; la verdad era que

Julia no hacía nada en la casa, o nada que se notara.

—La vida es demasiado corta —decía.

Había días en que Jackson pensaba que la vida era demasiado larga. Se había ofrecido a pagar algo mejor, más caro, incluso un hotel toda la temporada si Julia quería, pero ella se había sentido incómoda con la idea.

—¿Todos los demás llevando una vida miserable mientras yo vivo rodeada de lujos? No me parece bien, cariño, ¿a ti sí? Solidaridad de grupo y todo eso.

Al despertar aquella mañana encontró el lado de la cama de Julia tan frío y liso como si no hubiera yacido inquieta junto a él en toda la noche. Advirtió que su presencia no perturbaba el aire del piso de Marchmont; no estaba bañándose, ni respirando o leyendo, pues ninguna de esas cosas las hacía en silencio. El corazón le dio un pequeño vuelco de pena ante su ausencia. Intentó recordar la última vez que Julia había despertado antes que él. No le parecía que hubiese pasado nunca. A Jackson no le gustaban los cambios, le gustaba pensar que las cosas podían quedarse igual para siempre. Los cambios eran insidiosos, se te acercaban con sigilo por detrás como en el juego del pajarito inglés. De un día para otro, Julia y él parecían los mismos de siempre, pero si pensaba en ellos dos años atrás era como si fueran personas distintas. Entonces se habían aferrado el uno al otro, agradecidos y autocompasivos supervivientes del desastre y la catástrofe; ahora no eran más que los restos del naufragio que flotan en las aguas tras la tormenta. ¿O era la tempestad? Nunca estaba seguro de la diferencia.

—Ah, espera, tengo algo para ti —dijo Julia hurgando en el bolso para sacar por fin un horario de autobuses municipales.

—¿Un horario de autobuses? —preguntó cuando ella se lo tendió.

—Sí, un horario de autobuses. Así podrás coger un autobús. Y toma, llévate mi pase de día.

Jackson no tenía la costumbre de ir en autobús. Los autobuses, en su opinión, eran para los viejos, los jóvenes y los desposeídos.

—Ya sé qué es un horario de autobuses —replicó, más bien grosero, incluso para sus propios oídos, y añadió—: Gracias, pero lo más probable es que vaya a ver el castillo.

—Y desapareció como por arte de magia —la oyó decir Jackson cuando se alejaba.

En el camino de salida del laberinto, casi esperó encontrar estalactitas y estalagmitas («Estalactitas desde el techo, estalagmitas desde el suelo», musitó inesperadamente en su mente la voz de su antiguo profesor de geografía). El sitio entero estaba tallado en la roca, con las paredes enmohecidas e iluminación tenue, una caverna subterránea que le ponía los pelos de punta. Pensó en su padre bajando a la mina cada noche.

Daba la sensación de ser un edificio increíblemente enfermo. Supuso que habría

inhalado bacilos de la peste. Y si hubiera un incendio no imaginaba que nadie pudiera salir vivo. Un poco más allá, calle arriba, había habido un dramático incendio un par de años antes, y se dijo que era probable que fuera algo bueno: la peste seguida por un fuego purificador. Le había preguntado a una aletargada chica en la taquilla si tenían un certificado de prevención de incendios, y en tal caso si podía verlo, y ella se había quedado mirándolo como si tuviera monos en la cara.

A Jackson le gustaba que se hicieran las cosas como es debido. Había una carpeta en su casa en Francia con una pulcra etiqueta en que se leía «qué hacer cuando me muera» y contenía toda la información que cualquiera necesitaría para poner en orden sus asuntos: el nombre y la dirección de su abogado, el poder notarial para el mismo abogado (por si empezaba a chochar antes de morir), su testamento, su póliza del seguro, sus detalles bancarios... Estaba bastante seguro de tenerlo todo cubierto, todo cuadrado, porque en el fondo seguía estando en el Ejército. Tenía cuarenta y siete años y gozaba de buena salud, pero había visto a mucha gente morir cuando no preveía hacerlo y no tenía ninguna razón para pensar que a él no le pasaría. Había cosas que podían controlarse y otras que no. El papeleo, como solía llamarse, podía controlarse.

Jackson era exmiembro del Ejército, expolicía, y ahora exdetective privado. Extodo, con excepción de Julia. Había vendido su empresa de investigación privada y se había retirado de forma precipitada e inesperada del mundo laboral después de heredar dinero de una clienta, una anciana llamada Binky Rain. Era una cantidad considerable de dinero: dos millones de libras, más que suficiente para guardar una parte para su hija y comprarse una casa en Francia en las estribaciones de los Pirineos, con un riachuelo con truchas, un huerto de frutales y un prado con dos burros incluidos. Su hija, Marlee, tenía ya diez años, y estaba llegando a una edad en la que prefería los burros antes que a él. Esa vida en Francia había sido su sueño; ahora era su realidad. Lo había sorprendido la diferencia entre los dos.

Julia decía que dos millones no era tanto en realidad, que dos millones «apenas» suponían un piso en Londres o Nueva York. «Un avión privado te costaría veinticinco millones —comentó como quien no quiere la cosa—, y si hoy en día compraras un buen yate con cinco millones, no te devolverían mucho cambio». Julia nunca tenía dinero y sin embargo se comportaba siempre como si lo tuviera («Ahí está el truco, cariño»). Ni siquiera había visto nunca, que él supiera, un yate de cinco millones de libras, y mucho menos subido a bordo de uno. Jackson, por el contrario, tenía dinero y se comportaba como si no lo tuviera. Llevaba la misma raída chaqueta de cuero que antes, las mismas fieles Magnum Stealth en los pies. Seguía luciendo un mal corte de pelo y seguía siendo un pesimista. «¿Todos los demás llevando una vida miserable mientras yo vivo rodeada de lujos? No me parece bien, cariño, ¿a ti sí?». No, no se lo parecía.

—Caramba, podrías gastarte dos millones en un solo día, si te lo propusieras —había comentado Julia.

Tenía razón, por supuesto; heredar esos dos millones había sido como si le tocara la lotería («dinero de clase baja», lo llamaba Julia). El dinero de verdad era el dinero antiguo, la clase de dinero que uno nunca podría gastar del todo por mucho que lo intentara. Se transmitía de generación en generación y se atesoraba. Procedía de cercar los campos de tus campesinos, de meterte desde el principio en la revolución industrial y de comprar esclavos para que te cortaran la caña de azúcar. La gente con dinero de verdad lo dirigía todo.

—Y esa es la gente que no nos gusta —añadía Julia—. El enemigo de un futuro socialista. Que está a la vuelta de la esquina, ¿verdad, cariño? Y siempre lo estará, por los siglos de los siglos, amén; Dios no quiera que lleguemos algún día a alguna clase de utopía edénica en la Tierra, porque entonces tendremos que vivir nuestras vidas en lugar de quejarnos de ellas.

Jackson la había mirado sin convicción. No creía haber oído nunca la palabra «edénica», pero no estaba dispuesto a preguntarle qué significaba. No hacía mucho, podía leer en Julia como en un libro abierto; ahora, a veces no la entendía.

—Supéralo, Jackson —le dijo—; los siervos son libres y vagan por la tierra, comprando acciones en mercados asiáticos de alto riesgo.

Lo gracioso era que Julia hablaba a veces igual que su esposa. A su esposa también le gustaba discutir. («Solo discuto con la gente que me gusta —decía Julia—. Eso significa que contigo me siento segura»). Por lo general, Jackson solo discutía con la gente que no le gustaba). Su exmujer, tuvo que recordarse. Otro «ex» en su vida. Estaban divorciados, ella se había vuelto a casar y estaba embarazada de otro hombre, y sin embargo aún pensaba en ella —de forma más técnica que emocional— como su mujer. Quizá la culpa era del católico que llevaba dentro.

Y Julia se equivocaba. Todos los siervos estaban viendo *reality shows* en la televisión, el nuevo opio del pueblo. Él mismo los veía a veces; en Francia tenía banda ancha vía satélite, y no podía creer que hubiese tanta ignorancia e insensatez en la vida de la gente. A veces, al encender el televisor, tenía la sensación de estar viviendo en una versión malísima del futuro, una para la que no recordaba haberse apuntado.

Se abrió camino en una larga cola que se agolpaba en el umbral. Estaban haciendo cola para alguna clase de comedia. Se encontró mirando un cartel, con la foto de un hombre que esbozaba una mueca cómica demencial: «RICHARD MOAT: VIAGRA CÓMICA PARA LA MENTE», rezaba. Costaba mucho hacer reír a Jackson. «En mis tiempos —se dijo—, la comedia era divertida». En mis tiempos: eso decía la gente mayor, la gente que ya había dejado atrás sus tiempos.

De nuevo en la calle, bajo lo que pretendía ser la luz del día, lo recibieron unos bloques de pisos, antiguos y altos, que se miraban sin comprenderse desde ambos lados de la calle, dando la sensación de que fuese un túnel, de que hubiese caído la noche. De no haber habido gente alrededor, podría haberse confundido con el plató de una película basada en una novela de Dickens. Podría haberse confundido con el

pasado mismo.

Julia decía que aquel era un buen sitio en que estar, aunque los había decepcionado no haber conseguido «entrar en el teatro Traverse».

—Pero de verdad que este sitio está bien —había insistido Julia—; es céntrico, hay mucha gente.

Había tenido razón con lo de que había mucha gente, pues el sitio estaba abarrotado; «a reventar», como habría dicho su padre. El padre de Jackson había sido minero, oriundo de Fife, y no habría tenido demasiado tiempo para esa capital cara y próspera. Demasiado cursi. «Cursi» era una palabra que utilizaba Julia. Últimamente el vocabulario de Jackson parecía lleno de palabras de otra gente, sobre todo de gente de Francia puesto que ese era ahora su «lugar de residencia», que era algo distinto de «hogar».

Aparte de haber sido concebido durante unas vacaciones en Ayrshire (por lo menos según su padre), no había estado antes en Escocia. Nunca se había detenido a pensarlo, pero ahora le parecía extraño (y psicológicamente revelador) que no hubiese visitado antes la tierra de su padre. Al bajarse del tren en la estación de Waverley el día anterior, había esperado que el cincuenta por ciento escocés de sus genes reconociera su patrimonio. Pensó que quizá descubriría un vínculo emocional con un pasado que no había conocido, que recorrería las calles y las caras le resultarían familiares, que volvería una esquina o subiría por una escalera y experimentaría una especie de epifanía, pero en realidad Edimburgo se le hacía aún más extraño que París.

Al abrirse paso entre la multitud, intentó dirigirse hacia el castillo. La prehistórica parte de pájaro de su cerebro a la que solía dársele tan bien orientarse parecía haberse tomado unas vacaciones desde su llegada a Edimburgo, probablemente porque se había visto degradado a la condición de peatón («degradado» era la palabra apropiada porque, seamos realistas, los peatones eran seres inferiores). Para entender la topografía de Edimburgo, su cerebro necesitaba estar conectado por línea directa al volante de un coche. Era una persona para la que el coche suponía una prolongación de su pensamiento. Al instalarse en Francia, había abandonado a su antiguo amor, el BMW, y ahora tenía un Mercedes flamante de ciento cincuenta mil euros a buen recaudo en su granero francés.

En ese momento, por supuesto, todo cuanto tenía era un billete de transporte público en el bolsillo. No entendía cómo se las apañaba la gente sin coches.

—Van andando —decía Julia.

Ella no caminaba mucho, iba en metro o en bicicleta. A Jackson no se le ocurría nada más peligroso que ir en bici por Londres. («¿Siempre te has preocupado tanto? —quiso saber Julia—. ¿O solo desde que nos conocemos?»). Julia pecaba de temeraria. Él se preguntaba si era porque no se le pasaba por la cabeza que pudiera morir o porque no le importaba morir. Aparte de una hermana, todos los familiares de Julia estaban muertos, un hecho por el que parecía que tratara la existencia con

extraña despreocupación. («Todos tenemos que morir tarde o temprano». Sí, pero aún no).

—Sé franco, Jackson, sin un coche te sientes amedrentado —le dijo Julia en el viaje de tren desde Londres. «Amedrentado» era una palabra típica de Julia: arcaica y teatral.

—No es cierto —respondió él—. Me siento como si no pudiera ir a ningún sitio.

—Ahora estás yendo a algún sitio —puntualizó ella cuando pasaban por la estación de Morpeth.

Al principio del viaje, Jackson había comentado que «iniciaban el trayecto de subida a Escocia», y ahora, varias horas más tarde, de esa forma incongruente tan típica de Julia, se volvió hacia él y dijo, enfadada:

—Y no se dice «subir», desde Londres; se dice «bajar», porque es la capital.

—Ya lo sé —repuso Jackson—, no soy un paleta. Pero me parece una estupidez. Edimburgo también es una capital, y el Norte entero de Inglaterra está a todas luces más arriba geográficamente.

—Caray —contestó Julia con suavidad—. No sabía que te importara tanto.

Julia se equivocaba, no era el hecho de no tener coche lo que lo había «amedrentado», sino el dinero. Los hombres de verdad tenían que ganarse el pan. Tenían que trabajar duro en el tajo, tanto en el real como en el metafórico. No pasaban los días llenando sus iPods con tristes canciones *country* y dándoles manzanas a unos burros franceses.

Salió del teatro de Julia justo a tiempo de presenciar cómo un Peugeot plateado recibía un golpe por detrás de un Honda Civic (un coche de perdedor donde los haya). El tipo que se bajó del Honda estaba furioso, lo cual le pareció más bien innecesario puesto que ni siquiera le habían abollado el parachoques. Captó el acento, inglés como el suyo. Extranjeros en una tierra extraña. El hombre del Honda llevaba guantes de conducir. Jackson nunca había entendido para qué servían los guantes de conducir. El tipo del Peugeot no era robusto pero sí nervudo y con pinta de duro, de esos que parecen poder cuidar de sí mismos; pero su lenguaje corporal era conciliador, lo que hizo pensar a Jackson que estaba acostumbrado a hallarse en situaciones delicadas: era del Ejército o la policía. Sintió una pequeña punzada de empatía hacia el conductor del Peugeot.

El hombre del Honda, en cambio, era un chiflado dispuesto a embestir, y cuando de pronto blandió un bate de béisbol, Jackson cayó en la cuenta de que debía llevarlo consigo al apearse del coche. «Premeditación con resultado de lesiones corporales graves», pensó el expolicía en su interior. Ahí arriba tendrían términos distintos para describirlo; lo más probable era que ahí arriba tuviesen términos distintos para todo. En la parte de atrás del Honda había un perro. Oía el ruido sordo de sus ladridos, veía el hocico que arremetía contra la ventanilla del coche como si pudiera atravesarla y

acabar con el tipo del Peugeot. Era cierto lo que se decía sobre que la gente se parecía a su perro. Julia aún lloraba la pérdida de su mascota de la infancia, *Rascal*, un terrier entusiasta. Así era Julia, un terrier entusiasta.

Al ver el bate de béisbol, Jackson se volvió de pronto puro instinto. Empezó a abrirse paso zigzagueando entre la multitud, de puntillas, dispuesto a lo que fuera, pero antes de que llegara lo bastante cerca de la escena para no hacer nada, alguien de la cola había arrojado lo que parecía un maletín y derribado al conductor del Honda. Jackson se contuvo y observó. No quería implicarse si no era necesario. El hombre del Honda se levantó del suelo y se largó, y al cabo de unos minutos apareció en la escena un coche de policía. El sonido de la sirena acercándose hizo que le latiera más rápido el corazón. No se oían sirenas de policía en la Francia rural. Dos mujeres policía, ambas jóvenes, una más guapa que la otra, salieron del coche, mostrando autoridad con sus chaquetas amarillas fluorescentes y sus cinturones voluminosos.

El tipo que había lanzado el maletín estaba sentado en el bordillo y parecía a punto de desmayarse.

—¿Está bien? —le preguntó Jackson—. Intente poner la cabeza entre las piernas.

Una sugerencia acrobática y con bastante carga sexual, pero el tipo trató de hacer lo que le decía.

—¿Puedo ayudarlo? —inquirió Jackson, agachándose junto a él—. ¿Cómo se llama?

El tipo negó con la cabeza como si no lo supiera. Estaba blanco como el papel.

—Yo me llamo Jackson Brodie —continuó—. Antes era policía.

Sintió un repentino e inesperado escalofrío. Eso era todo, esa era su vida entera, resumida en dos frases: «Me llamo Jackson Brodie. Antes era policía».

—¿Puedo ayudarlo?

—Estoy bien —respondió el tipo haciendo un esfuerzo—. Disculpe. Soy Martin Canning —añadió.

—No hace falta que me pida disculpas a mí —repuso Jackson—. Yo no soy el tío al que ha derribado.

Eso fue un error: el tipo pareció horrorizado.

—Yo no lo he atacado. Estaba intentando ayudarlo a él —explicó señalando al conductor del Peugeot, que seguía en medio de la calle y era atendido por los enfermeros.

—Lo sé, lo sé —repuso Jackson—. Lo he visto. Mire, le daré mi número de móvil. Llámeme si necesita que verifique su historia, si la policía o el conductor del Honda le dan algún problema. Pero estoy seguro de que no lo harán, no se preocupe.

Garabateó su número en la parte de atrás de un folleto de un espectáculo teatral que se había metido en el bolsillo y se lo entregó. Se incorporó, captando un crujido en las rodillas al hacerlo. Quería salir de allí. No le gustaba estar en la escena de un crimen y ver cómo la manejaban unas mujeres policía apenas unos años mayores que su hija; lo hacía sentirse un vejestorio. Un excedente. Sintió una imprevista punzada

de deseo por su placa.

Había anotado mentalmente la matrícula del Honda, pero se alejó sin prestar declaración a las policías. Se dijo que alguien más habría memorizado el número, que había personas suficientes para actuar de testigos, pero la verdad era que no quería verse envuelto en todo el follón burocrático. Si él no estaba al mando, entonces no quería formar parte de aquello. No era más que un transeúnte inocente, al fin y al cabo.

Capítulo 5

Archie y Hamish habían concebido un plan. En realidad consistía en actuar. Era como aparecer en una película. Entraban en una tienda por separado, con varios minutos de diferencia porque los dependientes se volvían paranoicos si más de un chico adolescente entraba en una tienda en un momento dado (era una ridiculez, pues ¿cuántos miles de veces había entrado en una tienda con Hamish y no habían cometido ningún crimen?). Curioseaban un rato en distintas partes de la tienda y luego, cuando el dependiente no los veía, Archie llamaba por el móvil a Hamish, y este contestaba la llamada y se ponía como una moto, justo en las narices del dependiente; unas veces solo parecía furioso con la persona que llamaba por teléfono: «Qué cojones, coño, jodido hijo de puta, ni te atrevas, gilipollas», esa clase de cosas. Otras veces introducía un toque de tragedia: la otra persona le comunicaba al parecer que le había ocurrido un terrible accidente a algún miembro de su familia. Cualquier cosa, en realidad; no tenía importancia, con tal de que atrajera la atención completa del dependiente: «¡Dios mío, mi hermanita no! ¡Oh, por favor, Dios santo, no!». A veces Hamish se pasaba un poco de la raya.

Todo ese rato Archie seguía fingiendo que miraba cosas por la tienda. Los artículos. Pero en realidad los estaba robando. ¡Ja! Para que funcionara, tenía que ser una tienda pequeña: con pocos dependientes y sin alarma en la puerta que detectara etiquetas de seguridad y mierdas de esas. Había aprendido de sus errores pasados. Por supuesto, si los sitios no tenían alarmas solía significar que no tenían nada que valiera la pena llevarse (no robaban porque sí, eso era una gilipollez; uno robaba porque quería algo). A veces Archie cogía la llamada y Hamish mangaba las cosas, pero, aunque no le gustara admitirlo, Archie era un desastre actuando.

Era el primer día del nuevo trimestre, la hora de comer en su escuela, y Archie no había resuelto aún si el uniforme del colegio los hacía parecer más amenazadores o menos. Era el uniforme de una «buena escuela»: su madre había mentido sobre dónde vivía, usando la dirección de una amiga para conseguirle plaza en Gillespie's. ¡Y luego decía que mentir estaba mal! Ella mentía constantemente. Todo lo que significaba para Archie era que tenía dos largos trayectos en autobús cada día.

Estaban en pleno festival, casi a medio verano, y había montones de extranjeros y visitantes gilipollas deambulando por la ciudad, pasándolo bien, todavía de vacaciones mientras ellos estaban ya de vuelta en el cole.

—Con eso basta para que un chico se dé al crimen, ¿eh, Archie? —dijo Hamish.

Tenía una forma rara de hablar y a Archie le había preocupado al principio que fuera afeminado, pero se daba cuenta ahora de que probablemente era solo pijo. A Hamish lo habían expulsado de Fettes y solo llevaba en la clase de Archie desde el año anterior. Era raro, pero Archie lo atribuía a que fuera rico.

Aquel sitio era un hallazgo, una tiendecita en el Grassmarket que vendía ropa de *snowboard*. Muy apetitosa. Había una sola dependienta, una bruja creída, toda

maquillaje y pose. Le gustaría «tirársela», eso la pondría en su sitio. No había conseguido tirarse aún a ninguna chica, pero pensaba en ello el noventa por ciento de las horas que pasaba despierto y el cien por cien de las que dormía.

Llamó al número de Hamish y colgó, y Hamish empezó su numerito:

—¿Qué quieres decir, mamá? ¿En qué hospital? Pero papá estaba bien esta mañana... —Etcétera.

Mientras, Archie metió una camiseta Quiksilver en la mochila. Quizá Hamish fue demasiado evidente, quizá la bruja creída estaba más al tanto de lo que parecía; fuera como fuese, de pronto estaban los dos poniendo pies en polvorosa, corriendo como jodidos atletas. Archie pensó que le iba a dar un ataque al corazón. Se detuvo y se dobló en dos, intentando recuperar el aliento. Hamish derrapó y chocó con él desde atrás. Se estaba meando de risa.

—La muy burra ni siquiera ha salido de la tienda —dijo, y entonces, mirando alrededor, añadió—: ¿Qué está pasando aquí?

—No sé, algo pasa.

—Una pelea —exclamó Hamish, levantando el brazo con gesto triunfal—. ¡Sí!

Archie vio aparecer el bate de béisbol, vio al tipo encogido en el suelo. Se volvió hacia Hamish y comentó:

—Qué guay.

Capítulo 6

Una de las mujeres policía preguntó:

—¿Va a ir con él en la ambulancia?

Parecía creer que era amigo del hombre herido, y como el hombre herido no tenía amigos en ese momento, Martin subió obedientemente a la ambulancia. «Trata al prójimo como a ti mismo».

Fue solo cuando llegaron por fin al nuevo hospital Royal Infirmary en las afueras de la ciudad que se percató de que ya no llevaba el maletín. Recordaba haberlo visto caer y deslizarse por los adoquines mojados, pero no sabía qué había pasado con él después. No era ninguna catástrofe: llevaba copia de todo en una minúscula tarjeta de memoria Sony en la cartera, y ese disco estaba a su vez duplicado, en la copia de seguridad que había en un cajón del «despacho». Imaginaba a quienquiera que encontrara su portátil poniéndolo en marcha, yendo a «Mis Documentos» y leyendo su trabajo, pensando que era una absoluta estupidez, leyéndoles pasajes a sus amigos en voz alta, y a todos ellos meándose de risa, porque le parecía que la clase de persona que encontraría su portátil sería de las que «se meaban» de risa en lugar de simplemente reírse. Y desde luego no soltaría risitas. Una persona menos burguesa, menos patética que Martin («Pareces una vieja», le había dicho su padre en más de una ocasión), una persona que consideraría que la vida y el trabajo de Martin merecían su desdén.

«Está pasando algo, Bertie —susurró Nina apoyándose en los hombros de Bertie para ver mejor a lord Carstairs en el jardín de invierno lleno de palmeras del castillo de Dunwrath».

Bertie era el compañero de diecisiete años de Nina Riley, al que esta había rescatado de una vida de hurtos.

También había correspondencia en los archivos de Martin («Muchas gracias por su carta, me alegro de que le gusten los libros de Nina Riley. Saludos, Alex Blake»). Quizá los extraños que se mearían de risa encontrarían su dirección y le devolverían el portátil. O quizá irían a su casa y le robarían el resto de sus posesiones. O quizá un coche le pasaría por encima al portátil, aplastaría la misteriosa placa base y combaría la pantalla de plasma.

El conductor del Peugeot estaba ahora consciente y bastante lúcido. Tenía un chichón tremendo en la frente, como un huevo enterrado bajo la piel.

—Mi buen samaritano —le dijo a la enfermera indicando a Martin con la cabeza—. Me ha salvado la vida.

—¿De verdad? —respondió la enfermera, sin saber muy bien si creer semejante hipérbole.

El conductor del Peugeot estaba envuelto en una manta blanca de algodón poroso, como un bebé. Forcejeó para sacar el brazo del envoltorio y se lo tendió a Martin.

—Paul Bradley —se presentó.

Martin le estrechó la mano y dijo:

—Martin Canning.

Tuvo cuidado de no darle un apretón demasiado fuerte al conductor del Peugeot, temiendo causarle más dolor, pero entonces le preocupó que pareciera debilucho. El padre de Martin, Harry, se mostraba firme con la cuestión de las presentaciones varoniles («No eres un puto mariquita, da la mano como un hombre»). No tenía por qué preocuparse: la mano sorprendentemente pequeña y suave de Paul Bradley lo aferró con la eficacia de un autómeta.

Martin llevaba meses sin tocar a otro ser humano, salvo de manera accidental, al coger el cambio de la cajera en el supermercado, al sostener a Richard Moat una noche sobre el retrete mientras vomitaba el alcohol de toda una velada. Había ayudado a una anciana a subir al autobús una semana antes y lo había sorprendido conmoverse tanto al sentir el tacto de su mano liviana y quebradiza.

—Parece que seas tú quien tenga que estar aquí tumbado, no yo —dijo Paul Bradley—. Estás blanco como el papel.

—¿De veras? —Se sentía en efecto un poco débil.

—Ha sido un incidente desagradable, por lo visto —comentó la enfermera.

«Incidente», así había llamado una de las agentes de policía al agresivo episodio. «Hará falta que le tomemos declaración sobre el incidente, señor». Una palabra agradable y neutral, casi como «inocente». Quizá podría utilizarla para describir lo que le pasó a él. «Ah, sí, bueno, cuando estaba en Rusia hubo aquel desafortunado incidente...».

Cuando entraron en urgencias, una recepcionista le pidió a Martin los datos del conductor del Peugeot, y Martin cayó en la cuenta de que ya había olvidado su nombre. Al del Peugeot se lo habían llevado en la camilla hacia el interior del hospital, y la recepcionista le dirigió una mirada de superioridad.

—Bueno, ¿podría averiguarlos? Y consiga también una dirección y el nombre de sus parientes más cercanos.

Martin fue en busca del conductor del Peugeot y lo encontró en un box separado por una cortina, donde una enfermera le tomaba la presión.

—Disculpe —susurró—, pero necesito sus datos.

El conductor del Peugeot intentó incorporarse, pero la enfermera se lo impidió con un suave empujón.

—Coge la cartera de mi chaqueta, amigo —dijo el del Peugeot desde su postura boca abajo.

Había una chaqueta negra de cuero colgada de una silla metálica en el rincón, y Martin metió la mano con cuidado en el bolsillo interior y sacó una cartera. Le pareció extrañamente íntimo hurgar en los bolsillos de otra persona, como un ladrón reacio. La chaqueta era de una piel cara y suave, supuso que de cordero, y tuvo que reprimir el deseo de ponérsela y sentirse otra persona. Blandió la cartera ante la enfermera, para que viera que la tenía y que no había hecho ningún truco, y ella

esbozó una agradable sonrisa.

—¿Quiere que le vigile la bolsa? —le preguntó al conductor del Peugeot.

Era una bolsa de deporte que había ido con ellos en la ambulancia, y el conductor del Peugeot respondió:

—Genial.

Martin interpretó que estaba conforme. La bolsa parecía casi vacía pero era sorprendentemente pesada.

La recepcionista hurgó con eficacia en la cartera del conductor del Peugeot. Paul Bradley tenía treinta y siete años y vivía en el norte de Londres. Llevaba un carné de conducir, un fajo de billetes de veinte libras y un contrato de alquiler con Avis por el Peugeot. Nada más, ni tarjetas de crédito, ni fotos, ni trocitos de papel con números de teléfono garabateados, ni recibos, ni billetes usados. Ningún indicio de un familiar cercano. Martin se ofreció para ese papel y la recepcionista respondió:

—Si ni siquiera sabía su nombre —pero aun así escribió «Martin Canning» en el formulario.

—¿Iglesia presbiteriana escocesa? —preguntó.

—Es inglés, así que mejor ponga Iglesia anglicana.

Se preguntó si habría una Iglesia galesa. Nunca había oído hablar de ella.

El hospital se parecía más a una estación o un aeropuerto que a un hospital, con gente de paso más que con un motivo para estar ahí. Había una cafetería y una tienda que era como un pequeño supermercado. No había indicios de que hubiera gente enferma en ningún sitio.

Se sentó en una sala de espera. Supuso que debería quedarse hasta el final. Leyó un número entero de la revista *Period Homes* y un ejemplar de *¡Hola!*, fechado tres años atrás. Recordaba haber leído en algún sitio que la hepatitis C vivía fuera del cuerpo durante mucho tiempo. Podías pillarla con solo tocar algo: el pomo de una puerta, un vaso, una revista. Las revistas eran más antiguas que el hospital. Alguien debía de haberlas metido en cajas para traerlas del antiguo Royal de Lauriston Place. Recordaba haber estado en urgencias de allí cuando su madre se había escaldado la mano durante una de sus poco frecuentes visitas. Eso era lo único que recordaba de la visita, no la vuelta en coche hasta Hopetoun House, donde dieron un encantador paseo por el parque seguido por un té, ni la comida en el Pompadour del hotel Caledonian, ni la visita al palacio de Holyrood; solo cómo se las había apañado para verterse el agua de la tetera en la mano. «Tu tetera», había dicho, como si Martin fuera responsable del punto de ebullición del agua.

La sala de espera parecía salida del Tercer Mundo, sucia, con sillas viejas que apestaban a orines. La habían llevado a un box con cortinas verde pálido manchadas de sangre seca. Ahora el viejo hospital sería convertido en pisos, entre otras cosas. Le parecía raro que la gente quisiera vivir donde otras personas habían muerto y sufrido

o simplemente se habían aburrido como ostras esperando su turno en las consultas. El propio Martin vivía en una casa victoriana en la zona de Merchiston, y antes de la casa, se suponía que ahí había habido un campo. Vivir en un sitio que había sido un campo parecía preferible a vivir en un sitio que había sido una sala de operaciones o una morgue. A la gente no le importaba; el ansia de viviendas en Edimburgo era casi primitiva. Una noticia del periódico de la semana anterior informaba de la venta de un garaje por cien mil libras. Martin se preguntaba si iba a vivir gente en él.

Se había comprado la casa tres años antes. Cuando se mudó a Edimburgo — después de cerrar su primer acuerdo editorial— vivió en un pequeño piso alquilado que daba a Ferry Road mientras ahorra para algo mejor. Se había mostrado tan obsesivo y maniático como todos los demás buscadores de casas, estudiando con detalle las guías de propiedades, corriendo como un velocista tras el pistoletazo de salida hacia las visitas de jueves por la noche y domingos por la tarde.

Se enamoró de la casa de Merchiston en cuanto traspuso el umbral un neblinoso día de octubre. Las habitaciones parecían llenas de secretos y sombras, y la tenue luz de la tarde atravesaba con suavidad los cristales de colores. «Opulenta», había pensado. Vislumbró cómo debió de haber sido antaño, oyó el eco de las risas de niños anticuados, los chicos con gorra de colegial a rayas, las chicas con vestidos con canesú y calcetines blancos cortos. Niños que conspiraban, planeando alegres travesuras ante el fuego del cuarto de jugar. Por todas partes la casa estaba llena de vida: una criada que lavaba y restregaba de buen grado —nada de resentimiento de clase— y que a veces ayudaba e instigaba a los niños en sus travesuras. Había un jardinero, y un cocinero que preparaba comidas a la antigua (arenques ahumados, crema de maizena, pasteles de carne). Y, supervisándolo todo, unos padres cariñosos, gentiles y de buen talante, salvo cuando las travesuras se descontrolaban, momento en que se convertían en árbitros severos y duros. El padre recorría todos los días un largo trayecto para hacer algo misterioso «en la oficina», mientras que la madre organizaba veladas de *bridge* y escribía cartas. En tiempos más aciagos tomaban al padre por un criminal o un espía y la familia se veía sometida a privaciones y pobreza temporales (la madre lo sobrellevaba todo de forma magnífica), hasta que todo se explicaba y se restituía.

—La quiero —le dijo a la mujer de la inmobiliaria que se la estaba enseñando.

—Usted y diez personas más que han presentado una solicitud —respondió ella.

La mujer no entendió que ese «la quiero» no era una simple afirmación sobre la compra de una casa, sobre inspeccionarla y hacer una oferta y pagarla, sino que era el grito de un corazón desesperado por tener un hogar. Tras la infancia itinerante con el Ejército, la adolescencia en un internado y la casita para empleados en el terreno de la escuela de Lake District, ansiaba tener su propio hogar. En la universidad había hecho una vez una de esas pruebas de asociación de palabras para el trabajo de psicología de un compañero, y cuando le mostraron la palabra «hogar» no había podido asociarla a nada en absoluto, se había encontrado con un espacio verbal donde debería haber

habido un sentimiento.

Cuando Harry, su padre, se retiró del Ejército, su madre había intentado persuadirlo de volver a su Edimburgo natal. Fracasó de manera lamentable y se fueron en cambio a vivir a Eastbourne. Resultó que el temperamento de Harry (en realidad no fue ninguna sorpresa) era incompatible con la jubilación, incompatible con el hecho de vivir en un sitio fijo, en una casa adosada de tres dormitorios con molduras de madera blanca, en una calle tranquila a cinco minutos del Canal de la Mancha. El mar no tenía ningún atractivo para él; cada mañana daba un enérgico paseo por la playa, pero con el propósito de hacer ejercicio y no por placer. Supuso un alivio para todos, en especial para su esposa, que tres años después de retirarse muriera fulminado de un ataque al corazón en plena discusión con un vecino que había aparcado ante su casa. «Nunca aceptó que era una vía pública», les explicó su madre a Martin y a Christopher en el funeral, como si aquella fuera de algún modo la causa de su muerte.

Su madre no tuvo la fuerza de voluntad necesaria para dejar Eastbourne —nunca había sido una persona con mucha iniciativa—, pero tanto Martin como Christopher gravitaron de vuelta a Escocia (como angulas o salmones) y vivían lo más lejos posible de ella.

Christopher era un aparejador que vivía por encima de sus posibilidades en la zona fronteriza entre Escocia e Inglaterra con su mujer neurótica y venenosa, Sheena, y sus dos hijos adolescentes sorprendentemente simpáticos. La distancia geográfica entre ellos era pequeña, pero apenas se veían. Christopher era una compañía incómoda; había algo forzado y poco natural en la forma en que se movía por el mundo, como si hubiera observado a otra gente y pensara que si la copiaba sería más aceptable, más auténtico. Hacía tiempo que Martin había perdido toda esperanza de ser como el resto de la gente.

Ni Martin ni Christopher se referían nunca a Eastbourne como al hogar familiar: su madre no tenía suficiente personalidad para infundirle a una vivienda la sensación de hogar. Siempre se decían el uno al otro: «¿Cuándo vas a volver a la casa?», como si la casa tuviese más carácter que su madre, y sin embargo apenas tenía identidad, repintada en el mismo tono de beige cada par de años, después de lo cual las paredes no tardaban demasiado en adquirir la pátina habitual de amarillo nicotina. Su madre era una fumadora empedernida, ese era quizá su rasgo distintivo. Martin creía que el infierno consistiría en soportar un eterno domingo de lluvia en casa de su madre: para siempre las cuatro de una tarde de enero con el olor al estofado de jarrete de buey que se cocía en la cocina sin ventilación. Humo de tabaco, té aguado, el dulzor casi insoportable de un bombón de chocolate. Una reposición de *Los asesinatos de Midsomer* en el vídeo.

Su madre era ya una anciana trémula, y sin embargo no mostraba indicios de morir. Christopher, que hacía equilibrios al límite de sus ingresos, se quejaba de que a ese paso viviría más que él y nunca llegaría a heredar la mitad de la casa de

Eastbourne que tanta falta le hacía a su cuenta corriente.

Martin había visitado a su madre no mucho después de aparecer por primera vez en las listas de los más vendidos. Le enseñó el «top 50» de aquella semana en la revista *Bookseller*, explicándole: «Alex Blake soy yo, es mi seudónimo». Él rio, y su madre exhaló un suspiro y dijo: «Oh, Martin», como si hubiese hecho algo especialmente fastidioso. Cuando compró la casa de Merchiston quizá no sabía muy bien qué convertía una casa en un hogar, pero sí sabía qué no.

Christopher había visitado la casa de Martin una sola vez, justo después de habérsela comprado; una visita difícil que la arpía de Sheena volvió aún más difícil.

—¿Para qué coño necesitas una casa tan grande, Martin? —había preguntado Christopher—. Si estás solo.

—A lo mejor me caso, y tengo hijos —había respondido Martin, a la defensiva.

—¿Tú? —aulló Sheena.

Había una habitación pequeña en la parte superior de la casa, con vistas al jardín, que Martin había destinado a estudio. Le dio la sensación de que era la clase de habitación en que podría escribir algo con fuerza y carácter, no las trilladas novelas de Nina Riley sino un texto en que cada página fuera una dialéctica creativa entre pasión y razón, una obra maestra revolucionaria. Para su decepción, no solo no pasó eso, sino que además toda la vida que había captado en la casa desapareció una vez la hubo comprado. Ahora, cuando Martin entraba por la puerta, tenía la frecuente sensación de que allí nunca había vivido nadie, ni siquiera él. No quedaba ni rastro de alegres travesuras. «Alegre» era una palabra que a Martin le gustaba en especial. Siempre había pensado que si tenía hijos les pondría nombres que aludieran a la alegría, como Sonny y Merry. El nombre hace al hombre. Había algo que decir a favor de todos esos nombres de influencia religiosa: Patience, Grace, Chastity, Faith. Mejor llevar el nombre de una virtud que acabar con un poco memorable «Martin». Jackson Brodie, ese sí era un buen nombre. Se había mantenido sereno ante los acontecimientos. («Antes era policía»), mientras que Martin se había mareado con tanta emoción. No había sido emoción de la buena, como la de las alegres travesuras, sino como la de los «incidentes».

En la universidad, había salido por poco tiempo con una chica llamada Storm^[1] (porque había tenido novias, pese a lo que pensaba la mayoría de la gente). Había sido una experiencia —una experiencia más que una relación— que lo llevó a creer que las personas hacían honor a sus nombres. Martin era bastante aburrido por lo que a nombres respectaba, pero «Alex Blake» tenía cierto ímpetu. Los editores habían considerado que el nombre de Martin no tenía suficiente garra. El seudónimo Alex Blake fue elegido tras una larga deliberación, la mayor parte de la cual excluyó a Martin. «Un nombre fuerte, firme —había concluido su editora—, para compensar». Compensar qué, no lo había dicho.

Sin querer, le dio un golpe a la bolsa de Paul Bradley con el pie, y notó algo duro y rígido en lugar de la ropa blanda que habría esperado. Se preguntó qué llevaría

consigo un hombre como ese, de una eficiencia admirable incluso estando herido. ¿De dónde vendría? ¿Adónde iría? Paul Bradley no parecía alguien que hubiese acudido por el festival; parecía alguien con un propósito más concreto.

Martin se miró la muñeca buscando el reloj y recordó que no había conseguido encontrarlo esa mañana. Sospechaba que Richard Moat lo había «tomado prestado». Cogía cosas prestadas a menudo, como si el hecho de estar en la casa de alguien le diera derecho a usar también todas sus pertenencias. Los libros de Martin, sus camisas, su iPod («Escuchas verdadera mierda, Martin») se habían visto en posesión de su huésped en un momento u otro. Incluso había encontrado las llaves de repuesto del coche de Martin y parecía pensar que podía usarlo cuando quisiera.

El reloj era un Rolex Yacht-Master que Martin se había comprado para celebrar la venta de su primer libro a un editor. Había sido un derroche que lo hizo sentir culpable y se había sentido obligado a donar una cantidad equivalente a alguna organización benéfica para acallar su conciencia. A Prosthetics Outreach, un proveedor de prótesis para víctimas de minas antipersona. El coste de su Rolex era equivalente a casi un centenar de brazos y piernas en algún lugar en el inimaginable mundo subyacente a lo que se hacía llamar civilización. Por supuesto, si no hubiese adquirido el Rolex podría haber comprado doscientos brazos y piernas, así que la culpa se duplicó en lugar de aliviarse. El precio del reloj era insignificante en comparación con la casa de Merchiston. Con lo que había costado la casa probablemente podría haber proporcionado miembros ortopédicos a todos los amputados del mundo. Seguía llevando el reloj, aunque le recordara cada día el «incidente» de Rusia. Ese era su castigo, no olvidarlo nunca.

Richard Moat ya debía de haber acabado su espectáculo. Suponía que después estaría en algún bar bebiendo y haciendo vida social, estableciendo contactos. Se trataba de una grabación excepcional de la BBC, un «escaparate» para varios cómicos. El espectáculo habitual de Richard era a las diez. «La comedia siempre pasa por la noche», le explicó a Martin, afirmación que Martin encontró bastante graciosa y así se lo hizo saber a Richard.

—Ajá —repuso Richard de esa forma suya extraña y lacónica, tan de Londres.

Era un hombre de chistes, no una persona graciosa por naturaleza, y en las dos semanas que lo conocía no había hecho reír a Martin ni una sola vez, al menos no a propósito. Quizá lo reservaba todo para el espectáculo de las diez. Había tenido sus días de gloria en los años ochenta, cuando era fácil fingir interés por la política. Después de que pusieran a Thatcher de patitas en la calle, la estrella de Richard Moat empezó a declinar, aunque nunca había llegado lo suficientemente lejos para hacer un retorno, y se mantuvo a base de apariciones en concursos «alternativos», proporcionando un relleno fiable para los programas de entrevistas e incluso actuando un poco (y mal).

En general, a Martin le pareció preferible estar leyendo revistas antiguas y llenas de gérmenes en un hospital, esperando noticias sobre un extraño, que haciendo vida

social en algún bar del festival con Richard Moat.

Richard era amigo de un amigo de un conocido. Había llamado un día por las buenas, un par de meses atrás, para decirle que «tenía un bolo en el festival» y preguntarle si había alguna posibilidad de que le alquilara una habitación. Martin maldijo por lo bajo al conocido por darle su número. Siempre le había resultado difícil decir que no. Hubo una época, varios años atrás, en que había estado desesperado por acabar un libro pero lo interrumpía constantemente gente que llamaba a la puerta, una sucesión de excursionistas de Porlock (o eso le parecía a él), y había recurrido a dejar un abrigo y un maletín vacío en el recibidor de forma que, en cuanto llamaran al timbre, pudiera ponerse el abrigo, coger el maletín y decir:

—Oh, lo siento, salgo en este momento.

Eso fue durante el período de su vida en que acababa de mudarse a Edimburgo desde Lake y trataba de conocer gente, empezar de nuevo con una vida social activa, no ser ya el «señor Canning», el pesado de mierda, sino «Martin Canning, ¿qué tal? ¿Yo? Oh, soy escritor. Novelas policíacas. La última se llama *Romance en las Highlands*. De hecho, está en las listas de los más vendidos. ¿Que de dónde saco las ideas? Oh, no sé, siempre he tenido una imaginación muy viva, siempre he sentido el impulso de ser creativo. Ya sabe». Por supuesto, lo que pasó fue que, en lugar de tener una vida social activa, tuvo que cargar con toda clase de gente no deseada y pasarse los meses siguientes (y en algunos casos, años) tratando de librarse de ellos. La mayoría de esas personas no deseadas no parecían tener nada mejor que hacer que pasar a ver a Martin en cualquier momento del día o de la noche. Una en particular — un hombre llamado Bryan Legat— lo persiguió durante años.

Bryan era un fracasado de unos cuarenta años con un manuscrito sin publicar y un rencor amargo hacia todos los agentes de Gran Bretaña, todos y cada uno de los cuales habían sido incapaces de reconocer su genialidad. Martin había visto algunas de las cartas que Bryan había escrito como respuesta a las muchas negativas que había recibido. Cartas del tipo «Estúpida, estúpida zorra arrogante inglesa» y «Sé dónde vives, gilipollas ignorante», cuya locura asustaba a Martin. Bryan le había enseñado su manuscrito, su «obra maestra», titulado «El último conductor de autobús».

—Bueno —había comentado Martin con educación al devolvérselo a Bryan—, desde luego es distinta. Y sabes escribir, sin duda.

Y no estaba mintiendo: Bryan sabía escribir, podía coger una pluma con tinta turquesa y trazar una letra redonda y junta con verbos esparcidos al azar entre las frases, frases que en cada coma y signo de exclamación parecían anunciar que estaba loco. Pero Bryan sabía dónde vivía él, así que no estaba dispuesto a hacerlo enfadar.

Cuando sonó el timbre un día en particular, Martin se puso el abrigo, cogió el maletín y abrió la puerta de un tirón para encontrarse a un expectante Bryan en el umbral.

—¡Bryan! —exclamó Martin con una alegría que no sentía—. Qué sorpresa. Lo

siento, pero por desgracia ahora tengo que salir.

—¿Adónde vas?

—Tengo que coger un tren.

—Te acompaño a la estación —se ofreció Bryan de buen humor.

—No hace falta.

—No es molestia, Martin.

Al final habían ido juntos a Newcastle en el expreso de las once y media que salía de King's Cross. En Newcastle, Martin había escogido al azar un edificio de oficinas en el centro y había dicho: «Bueno, yo me quedo aquí», y se había metido en un ascensor. Acabó en la octava planta, en las oficinas de una inmobiliaria especializada en multipropiedad, donde había supuesto un alivio hablar de la compra de un inmueble de lujo en Florida «junto a un campo de golf y un polideportivo». Se llevó consigo los papeles sin firmar «para revisarlos» y los tiró en la primera papelera que encontró de camino a la salida. No hace falta decir que Bryan estaba esperándolo abajo, en el vestíbulo.

—¿Ha ido bien la reunión? —preguntó alegremente al ver a Martin.

Volvieron juntos a Edimburgo en el tren de las cuatro y media, y de un modo u otro Bryan acabó con él en el taxi desde Waverley. A Martin no se le ocurría nada que decirle excepto «Desaparece de mi vida para siempre, jodido chiflado», y de todas formas, para cuando había pagado el taxi, Bryan estaba ya a medio camino de la puerta, diciendo:

—¿Pongo agua a hervir? Quería hablar contigo sobre mi novela. He estado pensando en ponerla en presente.

El año siguiente, Bryan Legat murió al despeñarse en los acantilados de Salisbury Crag. No quedó claro si había saltado o caído (o, de hecho, si lo habían empujado). Martin sintió alivio y culpa a partes iguales cuando se enteró del fallecimiento de Bryan. Debería haberse hecho algo para ayudar a alguien tan claramente trastornado, pero él solo había sido capaz de decirle: «Tu uso del lenguaje vulgar es extraordinario».

Así pues, cuando se vio en el aprieto, se le había hecho difícil rechazar a Richard Moat. Cuando Richard había preguntado «¿En cuánto quedamos?», Martin respondió: «Oh, no, no seas tonto, no podría aceptar tu dinero». Como regalo, Richard le había traído un DVD de su última gira, y durante los días transcurridos desde entonces había comprado una botella de vino, cuya mayor parte se bebió él mismo, y como contribución a las tareas domésticas había llenado el lavaplatos una vez, intentando convertir la prosaica tarea en una actuación cómica. Martin tuvo que recolocar toda la vajilla en el aparato en cuanto Richard salió de la cocina. También había comprado una vez un caro filete que frío para sí, salpicando de grasa toda la cocina; en las demás ocasiones comía fuera, por lo visto.

Dos días antes, la noche del estreno (que Martin había conseguido evitar), Richard lo había invitado a «un curry» con «alguna gente» que habían llegado de

Londres para su espectáculo. Martin había sugerido el Kalpna en la plaza de Saint Patrick, porque era vegetariano («No como nada que tenga cara, de hecho»), pero de una forma u otra habían acabado en un sitio carnívoro a rabiarse que otra «gente» de Londres le había recomendado a Richard. Cuando llegó la cuenta, Martin se encontró insistiendo en pagarla él. «Gracias, Martin, muchas gracias —dijo uno de los de Londres—, aunque podría haberlo puesto en la cuenta de gastos, ya sabes».

—¿Qué opinas de que se fume en la casa? —había preguntado Richard diez minutos después de llegar, y Martin se había debatido entre el deseo de ser un anfitrión acogedor y cálido y el de decir que detestaba todo lo relacionado con el tabaco.

—Bueno... —había empezado a decir.

—Solo en mi habitación, por supuesto; no te haría respirar mi humo sucio y cancerígeno —lo interrumpió Richard.

Pero cada mañana al bajar, Martin se encontraba con un montoncito de colillas en el salón en cualquier plato (y una vez en una sopera) de la vajilla Wedgwood que Martin compró al mudarse.

Richard llegaba muy tarde y luego no aparecía hasta mediodía, algo por lo que se sentía agradecido. Una vez en pie se pasaba todo el rato al teléfono. Tenía un nuevo videoteléfono que Martin admiró con educación («Sí, es un trasto *sexy*, ¿eh?», admitió Richard), aunque le parecía extraño y más bien regordete y le recordaba a un intercomunicador de *Star Trek*. Richard se había descargado la sintonía de *Robin Hood*, el antiguo programa de televisión de los años cincuenta, como tono de llamada y su estúpido soniquete metálico estaba volviendo loco lentamente a Martin. Como antídoto, se había descargado hacia poco *Birdsong* y había supuesto una grata sorpresa que los pájaros sonaran tan reales.

Al mirar alrededor en urgencias, encontró un reloj en la pared detrás de sí y vio que era la una y media. Parecía mucho más tarde; el día había perdido su forma, distorsionado bajo el peso de una realidad inesperada.

Martin había leído una reseña maliciosa del espectáculo de Richard Moat en el *Scotsman*. Decía, entre otras cosas: «El humor de Richard Moat chirría por su banalidad hoy en día. Le da vueltas al mismo material viejo y cansino de hace diez años. El mundo ha seguido adelante, pero Richard Moat, no». Martin sintió vergüenza con solo leerla. No podía mencionarle a Richard que la había visto porque significaría que ambos tendrían que enfrentarse a lo espantoso que era todo, y Martin había sido víctima de las suficientes malas reseñas para conocer los atroces sentimientos que provocaban.

—Nunca leo mis reseñas —había soltado un taciturno Richard después del estreno.

Martin no lo creyó. Todo el mundo leía sus reseñas. Hacía unos cuantos años que

Richard no «hacía el festival», y fueran los que fuesen los sentimientos que abrigara entonces hacia Edimburgo (había tenido un éxito tremendo allí al principio de su carrera), se habían convertido ahora más que nada en aversión.

—A ver, es una gran ciudad —le dijo a uno de «los de Londres» durante su frenesí de carne en el abarrotado restaurante hindú que provocaba fobia a Martin—. Resulta fantástico verla y todo eso, pero no tiene libido. Y, por supuesto, la culpa de ello la tiene Knox.

A Martin le molestó la forma en que Richard dijo «Knox» con tanta familiaridad, a la ligera. Tuvo ganas de decir: «Knox bien pudo ser un capullo puritano reprimido y adusto, pero fue *nuestro* capullo puritano reprimido y adusto, no el tuyo».

—¡Exacto! —exclamó otro.

Llevaba unas gafas estrechas con gruesa montura negra y fumaba aún más que Richard. Martin, que llevaba gafas desde los ocho años, lucía unas ligeras sin montura en un intento de ocultar que tenía una vista defectuosa, en lugar de convertirlo en un rasgo distintivo.

—No tiene libido; muy bueno, Richard. —El hombre de las gafas de montura negra jalonó el aire con el cigarrillo para dejar claro que estaba de acuerdo—. Así es Edimburgo exactamente.

Martin quiso defender su ciudad, pero no acababa de ocurrírsele cómo. Era cierto, Edimburgo no tenía libido, pero ¿por qué querría alguien vivir en una ciudad que la tuviera?

—¡Barcelona! —exclamó otro de los amigos de Richard desde el otro extremo de la mesa (eran ruidosos y estaban muy borrachos).

—¡Rio de Janeiro! —soltó el hombre de las gafas anticuadas pero modernas.

El griterío de ciudades continuó («¡Marsella!», «¡Nueva York!») hasta que llegaron a «¡Ámsterdam!» y estalló una disputa sobre si Ámsterdam tenía su propia libido o si era «solo un emplazamiento para las transacciones comerciales explotadoras de la libido de otros».

—Sexo y capitalismo —intervino Richard lánguidamente—, ¿qué diferencia hay?

Martin esperó a que rematara el chiste, pero al parecer la cosa acababa ahí. En su opinión, había una gran diferencia entre los dos, pero entonces recordó haberse desnudado delante de Irina en aquella espantosa habitación de hotel, con sus vistas al Neva y las cucarachas correteando por los zócalos.

—Bien metidito en carnes. Hecho para la comodidad, no para la velocidad —había bromeado, muerto de vergüenza.

—*Da?* —Ella había soltado una risa complaciente, por lo visto sin entender una palabra.

El simple recuerdo lo hacía doblarse en dos como si lo hubiera golpeado un puño invisible.

—Chicas —anunció uno de ellos de pronto—. Deberíamos ir en busca de unas chicas después de esto.

La idea fue recibida con alarmante entusiasmo.

—¡Un *striptease*! —Richard rio por lo bajo como un adolescente.

—Oh, disculpa, Martin —intervino otro—; sentimos ser tan descaradamente hetero.

—¿Pensáis que soy gay? —preguntó Martin, sorprendido.

Todos se volvieron para mirarlo, como si hubiese dicho algo interesante por primera vez.

—No es nada malo, Martin —respondió Richard—. Todo el mundo es gay.

Martin habría discutido aquella afirmación ridícula, pero acababa de descubrir que estaba masticando un trozo de pollo de su «biryani de verduras». Se lo sacó de la boca tan discretamente como pudo y lo dejó en el borde del plato. Los últimos restos cartilagosos de una pobre ave maltratada a la que habían hinchado de hormonas, antibióticos y agua en un país extranjero. Sintió ganas de llorar por ella.

—No pasa nada, Martin —dijo Richard Moat, dándole una palmada en la espalda—. Estás entre amigos.

Sin preguntarle si quería ir o no, Richard lo informó de que le había dejado una entrada para el espectáculo cómico en la taquilla, pero cuando Martin llegó a la sala, la chica indiferente detrás del mostrador le dijo a otra chica indiferente:

—¿Hay invitaciones a nombre de Richard Moat?

La otra chica puso mala cara y miró alrededor mientras la primera volvía a clavar una furibunda mirada en la pantalla del ordenador.

Martin se encontró mirando un cartel del espectáculo. Era un primer plano de Richard haciendo una mueca estrafalaria. Un eslogan en la parte de abajo decía «VIAGRA CÓMICA PARA LA MENTE». Martin pensó que sonaba más desalentador que atrayente.

Al ver que ninguna de las chicas decía nada más, señaló un desvencijado palomar de madera en la pared del fondo con nombres enganchados con celo bajo cada casillero. En el que se leía «Richard Moat» había un sobre blanco. La segunda chica indiferente leyó el nombre escrito en él.

—¿Martin Canning? —preguntó con recelo, y se lo tendió sin esperar a que se lo confirmara.

Comprobó las entradas y encontró una nota garabateada en una de ellas: «Tu coche está aparcado delante de la librería Macbeth en Leith Walk, saludos, R.»

—¿Puedo entrar directamente? —preguntó.

La primera chica, sin apartar los ojos de la pantalla, respondió:

—No, tiene que hacer cola.

—Gracias.

La chica hizo caso omiso, como si él fuera invisible. Y Martin se había dirigido a la cola. Y entonces el hombre del bate de béisbol se había bajado del Honda.

Capítulo 7

Jackson se abrió paso por la Royal Mile, entre las multitudes y las chorradas a cuadros escoceses, hasta que por fin llegó al castillo, encumbrado en la roca volcánica casi al estilo cántaro. Pagó la entrada y recorrió el patio de armas, pasando ante las gradas erigidas para el espectáculo militar. «El espectáculo militar tiene una taquilla del cien por cien», le había contado Julia con tono de envidia, y que las entradas valían «su peso en oro», y sin embargo, al cabo de unos minutos de haber llegado a Edimburgo, un completo extraño (que afirmaba ser gaitero, aunque Jackson no le había visto gaita alguna) le había dado entradas gratis a Julia para el espectáculo. Trató de endilgárselas a Jackson, pero a él no se le ocurría nada peor que verse atrapado durante dos horas en la oscuridad y la humedad del verano viendo un espectáculo al aire libre que nada tenía que ver con la realidad de estar en el Ejército.

—No lo consideres algo militar —dijo Julia—. Considéralo un espectáculo teatral. «Una concentración de gaitas y tambores —añadió, leyendo de un programa que le había dado el supuesto gaitero— y un equipo de especialistas en acrobacias con motocicletas militares». ¿Bailarinas de las Highlands? Y... oh, mira, bailarines cosacos rusos. Suena divertido, ¿no crees?

—No.

Jackson no lograba imaginar que la obra de Julia tuviera la más mínima taquilla y no podía creer que alguien fuese a pagar buen dinero por ver *Buscando el Ecuador en Groenlandia*.

El castillo era un edificio brutal, muy escocés de cuento de hadas desde abajo, pero una vez dentro de sus ceñudos muros todo era húmedo y fatídico. (A su padre quizá le habría gustado esa parte de Edimburgo). El castillo no parecía tanto un producto de la ingeniería como un crecimiento orgánico, con las engalanadas piedras fundiéndose con el áspero y negro basalto de la roca base y con su propia historia sangrienta. Compró una guía pero no cogió un aparato de audio; odiaba esas cosas, la serena voz de alguna mujer (siempre una mujer) que regurgitaba retazos predigeridos de información, dictando cómo debías ver las cosas. Le recordaba a la voz de su GPS («Jane»). Había probado con otras voces en el GPS, pero para él no funcionaban: la francesa era demasiado sexy, la americana demasiado americana, e incluso si hubiese entendido la lengua no creía que pudiese haber confiado en una voz italiana diciéndole cómo conducir, así que al final siempre volvía al tono tranquilo e insistente de «Jane», una mujer que creía tener siempre la razón. Se parecía bastante a ir en un coche con su mujer. Su exmujer.

Llevaba encima la cámara de Julia, de modo que tomó unas cuantas fotos de la vista desde las murallas. Julia nunca fotografiaba vistas, decía que las fotos no tenían sentido si no salía gente en ellas, de manera que le pidió a un grupo de turistas japoneses que le hicieran una fotografía junto al Cañón de la Una en Punto. Los turistas japoneses parecieron considerarlo gracioso e insistieron en posar con él antes

de alejarse como una escuela de peces en pos de su guía.

Julia siempre esbozaba una sonrisa radiante ante la cámara como si fuera el día más feliz de su vida. Había gente fotogénica y gente que no lo era, y él tendía a verse huraño en las fotografías. Quizá no era solo en las fotografías. Julia le había dicho una vez que tenía «una conducta un tanto amenazadora», una percepción de sí mismo que había encontrado alarmante. Intentó asumir un aura más benigna para la foto con los japoneses. Durante un instante, les tuvo envidia. Imaginó que sería agradable pertenecer a un grupo; la mayoría de gente lo creía un solitario, pero sospechaba que cuando se había sentido más cómodo había sido al formar parte de una institución, primero el Ejército y después la policía. En su opinión, el individuo estaba sobrevalorado.

Encontró mesa en la terraza del café y pidió una taza de té y un pastel, uno de limón y semillas de amapola. Las semillas hacían que el pastel pareciera moteado de huevos de insecto, y se lo dejó casi todo. Julia pensaba que una salida no merecía la pena a menos que acabase con té y pastel. Jackson conocía todas las opiniones de Julia. Podría haber participado en uno de esos concursos de «Señor y señora tal» y respondido a todas las preguntas sobre sus gustos y aversiones. Se preguntaba si ella sería capaz de hacer lo mismo con él. Sinceramente, no lo sabía.

Una oleada de murmullos de excitación precedió al momento de disparar el Cañón de la Una en Punto. Se contaba que los ciudadanos de Edimburgo habían sido demasiado tacaños para pagar por doce disparos de cañón a mediodía y se habían conformado con un solo cañón a la una. Se preguntó si sería cierto. ¿Estaba justificada en realidad la reputación de roñosos de los escoceses? Como él mismo era medio escocés (aunque no sentía que lo fuera), le gustaba pensar que había sido generoso con el dinero incluso cuando no lo tenía. Ahora que lo tenía, trataba de distribuir su riqueza por todas partes: pendientes de brillantes para Julia, una vacada entera para un pueblecito en algún lugar de África. Hoy en día podías comprar obras benéficas en internet con la misma facilidad con que rebuscabas en las estanterías cibernéticas del supermercado Tesco.com, añadiendo cabras y pollos a tu «cesta de la compra» como si fueran paquetes de azúcar o latas de judías.

Sabía que, desde que heredara el dinero, había estado buscando formas de quitárselo de la conciencia; era culpa de su puritanismo interno, la vocecita que decía que si no sufrías por algo, no valía la pena tenerlo. Eso era lo que admiraba en Julia: era una absoluta y completa hedonista. Y no era que Julia no hubiese sufrido en su vida, porque lo había hecho, más que él. Ambos tenían una hermana a la que habían asesinado, ambos habían sido niños sin madre, y tanto el hermano mayor de Jackson como la hermana mayor de Julia se habían suicidado. Mala suerte que trae mala suerte. La clase de cosas de las que uno no hablaba porque no solía ser buena idea revelarles tanto deterioro a otra gente. Eso era lo bueno de Julia, que sus antecedentes familiares eran incluso más jodidos que los suyos. Eran dos personas extrañamente desconsoladas.

Jackson y Julia habían permanecido uno junto al otro en una morgue policial, contemplando los frágiles huesos de pájaro de la hermana de Julia, Olivia, desaparecida muchos años atrás. Esa clase de cosas proyectaban una larga sombra en el alma, y Jackson se temía que fuera el hecho de haber conocido ambos la pérdida lo que los había vuelto verdaderos compañeros del corazón. Sospechaba que podía no ser una cosa sana, y sin embargo, ¿no eran las punzadas de dolor compartido más fuertes que, digamos, la mutua adoración del esquí o la comida tailandesa o todas esas cosas en que las parejas basaban sus vidas?

—¿Una pareja? —había cavilado Julia al mencionarle él algo por el estilo—. ¿Es eso lo que piensas que somos?

—¿Tú no? —preguntó él, alarmado de pronto, y Julia rio.

—Por supuesto que sí —respondió sacudiendo la cabeza de forma que sus rizos brincaron como muelles. Jackson conocía bien ese gesto: casi siempre iba acompañado del disimulo por parte de Julia.

—¿No nos consideras una pareja?

—Nos considero tú y yo —repuso ella—. Dos personas, no una entidad.

Una de las cosas que le gustaban de Julia era su independencia; una de las cosas que no le gustaban de Julia era su independencia. Ella tenía su propia vida en Londres; Jackson la visitaba allí, y ella acudía a pasar temporadas en la casa de él en los Pirineos, donde encendían fuegos en las enormes chimeneas de piedra y bebían un montón de vino y hacían mucho el amor y hablaban de conseguirse un perro pastor de los Pirineos (o lo hacía Julia). A veces iban juntos a París, les gustaba muchísimo París, pero ella siempre regresaba a Londres.

—Para ti soy como una aventura de verano —se quejaba Jackson, y Julia respondía:

—Pero es maravilloso que sea así, ¿no?

En abril, por el cumpleaños de Julia, la llevó a Venecia, al Cipriani, aunque los dos descubrieron que una semana entera de cualquiera de las dos cosas, no digamos ya de ambas, era excesivo. Julia dijo que era como encontrar el mejor pastel del mundo y entonces no comer otra cosa, de forma que «acababas aborreciendo precisamente lo que más habías anhelado». Jackson se preguntó si citaba de una obra de teatro, algo que hacía a menudo, y él casi nunca pillaba la referencia.

—A mí no me va el dulce, para empezar —repuso con tono algo huraño.

—Pues menos mal que la vida no es en realidad como una caja de bombones, ¿no? —comentó Julia.

Esa referencia sí la conocía. No le había gustado nada esa película. En ese momento estaban en el vaporetto, recorriendo el Gran Canal, y le hizo una foto a Julia cuando pasaban ante Santa Maria della Salute. Adonde fuera que uno fuese, era como estar en un escenario. A Julia le sentaba de maravilla.

Por su cumpleaños, la llevó de «excursión» nocturna en góndola, junto más o menos al resto de turistas de Venecia.

—No va a ponerse a cantar, ¿verdad? —susurró Julia cuando se instalaron en el asiento de terciopelo rojo.

—Espero que no —repuso él—. Creo que se paga más si canta.

El gondolero, con la camiseta a rayas y el sombrero de paja, parecía un espantoso cliché turístico. Se acordó de las bateas en el río de Cambridge. Ese era el «antes» en que se había desarrollado su vida, donde se había criado Julia, donde su propia hija estaba creciendo ahora. Antes, Jackson nunca había considerado realmente que Cambridge fuese su hogar; su hogar estaba (por raro que fuera) en el Ejército, o en el sitio oscuro en que él se había criado, un sitio en que siempre llovía en sus recuerdos, y posiblemente en la realidad también. Ahora, con la maldición que suponía la retrospectiva, veía que Cambridge quizá había sido un verdadero hogar, un sitio seguro con una esposa, una casa y una hija. Otra clase de institución. Antes y después, así era que clasificaba su vida. Antes y después del dinero.

El gondolero no cantó, y resultó que después de todo no era tanto un cliché. Venecia era incluso más espléndida por la noche, con las farolas arrancando destellos como suaves joyas al agua negra, y algo insospechado y precioso ante lo que maravillarse en cada recodo del angosto canal; sintió brotar la poesía en su alma hasta que Julia le susurró al oído:

—No irás a proponerme que me case contigo, ¿verdad?

La idea ni se le había pasado por la cabeza, pero cuando la oyó decirlo, exactamente en el mismo tono en que había expresado su inquietud ante la posibilidad de que el gondolero cantara, sintió irritación hacia ella. ¿Por qué no debería proponerle el matrimonio, era acaso algo tan espantoso? Supo que no eran esas las circunstancias en que uno debía empezar una pelea (Venecia, cumpleaños, góndola, etcétera), pero no pudo evitarlo.

—¿Quieres decir que no te casarías conmigo si te lo pidiera? —preguntó a la defensiva.

—¿Me lo estás proponiendo, Jackson?

—No. Solo pregunto: si te lo pidiera, ¿me dirías que no?

—Sí, por supuesto que diría que no. —Se habían encontrado con una especie de atasco en el canal y pasaban junto a una gran góndola con un cargamento de americanos, casi rozándola—. Sé razonable, Jackson. Ninguno de los dos es de los que se casan.

—Yo sí —puntualizó él—, y tú nunca has estado casada, así que, ¿cómo vas a saberlo?

—Ese es un argumento engañoso —repuso Julia girando la cara para hacer alarde de contemplar las ventanas de algún palazzo.

La góndola se meció en el agua cuando el gondolero consiguió maniobrar por fin para dejar atrás a los americanos.

—Bueno, y ¿cómo ves tú nuestra relación? —insistió. Supo que no debía hacerlo—. ¿Nos vemos simplemente de vez en cuando, cuando a ti te apetezca, follamos

como locos, y al cabo de unos años nos aburriríamos uno del otro y se acabó? ¿Es así cómo lo ves? Por el amor de Dios, Julia —prosiguió con sarcasmo—, lo que quiero decir es que esta es la relación más larga que has tenido con nadie. ¿Cuál era antes tu récord... una semana?

—Caramba, has estado pensando en esto largo y tendido, Jackson, ¿no es así?

—Por supuesto que lo he pensado largo y tendido. Jesús, ¿tú no?

—Por lo visto no con tan escabroso detalle —contestó ella con indiferencia—. ¿De verdad crees, cariño, que el hecho de estar casados impediría que nos aburriésemos el uno del otro?

—No, pero esa no es la cuestión.

—Sí, lo es. Para ya, Jackson, no seas tan cascarrabias; vas a estropear una noche encantadora.

Pero la noche se había estropeado ya, claramente.

No estaba seguro de querer realmente casarse con Julia, pero encontraba preocupante su absoluta negativa con respecto a la cuestión. Supo que no podría sacar de nuevo el tema, no sin provocar una gran pelea, un hecho que se le encontró de un modo que encontró sorprendente.

El Cañón de la Una en Punto bramó sobre la ciudad y los turistas se estremecieron y rieron debidamente. La cosa pareció tener más que ver con el teatro que con la puntualidad, un espectáculo para japoneses y yanquis. Y nada que ver con cañonazos reales. Los cañonazos reales restallaban misteriosamente en la distancia o hacían explosión cerca con tanto estrépito que te reventaban los tímpanos.

Echó un vistazo al edificio que albergaba, en el corazón del castillo, el Monumento Nacional a los Caídos de Escocia. Lo sorprendió la belleza de su interior, estilo arts & crafts, lo sabía por Julia. Los nombres de los muertos, de tantísimos muertos, estaban escritos en grandes libros rojos. Sabía que tenía tres tíos abuelos (tres hermanos, que Dios ayudara a su madre) en algún lugar de esos libros, pero no los buscó. Escoceses por todo el globo erigiendo el Imperio Británico para luego morir por él. Su padre no había luchado en la Segunda Guerra Mundial porque la minería era una ocupación protegida. «Como si trabajar en turnos dobles en las entrañas de la tierra fuera un camino más fácil», se burlaba su padre. Cuando había dejado el colegio, a los dieciséis, Jackson había ido a apuntarse a la mina, pero su padre dijo que no había trabajado toda su vida «en ese sucio agujero» para que su hijo tuviera que hacerlo también. De modo que Jackson se había alistado en el Ejército, en un regimiento de Yorkshire, porque ahí estaba su hogar, no en ese lugar de piedra gris y viento huracanado. Francis, su hermano, había trabajado de soldador en la mina, y su padre no había hecho esfuerzo alguno por impedirselo. Pero cuando Jackson tenía dieciséis años Francis ya estaba muerto; él se había convertido en el único de los tres hijos que le quedaba a su padre y suponía que eso le había vuelto máspreciado en algún sentido, aunque lo cierto era que el viejo cabrón nunca lo había demostrado.

Se sintió relativamente poco conmovido por las huestes de muertos (la muerte era

un lugar común), por las placas de los caídos, por las mujeres, por los marinos mercantes. Ni siquiera los versos del poema de Binyon —«A la puesta de sol y al alba / los recordaremos»— en el Monumento a las Fuerzas Armadas Femeninas fue capaz de conmoverlo como solía hacer; fue algo totalmente distinto lo que disparó la emoción, un pequeño relieve tallado en la piedra a la altura de la rodilla, que representaba una jaula de canarios y una pequeña reunión de ratones, los amigos del tunelero, rezaba la inscripción. Parpadeó para contener las lágrimas, tosió y se aclaró la garganta de forma varonil para disimular la emoción. Julia se habría dejado caer de rodillas para acariciar la piedra como si fuese un animal. Y besarla, probablemente. Podía traerla a verlo cuando se hubiese inaugurado el espectáculo. A ella le gustaría.

En el exterior, cruzó el patio y sacó una fotografía del edificio que albergaba el monumento, pero supo que, cuando la revelara, parecería tan solo un edificio.

La cámara había sido su regalo para Julia las últimas Navidades, una bonita y maciza Canon digital que le había parecido un artilugio atractivo. Las fotos de Venecia aún estaban en la tarjeta de memoria, y mientras tomaba el té en la cafetería del castillo, echó un vistazo a las coloridas imágenes que semejaban cuadros en miniatura. Había habido un perfecto cielo azul de primavera la semana entera, de forma que, en la pequeña pantalla, las fotografías parecían minúsculos fondos de Canaletto con Julia o él añadidos. Solo había dos imágenes de ellos juntos: una en el Rialto, tomada por un amable turista alemán, y una segunda hecha con el temporizador de la cámara sentados en la cama extragrande del Cipriani, brindando con champán. La habían tomado justo antes de salir para el paseo en góndola.

Julia era muy fotogénica, cada vez esbozaba su amplísima sonrisa de labios pintados. Tenía una sonrisa estupenda. Jackson exhaló un suspiro, pagó el té y el pastel, dejó una gran propina en la mesa y salió del castillo.

Las multitudes fluían por la Royal Mile como la lava que antaño moldeara el paisaje a partir del fuego, rodeando obstáculos por el camino: la estatua de David Hume, un mimo, un gaitero, varios grupos de estudiantes de teatro, personas que repartían folletos (montones de ellas), otro gaitero, un comefuegos, un hombre que hacía malabares con fuego, una mujer vestida de María Estuardo, un hombre vestido de Sherlock Holmes. Otro gaitero. Desde luego era una ciudad *en fête*. Se hacía extraño pensar que muy lejos, en un país del que la gente no sabía nada, hubiese una guerra en marcha. Pero lo cierto era que siempre había una guerra en alguna parte. La guerra era la condición humana. La guerra había alimentado, vestido y pagado a Jackson en sus tiempos, así que tal vez no debería quejarse. (Aunque alguien debía hacerlo).

Anduvo hasta el palacio de Holyrood, compró una bolsa de patatas y volvió sobre sus pasos por la Royal Mile. «Un día más en que no ha pasado nada», se dijo. Se recordó que eso era bueno. ¿Cómo era aquella maldición china? «Ojalá vivas tiempos interesantes». Aun así, no sería muy terrible pedir que fuesen un poquito más

interesantes. Se acordó de los tipos del Honda y el Peugeot; para ellos había sido un día interesante. Sintió una punzada de culpa por no haberse comportado como un ciudadano comprometido y dar parte de la matrícula del Honda. Aún era capaz de recitarla, siempre había tenido buena memoria numérica aunque no se le daban las mates; era una de las muchas anomalías desconcertantes del cerebro.

Debía de tener pinta de lugareño porque alguien, un sueco o noruego, le pidió indicaciones.

—Lo siento —repuso—. Aquí soy un extraño. —No se decía eso, ¿verdad? «Extraño». La palabra correcta era «visitante». «Extraño» implicaba alguien ajeno, una amenaza. Para dejarlo claro, añadió—: Un turista. Yo también soy un turista.

Capítulo 8

Gloria abrió la puerta y se encontró cara a cara con otra pareja de mujeres policía. Se parecían mucho a las dos de antes, como si hubieran salido todas de la misma caja.

—¿La señora Hatter? —preguntó una de ellas con las malas noticias ya reflejadas en la cara—. ¿La señora Gloria Hatter?

Graham no estaba, como Gloria creía, en una crítica reunión con sus contables en Charlotte Square, sino en urgencias del nuevo hospital Royal Infirmary, tras haber sufrido un ataque al corazón en una habitación del hotel Apex en compañía de alguien que al parecer se hacía llamar «Jojo». Para ella, Jojo era un nombre de payaso, aunque resultó que era en realidad una chica de alterne, que no era más que otra forma de decir «puta».

—Eso es llamar las cosas por su nombre —repuso Gloria con un suspiro.

Las policías («Agente Clare Deponio, y esta es la agente Gemma Nash») parecían adolescentes que hubieran alquilado uniformes de policía para una fiesta de disfraces.

—Una simple llamada habría bastado —les dijo.

Preparó té, y se sentaron en el sofá de damasco melocotón en el salón en tonos melocotón, para hacer remilgados equilibrios con las tazas y platos Royal Doulton sobre las rodillas y mordisquear con educación las galletas caseras de Gloria. Estaba segura de que tenían cosas mucho mejores que hacer y sin embargo parecían agradecidas por el respiro.

—Supone un cambio —comentó una de ellas (Clare).

Estaban muy ocupadas, explicó Gemma, por culpa de un brote de «gripe estival» que estaba «derribando como bolos» a los policías de la zona.

—Tiene una casa bonita —comentó Clare con admiración.

Gloria contempló el salón de color melocotón e intentó verlo con los ojos de un extraño. Se preguntó qué echaría de menos si se lo quitaran todo. ¿El jarrón Moorcroft? ¿Las alfombras chinas? ¿Las porcelanas de Staffordshire? Le tenía cariño a su colección de Staffordshire. No echaría en falta el cuadro de encima de la chimenea, una pintura del siglo XIX con una escena de caza, que representaba a un ciervo aterrorizado, acorralado por una jauría de enloquecidos sabuesos: fue el regalo de Murdo Miller cuando Graham cumplió los sesenta. Y desde luego no echaría de menos el feo premio al Empresario Escocés del Año, que ocupaba el sitio de honor en la repisa de la chimenea. Estaba junto a la foto de Graham y Gloria el día de su boda, que por cierto era la única que tenían de aquel día. Si hubiese un incendio y Graham tuviera que elegir entre salvar la foto de boda y el premio al Empresario Escocés del Año, ella no dudaba en absoluto de que salvaría la poco atractiva escultura de resina. De hecho, puestos a elegir entre salvar el premio y salvar a Gloria, estaba bastante

segura de que lo escogería antes que a ella.

La agente que se llamaba Clare cogió la fotografía de la boda y preguntó con una comprensiva inclinación de cabeza, como si ya no pudiera hacerse nada por Graham:

—¿Es este su hombre?

Gloria se preguntó si no era extraño que estuviera tomando té en una delicada taza Doulton en lugar de precipitándose hacia urgencias a cumplir con sus deberes conyugales. La inevitable realidad de Jojo parecía haber vuelto menos imperiosa la situación. Una mácula en la triunfante posibilidad de la muerte de Graham.

Gloria cogió la foto de manos de Clare y la inspeccionó.

—Hace treinta y nueve años —explicó.

—Deberían darle una medalla por toda una vida de servicio —comentó Gemma.

—Jesús, eso es mucho tiempo, perdone que se lo diga —dijo Clare, y añadió—. Es una vergüenza lo que ha pasado, cómo lo han encontrado y todo eso. No es agradable para usted.

—Son todos unos capullos —murmuró Gemma, la más franca de las dos.

El pesado marco de plata de la foto del día de la boda no podía ocultar que no era obra de un profesional. Se había vuelto amarillenta con el tiempo y parecía una instantánea tomada por un familiar más bien inepto (que es lo que era). Le asombraba la apatía de ambas parejas de padres, que había tenido como resultado la falta de un testimonio fotográfico real del día.

Lamentaba no haber celebrado una boda tradicional con todos los detalles, porque ahora tendría un gran álbum de fotos forrado de piel blanca que mirar, fotos que demostrarían que una vez había tenido una familia que se preocupaba más por ella de lo que creía entonces, y en el álbum todo el mundo estaría en su mejor momento para siempre. Y Gloria sería el centro de todo, radiante, delgada y sin ser consciente de cómo la vida se le escurría ya entre los dedos. Le sorprendía que Graham hubiese acudido a un hotel Apex, no era su estilo en absoluto.

Había sido, de hecho, una boda más bien marrón. Graham iba vestido con un traje muy a la última y de un color que, cuando era pequeña, todo el mundo llamaba con despreocupación «piel de negro». Ella llevaba un abrigo de pieles que había comprado en una tienda de segunda mano en el Grassmarket. Era un abrigo estilo años cuarenta, hecho de castor canadiense en una época en que la gente no se preguntaba si estaba mal llevar pieles. Aunque ya no desearía llevar la piel de otro animal encima de la suya, como lo veía ahora, los castores hacía mucho que estaban muertos y habían llevado la vida feliz y sin complicaciones de los castores canadienses de antes de la guerra.

Si hubiese tenido un álbum de fotos forrado en piel blanca, habría conservado en sus páginas a su madre, su padre y su hermana mayor. Así como a Jill, la «primera en pasar a mejor vida», por supuesto, que había viajado hasta allí con una pandilla de amigos del colegio y había bebido toda la noche, hasta mucho después de que todo el mundo se fuera a la cama. El hermano de Gloria, Jonathan, no habría salido en las

fotos porque murió a los dieciocho años. Ella solo tenía catorce cuando Jonathan murió, y la niña que llevaba dentro había supuesto que volvería tarde o temprano. Ahora que era mayor y entendía que nunca iba a volver lo echaba más de menos que entonces.

Observando a las jóvenes agentes de policía subir al coche patrulla, pensó en Graham en una habitación de hotel, tendido en una cama de matrimonio con el cabezal de chapa, cambiando de canal de televisión y tomándose un filete con patatas, una patética guarnición a base de ensalada y una botella de clarete, mientras esperaba a que llegara una mujer para practicar sexo profesional. ¿Cuántas veces la había engañado de esa sórdida manera mientras ella estaba en casa con la única compañía de la pantalla panorámica Bang & Olufsen Avant? ¿No lo había sabido ya de algún modo, en lo más profundo de su corazón? La inocencia no era excusa para la ignorancia.

Por casualidad bajó la vista en ese momento y advirtió que llevaba puesta una rebeca de cachemir beige de Jenners con botones de latón que solo podía tildarse de aburrida. Comprendió que llevaba la clase de ropa que habría llevado su madre si hubiese tenido más dinero. El cachemir de señorona parecía confirmar algo que ya hacía tiempo que sospechaba: que había pasado directamente de la juventud a la vejez, consiguiendo omitir de algún modo la parte buena entre las dos.

No era un sentimiento desconocido para ella. A menudo tenía la impresión de que su vida consistía en una serie de habitaciones en las que ella entraba cuando todo el mundo acababa de salir. La guerra había acabado apenas un año antes de que naciera y todavía ocupaba un lugar preponderante en su casa. Su padre había luchado «con Monty» —como si hubieran estado codo con codo en la batalla— mientras su madre combatía en el frente del hogar, cultivando verduras y criando pollos heroicamente. Gloria creció sintiendo que se había perdido algo trascendental por muy poco, algo que nunca volvería a pasar (y estaba en lo cierto, desde luego), y que su vida se veía limitada por ello. Con los años sesenta tuvo prácticamente la misma sensación. Sus años de formación tuvieron lugar en una tierra de nadie entre dos épocas revolucionarias. Para cuando los sesenta estaban en pleno apogeo, ella estaba casada y escribiendo listas de la compra en pizarras vileda.

De haber podido volver atrás, no se habría bajado de aquel taburete del *pub* de George IV Bridge para seguir a Graham. En lugar de ello habría acabado la carrera, se habría mudado a Londres, habría llevado tacones y trajes de chaqueta ajustados (habría mantenido la figura), habría bebido mucho los fines de semana y se habría acostado con tantos hombres que no podría acordarse de sus nombres, no digamos ya de sus caras. Advirtió qué hora era y se dio cuenta de que la subasta de eBay ya habría acabado. Se preguntó si alguien habría pujado más que ella por los galgos de porcelana de Staffordshire. Qué típico de Graham estropear las cosas incluso cuando estaba a las puertas de la muerte.

Durante el trayecto al nuevo hospital en Little France, Gloria había ensayado la clase de conversación que tendría con Graham. Pese a que Gemma y Clare le habían dicho que estaba inconsciente, no había previsto en realidad que eso le impidiera hablar. Si algo hacía Graham era hablar, así que cuando lo vio en urgencias, conectado a un despliegue de monitores con luces parpadeantes y pitidos, siguió esperando que abriera los ojos y dijera algo típico de Graham («Joder, cómo has tardado, Gloria»). Por eso su pasividad absoluta fue desconcertante.

El médico de urgencias le explicó que el corazón de Graham había sufrido una «sobrecarga» y se había parado. Su «sistema» había «dejado de funcionar» bastante rato, y el resultado era ese estado actual con las constantes vitales reducidas al mínimo, del cual podía o no recuperarse.

—Calculamos —le dijo el médico— que aproximadamente uno de cada cien hombres muere durante el acto sexual. El pulso de un hombre durante el sexo con su mujer es de noventa pulsaciones por minuto; con una amante sube a ciento sesenta.

—¿Y con una chica de alterne? —quiso saber ella.

—Oh, acaba por las nubes, imagino —respondió el especialista de buen humor—. Por supuesto, se le podría haber reanimado más rápido si no hubiese estado atado.

—¿Atado?

—La chica que estaba con él ha intentado reanimarlo, parece muy ingeniosa.

—¿Atado?

Gloria encontró a la ingeniosa chica de alterne en cuestión, la tal Jojo del apodo de payaso, merodeando todavía por la sala de espera de urgencias. Al parecer, su nombre real era Tatiana.

—Me llamo Gloria —se presentó.

—Hola, Gloria —respondió Tatiana; sus exageradas eses volvieron el saludo un poco siniestro, como el de una mala de James Bond.

—Su mujer —añadió a modo de aclaración.

—Sí, ya lo sé. Graham habla de ti.

Gloria se preguntó en qué punto de la transacción entre Graham y una chica de alterne habría surgido su nombre. Antes, después... ¿Durante?

—No, durante no —puntualizó Tatiana—. Durante el acto no puede hablar. —Arqueó las expresivas cejas en respuesta a la pregunta tácita de Gloria y añadió por fin—: Está amordazado.

—¿Amordazado? —murmuró ella ante un café y una pasta en la cafetería del hospital.

Era la primera vez que estaba en el nuevo Royal Infirmary y la desorientaba un poco que fuera como un centro comercial.

—Impide que grite —explicó Tatiana con total naturalidad, desenrollando una caracola de pasas para luego mordisquearla con delicadeza, de una forma que le

recordó a las ardillas del jardín.

Gloria frunció el entrecejo, tratando de imaginar cómo podía atarse a alguien a la cama de un Apex. Era imposible, ¿no? (No tenían dosel).

—¿De qué habla? —quiso saber—. Cuando puede hacerlo.

Tatiana se encogió de hombros.

—De todo un poco.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—De Tollcross —respondió Tatiana.

—No, me refiero a de dónde procedes —puntualizó.

—De Rusia, soy rusa —repuso la chica mirándola con sus maliciosos ojos verdes.

Durante un instante, Gloria tuvo la visión de interminables bosques de abedules e interiores de cafeterías extranjeras llenas de humo, aunque supuso que era más probable que la chica hubiese vivido en un alto bloque de cemento en algún espantoso barrio de las afueras.

Iba vestida con tejanos y una camiseta sin mangas; sin duda no se trataba de su ropa de trabajo.

—No —repuso Tatiana, y añadió indicando el contenido de una gran bolsa que llevaba consigo—: Aquí está mi disfraz.

Gloria alcanzó a ver hebillas y cuero y alguna clase de corsé que, durante un instante surrealista, hizo que le pasara por la cabeza una imagen del corsé ortopédico Camp color carne de su madre.

—Le gusta ser sumiso —comentó Tatiana con un bostezo—. Los hombres poderosos son todos iguales. Graham y sus amigos. Unos idiotas.

¿Sus amigos?

—Oh, Dios mío.

Pensó en el marido de Pam, Murdo. Pensó en Pam paseándose por la ciudad en su flamante Audi 8, dirigiéndose a su club de *bridge*, al gimnasio, a Plaisir du Chocolat a tomar el té. Mientras Murdo estaba haciendo... ¿qué? Solo pensarlo la hizo estremecerse.

Exhaló un suspiro. ¿Era eso lo que Graham quería de verdad, nada de ropa de Windsmoor o de Country Casuals, ni aburridos botones de latón, sino una mujer suficientemente joven para ser su hija atándolo como un pollo? Era extraño que algo que una no esperaba pudiera sin embargo no suponer ninguna sorpresa.

Advirtió que Tatiana llevaba un pequeño crucifijo de oro en cada oreja. ¿Era religiosa? ¿Eran religiosos los rusos ahora que no eran comunistas? No podía preguntárselo, la gente nunca preguntaba esas cosas. En Gran Bretaña, no. Durante unas vacaciones a las islas Mauricio, el conductor que los llevaba del aeropuerto al hotel le preguntó a Gloria «¿Usted reza?», así, sin más, cinco minutos después de haberlos recogido y metido su equipaje en el maletero. «A veces», respondió ella; en realidad no era cierto, pero intuyó que lo decepcionaría saber que era impía.

Nunca había entendido por qué iba a querer alguien llevar como adorno un

instrumento de tortura y muerte. Era como llevar una soga o una guillotina. Al menos los pendientes de Tatiana eran sencillos, sin unos cuerpos gemelos de Cristo contorsionándose agonizantes. ¿Provocaban alguna vez los crucifijos el rechazo de los clientes? Judíos, musulmanes, ateos, vampiros, ¿qué opinaban ellos?

Tatiana le contó de pronto que su padre había sido un «gran payaso». (Eso quizá explicaba de algún modo su apodo). En Occidente, dijo, se pensaba que los payasos eran «bufones que hacían chorradas», pero en Rusia eran «artistas existencialistas». De pronto la embargó una melancolía eslava, y le ofreció un chicle a Gloria, que esta rechazó.

—¿De modo que no era gracioso? —preguntó Gloria mientras sacaba quinientas libras de un cajero automático en el pasillo del hospital.

Llevaba los últimos seis meses sacando quinientas libras al día de un cajero. Guardaba el dinero en una bolsa de basura negra dentro del armario. Setenta y dos mil libras hasta entonces, en billetes de veinte. Ocupaban un espacio sorprendentemente pequeño. Se preguntaba cuánto espacio ocuparía un millón. Le gustaba el dinero en efectivo: era tangible, no fingía ser otra cosa. A Graham también le gustaba el dinero. A Graham le gustaba el dinero un poco más de la cuenta, y este se movía en enormes cantidades por las cuentas de Viviendas Hatter y salía tan limpio como sábanas nuevas. Graham había evitado hacerlo a la antigua, con lavanderías y locales de rayos UVA como su amigo Murdo. Pam no parecía consciente de que la ropa de Jean Muir y el cachemir de Ballantyne que la vestían se compraban con dinero negro. La ignorancia no era sinónimo de inocencia.

Repartió el dinero del cajero entre ella y Tatiana. Después de todo, ambas se habían ganado el dinero de Graham a su manera. En los setenta, las mujeres se habían manifestado en defensa del «salario por las tareas domésticas». Un salario por el sexo parecía tener más sentido. Las tareas del hogar tenían que hacerse, te gustara o no, pero el sexo era opcional.

—Oh, no, no me acuesto con ellos —dijo Tatiana. Se rio como si fuera lo más ridículo que había oído nunca—. No soy idiota, Gloria.

—Pero ¿cobras?

—Claro. Es un negocio. Todo es un negocio.

Tatiana se frotó el pulgar contra el índice en el lenguaje universal del dinero.

—Entonces, ¿por qué te pagan... exactamente?

—Por abofetearlos. Atarlos. Maltratarlos. Por darles órdenes, por obligarlos a hacer cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Ya sabes.

—No, no puedo ni imaginármelo.

—Lamerme las botas, arrastrarse por el suelo, comer como perros.

—¿Nada útil, entonces, como pasar la aspiradora?

Quién sabía... quizá todos esos años Gloria podría haberse dedicado a darle

palizas a Graham y hacerlo comer como un perro, ¿no? ¡Y que le pagaran por ello!

—En Rusia trabajaba en un banco —explicó Tatiana con tono sombrío, como si un banco fuera el sitio más peligroso del mundo en que trabajar—. En Rusia pasaba hambre.

Tenía una cara muy expresiva, advirtió, y se preguntó si tenía algo que ver con que su padre fuera payaso.

A cambio del dinero, de algún sitio entre los confines de su sujetador, Tatiana sacó una pequeña tarjeta rosa y escribió en el dorso un teléfono móvil y «Pregunta por Jojo». Le dio la tarjeta a Gloria. En el anverso, grabado en letras negras, se leía: «favores, ¡hacemos lo que quieras que hagamos!». Los signos de exclamación daban la impresión de que Favores proporcionara animadores y globos para fiestas infantiles. Otra vez los payasos, pensó Gloria. Estaba segura de haber visto ese logo en algún sitio, ¿no era Favores una empresa de limpieza? Había visto sus furgonetas rosas por el barrio, y Pam los había empleado cuando su propia asistente había sufrido un prolapso de vejiga el año anterior. Gloria siempre había hecho la limpieza en su casa, le gustaba limpiar. Llenaba las horas de una forma útil.

—Sí, claro —repuso Tatiana encogiéndose de hombros—. Te harán la limpieza si es eso lo que quieres.

La palabra «limpieza» pareció adquirir un significado nuevo en el lúgubre acento de Tatiana, como si fuera, paradójicamente, una actividad sucia (si no un poco macabra).

La tarjeta aún estaba caliente de haberse acurrucado junto a los pechos de Tatiana. La hizo acordarse de cuando recogía huevos debajo de las gallinas que su madre criaba en el jardín de atrás, mucho después de que la guerra y las privaciones se hubieran acabado. Tatiana se embutió el dinero en el sujetador. Ella también llevaba a menudo objetos de valor en la armadura que era su ropa interior, convencida de que ni siquiera el atracador más audaz se atrevería con su sujetador posmenopáusico Triumph modelo «Doreen» de la talla cien.

Se dirigieron juntas hacia la puerta principal del centro comercial/hospital y por el camino Gloria compró una botella de leche, un librito de sellos y una revista en una tienda. No le habría sorprendido encontrar un túnel de lavado en la parte de atrás.

La entrada era una enorme cámara acristalada en la fachada principal del edificio en que la gente iba de aquí para allá utilizando los móviles, esperando taxis o ascensores o tomándose un descanso del nacimiento, la muerte o el tratamiento de rutina que los había llevado hasta allí. Un par de pacientes en bata y zapatillas miraba con tristeza el mundo exterior a través del cristal moteado de lluvia. Al otro lado del cristal, los fumadores miraban hacia dentro, igual de tristes.

Hacía frío fuera, después del ambiente agobiante del hospital. Tatiana se estremeció y Gloria le ofreció a la chica su propio chubasquero Dannimac verde tres cuartos. A ella la hacía parecer el clon de cualquier otra mujer de mediana edad, pero al llevarlo Tatiana adquiría un extraño *glamour* nada propio del chubasquero. La

chica masticaba chicle y fumaba un cigarrillo mientras hacía una llamada por el móvil, hablando en ruso, muy rápido. Gloria sintió una pequeña punzada de admiración. Tatiana era mucho más interesante que su propia hija.

—Esto ha sido una sorpresa para ti —comentó Tatiana cuando cortó la comunicación.

—Bueno, sí —admitió Gloria—, podría decirse que sí. Siempre imaginé que la palmaría en el campo de golf. No es que la haya palmado todavía, claro.

Tatiana le dio unas palmaditas en el hombro y dijo:

—No te preocupes, Gloria, pronto lo hará.

—¿Tú crees?

Tatiana miró a lo lejos, como una adivina, y respondió:

—Confía en mí. —Se estremeció otra vez, aunque no pareció que fuera por el frío, y añadió—: Ahora tengo que irme.

Se quitó el chubasquero con un gesto elegante y más bien teatral que a Gloria le hizo preguntarse si habría recibido clases de *ballet*, pero sacudió la cabeza y, devolviéndole la prenda, explicó:

—Trapecio.

Lo último que vio de Tatiana fue cómo entraba en un coche con ventanillas tintadas que se había detenido con sigilo junto al bordillo. Durante un instante Gloria pensó que era el coche de Graham, pero entonces se acordó de dónde estaba él.

Capítulo 9

La enfermera de la sonrisa agradable entró en la sala de espera buscando a Martin. Se sentó a su lado, y por un instante él creyó que iba a decirle que Paul Bradley había muerto. ¿Tendría que organizar el funeral ahora que era en cierto modo responsable de él?

—Todavía va tardar un ratito —le dijo—. Estamos esperando a que vuelva el doctor; entonces probablemente le darán el alta.

—¿Qué le darán el alta?

Martin se quedó perplejo; se acordaba de Paul Bradley en la ambulancia, con la sangre que le manaba de la cabeza tiñendo la manta que lo envolvía. Aún pensaba en él como alguien que se debatía para salir de la inconsciencia.

—La herida de la cabeza solo es superficial, no hay fractura. No hay razón por la que no pueda irse a casa, siempre y cuando esté usted ahí para echarle un vistazo el resto de la noche. Siempre pedimos que se haga eso cuando la gente ha estado inconsciente, aunque lo haya estado brevemente.

Todavía le sonreía, de modo que Martin contestó:

—Vale. De acuerdo, no hay problema. Gracias...

—Sarah.

—Sarah. Gracias, Sarah.

Se la veía muy joven y menuda, la personificación de la pulcritud con el cabello rubio recogido en un moño tenso como el que llevan las bailarinas.

—Ha dicho que es usted un héroe.

—Pues se equivoca.

Sarah sonrió, aunque Martin no estaba muy seguro de eso. La muchacha ladeó la cabeza, como un gorrión, y añadió.

—Me resulta familiar.

—¿De veras?

Martin sabía que tenía una cara fácil de olvidar. Era una persona fácil de olvidar, una perpetua decepción para la gente cuando lo conocía en carne y hueso.

—¡Oh, pero qué bajo es! —declaró una mujer durante la tanda de preguntas tras una lectura de su obra el año anterior—. ¿Verdad que sí? —añadió volviéndose hacia los demás miembros del público en busca de su corroboración, que se apresuraron a dar asintiendo con la cabeza y sonriendo, como si Martin acabara de pasar de hombre a niño ante sus ojos. Medía un metro setenta y dos; no era precisamente un enano.

¿Escribía como un hombre bajito? ¿Cómo escribían los hombres bajitos? Nunca se había puesto una fotografía suya en las sobrecubiertas, y sospechaba que era porque sus editores no creían que contribuyera a vender el libro. «Oh, no —dijo Melanie—; es para que parezcas más misterioso». En su libro más reciente habían cambiado de opinión y enviado a una fotógrafa famosa a intentar capturar una imagen suya «más atmosférica». («Darle un toque más sexy» fue la frase real, utilizada en un

correo electrónico que le reenviaron por equivocación. O al menos Martin confió en que fuera una equivocación). La fotógrafa le había sugerido Blackford Pond con la intención de tomar deprimentes instantáneas en blanco y negro bajo los árboles invernales. «Piense en algo verdaderamente triste», le indicó mientras las madres con niños pequeños, que habían acudido a dar de comer a patos y cisnes, los miraban con franca curiosidad. Martin no podía ponerse triste porque se lo pidieran, la tristeza era para él un resorte visual que saltaba por casualidad: anuncios de la sociedad protectora de animales que mostraban gatitos muertos, antiguas imágenes documentales de montones de gafas y maletas, el segundo concierto para violonchelo de Haydn. Lo sensiblero, lo terrible y lo sublime producían en él la misma reacción llorosa.

—En algo de su propia vida —trató de engatusarlo la fotógrafa de famosos—. ¿Cómo se sintió al abandonar el sacerdocio, por ejemplo? Eso tuvo que ser difícil.

Y Martin, con una rebeldía poco característica, respondió:

—No pienso hacer esto.

—¿Es demasiado difícil para usted? —repuso la fotógrafa con una tortuosa expresión de comprensión en la cara.

Finalmente, la fotógrafa le hizo parecer un asesino en serie educado y aburguesado, y el libro se publicó, como siempre, sin su fotografía en la sobrecubierta.

—Necesitas tener mayor presencia, Martin —comentó Melanie, y añadió—: Mi trabajo consiste en decirte esas cosas.

Él frunció el entrecejo y contestó:

—¿De veras?

Lo opuesto a presencia era ausencia. Un hombre fácil de olvidar, con un nombre fácil de olvidar. Una ausencia más que una presencia en el mundo.

—No, en serio —insistió entonces Sarah—. Estoy segura de haberlo visto antes en algún sitio. ¿A qué se dedica?

—Soy escritor.

Lamentó de inmediato haberlo dicho. Para empezar, siempre parecía que estuviese alardeando (y sin embargo no había nada en ser escritor en sí que fuese causa de un orgullo desmedido). Y era una conversación sin salida que siempre seguía el mismo camino inevitable: «¿De verdad es escritor? ¿Y qué escribe?». «Novelas». «¿Qué clase de novelas?». «Novelas policíacas». «¿De verdad? ¿Y de dónde saca las ideas?». Esa última le parecía una pregunta tremendamente neurocientífica y existencial para la que no tenía ni mucho menos la capacidad de contestar, y sin embargo se la hacían constantemente. «Oh, ya sabe —solía contestar, sin comprometerse—, de aquí y de allá». («Piensas demasiado, Martin —le decía su acupuntor chino, Ming Chen—, pero no en el buen sentido»).

—¿De verdad? —inquirió Sarah, con las impecables facciones reflejando cuánto le costaba imaginar qué significaría lo de ser un «escritor».

Por algún motivo, la gente pensaba que era una profesión llena de *glamour*, pero él no le veía ningún *glamour* a pasarse la vida sentado a solas en una habitación, día tras día, tratando de no volverse loco.

—Novelas policíacas pasadas por agua —contestó—. Ya sabe, nada demasiado desagradable o sangriento. Más o menos a medio camino entre la señorita Marple y el doctor Finlay —añadió, consciente de que parecía estar disculpándose. Se preguntó si habría oído hablar de cualquiera de los dos. Probablemente no. Se sintió obligado a continuar—. El personaje principal se llama Nina Riley. Heredó una agencia de detectives de su tío.

Qué estúpido sonaba. Estúpido y de mal gusto.

Las agentes de policía de antes aparecieron en la sala de espera. Al ver a Martin, la primera exclamó:

—¡Ahí está! Necesitamos tomarle declaración. Lo hemos estado buscando por todas partes.

—He estado aquí todo el tiempo —repuso.

—Apuesto a que no adivinan cómo se gana la vida —les dijo Sarah a las policías. Las dos lo miraron muy serias unos instantes, hasta que la segunda dijo:

—No lo sé. Me rindo.

—Es escritor —declaró Sarah con tono triunfal.

—No puede ser —repuso la primera.

La otra agente negó con la cabeza, asombrada, y comentó:

—Los escritores siempre me han hecho preguntarme algo. ¿De dónde saca las ideas?

Martin fue a dar un paseo por el hospital, llevando consigo la bolsa de Paul Bradley. Empezaba a darle la sensación de que era suya. Fue a la tienda y echó un vistazo a los periódicos. Se dirigió a la cafetería y tomó una taza de té, reuniendo el dinero suelto que llevaba en el bolsillo. Se preguntó si sería posible vivir en el hospital sin que nadie notara que estabas ahí. En realidad, el sitio tenía todo lo que uno necesitaba: comida, calor, baños, camas, material de lectura. Alguien se había dejado un ejemplar de *Scotsman* sobre la mesa. Empezó con apatía el crucigrama de Derek Allen. «El primero que aparece en la carretera». De siete letras. «Asfalto».

Mientras tomaba el té, le llegó un acento distinto, de una chica o una mujer, a través del ruido y la charla en la cafetería. Era ruso, pero al mirar alrededor no logró identificar a quién pertenecía. Una mujer rusa que se manifestaba de forma inesperada en el Royal Infirmary para castigarlo, para llevarlo ante la justicia. Quizá estaba alucinando. Trató de concentrarse en los cuadrados blancos y negros; no era muy bueno con los crucigramas. «Nombre de ciudad asiática en que se encuentra un animal». De seis letras. Los anagramas le gustaban más. Barajó un poco las letras. «Manila».

—Idiota —tuvo la seguridad de oír decir a la invisible chica de acento ruso.

En San Petersburgo había una cafetería que se llamaba El Idiota. Había estado allí con Irina y comido *bortsch*, la sopa rusa de col, del mismo color exacto del *blazer* que había llevado todos sus días de colegial. Para un hombre que lidiaba con un universo inmoral e indiferente, Dostoievski parecía haberse pasado un montón de tiempo en cafés, pues todos los que había en San Petersburgo afirmaban haberlo tenido de cliente. «Capital asiática acabada en naipes». De siete letras. «Yakarta». Se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz.

Había encontrado uno de esos viajes organizados que anunciaban en las páginas de ocio de los periódicos del sábado. «Vea la aurora boreal: crucero de cinco días por la costa Noruega», «Las maravillas de Praga», «Preciosa Burdeos: cata de vinos para principiantes», «Otoño en el lago de Como». Le ofrecía una forma segura de viajar (para cobardes), con todo organizado para que uno solo tuviera que presentarse con su pasaporte. La clase media de mediana edad de Inglaterra. Y de Escocia, por supuesto. La seguridad de hallarse entre la multitud, en el rebaño.

El año anterior había sido «La magia de Rusia: cinco días en San Petersburgo», una ciudad que siempre había querido visitar. La ciudad de Pedro el Grande, de Dostoievski y Diáguilev, escenario de los últimos años de Tchaikovski y los primeros de Nabókov. El asalto al Palacio de Invierno, la llegada de Lenin a la estación de Finlandia, la interpretación en directo de la séptima sinfonía de Shostakovich en agosto de 1942, en pleno sitio; costaba creer que un sitio pudiese estar tan empapado de historia. (¿Por qué no había elegido historia en la universidad, en lugar de estudios religiosos? Había más pasión en la historia, más verdad espiritual en los actos humanos que en la fe). Pensó en cuánto le gustaría escribir una novela ambientada en San Petersburgo, una novela real, no una de Nina Riley. Y, de todos modos, a Nina Riley le habría sido difícil viajar a San Petersburgo, o Leningrado, como se llamaba entonces. Quizá podría haber cruzado en secreto de Suecia a Finlandia para luego atravesar clandestinamente la frontera, o cruzado el Báltico en una pequeña embarcación (se las apañaba bien con un esqui).

Como de costumbre, Martin se había hecho con un acompañante no deseado para las vacaciones, un hombre que se le había pegado en la sala de embarque y no se había apartado de su lado a partir de entonces. Era un tendero retirado de Cirencester que se presentó diciéndole que padecía un cáncer terminal y que San Petersburgo estaba en su lista de «cosas que hacer antes de morir».

Según el anuncio, su hotel era «uno de los mejores hoteles turísticos», y Martin se preguntó si, en ruso, «hotel turístico» querría decir monótono bloque de cemento de la era soviética, que contenía interminables pasillos idénticos y servía comida deplorable. En la guía que había estudiado antes de partir, había fotografías de los interiores del Astoria y el Gran Hotel Europa, sitios que parecían desprender un aroma a lujo y decadencia prebolcheviques. Su hotel, en cambio, tenía unas habitaciones que semejaban cajas de zapatos. Sin embargo, no estaba solo en su

celda-caja de zapatos. La primera noche que pasó allí, se levantó para ir al baño y casi pisó una cucaracha que pastaba en la moqueta del dormitorio. Y había unas obras en marcha: el hotel parecía estar siendo demolido y reconstruido a un tiempo. Hombres y mujeres en el andamio, según advirtió sin equipo de seguridad aparente. Una fina capa de polvo de cemento por todas partes. La habitación estaba en el séptimo piso, y la primera mañana había abierto las cortinas para encontrarse a dos mujeres de mediana edad de pie en el andamio al otro lado de la ventana, con pañuelos en las cabezas y herramientas en las manos.

La habitación resultaba soportable por la vista: el trazo del río Neva ornamentado por las volutas del Palacio de Invierno, una vista tan icónica como la de Venecia desde la laguna. Desde la ventana veía el *Aurora* amarrado enfrente. «¡El *Aurora*! — exclamó con excitación a la mañana siguiente, en el desayuno, ante el tendero moribundo, y cuando este lo miró sin comprender, añadió—: Disparó el cañonazo de salida en la revolución».

El primer día todo fueron iglesias y siguieron obedientemente a su guía, Mariya, en la ruta por la catedral de Kazán, la catedral de San Isaac, la iglesia de Nuestro Señor de la Sangre Derramada, la catedral de San Pedro y San Pablo («Donde están enterrados nuestros zares», anunció con orgullo Mariya, como si el comunismo nunca hubiese existido).

—Debes de estar disfrutando de esto —le dijo el tendero durante un breve descanso para comer en un sitio que a Martin le recordó la cafetería de un colegio, excepto en que se alentaba a los fumadores—. Con lo de ser un hombre religioso y todo eso.

—No —repuso Martin, y no por primera vez—, soy un profesor de estudios religiosos. Eso no me convierte necesariamente en religioso.

—Así pues, ¿enseñas algo en lo que no crees? —preguntó el tendero moribundo, de pronto a la defensiva.

La muerte inminente parecía haberlo vuelto más tendente a la rectitud. O quizá siempre había sido así.

—No, sí, no —contestó él.

El hecho de que aún pretendiera ser un profesor de estudios religiosos, aunque hiciera más de siete años que no pisaba un colegio, volvió incómoda la conversación. Tenía reparos en decir que era escritor, y tuvo que soportar semejante limitación durante los cinco días siguientes, sabiendo las preguntas que suscitaría y que no habría dónde esconderse. Un miembro del grupo, sentado al otro lado del pasillo en el avión, había estado leyendo *El ciervo prohibido*, la segunda novela de Nina Riley. Martin quiso decirle, como quien no quiere la cosa, «¿Es bueno el libro?», pero no se sintió capaz de soportar la respuesta, que muy probablemente sería «Vaya mierda» y no «Es un libro fantástico, deberías leerlo».

Decidió no protestar por su falta de religiosidad ante el tendero porque, después de todo, el tipo se estaba muriendo, y por lo que Martin sabía, la fe bien podía ser lo

único que lo hacía seguir adelante; eso y seguir tachando cosas de su lista. A él no le parecía buena idea tener una lista: significaba que, una vez tachado el último apartado, lo único que te quedaba era morirte. O quizá ese era precisamente el último apartado de la lista.

Cuando volvían de comer, caminando junto a un canal en una calle lateral hacia una iglesia más, pasaron ante un letrero, un tablón de anuncios de madera en la acera, en que se leía: «esposas de san petersburgo. entrad.». Algunos del grupo se burlaron al verlo, y el tendero, que claramente se había pegado a Martin hasta que la muerte los separase, dijo:

—Todos sabemos qué significa eso.

«Mes del calendario revolucionario francés y plato a base de langosta». Ocho letras. «Termidor».

Martin sintió una punzada de culpa que lo hizo sonrojarse. Había buscado en internet. Había considerado comprarse una esposa (porque, reconozcámoslo, era incapaz de conseguir una gratis). Cuando tuvo éxito por primera vez, creyó que eso lo haría más atractivo para las mujeres, que podría tomar prestado algún carisma de su más interesante *alter ego*, Alex Blake. No había supuesto diferencia alguna; era obvio que llevaba consigo un aura de hombre intocable. Era la clase de persona que, en las fiestas, acababa en la cocina fregando vasos. «Es como si fueras asexual, Martin», le había dicho una chica creyendo que lo ayudaba de algún modo.

Si hubiese habido una página en que se anunciaran «Esposas británicas a la antigua (pero no como tu madre)», quizá se habría inscrito, pero no la había, de forma que primero había echado un vistazo a las novias tailandesas («menudas, sexis, atentas, afectuosas, dóciles»), pero la sola idea le pareció sórdida. Había visto una pareja así unos meses antes, en John Lewis: un hombre de mediana edad, feo y con sobrepeso, y de su brazo una chica preciosa y muy menuda, que le sonreía como si fuera alguna especie de dios. La gente los miraba, consciente de la situación. Ella era igual que las de las páginas de internet: vulnerable y pequeña, como una niña. Martin habría sentido náuseas, como si estuviera en una página pornográfica. Antes muerto que entrar en una de esas; para empezar, le aterrorizaba que estuvieran pinchadas y que, si echaba una rápida y curiosa ojeada en «Penetra en nuestra página» o «Instantáneas sexis», no tardarían en llamar a la puerta, y la policía irrumpiría en su casa para arrestarlo. Le habría dado más o menos la misma vergüenza comprar algo del estante superior de una tienda de revistas. Sabía (porque eso formaba también parte de su karma) que llevaría una revista al mostrador y la chica (porque se trataría de una chica) le preguntaría a voz en grito al encargado: «¿Cuánto vale *Tetas Grandes?*». O si hacía que le enviaran algo por correo, caería de su envoltorio al tendérselo el cartero en el umbral, sin duda en el preciso instante en que pasaran un párroco, una anciana dama y un niño pequeño. «Novelista estadounidense aficionado a los toros». De nueve letras. «Hemingway».

Sin embargo, las novias rusas en internet no tenían aspecto de niñas y tampoco se

las veía especialmente dóciles. Las Lyudmilas, Svetlanas y Lenas tenían pinta de mujeres, mujeres que sabían qué estaban haciendo (venderse, reconozcámoslo). Tenían una sorprendente gama de atributos y talentos, les gustaba tanto la música «disco» como la «clásica», iban a museos y parques, leían periódicos y novelas, se mantenían en forma y hablaban varias lenguas con fluidez, eran contables y economistas, eran «serias, amables, decididas y elegantes», andaban en busca de «un hombre decente, diálogo agradable o romanticismo». Se hacía difícil creer que sus conmovedores currículos pudiesen traducirse en mujeres de carne y hueso, y sin embargo ahí estaban: las Lyudmilas, Svetlanas y Lenas, o sus equivalentes, tras un gran portón de madera en las (más bien aterradoras) calles de San Petersburgo, y no simplemente flotando en el espacio virtual. La idea hizo que las entrañas se le encogieran de temor. Reconoció el sentimiento: no era deseo, era tentación. Podía tener lo que deseaba, podía adquirir una esposa. No pensó que estuvieran realmente en el edificio, por supuesto, acorraladas entre sus desportilladas paredes. Pero estaban cerca. En la ciudad. Esperando.

Martin tenía una mujer ideal. No era Nina Riley, ni una esposa comprada que anduviese en busca de seguridad económica o un pasaporte. No, su mujer ideal procedía del pasado: una esposa a la antigua de los alrededores de Londres, una joven viuda que había perdido a su marido piloto de caza en la batalla de Inglaterra y que ahora salía adelante con valentía, criando ella sola a su hijo. «Papi murió, cariño; era apuesto y valiente y luchó por seguir vivo por ti, pero al final tuvo que dejarnos». Ese niño, un muchacho más bien serio llamado Peter o David, vestía chalecos de punto Fair Isle sobre camisas grises. Llevaba el pelo engominado y las rodillas llenas de arañazos y nada le gustaba más que sentarse por las noches a montar maquetas de aviones con Martin. («Este es igual que el que pilotaba papá, ¿verdad?»). A Martin no le importaba ser un segundón con respecto al piloto de Spitfire (Roly o Jim), un hombre que había surcado los cielos muy azules sobre Inglaterra como una golondrina. Martin sabía que la mujer le estaba agradecida por recoger los pedazos de una vida desgarrada, y que nunca lo abandonaría.

En ocasiones se llamaba Martha, y muy de vez en cuando respondía al nombre de Abigail (en la vida imaginaria las identidades eran menos fijas), pero habitualmente carecía de nombre. Asignarle un nombre significaba hacerla real. Hacerla real equivalía a volverla imposible.

Más valía mantener a las mujeres a buen recaudo en tu imaginación. Cuando escapaban al caótico desbarajuste del mundo real, se volvían inestables, antipáticas y absolutamente aterradoras. Provocaban incidentes. De repente se sintió intranquilo. «Lo que se utiliza para ejecutar una sentencia suspendida». De cuatro letras. «Soga».

Capítulo 10

Jackson subió al autobús 41 en el Mound y pensó que de acuerdo, que si ella quería que cogiera un autobús, cogería un autobús. El 41 tenía una larga ruta que terminaba en Cramond. Para él, Cramond era el nombre de un himno religioso, no el de un sitio. ¿O era «Crimond»? Había tantas cosas que no sabía. «El señor es mi pastor». ¿Lo era? Le parecía poco probable, no sabía por qué.

Una anciana que estaba esperando en la parada con él le dijo:

—Oh, Cramond es muy bonito, desde allí puede ir a la isla de Cramond. Le gustará.

La creyó; años de experiencia le habían enseñado que las ancianas tendían a decir la verdad.

Se sentó en el piso de arriba, en primera fila, y por unos instantes volvió a sentirse como un niño; acudió a él un recuerdo de la niñez, de lo especial que era sentarse ahí arriba junto a su hermana mayor. En aquellos tiempos el piso de arriba era para fumadores. Y entonces la vida era mucho más sencilla. Pensaba con frecuencia en su hermana muerta, pero por lo general era un pensamiento aislado (la idea de su hermana), rara vez tenía una imagen nítida de algo que hubiese pasado de verdad, y ese recuerdo súbito e inesperado de estar sentado al lado de Niamh en el autobús —el olor de su colonia de violetas, el frufur de su combinación, la sensación de su brazo apoyado contra el de ella— le oprimió el corazón.

La anciana tenía razón, Cramond era bonito. Era una ciudad satélite de Edimburgo, pero parecía un pueblecito. Pasó andando junto a casas caras, ante una bonita iglesia antigua, y bajó hasta el puerto, donde unos cisnes nadaban perezosamente. El olor a café y a fritura que emanaba del extractor del Cramond Inn se mezclaba con el salado aroma del estuario. Esperaba tener que coger alguna clase de *ferry* para ir hasta la isla, pero vio que podía llegarse andando sin problemas por un corto paso elevado de rocas. No necesitaba una tabla de mareas para darse cuenta de que el mar se estaba retirando de la columna rocosa que formaba el paso elevado. El aire aún estaba húmedo por la lluvia matutina, pero el sol había aparecido de forma inesperada pero grata, y hacía brillar la arena recién mojada y los guijarros. Un gran grupo de diferentes clases de aves zancudas y gaviotas se dedicaba a rebuscar entre las rocas. Ejercicio y aire libre eran precisamente lo que necesitaba, como habría dicho Julia. Necesitaba deshacerse de los pensamientos trasnochados que se le habían acumulado en la cabeza, encontrar al viejo Jackson, al que parecía haber perdido de vista. Echó a andar por el paso elevado.

Se cruzó con una pareja que volvía con paso enérgico hacia la costa, jubilados de clase media con chaquetas Peter Storm y prismáticos colgados del cuello. Su saludo resonó alegremente a oídos de Jackson.

—Buenas tardes. ¡Está cambiando la marea! —anunció con simpatía la mitad femenina de la pareja.

Jackson asintió con la cabeza.

Observadores de aves, supuso. Nunca le había visto la gracia a observar pájaros; en sí eran bastante bonitos, pero observarlos se parecía un poco a controlar horarios de trenes. Jackson nunca había sentido ese impulso autista y (por lo general) masculino de coleccionar y recopilar datos.

El sol se ocultó en cuanto llegó a la isla, lo que volvió el ambiente extrañamente agobiante. Aquí y allá tropezó con vestigios de fortificaciones de la guerra, feos fragmentos de cemento que le daban al lugar un aire inhóspito de asedio. En lo alto, las gaviotas descendían en picado y proferían graznidos amenazadores, defendiendo su territorio. La isla era mucho más pequeña de lo que esperaba: apenas tardó nada en recorrerla entera. No se encontró con nadie, hecho que agradeció bastante. No quería ni pensar en qué bichos raros podía haber merodeando en un sitio como ese. Por supuesto, no se incluyó en la categoría de bicho raro. A pesar de no ver a nadie, tuvo la extraña sensación —a la que no quiso dar credibilidad alguna a la luz del día— de estar siendo observado. Un ligero escalofrío de paranoia, nada más. No iba a ponerse a imaginar cosas, pero cuando una abultada nube violeta apareció desde el mar y empezó a remontar inexorable el río Forth, agradeció que pareciera un indicio de que era hora de volver.

Consultó el reloj. Las cuatro, la hora del té en el Planeta Julia. Recordó una tarde cálida y ociosa que habían pasado juntos el verano anterior en los salones de té Orchard en Grantchester, los dos tendidos en hamacas bajo los árboles, llenos hasta la saciedad por el té. Fue durante una breve visita, más bien incómoda, a la hermana de Julia, que aún vivía en Cambridge, y que no había querido unirse a ellos en la «excursión». La palabra era de Julia. El vocabulario de Julia estaba «hasta los topes» de extrañas palabras arcaicas —«sensacional», «recórcholis», «cáspita»— que más parecían proceder de un tebeo para chicas de antes de la guerra que de la propia vida de Julia. Para Jackson, las palabras eran funcionales: lo ayudaban a llegar a sitios y a explicar cosas. Para Julia, estaban cargadas de una emoción inexplicable.

«Té de la tarde» en sí, desde luego, era una de las expresiones preferidas de Julia de todos los tiempos («Palabras ya bastante buenas por sí solas, pero que juntas se vuelven perfectas»). El té de la tarde solía llevar una estela de adjetivos exagerados tras de sí: «de rechupete», «riquísimo», «divino».

«Pastas calientes variadas» era otra de sus favoritas, así como (todo un misterio) «equinoccio de otoño» y «negro de humo». Ciertas palabras, decía, le producían «escalofríos de felicidad»: «ron», «vulgar», «*blanchisserie*», «peligro», «pérfido», «tesoro», «*divertimenti*». Ciertos fragmentos o versos de poemas, como «Y sus huesos son coral» y «Huyen de mí los que una vez me buscaron» le provocaban un éxtasis sentimental. El coro *Aleluya* la hacía sollozar, así como *Lassie: la cadena invisible* (la película entera, desde el título hasta los créditos). Exhaló un suspiro. Jackson Brodie, ganador sin precedentes del concurso *Señor y señora tal*.

Le vibró el teléfono como una abeja atrapada en el bolsillo. Entrecerró los ojos

para ver la pantalla; graduarse la vista sería algo útil que hacer mientras estaba allí sin otra cosa que hacer. Era un mensaje de Julia, que decía: «Q tal? Invtacn pra r moat sta noch n tqilla! Tk Julia xxxxxxxxxx». Jackson no tenía ni idea de qué significaba el mensaje, pero sintió una gran oleada de afecto al pensar en Julia escribiendo con cuidado todas esas equis, que supuso que significaban besos.

Estaba a punto de emprender el regreso cuando advirtió algo en las rocas, bajo los restos de un puesto de observación de hormigón. Por un instante pensó que era un montón de ropa que alguien había dejado caer ahí, confió en que fuera solo un montón de ropa, pero no tardó mucho más de un segundo en darse cuenta de que era un cuerpo devuelto por la marea. Restos del naufragio tras la tormenta. ¿O era la tempestad?

Una mujer joven, con tejanos y camiseta de tirantes, descalza, con el cabello largo. El policía que llevaba dentro pensó automáticamente: cincuenta y cinco kilos, metro sesenta y cinco, aunque la altura fue un cálculo aproximado, porque estaba tendida en posición fetal con las rodillas encogidas como si se hubiera echado a dormir en las rocas. De haber estado viva, habría pensado enseguida: «Vaya cuerpazo», pero como estaba muerta, se tradujo en «qué bonita figura», un juicio estético y asexual, como si estuviera contemplando los miembros fríos y marmóreos de una estatua en el Louvre.

¿Ahogada? Estaba impecable, no como un cadáver que se hubiera hundido para luego volver a la superficie con el aspecto de pesadilla de la carne hinchada y escurridiza. Se alegró de que no estuviera desnuda; eso habría significado de inmediato algo distinto. Jackson se deslizó hacia abajo entre la hierba hasta las rocas llenas de percebes traicioneros y algas resbaladizas. Por lo que vio no había nada digno de mención en el cuerpo, ni marcas de ligaduras en el cuello; el cráneo parecía intacto. No había señales de agujas, ni tatuajes, ni manchas de nacimiento, ni cicatrices: era como un lienzo en blanco; solo llevaba unos pequeños crucifijos dorados en las orejas. Los ojos verdes, entreabiertos, estaban nublados por la muerte y tan inexpresivos como los de la antedicha estatua.

Vio alguna clase de tarjeta de visita asomar de la copa del sujetador. Era rosa pálido, un fragmento más de piel arrugada y mojada. La cogió usando los dedos como pinzas. En letras negras, se leía: «FAVORES, ¡HACEMOS LO QUE QUIERAS QUE HAGAMOS!» y un número de teléfono, un móvil. ¿Una prostituta? ¿Una bailarina de *striptease*? O quizá Favores era solo una organización benéfica que iba por ahí ayudando a viejecitas a hacer la compra. «Sí, seguro», pensó con cinismo.

Le tocó la mejilla, no supo muy bien por qué, pues estaba claramente muerta. Quizá quiso que la chica sintiera una mano amiga. Quiso que supiera, entre la muerte prematura y el bisturí del patólogo abriéndola en canal, que alguien se había compadecido de ella. Una ola bañó a la chica y las botas de Jackson. El cuerpo se hallaba bajo la línea de la marea, y tendría que arrastrarlo a un sitio más elevado. Otra ola. El agua estaba subiendo y se la llevaría de vuelta al mar si no hacía algo rápido.

¿El agua estaba subiendo? Al incorporarse y mirar atrás, hacia el paso elevado, advirtió que los huecos que había entre las rocas volvían a llenarse de agua del mar y que la arena y los guijarros casi habían desaparecido. «¡Está cambiando la marea!», había dicho la mujer de los pájaros. No estaba bajando, como él había creído, sino subiendo. Mierda.

Llegó otra ola y le lamió las botas. Iba a quedar atrapado en aquel sitio si no se ponía en marcha. Sacó el móvil y marcó el 999, pero solo oyó el pitido electrónico que indicaba que no había cobertura. Se acordó de la cámara que llevaba en el bolsillo: al menos podría proporcionarle a la policía un testimonio de su situación antes de moverla. Tomó una foto rápida, no la típica instantánea de un turista en vacaciones, pero entonces tuvo que abandonar la tarea porque el agua estaba subiendo tan rápido que tuvo que meterse hasta la rodilla para agarrar a la chica. Justo cuando lo hacía, sin embargo, una ola mayor que todas las anteriores la alcanzó, la levantó y se la llevó consigo. «Oh, joder», se dijo. Tiró la cámara, se quitó la chaqueta y se zambulló en el agua gélida y gris. Estaba increíblemente fría, y la corriente era más fuerte de lo que parecía. No creía que ninguno de sus antepasados celtas hubiese sido un hombre de mar. Se le daba bien nadar, pero el agua no era su elemento; le gustaba la tierra, el suelo bajo los pies.

Había instalado una piscina en el jardín de su casa en Francia. Estaba revestida de gresite azul celeste y en verano el sol deslumbraba tanto al incidir en el agua que apenas podías mirarla. Cuando vivía en Cambridge solía ir a correr todas las mañanas, pero desde que se mudó a Francia le pareció ridículo hacerlo. Nadie corría en la Francia rural. Bebían. Si no bebías, no formabas parte del tejido social. Los franceses parecían capaces de beber litros de alcohol sin enfrentarse a consecuencia alguna, mientras que Jackson las sentía casi cada mañana. Así que nadaba en su piscina de gresite turquesa, de aquí para allá, de aquí para allá, largo tras largo, para deshacerse nadando del alcohol, del aburrimiento.

Su piscina no tenía nada que ver con la atmósfera hostil del Forth en agosto. «Sagitario —había dicho Julia—. Tu signo es de fuego, el agua es tu enemigo». ¿Creía ella en esas chorradas? «Cuidado con las piscis», le dijo. *Pisces* era pez en latín. En casa, en Francia, su piscina era una *piscine*. Julia era aries, otro signo de fuego; no era ideal para él, dijo. Era combatir el fuego con fuego. ¿Qué iba a pasarles, se quemarían sin más? ¿Se convertirían acaso en frías cenizas?

Consiguió asir a la muerta por debajo de los hombros, a la manera de un socorrista, pero era un peso muerto, en todos los sentidos. Una implacable sucesión de olas empezó a batir contra ellos. Jackson tragó un poco de agua salobre del mar y se atragantó. Intentó permanecer flotando mientras calculaba la mejor forma de salir con ella del mar, pero las olas seguían llegando. Había salvado a gente de morir ahogada, una vez estando de servicio y otra no. Y en cierta ocasión, durante un fin de semana de vacaciones en Whitby, con Josie y Marlee, había visto a un hombre precipitarse al mar desde el muelle a por su perro, un pequeño y alegre terrier tan

entusiasmado que había echado a correr sin más y caído al agua mientras la gente gritaba horrorizada alrededor. El hombre se vio enseguida en dificultades y otros dos hombres se zambulleron tras él. Eran hermanos, ambos de treinta y tantos años, casados y con cinco hijos entre los dos. Solo el perro salió vivo del agua. Jackson también se habría tirado, pero una histérica Marlee de cuatro años, como ancla en torno a su pierna, se lo impidió. Para entonces el bote de los guardacostas ya estaba en camino, se dijo más tarde, pero aún no se había perdonado, y si pudiera volver atrás se quitaría a Marlee de encima y se tiraría al agua. No era heroísmo, sino una especie de necesidad. Quizá se trataba también de algo católico.

Se hundió, aún agarrado a la chica pesada como plomo. En algún lugar de su cabeza oyó gritar a Marlee: «*Papiii*», y a la anciana de la parada de autobús diciendo: «*Oh, Cramond es muy bonito, le gustará*», y durante un glorioso instante estuvo de vuelta en su piscina en Francia, con el cálido sol reflejándose en el gresite turquesa. Supo que la corriente se lo estaba llevando cada vez más lejos de tierra, supo que la mujer muerta iba a arrastrarlo hasta el fondo como una sirena enferma de amor. Medio mujer, medio pez, una piscis. Se acordó de las palabras del poema de Binyon: «No envejecerán, como nosotros los que quedamos atrás». Pensó que sería irónico que se ahogara intentando salvar a un cadáver. Se preguntó si una parte de él aún se creía capaz de salvarla. Ahí estaba otra vez ese molesto catolicismo. Se preguntó si aún trataba de salvar a los tres hombres que se ahogaron en el muelle de Whitby. Si quería salvarse, tendría que soltarla. Pero no podía hacerlo.

La sirenita. A Marlee le había encantado cuando era pequeña. Nunca volvería a ser pequeña, ya estaba plantada a las puertas de su futuro. Si se ahogaba, nunca la vería en ese futuro. «Las salobres profundidades». No supo por qué acudían esas palabras a su mente, debían de ser de otra persona. «Y sus huesos son coral». No había coral en el Forth. Julia, muy bronceada, nadando en su piscina en Francia, Julia paseándolo en batea por el río en Cambridge, Julia, la barquera, remando para llevarlo hasta la otra orilla de la laguna Estigia. Marlee tenía un libro, que le hacía leer, titulado *Mitos griegos para niños*. Él había aprendido mucho de ese libro, había supuesto su introducción al clasicismo.

Elevó una plegaria al dios que estuviera de servicio aquella tarde; elevó otra a María, la madre de Dios, un instinto recesivo, la reacción refleja de un católico no practicante ante la muerte. ¿Era así que iba a ser? ¿Sin ritos finales, sin extremaunción? Siempre imaginó que cambiaría de idea al final, que volvería al redil, que volvería al seno de la madre de todas las iglesias y haría borrón y cuenta nueva, pero por lo visto no iba a pasar eso.

Recordó haber visto el cuerpo de su hermana cuando lo sacaban del canal. Por supuesto: ese era el motivo de que no fuera su elemento, ¿por qué no se había dado cuenta antes? Nada que ver con los signos astrológicos. *Stella maris*. Nuestra Señora de los Dolores con una corona de estrellas en la cabeza. Agua, agua por todas partes. Se estaba hundiendo hacia el acuoso reino de Poseidón, la sirena se lo llevaba

consigo a casa.

Capítulo 11

Habían trasladado a Graham de urgencias a la UCI. Según el personal de la UCI, no había habido cambios en su estado. Gloria se preguntó si permanecería así para siempre, tan pasivo como una efigie de piedra en un sarcófago. Quizá lo trasladarían a algunas instalaciones para enfermedades prolongadas, donde agotaría recursos valiosos durante varias décadas, privando de riñones y caderas a personas que los merecían más.

En la UCI reinaba el silencio y el ritmo de la vida era más lento y denso que en el mundo exterior. Uno advertía que el hospital era una gran máquina vibrante, que succionaba aire y lo volvía a expeler, desprendiendo una vida invisible —productos químicos, estática, virus— a través de los poros.

Lamentó que no se le diera bien la calceta; podría estar tejiendo una prenda útil mientras esperaba a que Graham muriese. La *tricoteuse* de la UCI. Beryl, la madre de Graham, había tejido de forma incansable, produciendo interminables conjuntos cuando Emily y Ewan eran bebés: gorritos, chaquetas, mitones, patucos, leotardos, adornados con complicadas cintas y llenos de agujeros en que pudieran engancharse sus deditos. Gloria había vestido a sus hijos como muñecos. Emily le ponía cómodos y prácticos peles blancos y pequeñas boinas a Xanthia, la niña del nombre extraño. Gloria no veía casi nunca a su nieta. Cuando Emily anunció que estaba embarazada, podría haberse pensado que era la primera mujer en el planeta que iba a tener un bebé. Para ser franca, le habría entusiasmado más que su hija hubiese dado a luz a un perrito que a la permanentemente huraña Xanthia, que parecía haber heredado los peores rasgos de la personalidad de Emily.

Observó cómo subía y bajaba rítmicamente el pecho de Graham, la inexpresividad de su rostro. Parecía más pequeño. Estaba perdiendo su poder, encogiéndose; ya no era un semidiós. Cómo han caído los poderosos. Graham profirió un ruido leve, un susurro, como si hablara en sueños. Sus facciones siguieron imperturbables, sin embargo. Gloria le acarició la mano con el dorso de los dedos y sintió una punzada de lástima. No tanto por Graham el hombre como por Graham el niño al que nunca había conocido, un niño con bermudas de franela, camisa gris y corbata y gorra de colegial, un niño que nada sabía de la ambición y la adquisición y las prostitutas.

—Vaya estúpido sinvergüenza estás hecho, Graham —le dijo, no sin cierto afecto.

¿Adónde iría si le desconectaban las máquinas? Se alejaría hacia algún espacio interior, un astronauta solitario, abandonado por su nave. Sería divertido (bueno, divertido no, increíble) que hubiera una vida después de la muerte. Que hubiese un cielo. Ella no creía en el cielo, aunque a veces le preocupaba que fuera un lugar que existía solo si creías en él. Se preguntaba si a la gente le entusiasmaría tanto la idea de otra vida si esta transcurriera, digamos, bajo tierra. O si estuviera llena de gente como Pam. Y si fuera implacablemente aburrida, como un interminable bautismo

pero sin la ocasional excitación de una inmersión completa. Para Graham, suponía, el cielo sería un Macallan de treinta años, un Montecristo y, al parecer, Miss Latigazo.

Se creía invencible, pero lo había alcanzado la muerte. Graham pensaba que podía librarse de cualquier cosa mediante el dinero, pero la sombría segadora no iba a dejarse comprar con los sobornos de Graham. La Sombría Segadora, se corrigió. Si alguien merecía una mayúscula era sin duda la Muerte. A Gloria le gustaría bastante ser la Segadora. No sería necesariamente sombría, sino que sospechaba que más bien sería alegre («Vamos, ven, no armes tanto revuelo»).

«Nunca me pillarán», eso decía Graham. Graham, que siempre se comportaba como si fuera intocable, una suerte de inconformista, un fuera de la ley no sujeto a las reglas corrientes, jactándose, triunfal, cuando defraudaba a Hacienda o al servicio de aduanas, saltándose normas sanitarias, de seguridad y construcción, haciendo aprobar leyes de urbanismo, allanándose el camino con sobornos y cohechos, transitando por el carril más rápido a ciento sesenta por hora en su maldito coche de lujo con los cristales tintados. ¿Para qué iba a necesitar alguien cristales tintados a menos que anduviese metido en algo infame? A Gloria no le gustaban las cortinas echadas y las puertas cerradas; todo tenía que estar bien a la vista a plena luz del día. Si uno estaba haciendo algo de lo que se avergonzaba, entonces no debería estar haciéndolo.

En dos ocasiones, Graham se las había apañado para que no lo procesaran por exceso de velocidad, una por conducción temeraria y otra por haber bebido demasiado, gracias sin duda a un hermano masón en el tribunal. Unos meses atrás lo habían parado en la A9 a ciento noventa por hora, hablando por el móvil y comiéndose al mismo tiempo una hamburguesa doble con queso. ¡Y no solo eso! Cuando le hicieron la prueba de alcoholemia, dio positivo, y sin embargo el caso nunca llegó a los tribunales sino que se desestimó convenientemente en virtud de un tecnicismo, porque no le habían enviado los papeles correctos. Gloria se lo imaginaba demasiado bien, con una mano en el volante, sujetando el móvil entre el hombro y la mejilla, la grasa de la carne goteándole de la barbilla y el aliento apestando a *whisky*. En aquel momento, ella había pensado que lo único que faltaba en tan sórdida escena era una mujer en el asiento del pasajero haciéndole una felación. Ahora que lo pensaba, era probable que también estuviese ocurriendo eso. Detestaba el término «mamada», prefería la palabra «fellatio», que sonaba a término musical italiano —*contralto, alto, fellatio*—, aunque el acto en sí le parecía de mal gusto, en todos los sentidos de la expresión.

Cuando se hubo librado de la última acusación, Graham lo celebró con una ruidosa y opípara cena en Prestonfield House con Gloria, Pam, Murdo y el *sheriff* de distrito Alistair Crichton. Sin duda ayudaba que el gran colega de golf de uno fuera *sheriff* de distrito. Pese a haber vivido en Escocia cuatro décadas, a ella le parecía que la palabra «*sheriff*» no hacía pensar de inmediato en la judicatura escocesa. Más bien tendía a ver la estrella de hojalata de un hombre solo ante el peligro y a Alan Wheatley en el papel de malvado *sheriff* de Nottingham en la antigua serie de

televisión para niños *Robin Hood*. Empezó a tararear el tema musical.

Le gustaban Robin Hood y su sencillo mensaje: los malos son castigados, los buenos, recompensados, y la justicia se restablece. Robarles a los ricos para dárselo a los pobres era un principio básico del comunismo. En lugar de bajarse del taburete del *pub* y seguir a Graham, debería haberse puesto una trenca y vendido *El obrero socialista* en esquinas húmedas y ventosas los sábados por la mañana (y aún seguiría acostándose con tantos hombres que no podría acordarse de sus nombres, no digamos ya de sus caras).

«Nunca me pillarán». Pero sí que lo harían. Pensó en el ciervo acorralado en la pared de la sala de estar, enseñando los dientes aterrorizado al aproximarse los perros. No había salida. Por supuesto, un ciervo era un animal demasiado encantador para compararlo con Graham. Él más bien se parecía a una urraca, un ave parlanchina y gamberra que robaba de nidos ajenos.

—Agujas y camellos —le dijo a Graham. No tuvo nada que decir a ninguna de las dos cosas, y el único sonido procedió de las máquinas que lo mantenían con vida—. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? Contéstame a eso, Graham.

Un pastor de la Iglesia presbiteriana escocesa entró en la UCI en ese momento, en una cumplidora visita a la oveja descarriada de su rebaño. Gloria había escrito «Iglesia presbiteriana» en el formulario de ingreso de Graham solo para irritarlo si sobrevivía. Lamentó entonces no haber puesto «budista jainista» o «druida», pues podría haber conducido a una discusión interesante e informativa con el hierofante que fuera que representara esas religiones en el Royal Infirmary. En realidad, el pastor de la Iglesia presbiteriana, aparte de sorprenderse al encontrar a Gloria citando las Escrituras («Ya no lo hace nadie»), resultó una compañía inofensiva y charló con ella sobre el calentamiento global y el problema de las babosas.

—Si al menos se pudiera convencerlas de comerse tan solo las malas hierbas —comentó retorciéndose las manos.

—Que Dios oiga sus palabras —repuso Gloria.

—Bueno, no hay paz para los impíos —declaró por fin el pastor, levantándose y sosteniendo la mano de Gloria entre las suyas durante un intenso instante—. Siempre es difícil cuando un ser querido está en el hospital —añadió mirando distraídamente a Graham. Incluso en su lánguido estado de coma, Graham no conseguía parecer un ser querido, y el pastor murmuró—: Confío en que todo vaya bien para usted.

—Yo también —contestó Gloria.

Capítulo 12

Louise había salido a correr. Louise detestaba correr, pero era ligeramente preferible a ir al gimnasio. El gimnasio suponía un compromiso regular y, fuera del trabajo, se le daban fatal los compromisos regulares. Que se lo preguntaran a Archie. Así que, en general, era más fácil resignarse y ponerse el chándal, corretear sin prisa alrededor de la urbanización, para calentar, antes de dirigirse hacia campo abierto y, si se sentía virtuosa, o culpable (la otra cara de la moneda), subir entonces la colina y volverla a bajar. Lo bueno de correr era que proporcionaba tiempo para pensar. También era el inconveniente, desde luego. La dualidad, la enfermedad de Edimburgo: Jekyll y Hyde, oscuridad y luz, colina y valle, el centro nuevo y el centro histórico. Católicos y protestantes. Un partido con dos tiempos. Una eterna dicotomía maniqueísta. Era su día libre y podría haber ido a nadar, leído un libro, haberse puesto al día con la colada, pero no, había decidido subir corriendo una maldita colina grande. Confesiones de una pecadora con motivos justificados. «La contradicción y la psique escocesa». Había estudiado a Hogg para su tesina, pero ¿y quién no?

La noche anterior había creído beber con moderación, solo tres copas de vino, pero las estaba pagando. Sentía la boca como una suela de zapato y el pato pekinés que acompañaba al vino seguía vivo, como una vieja enérgica y recalcitrante. Había sido una velada solo para chicas en el Jasmine, que tenían pendiente para celebrar el ascenso de Louise dos semanas antes. Después, habían ido «a ver algo en el Festival», una misión imprecisa y no planeada que no había tenido en cuenta el hecho de que para cuando llegaran ya no quedarían entradas para nada bueno. Habían acabado en un antro, adecuadamente cercano al depósito de cadáveres de la policía, para ver a un cómico malísimo y pasado de moda. Tres copas de vino y Louise se había encontrado interrumpiendo al tipo con sus comentarios en voz alta. Habían vuelto montando un escándalo por el centro histórico, cantando *You Make Me Feel Like A Natural Woman* a pleno pulmón, como en las peores despedidas de soltera. Louise quiso creer que se trataba de la versión de la propia Carole King y no de algo más desenfrenado, pero quizá se engañaba. Tuvieron suerte de que no las detuviera la policía. Vergonzoso.

Pero ahí lo tenía, ahora estaba pagando por ello, porque ningún buen miembro de la intolerante iglesia que era Escocia escapaba sin castigo. Nada de escoceses impunes.

Para cuando estaba a medio subir la colina, le costaba respirar. Tenía treinta y ocho años y le preocupaba no estar tan en forma como le gustaría, tan en forma como debería. Sentía un dolor en el lugar exacto en que estaría el apéndice si aún lo tuviera; imaginaba un espacio vacío donde había estado, acurrucado como un grueso gusano. Se lo habían extraído el año anterior («birlado» parecía ser el término que prefería el personal del hospital). Tanto a su madre como a su abuela las habían operado del apéndice y se preguntaba si eso significaba que Archie también se quedaría sin el

suyo.

Archie hablaba con vaguedad de tomarse un año sabático para viajar antes de empezar la universidad, aunque a los catorce años ambos conceptos —viajar y empezar la universidad— quedaban todavía demasiado lejos para parecer otra cosa que un futuro nebuloso e improbable. Se preguntaba si podría convencerlo para someterse a una extracción voluntaria de órganos innecesarios antes de marcharse (si por fin se marchaba, porque era tan perezoso que no conseguía imaginar que tuviera la energía necesaria), para que no se encontrara a medio ascenso de una montaña en Nueva Zelanda con peritonitis. Cien años antes o así, y Louise habría muerto. O los dientes, los dientes debían de haber matado a mucha gente, de abscesos que acababan en septicemia. Un arañazo, un resfriado. La cosa más insignificante. Su propia madre había muerto de una insuficiencia hepática, con la piel del color del antiguo papel de vitela, los órganos conservados en alcohol. Lo tenía bien merecido. Cuando Louise había ido a verla a la funeraria municipal la semana anterior, tuvo que contener el impulso de llevar consigo una aguja, el viejo truco de los marineros para los muertos en alta mar, y pincharle con ella la piel amarilla (como queso rancio) de la nariz. Solo para asegurarse de que estaba muerta de verdad.

El funeral había tenido lugar tres días antes, en el crematorio de Mortonhall, una ceremonia tan aletargada como su vida. Aunque se llamaba Aileen, el pastor asignado se refería a ella constantemente como Eileen, pero ni Louise ni el maltrecho montón de individuos que se consideraban amigos de su madre se habían molestado en corregirlo. A Louise le gustó la forma en que «Eileen» hizo que su madre pareciera otra persona por completo, una extraña y no su madre.

Cuando hacía los ejercicios de enfriamiento en el sendero de entrada a su casa, advirtió la cosa que había en el umbral, donde habría estado la leche si repartieran leche en esa zona. Un envase marrón sin marca alguna. Sintió un súbito miedo irracional. ¿Una bomba? ¿Alguna broma rara? ¿Encontraría heces o gusanos o algo venenoso si lo abría? Le llevó unos segundos de pánico caer en la cuenta de que era una urna, y que dentro de la urna estaba lo que quedaba de su madre. Por algún motivo había esperado algo de buen gusto y clásico: un ánfora de alabastro, con tapa y tirador, no un envase de alguna clase de plástico que se parecía mucho a un bote de té. Se acordó del primo de su madre diciéndole que recogería las cenizas del crematorio en su lugar. Si hubiese dependido de ella, no se habría molestado.

Se encontró entonces con el problema de qué hacer con los restos. ¿Podía tirarlos simplemente a la basura? Tuvo la sensación de que eso sería ilegal.

Hizo girar la llave en la cerradura, pero tuvo que dar un buen empujón a la puerta para abrirla. Había sido un verano húmedo y toda la madera de la casa se había hinchado, aunque la puerta ya encajaba mal desde el principio. La casa solo tenía tres años, pero había toda clase de problemas molestos —pequeños acabados que nunca se habían llegado a hacer, no importaba cuántas veces se hubiese quejado—, como grietas en el yeso, enchufes mal puestos, el fregadero de la cocina sin conectar a una

toma de tierra. Gracias, Graham Hatter. El modelo Kinloch era la casa no adosada más pequeña que podía encontrarse, pero era una casa, una casa de verdad, de esas que solía dibujar de niña, con dos ojos y una boca. Casas que contenían a una familia ideal, que también había dibujado: madre, padre, dos hijos y un perro. Todo lo que había tenido en realidad era la madre, y un absoluto desastre de madre además. Pobre Louise. Cuando pensaba en sí misma de niña solía hacerlo en tercera persona. Estaba segura de que un psiquiatra se frotaría las manos ante algo así, pero ningún psiquiatra iba a acercarse nunca a su cabeza.

Las casas modernas eran una mierda, pero la urbanización (Glencrest) era segura, tanto como podía llegar a serlo cualquier sitio. La mayoría de los vecinos de la zona se conocían, como mínimo de vista. No había ningún *pub* cerca, existía una patrulla de vigilancia formada por vecinos, había mujeres jóvenes con sillitas de bebé que acudían a reuniones de madres, tipos que lavaban los coches el fin de semana. Era lo más cerca que se podía estar de la normalidad.

Entró la urna consigo y la dejó en el escurridero de la cocina. Desenroscó la tapa, vertió parte del contenido en un platillo y lo inspeccionó, escarbándolo con un cuchillo, como un técnico forense. Era arenoso, más carbón machacado que ceniza, y Louise medio esperó ver un trocito de diente, un hueso reconocible. Residuos tóxicos. Quizá si añadía agua al platillo su madre resucitaría, como arcilla que asumiera nueva forma a partir del polvo. Sus pulmones como alas de polilla volverían a inflarse y se alzaría como un genio de la urna para sentarse frente a ella a la mesa demasiado pequeña de la cocina demasiado pequeña y decirle que sentía mucho todas las *cosas* malas que había hecho. Y Louise le diría: «Demasiado tarde, vuélvete a tu puta urna».

El gato, viejo y artrítico, se encaramó con torpeza al escurridero y olisqueó esperanzado el contenido del platillo. La salud de *Jellybean* se estaba deteriorando, tenía un tumor creciéndole dentro, y el veterinario había dicho que no tardaría «en llegar el momento» en que Louise tendría que tomar una «decisión».

Jellybean fue una vez una bola de pelo minúscula y veloz, tan ligera como una pluma; ahora era un flojo saco de huesos. Era mayor que Archie; de hecho, Louise conocía al gato desde hacía más tiempo que a ninguna persona, con excepción de su madre, y ella no contaba. Lo había encontrado de cachorrito, abandonado en una casa vacía. Nunca había tenido animales, no le gustaban los animales; ni siquiera le gustaban los gatos pero quería a *Jellybean*. Con los niños le pasaba lo mismo: no le gustaban los bebés, no le gustaban los niños, pero quería a Archie. No podía decírselo a nadie (en especial a Archie) porque pensarían que estaba loca, pero creía posible que quisiera a *Jellybean* tanto como a Archie. Tal vez más. Eran su par de talones de Aquiles. Decían que el amor te volvía fuerte, pero ella opinaba que la volvía débil. Se te hincaba como un sacacorchos en el corazón y no había forma de sacarlo de ahí sin que se hiciera pedazos. Le dio un beso a la temblorosa cabeza de *Jellybean* y se sintió al borde de las lágrimas. Caray, Louise, cálmate, joder.

La puerta de entrada se abrió y volvió a cerrarse con estrépito. El paso de Archie por la casa estaba caracterizado por el ruido de las cosas que tiraba y dejaba caer o contra las que chocaba. Era como la bola en una máquina de *flipper*. Entró disparado a la cocina, casi tropezando con sus propios pies. Cuando nació, la comadrona había comentado: «Los chicos te destrozan la casa, las chicas te destrozan la mente». Archie parecía resuelto a hacer las dos cosas.

Se lo veía acalorado e incómodo. Recordaba esa sensación de tener de pronto que llevar uniforme en lo que parecía aún pleno verano. Las escuelas inglesas empezaban en septiembre, pero a las escuelas escocesas siempre les había parecido buena idea hacer que los niños volvieran en los peores calores. Debía de ser cosa de la Iglesia presbiteriana. Sin duda John Knox miró por la ventana una preciosa mañana de agosto y vio a un niño corretear por la calle con su aro, o lo que fuera que hacían los niños en el siglo XVI, y pensó: «Ese niño debería estar sufriendo en una clase calurosa y mal ventilada vestido con un uniforme que lo haga verse ridículo». Sí, eso sería propio de Knox, se dijo. Eh, Knox, deja en paz a ese niño.

¿Qué había pasado con su niño, se lo había comido ese monstruo? No hacía mucho Archie había sido un niño guapo, de sedoso cabello rubio y con unos brazos regordetes que apetecía besar. Al verlo ahora, con un cuerpo desproporcionado que parecía formado a base de restos de brazos y piernas de otras personas, costaba creer que las mujeres fueran a encontrarlo atractivo alguna vez, que se acostara con ellas, que se revolcara y retorciera, que lo hiciera con vírgenes y mujeres casadas, con estudiantes universitarias y dependientas. Sentía mucha lástima por él en su nueva fealdad, mucho más dolorosa por el hecho de que no pareciera consciente de ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Archie, echándole una ojeada al platillo de cenizas.

Ni «Hola, mamá», ni «¿Qué tal te ha ido el día?».

—Mi madre, lo que queda de ella.

El chico soltó un gruñido para indicar que no la entendía.

—Fue incinerada la semana pasada —le recordó Louise. Fue una cremación pública. No le permitió a Archie asistir al crematorio; lo había mantenido lejos de su abuela cuando estaba viva, así que no iba dejar que su hijo perdiera el tiempo con ella cuando estaba muerta. Se tomó la mañana libre en el trabajo, dijo que tenía hora en el médico. Era increíble que la gente creyera esas mentiras sin ponerlas en duda. Si alguien hubiese revisado su ficha de empleo, habría comprobado que indicaban que su madre ya estaba muerta. Todos sus conocidos creían que su madre había muerto tiempo atrás. «Para mí está muerta», habría dicho de haber puesto alguien en duda su veracidad.

Archie levantó el platillo y examinó el contenido.

—Guay —dijo—, ¿me lo puedo quedar?

No era culpa suya (tenía que recordarse a diario) que un cruel imperativo biológico lo hubiese convertido en una fábrica de hormonas que hacía horas extra, produciendo torrentes de ellas en turnos dobles. Debería estar fuera jugando al fútbol,

o al billar con un club juvenil de la iglesia, desfilando con los cadetes del Ejército, cualquier cosa que canalizara la superabundancia de sustancias químicas en su cuerpo, pero no, pasaba las horas tumbado en laapestosa guarida que era su cuarto, enganchado al iPod, a la PlayStation, al ordenador, a la televisión, como una especie de híbrido medio humano medio robot que necesitara electricidad para mantenerse con vida. El chico biónico.

Al menos no tomaba drogas (aún no, de todas formas). Estaba casi segura de que se habría dado cuenta. Algo de porno en forma de revistas, sí; dudaba que hubiese nada que pudiera ocultarle: era implacable, una experta en esa clase de cosas, y una madre. Algunas revistas porno bastante moderadas, eso era todo; lo normal en un chico de catorce años, ¿no? Más valía ser realista que draconiana. Nada de porno por internet que ella supiera, a menos que se hubiese conseguido una tarjeta de crédito, aunque no le sería difícil hacerlo y se le daban bien los ordenadores, pero no tan bien como a su amigo Hamish Sanders. Hamish era tan bueno para sus catorce años que daba miedo. No había duda de que los chicos tenían una habilidad innata para ese tipo de cosas. Hamish instaló la banda ancha sin cables de Louise, y era *hacker*, estaba bastante segura de ello. No le gustaba Hamish, era un mentiroso nato y estaba lleno de mierda. Louise también era una mentirosa nata, pero sus mentiras siempre habían tendido a ser más prácticas que maliciosas. Esa era su excusa, por lo menos.

La primera vez que Archie lo trajo a casa, Hamish dijo: «Hola, señora Monroe, ¿le importa si la llamo Louise?», y ella se había sorprendido tanto que no había soltado «Sí que me importa, pequeño gilipollas». Hamish era un amigo nuevo al que habían expulsado de su escuela pija y a quien sus padres habían conseguido una plaza en Gillespie's con trapicheos. Louise aún estaba intentando averiguar por qué lo habían expulsado. «Por cosas», decía Archie. «Oh, cómo se nota que tu madre es poli, Archie —le oyó decir una vez a Hamish—; qué poderío, me encanta».

No estaba segura de cuánto sabía el propio Archie de piratería informática. No le importaría tanto si trataran de entrar en el Pentágono o echar abajo una multinacional, pero lo más probable era que solo estuvieran colándose en el correo electrónico de algún pobre capullo en Singapur o Dusseldorf.

Lo de mangar en las tiendas era seguramente una cosa excepcional. Todos los críos mangaban. Louise había mangado. Woolworth's te suplicaba que te metieras sus artículos en el bolsillo —caramelos, lápices, llaveros, pintalabios—, y Louise no habría tenido nada de eso si no lo hubiera robado. Cuando era algo mayor consiguió un empleo los sábados en Woolworth's y siempre hacía la vista gorda ante los críos que robaban. Pero en el caso de su propio hijo era distinto. Haz lo que diga, no lo que hice yo.

Aun así, había que ver el lado positivo: tenía amigos (aspirantes a vagos góticos como él, pero un amigo era un amigo) y no estaba muerto. Con los niños, eso era siempre lo esencial. No había que pensar en que murieran. Nunca lo pienses, no vayas a convertirlo en realidad, como en una especie de mal vudú.

—¿Qué tal el cole? —Su letanía diaria desde que tenía cinco años—. ¿Qué habéis estudiado?

Nunca le había dado una explicación satisfactoria. «Hemos dibujado un árbol», «Había natillas de postre», «Un niño se ha caído y se ha hecho daño». Ninguna información sobre el plan de estudios; solía preguntarse si alguna vez les enseñaban algo. Ahora ya ni siquiera conseguía esos pequeños chismes de cada día.

Archie murmuró algo.

—¿Qué?

—Cosas —repitió, mirando al suelo.

Louise no podía recordar la última vez que la había mirado a los ojos.

—¿Has hecho «cosas» en el cole?

—Sí.

—¿Puedes ser más específico?

—Ajá. —Dio la impresión de que estaba pensando, pero se lo veía distraído, ausente. ¿Se habría tomado algo? Por fin respondió—: Lo que los nazis hicieron por nosotros.

—Creo que lo has entendido un poco mal.

Le habría gustado tener una buena discusión con él, una bronca ruidosa, pero él era incapaz; si ella empezaba, Archie callaba, esperaba pacientemente a que hubiese acabado, y entonces decía: «¿Me puedo ir ya?».

Sonó el teléfono. Supo antes de contestar que sería del trabajo. Era su día libre pero tenían poco personal; todo el mundo estaba de baja por un virus, y llevaba todo el día esperando que la llamaran. Observó a Archie mientras hablaba por teléfono. Estaba mirando fijamente al gato, en una especie de competición para ver cuál apartaba la vista primero, una competición que probablemente no sería muy disputada puesto que *Jellybean* tenía cataratas y había empezado a chocar contra paredes y muebles más o menos como hacía Archie. No parecía que Archie les tuviera ningún cariño a los animales, pero tampoco lo había visto nunca mostrarse cruel con uno. No era un psicópata en potencia, se recordó; solo un chico de catorce años. Su bebé. Colgó el teléfono.

—Tengo que irme —anunció—. Ha habido un incidente en Cramond.

—Sé lo que significa incidente —repuso él—; significa que alguien ha muerto.

Louise deseó que no pareciera tan entusiasmado con la idea.

—Es probable —admitió.

Capítulo 13

Martin empezaba a marearse. Había tomado demasiadas pastillas de menta y nada más; todavía sobrevivía de la modesta tostada que había desayunado esa mañana, en otra vida.

Salió a tomar un poco el aire y leyó los horarios de autobús. Se sentó en un muro hasta que empezó a llover, y entonces volvió a entrar y encontró la capilla del hospital. Era agradablemente anodina, un alivio de las continuas idas y venidas que parecían formar los cimientos de la vida hospitalaria. Todo ese tiempo había llevado consigo la bolsa de deporte de Paul Bradley. Era negra y de una barata imitación de piel que encontraba inexplicablemente masculina. Tenía un aspecto fofo, como una boca sin dientes, y su extraña gravedad sugería que contenía un ladrillo o una Biblia. La dejó en el asiento de al lado.

Cada vez sentía mayor curiosidad por el extraño al que esperaba tan estoicamente, y cuanto más esperaba, más le remordía la intriga. Había empezado a pensar que ahí había un relato breve en alguna parte, una novela incluso, una seria, no una de Nina Riley. Una obra cuya trama giraba en torno al misterioso extraño que llegaba a la ciudad. No, eso sonaba como *Por un puñado de dólares*. Un hombre cuyo día se transforma, que pasa de ser anónimo y no reconocido a convertirse en el centro de un drama imprevisto. Sería existencial y sin embargo apasionante (sabía por experiencia que ambas cosas rara vez iban juntas). ¿Adónde se dirigía Paul Bradley antes de que su destino cambiara? La cosa más insignificante. Un hombre bajándose de la acera delante de tu coche. Una chica preguntando: «¿Quieres un café?». La cosa más insignificante podía cambiarte la vida para siempre.

Se preguntó si en realidad habría vagado sin rumbo hasta encontrar la capilla. ¿No era acaso porque sabía que sería el sitio más tranquilo del hospital? ¿No le había atraído la tentación, como algo vagamente obscuro, para poder echarle un vistazo a la bolsa de deportes? ¿No era el conocimiento la recompensa de la tentación? Eva, la esposa desobediente, sabía que era así. Y también lo sabía la esposa desobediente de Barbazul, que al igual que su esposa imaginaria no tenía nombre.

Estaba fingiendo. ¿No sabía acaso de qué se trataba? Se había dejado llevar por la tentación en San Petersburgo, y mira qué había pasado. El conocimiento no era necesariamente algo bueno. Que le preguntaran a Eva. Mirar en la bolsa estaba mal, no había modo de ignorar ese hecho, era un imperativo moral, y sin embargo una vez que la idea arraigó en su mente se negó a desaparecer. Tenía un vínculo con Paul Bradley, le había salvado la vida, y por lo que sabía bien podía tratarse de la mejor obra que estaba destinado a hacer en su propia vida. ¿No le daba permiso ese vínculo para saber más? Uno podía evitar la tentación, podía decir que no, no voy a trasponer esa puerta de madera y comprar una Lyudmila o Svetlana, pero entonces acababas eligiendo a una chica en un puesto de muñecas rusas. «Eres un mariquita pusilánime y sin fuerza de voluntad, Martin». El lenguaje florido de su padre... ¿en qué ocasión?

No lograba acordarse, probablemente cuando dejó el cuerpo de cadetes porque era incapaz de completar el curso de asalto. Una muchacha llamada Irina de piel muy pálida y que lo llamaba Marty.

Por supuesto, podía tratarse de una historia sobre un hombre como él, un hombre al que nunca le pasa nada. *El hombre al que nunca le ocurría nada*. Sobre cómo se veía inesperadamente envuelto en la vida de otra persona, cómo descubría algo en una bolsa que cambiaba su mundo para siempre. Era una mentira. Se mentía a sí mismo todo el tiempo. Sí le había ocurrido algo. Una vez. *El incidente*. Había pasado lo de la chica del puesto de muñecas rusas. Una vez. Pero con una vez era suficiente.

La capilla estaba desierta. Comprobó varias veces que lo estuviera. Era así cómo se sentiría si estuviese a punto de masturbarse en público, aunque jamás haría una cosa así. ¡Qué espanto que lo sorprendieran! Entonces, como quien no quiere la cosa, como si fuera su propia bolsa y necesitara algo de ella, descorrió la cremallera y la abrió. Un neceser, una muda de ropa interior y una caja, eso era todo. La caja era negra y sin nada especial, como la bolsa de deporte, pero estaba hecha de algún material plástico rígido, picado como cascara de naranja y con cierres de acero. Así pues, eso era todo; había visto el interior de la bolsa y no había nada que revelara algo sobre Paul Bradley, solo una caja de plástico negra, un misterio dentro de un misterio. Quizá la caja contenía otra caja, y dentro de esa caja había otra caja, y así sucesivamente, como una muñeca rusa. Como su propia muñeca rusa, el preludeo a su breve noviazgo y consumación con la chica del puesto de muñecas rusas. ¿No era eso un escarmiento? ¿Un escarmiento para que no fueras a un sitio al que no debías ir?

Alguien entró en la capilla y Martin estrujó la bolsa como si estuviera a punto de gritar su culpable nombre. Pensó que sería un paciente o el pariente de algún paciente, pero era alguna clase de pastor, que esbozó una sonrisa alentadora y preguntó:

—¿Va todo bien? —Martin dijo que sí, que todo iba bien, y el pastor asintió con la cabeza y dijo—: Me alegro; siempre son momentos difíciles cuando un ser querido está en el hospital. —Y volvió a alejarse.

Paul Bradley podía ser alguna clase de representante, un vendedor itinerante, y la caja negra contenía muestras. ¿Muestras de qué? ¿O quizá llevaba joyas? Un regalo. Algo que iba a entregar. ¿Haría algún daño si echaba un vistazo? ¿Podía acaso dejar de mirar? Fue solo después de haber abierto los cierres metálicos y empezado a levantar la tapa que se preguntó si sería una bomba.

—¡Ahí está, Martin!

Volvió a cerrar de golpe la caja negra. Su corazón había subido varios pisos para volver a bajar hasta el sótano.

—Lo hemos buscado por todas partes —dijo Sarah, la enfermera de la sonrisa agradable. Estaba de pie en el umbral de la capilla, sonriéndole—. Le han dado el alta a su amigo, está listo para irse.

—Muy bien, ahora mismo voy —repuso él demasiado alto, sonriendo como un

idiota mientras tironeaba disimuladamente de la cremallera.

Se puso en pie, y Sarah preguntó, tocándole el codo:

—¿Se encuentra bien, Martin?

Parecía preocupada, pero él supo que al día siguiente habría olvidado su nombre.

—Hola, Martin —lo saludó Paul Bradley. Estaba esperando en el pasillo con la cabeza vendada, pero aparte de eso tenía buen aspecto. Cogió la bolsa de manos de Martin y añadió—: Gracias por ocuparte de ella.

Él tuvo la certeza de que con solo mirar la bolsa sabría que había estado hurgando en ella.

—¿Estabas rezando ahí dentro, Martin? —preguntó Paul Bradley indicando con la cabeza la capilla.

—En realidad no.

—¿No eres un hombre religioso, entonces?

—No. En absoluto.

Se le hizo extraño oír a Paul Bradley tutearlo como si fueran amigos.

Había un único taxi solitario en la parada de delante del hospital.

Martin se acordó de repente del Peugeot plateado y se preguntó qué habría pasado con él. Supuso que la policía se habría ocupado del coche, pero Paul Bradley no pareció en absoluto preocupado.

—Era de alquiler —explicó de pronto.

El coche de Martin estaba aparcado donde Richard Moat lo había dejado antes, en el aparcamiento del centro Saint James. Demasiado tarde para recuperarlo; no pudo ni imaginar cuánto iba a costarle sacarlo de allí por la mañana.

No había pensado en realidad adónde se dirigían hasta que entraron en el taxi y el conductor preguntó:

—¿Adónde van?

Y, antes de que pudiera decir nada, Paul Bradley contestó:

—Al hotel Los Cuatro Clanes.

Martin protestó y ofreció su propia casa (como si no hubiese aprendido la lección con Richard Moat), pero Paul Bradley se limitó a reír y explicó que había accedido a que él lo «vigilara» para salir del hospital, y que ahora Martin quedaba «libre de sus obligaciones». Le preguntó su dirección y le dijo al taxista:

—¿Lo ha oído? —Sacó un billete de veinte libras del fajo de su cartera y se lo tendió a través de la ventanilla—. Llévelo a él después de dejarme a mí, ¿de acuerdo, colega?

Había que admirar su sangre fría; ese día podía haber muerto, y sin embargo ahí estaba, todo un hombre, con solo el vendaje profesional en la cabeza indicando que el día podía haberse desviado del rumbo previsto. Martin le había devuelto la cartera con una extraña renuencia que no lograba explicarse.

El taxi se detuvo por fin ante un pequeño hotel para turistas en el West End que decía llamarse Los Cuatro Clanes. Un letrero de neón rojo en una de las ventanas anunciaba que había habitaciones libres. Pensó que el letrero lo hacía parecer un burdel. No tenía ni idea de quiénes formaban esos «cuatro clanes». Escocés de nacimiento y por inclinación, nacido en Edimburgo aunque no criado allí, sabía que había ciertas cosas de su cultura e historia nativas que jamás entendería.

—Fue cuanto pude encontrar —explicó Paul Bradley mirando la poco prometedor fachada del hotel a través de la ventanilla—. No quedaba una sola habitación en la ciudad.

—Por el festival —repuso con tono sombrío.

Paul Bradley bajó del taxi y Martin exhaló un suspiro, pero lo siguió con decisión. Lo sentía, pero por mucho que deseara irse a casa y dejarse caer en su propia y mullida cama, no podía dejar que Paul Bradley se fuera de esa manera. Se había comprometido con una agradable enfermera llamada Sarah.

—De verdad —dijo Bradley—, vete a casa, amigo.

Sacudió la cabeza con obstinación, plantado en la acera como si el otro fuera a meterlo físicamente otra vez en el taxi.

—No puedo. No me lo perdonaría si murieras esta noche, en una habitación de hotel, lejos de tu casa, tu familia y tus amigos.

Se oyó hablando como la locutora de un consultorio sentimental e imaginó que no iba a tener un efecto muy convincente para un hombre como Paul Bradley.

—No voy a morirme, Martin.

—Confío en que no —repuso—, pero preferiría estar seguro. —Volviéndose de pronto hacia el taxista, añadió—: Puede irse.

Cerró con fuerza la puerta del pasajero y le dio dos palmadas como si fuera la ijada de un caballo, un gesto de énfasis tan poco característico en él que lo pilló por sorpresa. Cogió la bolsa de Paul Bradley, subió con decisión los escalones de piedra y entró como un torbellino por la puerta giratoria de Los Cuatro Clanes antes de que el otro pudiera poner más objeciones.

Paul Bradley lo siguió al interior de la recepción desierta y, con un gesto de impotencia, rio y dijo:

—Vale, Martin, colega, como tú quieras.

El hotel olía a bacon frito, pese a la hora que era, y lo hizo salivar aunque no había comido cerdo en veinte años y no tenía deseos de empezar a hacerlo ahora. Le sorprendió que el hotel fuera tan barato y no le sorprendió nada que fuera espantoso. Cualquier cosa que pudiera decorarse con cuadros escoceses, lo estaba; hasta el techo se había empapelado con el fúnebre tartán de la Guardia Negra. En las paredes pendían grabados enmarcados de antiguas insignias heráldicas de Edimburgo y los clanes montadas en escudos de madera.

Martin tenía un libro sobre tartanes, adquirido cuando andaba en busca de uno para hacerse una falda escocesa; había supuesto que, como escritor, llevaría una vida

llena de *glamour* y tendría que asistir a cenas de gala y presentaciones de famosos, quizá a alguna recepción en el palacio de Holyrood. Alex Blake había recibido muchas invitaciones importantes en el pasado, pero siempre le daba la sensación de que sería un sustituto inadecuado para su más emocionante *álter ego*. La gente siempre parecía estar mirando por encima de su hombro en busca del verdadero Alex Blake, y hoy en día rara vez asistía a nada.

Su madre era una MacPherson antes de casarse, de modo que por fin se había decidido por una falda escocesa de tartán MacPherson verde, pero nunca había tenido valor para lucirla en público y colgaba olvidada en su armario. A veces se la probaba y la llevaba por la casa, pero era un acto extraño y encubierto, como si fuera un travestido en secreto y no un arrogante escocés.

Paul Bradley accionó con gesto autoritario la anticuada campanilla de latón en el mostrador de recepción. Resonó con fuerza en la atmósfera amortiguada por la tela escocesa.

—¿No te parece que es un poco tarde para registrarse? —preguntó Martin, y Bradley frunció el entrecejo y contestó:

—Soy yo quien va a pagarles a ellos, Martin, no me están haciendo un favor.

Apareció un antipático portero de noche, que hizo gran alarde de buscar la reserva de Paul Bradley. Los miró a ambos de arriba abajo.

—Aquí dice una habitación individual.

Martin quiso decir «No somos gays», pero pensó entonces que quizá Paul Bradley sí era gay y encontraría insultante su protesta. (Quizá el portero de noche era gay). Se dijo que si él fuera gay, tendría difícil ligarse a Paul Bradley, ni siquiera por una noche.

—En realidad yo no voy a hospedarme —le explicó al portero—. No voy a dormir.

—Me importa un cuerno lo que haga usted —repuso el portero con tono de resignación, echando un breve vistazo al vendaje de Bradley en la sien—, pero tendrán que pagar por una doble si van a estar los dos en la habitación.

—No hay problema —dijo Bradley con tono amable; sacó más billetes de veinte de la cartera y los dejó sobre el mostrador.

Él trató de volver a coger la bolsa, pero Paul Bradley le dijo:

—Déjalo ya, Martin, no eres mi criado.

Se echó al hombro la bolsa como si no pesara nada y empezó a subir por las escaleras, con Martin detrás siguiendo la senda de otro diseño a cuadros escoceses en la alfombra que cubría los peldaños. Evitó la maltrecha mirada de un gran ciervo apolillado cuya cabeza cortada pendía sobre la escalera. No lo habría sorprendido que abriera de pronto la boca y hablara. Se preguntó por qué estaba bien colgar cabezas de ciervo y no de caballos o perros, digamos.

La habitación tenía una cama de matrimonio pese a que en teoría era una individual, y Paul Bradley arrojó la bolsa sobre la colcha marrón y naranja.

—Me quedo con el lado izquierdo, tú ocupa el derecho —comentó con una despreocupación que lo hizo pensar que estaba acostumbrado a dormir en cualquier parte, acostumbrado a dormir con otros hombres sin intenciones sexuales. Había conocido a muchos Paul Bradley cuando era más joven. En el Ejército.

—¿Estuviste en el Ejército? —quiso saber. Advirtió que era la primera pregunta personal que le hacía. Bradley le dirigió una mirada burlona pero la sostuvo un poco más de lo que la mayoría de gente habría hecho, de manera que añadió—: Lo siento, no pretendía ser indiscreto.

Paul Bradley se encogió de hombros.

—Tranquilo, no tengo nada que ocultar. Estuve en la Marina, en realidad. En las Fuerzas Navales Especiales. No andamos reclamando atención como hacen los de las SAS. Ahora no soy más que el último mono en una oficina, que lleva papeles de aquí para allá. Muy aburrido. ¿Has servido en el Ejército, entonces?

—No exactamente —repuso Martin—. Mi padre era sargento del Estado Mayor. Nos crio en un campamento de reclutas doméstico.

—¿Nos?

—A mi hermano y a mí. Christopher.

—¿Estáis unidos?

—No. En realidad, no. —Advirtió qué estaba haciendo Paul Bradley: dándole la vuelta a la tortilla, interrogándolo para evitar responder preguntas sobre sí mismo—. Me sentaré en esa silla de ahí. Se supone que he de vigilarte, no dormir.

—Como quieras —contestó Paul Bradley llevándose la bolsa al minúsculo cuarto de baño y cerrando la puerta.

Martin trató de no oír los sonidos que hacía otro hombre al lavarse, cepillarse los dientes, orinar. Encendió el televisor en un intento de enmascarar los ruidos, pero no había más que nieve en todos los canales. Hojeó por pasar el rato el único material de lectura que había en la habitación, un folleto en que se anunciaban atracciones turísticas escocesas, una mezcla de destilerías de *whisky*, fábricas de lana y recorridos culturales.

—El baño está libre —anunció Paul Bradley al salir, oliendo a jabón barato y pasta de dientes.

Martin se sintió como la novia tímida y virgen en una luna de miel, con el novio ajeno a su ruborosa reticencia.

Paul Bradley abrió el minibar y dijo:

—Tómame una copa.

—Quizá solo un agua mineral —repuso él, pero al inspeccionar el minibar comprobó que el agua era una petición demasiado sofisticada.

Su contenido era básico: nada de aguas o refrescos, ni Toblerones, ni desagradables galletitas japonesas o botellines de champán, ni siquiera cacahuets salados; solo latas de cerveza, licores en miniatura e Irn-Bru. La visión de las botellitas provocó en él un súbito deseo de consumir alcohol, algo para aplacar el

torbellino de aquel día.

—Deja que te prepare algo —dijo Paul Bradley sacando una botellita de *whisky* y una lata de Irn-Bru—. Espera, traeré un vaso del baño.

Observó horrorizado el vaso con líquido naranja con que volvió Paul Bradley, pero se sintió obligado a darle las gracias y tomar un sorbo. Estaba seguro de que había células en su hígado dispuestas a suicidarse antes de enfrentarse a las dos bebidas nacionales de Escocia en un solo cóctel vomitivo. Los tonos cobre de la decoración, el naranja fluorescente de la Irn-Bru y el matiz cítrico de la farola de sodio de la calle al otro lado de la ventana contribuyeron a que se sintiera distanciado, como si hubiese entrado en un mareante mundo de ciencia ficción contaminado por alguna catástrofe ecológica.

—¿Todo bien? —quiso saber Paul Bradley.

—Sí, muy bien.

Dio otro sorbo del líquido naranja. Era repulsivo y sin embargo extrañamente atrayente.

Muy rápido, sin el menor indicio de inhibición, Paul Bradley se quitó la ropa hasta quedar en camiseta y calzoncillos grises. Martin advirtió que eran de algodón bueno y caro, aunque bajó la vista casi de inmediato y miró en cambio un grabado sorprendentemente gráfico de la batalla de Culloden que pendía sobre la cama: cuerpos atravesados por bayonetas y espadas, bocas abiertas, cabezas que rodaban. Cuando volvió a mirar, Paul Bradley estaba en la cama, sobre la colcha naranja y marrón. Se preguntó cuándo la habrían lavado por última vez. Al cabo de unos segundos, el sueño suavizó las facciones de Paul Bradley.

Martin fue al cuarto de baño y cerró la puerta con el cerrojo. Trató de orinar sin hacer ruido. Se lavó las manos y se las secó con la fina toalla que estaba húmeda tras utilizarla Paul Bradley para su aseo. Su cepillo de dientes reposaba en un vaso junto a los grifos. Era viejo, con las cerdas gastadas y abiertas, prueba de una vida que precedía a su extraño encuentro. Siempre le parecía algo patética la visión de un solitario cepillo de dientes. Nunca había entrado en su propio baño y visto dos cepillos de dientes en amistosa compañía.

La bolsa de deporte estaba en el suelo, abierta. Vio la caja negra en su interior. Sin duda Paul Bradley no la habría dejado ahí tirada si contuviera algo privado o ilegal, ¿no? La esposa de Adán le susurró al oído, y la esposa de Barbazul al otro, tentándolo: «Solo un vistazo». Y Pandora, por supuesto, no olvidemos a Pandora que, de pie detrás de él, le decía: «Abre la caja, Martin, ¿qué daño puedes hacer?». Tuvo el vago recuerdo de haber visto de niño un viejo concurso de televisión, *Haz tu elección*, en que el público le gritaba al concursante «¡Abre la caja!». Los sensatos se quedaban con el dinero; los aficionados al juego abrían la caja. Martin abrió la caja.

Dentro había un material esponjoso de color gris marengo que se había amoldado al contenido: un trofeo de golf, una figura de unos veinte centímetros de alto con un acabado cromado que reflejaba la luz del lavabo como un espejo. Vestido con

bombachos y jersey de rombos, con una boina escocesa en la cabeza, el golfista estaba en pleno *swing*, con el palo en alto y la pequeña pelota con hoyuelos esperando para siempre a sus pies. El pedestal llevaba grabado «R. J. Benson, 1938», pero no se indicaba en ningún sitio en qué torneo se había entregado. Parecía barato, un trofeo corriente, de esos que acababan sus días en una tienda de beneficencia después de haberse vaciado una casa en que había muerto un anciano. La clase de anciano que había vivido solo con un único cepillo de dientes.

El trofeo no parecía lo bastante valioso para merecer una caja acolchada, y la caja en sí no parecía del tamaño adecuado, como si hubiese un espacio vacío. Nina Riley habría descubierto de inmediato el doble fondo, pero a él le llevó unos instantes más. Dejó el trofeo de golf en el lavabo, junto al vaso que contenía el solitario cepillo de dientes de Paul Bradley, y forcejeó con la esponja gris marengo. Estaba pegajosa al tacto, como el antiguo oasis verde que su madre utilizaba para clavar tallos de flores en sus menos que desganados intentos por hacer arreglos artísticos. Pandora, Eva, la anónima esposa de Barbazul y el fantasmal público entero de *Haz tu elección* estaban detrás de él, instándolo a seguir. Por fin se las apañó para quitar la esponja.

Una pistola.

No había esperado encontrar eso y sin embargo, al verla, le pareció perfectamente lógico.

El hecho de que fuera una pistola fue abrumador y eliminó cualquier pensamiento sobre el motivo de que estuviera allí. Lo dejó sin aliento, literalmente, y tuvo que sujetarse al lavabo unos segundos para recobrase.

No era una vieja pistola cualquiera. Era una Welrod. Por supuesto, no era de extrañar que un exmiembro de las fuerzas navales tuviese una Welrod. Su padre había tenido una antigua, ilegal. La guardaba en una caja de zapatos en lo alto del armario, el mismo sitio en que su madre tenía los «zapatos de fiesta», un calzado extrañamente frívolo en piel dorada o plateada. Aunque Martin nació más de una década después de que acabase la guerra, él y Christopher se criaron oyendo relatos sobre los mejores años de su padre —lanzándose en paracaídas tras las líneas enemigas, entablando combate cuerpo a cuerpo, llevando a cabo arriesgadas huidas—, como si uno de los cómics de sus hijos hubiese cobrado vida. ¿Eran veraces todos esos relatos de Harry? Desde tanta distancia en el tiempo parecía menos probable. Después de la guerra, la vida fue, cómo no, una decepción para Harry. El propio Martin sabía, desde pequeño, que cualquier posibilidad que hubiese podido tener en la vida de ser un héroe la había agotado su padre.

No le faltaba experiencia en el manejo de armas, pues la naturalidad de su padre con ellas se había hecho extensiva a sus hijos en forma de clases de tiro. Christopher era un tirador pésimo, pero a él, para el perpetuo asombro de su padre, no se le daba mal. Quizá no fuera capaz de lanzar una pelota de criquet, pero sabía apuntar con una mira y dar en el blanco. Jamás le había disparado a ser viviente alguno (para la indignación de su padre), limitándose a objetivos inanimados en competiciones

juveniles.

A Harry le gustaba llevarlos al bosque con escopetas para cazar conejos. Tuvo una desafortunada visión retrospectiva de su padre despellejando un conejo con la misma facilidad con que se pela un plátano. El recuerdo de la carne brillante y rosácea oculta bajo el pelaje bastaba para provocarle náuseas, incluso ahora.

En cierta ocasión, cuando Martin y Christopher eran niños, llegaron a casa del colegio y encontraron a su padre empuñando una pistola —la Welrod, de hecho— contra la cabeza de su madre.

—¿Qué decís, chicos? —les preguntó, oprimiendo aún más la sien de su esposa con el cañón—. ¿Le pego un tiro?

Estaba borracho, por supuesto. Martin no lograba recordar qué había dicho o hecho, solo tenía ocho años en aquel tiempo y había borrado de su mente el resto del «incidente». Confiaba en haber defendido a su madre, aunque Dios sabía que había habido suficientes ocasiones en que ella no lo había defendido a él. Siempre esperó que, al final, su padre se volara la tapa de los sesos, y lo había sorprendido la docilidad con que había fallecido.

En ese momento no había forma de que pudiese mirar un arma y pensar que era una buena cosa. La tocó, advirtiendo el leve temblor de su mano. Acarició la suave superficie metálica, esperando que estuviese fría, pero estaba casi a la misma temperatura que su piel. La Welrod, el arma más querida por las fuerzas especiales de todas partes, se desarrolló en Gran Bretaña durante la guerra. La única pistola verdaderamente silenciada. Calibre 9 mm. Y monotiro. Sin gran alcance, mejor a bocajarro. En realidad solo había una cosa para la que uno utilizaría una Welrod, y era para disparar a un único objetivo de cerca y desde una posición lo más encubierta posible. En otras palabras, era un arma de asesino.

Inspiró profundamente. Iba a salir del baño, y de la habitación del hotel, sin hacer ruido. Iba a bajar de puntillas las escaleras, atravesar la recepción y salir del edificio, para meterse entonces en el primer taxi que encontrara y pedir que lo llevaran a la comisaría de policía más cercana.

Abrió la puerta del baño. Paul Bradley dormía profundamente, roncando un poco, con los brazos extendidos como un niño inocente. Martin empezó a cruzar la habitación hacia la puerta, pero las piernas se le doblaron. Al bajar la vista, la moqueta dio vueltas ante sus ojos. Se sintió de pronto increíblemente cansado, nunca en su vida se había sentido tan cansado, no sabía que fuera posible estar tan cansado. Tenía que tenderse y dormir un ratito, ahí mismo, en esa desagradable moqueta a cuadros escoceses.

Capítulo 14

Gloria se aseguró de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas, conectó la alarma y luego bajó al sótano a comprobar las cámaras de seguridad.

Todo tranquilo en el jardín delantero, a excepción de un zorro que trotaba alegremente por el jardín. Les ponía comida a los zorros casi todas las noches. Había empezado dándoles solo las sobras, pero ahora muchas veces les compraba comida expresamente, paquetes de salchichas de cerdo, un trocito de carne para estofar. Para el erizo (podía ser que hubiese más de uno, pero ¿cómo saberlo?), sacaba comida para gatos, pan y leche. Eso también se lo comían los zorros, por supuesto. A veces correteaban conejos por el jardín (los zorros también se los comían) y había visto incontables gatos de los vecinos, así como esos roedores pequeños y tímidos que solo salen por la noche. A los zorros les gustaban en especial los roedores pequeños y tímidos. A veces, estar en el sótano era como ver un documental sobre la naturaleza en la televisión.

Las cámaras de visión nocturna lo mostraban todo en extraños tonos verdes y grises, de forma que parecía un jardín distinto por completo, un lugar misterioso visto a través de ojos fantasmales. Algo se movió en el caos de hojas que formaban los grandes arbustos de rododendro en el sendero de entrada. Algo que destellaba, diamantes contra azabache. Unos ojos. Intentó pensar qué animal sería así de alto. ¿Un oso? ¿Un caballo? Ambos eran poco probables. Parpadeó y ya no estaba. Una criatura de la noche.

A pesar de su avanzada tecnología, las cámaras no podían salir ahí fuera y olisquear entre las hojas, no podían aullar ni ladrarle a un intruso. Si Graham moría, lo primero que haría ella sería ir a la perrera de Seafield y traerse un perro de caza de ojos dulces o un pequeño y enérgico terrier. A Graham no le gustaban los animales; nunca habían tenido una mascota en casa porque aseguraba tener una grave alergia al pelaje y las plumas. Gloria nunca había presenciado indicio alguno de esa u otra alergia en Graham. Una vez había cogido un poco de pelo del gato de los vecinos — el pobre tenía alguna clase de alopecia, así que solo hacía falta acariciarlo para quedarse con un mechón de pelaje en la mano—, lo había puesto bajo la almohada de Graham y se había quedado despierta media noche observándolo para ver qué pasaba, pero se despertó por la mañana igual que siempre, con ganas de «un par de huevos poché». Ella imaginaba que sus hijos habrían resultado mejores personas si hubiesen crecido con un perro.

Pensó en Graham ocupando el limbo de la UVI, una lúgubre tierra de nadie entre la vida y la muerte, a la espera de que el Gran Arquitecto del cielo revelara sus planes. Gloria guardaba en secreto lo ocurrido, preparándose para las consecuencias. No había llamado ni a Ewan ni a Emily para decirles que su padre estaba a las puertas de la muerte, esperando a ver si se abrían para él. De hecho, no se lo había dicho a nadie. Sabía que debería decírselo a la gente, pero no tenía ganas, no sabía muy bien

por qué. Armarían un drama, y le parecía que esas cosas se llevaban mejor si una no hablaba de ellas. Y de todos modos había cosas que hacer antes de que muriera, antes de que la gente lo supiera. Así que lo dejaría ahí en su cama de hospital, oculto pese a estar tan a la vista, mientras ella preparaba su viudedad. Aquel repentino escarceo de Graham con la mortalidad la había pillado por sorpresa. No solía cogerla desprevenida de esa manera.

Se metió en la cama con una taza de batido, un plato de galletas de avena con queso Wensleydale y una gruesa novela de Maeve Binchy. Siempre tomaba queso Wensleydale, nunca Lancashire; el sentido de lealtad al condado le llegaba a la médula. Era con el mismo espíritu cumplidor que veía *Emmerdale* en lugar de *Coronation Street*, sencillamente porque *Emmerdale* se desarrollaba en Yorkshire, si bien era verdad que no reconocía esa parte de Yorkshire.

Qué extenso y maravilloso parecía de pronto el lecho conyugal. Había lavado ya todas las sábanas, girado y aireado el colchón, pasado el aspirador para quitar la piel muerta de Graham de las almohadas. En cuanto se hubo instalado bien cómoda (la ley de Murphy) oyó sonar el paciente timbre del teléfono. Pensaba que Alexander Graham Bell tenía que dar cuentas por muchas cosas, y se había negado a instalar un teléfono junto a la cama. No veía la necesidad, pues cuando estaba en la cama quería dormir, no hablar. Graham llevaba el móvil quirúrgicamente pegado a la oreja, así que no necesitaba un teléfono en el dormitorio, y había un botón de alarma junto a la cama «para emergencias», aunque a Gloria no le gustaba imaginar qué clase de emergencia en el dormitorio haría necesario oprimir un botón de alarma. Que Graham quisiera tener relaciones sexuales, quizá. Se levantó a regañadientes de la cama y bajó. Más valía, supuso, atajar cualquier pregunta desde el principio.

El identificador de llamadas anunciaba «Pam». Exhaló un suspiro y descolgó el auricular, pero no era Pam, sino su marido, Murdo.

—¡Gloria! Siento molestarte tan tarde, he estado intentando ponerme en contacto con Graham en el móvil.

Captó que intentaba mostrarse simpático, pero Murdo no era un hombre simpático y la tensión de fingir que lo era lo hizo parecer un poco delirante.

—Se suponía que teníamos una reunión esta tarde, pero no ha aparecido. ¿Está ahí? ¿Está en la cama?

—No, está en Thurso.

Esa palabra pareció provocarle a Murdo un ataque de histeria.

—¿Thurso? Estás de broma. ¿Qué quieres decir con que está en Thurso? ¿Qué coño está haciendo en Thurso, Gloria?

¿Por qué había elegido Thurso? Quizá porque rimaba con Murdo. O porque era el sitio más lejano que se le ocurrió.

—Está construyendo una urbanización allí.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora.

—Eso no explica por qué no contesta al teléfono.

—Se lo ha dejado —respondió ella con firmeza.

—¿Que Graham se ha dejado el teléfono?

—Ya lo sé, cuesta creerlo, pero así es la vida. Pasan cosas asombrosas constantemente. (Eso era verdad).

Murdo profirió un ruido nervioso, mezcla de frustración y pánico. Por suerte, el móvil de Graham empezó a sonar en ese momento en algún lugar de las profundidades de la casa, identificable por su irritante tono de llamada de *La cabalgata de las valquirias*. Siguió la música de Wagner por la casa, como una rata siguiendo al flautista de Hamelín, hasta que al final acabó en el lavadero, donde había dejado la bolsa de plástico con las posesiones de Graham que trajo del hospital. Él se habría enfadado mucho de haber sabido que su traje de lana ligera a medida y sus zapatos hechos a mano estaban metidos en una bolsa de basura del hospital.

Hurgando en la bolsa, rescató por fin el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta de Graham y lo levantó para que Murdo pudiera oírlo sonar.

—¿Lo oyes? —preguntó—. *La cabalgata de las valquirias*. Te he dicho que se lo había dejado.

Murdo soltó una especie de gruñido y colgó.

—Adiós y que te den morcillas —espetó Gloria.

Había gente que no tenía modales.

Accionó el botón de contestar en el móvil de Graham y oyó una insistente voz que decía:

—Graham, soy yo, Maggie. ¿Dónde estás? Te he estado llamando toda la tarde.

—Maggie Louden —susurró Gloria para sí mientras intentaba evocar una imagen mental de esa mujer.

Era una nueva empleada del equipo de ventas de Graham, una mujer delgada de cuarenta y tantos años, con un casco de pelo negro teñido emplastado en la cabeza como el caparazón de un escarabajo. Gloria la había visto por última vez en Navidad. Una vez al año invitaban a todo el mundo, desde jueces y comisarios de policía a proveedores de ladrillos y contratistas de tejados, así como a los miembros más privilegiados del personal de oficina de Viviendas Hatter, a tomar champán y pastelillos bajo el techo de los Hatter en el Grange. Recordaba a Maggie taconeando como una cucaracha en las baldosas del vestíbulo con sus zapatos Kurt Geiger inadecuados para la ocasión. No recordaba que se hubiese invitado antes a nadie del personal de ventas a su fiesta de Navidad.

Estaba a punto de responder, de decir «Hola, Maggie, soy Gloria», cuando Maggie soltó:

—Graham, cariño, ¿estás ahí?

¿Cariño? Gloria frunció el entrecejo. Se acordó de Graham de pie ante el árbol de Navidad, con Maggie Louden, Murdo Miller y el juez Crichton, una mano sujetando un vaso de *whisky* y la otra posada con descaro en la espalda de Maggie, en el sitio en

que el crepé negro del vestido de fiesta se encontraba con el crepé blanco de su piel. Una de las camareras contratadas para la velada les ofreció un plato de pastelillos, y Graham había cogido dos, que consiguió meterse en la boca a la vez. Maggie Louden había indicado con un gesto que se los llevara como si fueran radiactivos. Gloria desconfiaba de la gente que no tenía tiempo para el azúcar; era un defecto de la personalidad, como preferir el té flojo. El té y el azúcar eran una prueba de carácter. Debería haberlo sabido entonces.

Graham se había inclinado hacia Maggie, con la papada casi rozándole el pelo lleno de laca, para susurrarle algo al oído. A Gloria le había parecido poco probable que estuviera haciendo un comentario sobre las nuevas luces de árbol que había comprado poco antes en Dobbies, pero pensó que solo estaba actuando como el Graham de siempre. Pensaba muchas veces que de haber sido basurero o quiosquero quizá las mujeres no lo encontrarían tan atractivo. Si no tuviera dinero, poder y carisma habría sido —habría que reconocerlo— nada más que un viejo.

De repente el teléfono le quemó en las manos.

—¿Se acabó, ya está? —insistió Maggie— ¿Te has librado de Gloria? ¿Te has librado de la vieja bruja?

La sorpresa casi hizo que se le cayera el teléfono. ¿Estaba Graham planeando divorciarse? ¿Tenía una aventura con una de su equipo de ventas y los dos planeaban «librarse» de ella? Volvió a meter el teléfono en el bolsillo de Graham y dejó a Maggie Louden hablando con la lana ligera. Aún oyó la voz amortiguada, como la de una insistente clarividente en una sesión de espiritismo:

—¿Graham? ¿Estás ahí, Graham?

A lo lejos, oyó el débil estruendo de los fuegos artificiales que señalaban el final del espectáculo militar. ¿De veras el capitalismo había salvado a la humanidad? Le parecía inverosímil, pero quizá fuera un poco tarde para discutir eso con Graham.

Capítulo 15

La había soltado. Oyó la voz de Marlee susurrarle «Papi» al oído, muy bajito, como si caminara en el agua a su lado, y había renunciado a su sirena muerta para patear hacia la orilla. Unas manos lo habían pescado en el puerto para llevarlo al Cramond Inn, donde un *whisky* de malta y un cuenco de sopa caliente lo habían devuelto a la vida. Cuando llegó la policía estaba envuelto en mantas y su ropa se estaba lavando y secando en unas máquinas industriales en algún recóndito lugar del edificio.

Entonces había empezado el proceso al parecer interminable de contar una y otra vez su historia a una sucesión de personas.

—¿Ha bebido, señor? —le preguntó el primer agente uniformado en la escena, mirando el vaso que tenía en la mano y que acababan de volverle a llenar.

Jackson habría considerado pegarle de haber podido hacer acopio de la energía suficiente. Otra parte de él reconoció a regañadientes que el tipo se limitaba a hacer su trabajo.

La última persona en llegar («En realidad hoy es mi día libre», la oyó decirle a alguien) fue una mujer, una detective con más pose que modales. Le tendió una tarjeta que llevaba impreso «Sargento Louise Monroe», con el «Sargento» tachado con bolígrafo y, escrito a mano encima, «Inspectora». Pensó que era gracioso. Una inspectora recién acuñada. Confió en que no tuviera nada que demostrar. Ella también le preguntó si había bebido.

—Sí, he bebido —contestó enseñándole el vaso, ahora medio vacío—. Lo mismo haría usted en estas circunstancias.

—No asuma cosas —repuso ella con aspereza.

Era guapa, en cierto modo. Tenía la boca un poco grande para su cara, y la nariz un poco pequeña, y un incisivo roto, pero seguía siendo guapa. En cierto modo. Entre treinta y cinco y cuarenta, cabello oscuro, ojos oscuros; Jackson nunca había tenido mucha suerte con las rubias. Llevaba una melena corta, pulcra y práctica, y se la ponía de vez en cuando detrás de las orejas en un gesto que él siempre encontraba atractivo. En las mujeres, por lo menos. La que se formaba ese juicio era una zona recóndita de su cerebro. La mayor parte solo trataba de impedir quedarse dormido de puro agotamiento. A esa mujer le gustaba hacer preguntas: ¿qué estaba haciendo en la isla de Cramond?, ¿se había percatado al llegar de que la marea estaba subiendo?, ¿cómo había llegado hasta allí?

—En autobús —contestó a regañadientes.

Se sintió como si estuviese admitiendo que era una forma de vida inferior. Estaba desnudo bajo las mantas y se sentía ridículamente vulnerable. Un hombre desnudo que cogía autobuses y sin nada mejor que hacer con su tiempo que andar merodeando por islas desiertas. Con la marea subiendo. ¿Era estúpido o qué? Mucho, estaba claro.

¿Qué hacía en Edimburgo? Se encogió de hombros y contestó que había acudido por el festival. La inspectora le dirigió una mirada escéptica que lo hizo sentirse un

mentiroso; era obvio que no encajaba en el papel de aficionado al festival. Consideró decir «Mi novia sale en una obra, es actriz», pero en realidad eso solo era asunto suyo y «novia» sonaba ridículo; eran los tíos jóvenes los que tenían novias. Trató de pensar qué habría hecho él de estar a cargo de la investigación. ¿Le parecerían tan sospechosas sus credenciales como a Louise Monroe, o habría mandado ya buzos en lanchas policiales y tendría agentes rastreando la orilla?

—La mayoría de la gente queda afectada cuando descubre un cadáver —comentó Louise Monroe—. Las reacciones normales son el *shock* y el horror, pero a usted se le ve muy flemático, señor Brodie. ¿Había visto antes un cadáver?

¿Qué se creía, que había confundido a una foca con una mujer, un montón de madera a la deriva con un cuerpo?

—Sí —contestó; el cansancio consiguió por fin hacerlo reaccionar—. He visto cientos de cadáveres. Sé exactamente qué aspecto tiene un cuerpo volado por los aires, quemado, ahorcado, ahogado, apuñalado, acribillado a tiros, molido a golpes y hecho pedazos. Sé qué pinta tiene la gente cuando se planta ante un tren que va a ciento cincuenta por hora, cuando lleva un verano entero descomponiéndose en un apartamento y cuando tiene tres meses y ha muerto sin motivo aparente. Sé qué aspecto tiene un cadáver, ¿vale?

La sargento marimacho que acompañaba a Louise Monroe pareció dispuesta a esposarlo, pero la inspectora asintió con la cabeza y dijo:

—Vale. —A Jackson le gustó por eso—. ¿Policía?

—Ex. En el Ejército y en las fuerzas civiles, en Cambridge.

Nombre, rango y número; al enemigo no le reveles más.

La inspectora le contó que alguien en la central había decidido que había una posibilidad de que la mujer siguiera con vida y la guardia costera había enviado una lancha del cuerpo de salvamento marítimo, además de alertar a un helicóptero de la RAF.

—Así que puede dejar de inquietarse, señor Brodie.

«Inquietarse» no era exactamente la palabra que él habría utilizado.

—No tiene sentido —repuso—. Estaba muerta. —Cada vez que lo decía, la sirena parecía alejarse un poco más de él—. ¿Ha denunciado alguien la desaparición de una muchacha?

Siempre había chicas desaparecidas, siempre las había habido, siempre las habría.

Louise Monroe le dijo que no se había denunciado la desaparición de mujer o muchacha alguna cuya descripción encajara con la que él había dado.

—Bueno, pues es probable que aún no hayan denunciado la desaparición —comentó—. No llevaba mucho tiempo en el agua. Y a veces lleva un tiempo que la gente se dé cuenta de que alguien no está donde debería estar. Y no siempre se echa de menos a la gente. No todo el mundo tiene a alguien que vaya a advertir que ha desaparecido.

¿Quién lo echaría en falta a él? Julia, Marlee, y se acabó. Sin Julia, quedaría solo

Marlee.

—¿Dónde ha aparcado la moto? —quiso saber la inspectora.

Jackson frunció el entrecejo.

—¿Qué moto?

—La que trata de venderme. No se las dé de experto conmigo, ¿quiere?

De modo que era una pequeña mordaz. No tan pequeña, más alta que Julia, claro que todo el mundo era más alto que Julia.

Se preguntó si la inspectora tendría a alguien en casa que fuera a advertir su ausencia. Se fijó en que no llevaba alianza de boda, pero eso no significaba nada. Su propia esposa (exesposa) nunca había llevado anillo, ni siquiera había adoptado nunca el apellido de él, aunque, detalle interesante, en el dorso de su felicitación de las últimas Navidades había una de esas etiquetas con la dirección que declaraba de forma inequívoca «Señor y señora Lastingham». Jackson había lucido fielmente su anillo de casado. Solo se lo había quitado a finales del año anterior, para arrojarlo al Sena desde el Pont Neuf en una visita de fin de semana a París. Había pretendido que fuera alguna clase de gesto dramático, pero al final lo dejó caer en silencio, un breve destello de oro bajo el sol invernal, avergonzado ante lo que fuera a pensar la gente (triste perdedor de mediana edad cuyo divorcio ha llegado por fin).

—Podría tratarse de un suicidio —especuló. (Sí, por lo visto se las daba de entendido con ella, aunque no tuviera moto)—. Aunque pocas chicas se suicidarían ahogándose; no se sabe de muchas mujeres que lo hayan hecho. Quizá simplemente se cayó al agua, quizá estando bebida. Hay un montón de chicas borrachas en estos tiempos que corren.

Algún día, sin duda, su hija Marlee estaría borracha. Según las estadísticas, fumaría durante la adolescencia. Tomaría drogas al menos una vez, estaría a punto de chocar con un coche. Le romperían una vez (o varias) el corazón, daría a luz dos veces, pasaría por un divorcio, padecería una enfermedad, tendría que someterse a una operación, envejecería. Si envejecía, tendría osteoporosis y artritis, caminaría arrastrando los pies con ayuda de un bastón o andador, necesitaría una prótesis de cadera, vería morir a sus amigos uno por uno, se mudaría a un asilo. Moriría ella también.

—¿Señor Brodie?

—Sí.

Para cuando empezó a oscurecer, un montón de aparatos había rastreado zumbando la zona: la RAF, salvamento marítimo, una lancha policial, un remolcador de la autoridad portuaria, además de gran cantidad de personal de a pie; no sirvió de nada. No encontraron un solo indicio, ni siquiera la cámara que había dejado atrás al internarse en el agua, aunque sí habían recobrado su chaqueta (gracias), lo que al menos probaba que había estado en la isla porque incluso eso parecía en entredicho.

—Bueno, al menos eso no lo ha imaginado —dijo Louise Monroe.

Esbozó una mueca que acabó con cualquier muestra de simpatía hacia él.

—No he imaginado absolutamente nada —repuso.

Considerar sospechoso al primero que había aparecido en la escena, eso estaba haciendo la inspectora. Es lo que haría él. «¿Cuál era el propósito de su visita a Cramond, señor?». ¿Qué podía decir, pasar el rato? ¿Que era un cabo suelto permanente? Pensó en decir «La comprendo muy bien, soy uno de ustedes», pero no lo era, ya no, ya no formaba parte de ese círculo. Del club. Y una parte de él —una parte perversa, sin duda— sentía curiosidad por saber cómo se sentía uno estando al otro lado. Hacía muchísimo tiempo que no visitaba ese otro lado: la carrera criminal de Jackson empezó y acabó cuando tenía quince años y lo pillaron entrando a hurtadillas con un amigo en la tienda del barrio para robar cigarrillos. La policía los pescó y los llevó a rastras a la comisaría y les dio un susto de muerte.

—Había una tarjeta —le dijo de pronto a Louise Monroe—. Lo había olvidado. Era una tarjeta de visita. Rosa, con letras negras. Ponía... —¿Qué ponía? Veía mentalmente la tarjeta, y la palabra escrita en ella, pero no conseguía leerla, como si tratara de descifrar algo en un idioma extranjero o en un sueño. ¿Facetas? ¿Fantasía? Y un número de teléfono. Su buena memoria para los números, lo único para lo que tenía buena memoria últimamente, parecía haberlo abandonado—. El nombre empezaba por F.

No lograba recordar qué había hecho con la tarjeta; lo lógico habría sido pensar que la había guardado en el bolsillo de la chaqueta, pero no había rastro de ella.

—No hemos encontrado una tarjeta rosa en la isla —respondió Louise Monroe.

—Bueno, no andaban buscando una, ¿no es así? —repuso—. No era lo que se dice muy grande.

—¿Ha fotografiado usted un cadáver? —intervino de pronto la sargento marimacho dirigiéndole una mirada de «psicópata chiflado».

Pensó en las imágenes que había en la cámara, las pequeñas y preciosas composiciones de Venecia, con Julia en toda su belleza, junto a imágenes de un cadáver desconocido.

—Por supuesto que sí —respondió.

La sargento marimacho se llamaba Jessica no sé qué; no se había fijado en su apellido cuando se presentó. «Jessica» era un nombre muy femenino para una chica que nada tenía de femenino.

—¿Seguro que todo esto no es alguna clase de broma, señor Brodie? —preguntó Jessica no sé qué.

La ignoró. Tenía el nombre en la punta de la lengua: facetas, fantasía, fandango...

—¡Favores! —exclamó de pronto; eso era lo que estaba escrito en la tarjeta desaparecida.

Cuando se iba, oyó a Louise Monroe solicitar la ayuda de los buzos de la policía. Se preguntó hasta qué punto iba a cabrearse con él si no encontraba nada. Un montón,

probablemente. Un agente de uniforme lo llevó en su coche de vuelta a la ciudad, al local de Julia, donde descubrió que los actores se estaban tomando un descanso en el ensayo general.

Julia, pálida ahora en lugar de sonrojada, salió con él para fumar un cigarrillo; lo hizo con alarmante intensidad, con inhalaciones interrumpidas por ásperas exhalaciones de humo.

—Tobias es un imbécil —declaró enfadada. Estaba tensa y habladora, cuando antes se había mostrado callada y sumisa—. Y ¿sabes quién es Molly?

—Ajá —contestó él.

Por supuesto que no lo sabía.

—La neurótica —explicó Julia. (No le fue de mucha ayuda, pues a él le parecían todos neuróticos)—. No se sabe el papel. Todavía tira del libreto.

—¿De veras? —preguntó, tratando de sonar ligeramente horrorizado.

No estaba del todo seguro qué significaba «tirar del libreto», pero podía mostrarse educado y suponerlo.

—Hoy cada uno iba por su lado, gracias a Dios que mañana habrá funciones de preestreno. ¿Has recibido mi mensaje sobre la entrada para ver a Richard Moat?

De modo que eso era lo que quería decir su mensaje. El nombre de Richard Moat le resultaba vagamente familiar, pero no consiguió ponerle cara.

—¿Cómo es que tienes una entrada gratis? —quiso saber.

—Porque he tomado una copa con él a la hora de comer. Me la ha dado.

—¿Tú sola?

—Sí. Yo sola.

Él recordaba con claridad que Julia no tenía tiempo para comer. «Tendremos que trabajar toda la hora de la comida». Frunció el entrecejo.

—No te preocupes —añadió ella—. Richard Moat no es mi tipo.

—No estoy preocupado.

—Tú siempre estás preocupado, Jackson. Es tu estado por defecto. Podrías encontrarte conmigo después. Todavía nos quedan horas aquí. —Exhaló un suspiro, apagó el cigarrillo y, como si se le ocurriera de pronto, añadió—: ¿Qué tal te ha ido la tarde?

Jackson consideró todas las cosas que podía decir («Casi me ahogo, he encontrado un cadáver, he provocado una búsqueda gigantesca e inútil por aire y por mar, oh, y la policía cree que soy un chiflado paranoico que imagina cosas») y se decidió por:

—He ido a Cramond.

—Qué bonito, ¿has hecho fotos?

—He perdido la cámara.

—¡No! ¿Nuestra cámara? Oh, Jackson, es horroroso.

Él sintió una inesperada oleada de emoción al oírla decir «nuestra cámara» y no «mi cámara». Supuso que desde el punto de vista de Julia era horroroso, pero

comparado con todo lo demás que le había pasado esa tarde, se le hizo difícil enfadarse mucho por eso.

—Sí —repuso—. Lo siento.

La acompañó de vuelta a su sótano infernal y la observó subir al escenario y ocupar su sitio en un cuadro dominado por la angustia en que tenía que pasarse diez minutos mirando fijamente un cuadrado negro que en ese momento (era un montaje multifuncional) representaba una ventana abierta a una furibunda tempestad ártica, un hecho que sabía solo porque había pasado algún tiempo en Londres ensayando el papel con Julia. Calculó que podría haberse aprendido el papel para reemplazarla en caso necesario (eso sí que sería una pesadilla). Había algo noble y trágico en la pose muda que adoptaba; con el traje de tela de saco y el cabello alborotado parecía la superviviente de algo espantoso e indescriptible. Se preguntó si, cuando representaba escenas como esa, Julia pensaría en su propio pasado.

Se volvió de pronto sobre los talones y se abrió paso en aquella cueva subterránea hasta salir del edificio. El sonido de una sirena de policía en la distancia hizo que el corazón le diera un familiar vuelco de emoción. Cuando el helicóptero y las lanchas habían llegado a Cramond sintió terribles deseos de asumir el control y, para su sorpresa, había sido muy duro observar que era Louise Monroe quien tenía todo el poder. Dos veces en el mismo día había visto a mujeres más jóvenes que él ejercer mayor autoridad. No tenía nada que ver con que fueran mujeres (su único y adorado retoño era una niña, después de todo), sino más bien con que él mismo no fuera un hombre. Un hombre de verdad. Los hombres de verdad no aceptaban dinero de ancianas muertas ni vivían en Francia. Echaba de menos su licencia de detective, echaba de menos a su hija, echaba de menos su iPod, que había dejado atrás en un descuido. Echaba de menos a las mujeres de voces tristes que le permitían compartir su dolor. Lucinda, Trisha, Eliza, Kathryn, Gillian, Emmylou. Por encima de todo echaba de menos a Julia, y sin embargo era a ella a quien tenía consigo.

Sin nada mejor que hacer que tenderse en una cama vacía y pensar en lo que no tenía, fue a recoger su entrada para ver a Richard Moat.

Se acordaba de Richard Moat de la década de los ochenta; no le había parecido divertido entonces, y no se lo pareció ahora. Al parecer, tampoco se lo parecía a la mayoría del público; lo asombró hasta qué punto eran malintencionados algunos abucheos y burlas. Cabeceó en un par de ocasiones, pero las circunstancias no eran lo que se dice muy propicias para dormir. Cuando Richard Moat acabó entre rencorosos aplausos, se dijo: «Ahí van un par de horas más de mi vida». Ya era demasiado viejo, demasiado consciente de la naturaleza finita de lo que quedaba, para desperdiciar su precioso tiempo en una comedia de mierda.

Salió de allí lo más rápido posible y se dirigió a las subterráneas profundidades del local de Julia, solo para encontrarlo desierto y a oscuras. Algún día se toparía con

un Minotauro ahí dentro. Julia había dicho que aún les quedaban horas, pero no había rastro de nadie. Volvió a encender el móvil y encontró un mensaje de texto de Julia que decía «Todo listo, nos vemos en el apartamento».

Encontró una salida de incendios y cometió el error de utilizarla para abandonar el edificio, de forma que al llegar a la calle no tenía ni idea de dónde estaba. Había leído en *National Geographic* (se había suscrito hacía poco, confirmando por tanto de manera incontrovertible su estatus de hombre de mediana edad) que los especialistas en genética habían probado que las mujeres se orientaban mediante puntos de referencia terrestres y los hombres, mediante indicadores espaciales. Estaba oscuro y, como carecía de indicadores espaciales, trató de encontrar puntos de referencia terrestres: la forma de la Royal Mile, perfiles de agujas de iglesias y gabletes con cuervos que culminaran en la pomposa aparición del castillo. Buscó con la mirada la tremenda mole del museo en Chambers Street. Trató de distinguir los arcos de los puentes rodeados de tierra, pero todo lo que vio fue la boca de un callejón oscuro y estrecho que conducía a un interminable tramo de escalones de piedra. Vio luces en lo alto y una calle desde la que aún llegaba el murmullo de los asistentes al festival, y echó a andar pensando tan solo que parecía un atajo. Una «trocha», como lo habría llamado de niño. Lenguajes distintos, tiempos distintos.

Siempre estaba advirtiéndolo a Marlee (y a Julia, ya puestos, pero ella nunca lo escuchaba) que no cometiera la estupidez de recorrer callejones oscuros. «Papi, si ni siquiera me dejan salir cuando está oscuro», contestaba ella con toda la razón. Por supuesto, si eras una niña, si eras una mujer, no te hacía falta recorrer un callejón oscuro para que te atacaran. Podías estar sentada en un tren, bajándote de un autobús, alimentando una fotocopiadora, y que aun así algún tipo chiflado acabase con tu vida demasiado pronto. Ni siquiera chiflado, ahí estaba la cosa; la mayoría de ellos no eran chiflados, simplemente tipos y punto. Jackson habría estado más contento si las mujeres de su vida nunca salieran de casa. Pero sabía que ni siquiera eso bastaba para mantenerlas a salvo. «Eres como un perro pastor —le decía Julia—. Tienes que dar cuentas hasta de la última oveja».

Él no les tenía miedo a los callejones oscuros, pues pensaba que probablemente él representaba una amenaza mayor en un callejón oscuro que cualquiera que pudiese encontrar, pero fue obvio que no había tenido en cuenta al tipo del Honda. El Increíble Hulk repleto de esteroides en toda su musculosa gloria, que salió de la nada y arremetió contra él con toda la elegancia de un pilar de rugby. «Dios santo —se dijo Jackson al caer al suelo—, vaya ciudad». El Minotauro había salido del laberinto.

Se puso en pie instintivamente —nunca te quedas en el suelo: el suelo significa pataleado, el suelo significa muerto—, pero antes de que hubiese conseguido dar forma a un pensamiento racional —«¿por qué?» habría estado bien para empezar—, el tipo del Honda lo había golpeado con un puño como un ariete. Oyó el aire abandonar su propio cuerpo en un especie de «¡Uf!» antes de caer espantado. Su diafragma se volvió de piedra y de inmediato perdió todo interés en cualquier

pensamiento racional, pues su única preocupación fue la mecánica de la respiración: por qué se había interrumpido y cómo hacer que empezara de nuevo. Se las apañó para ponerse a cuatro patas, como un perro, y se vio recompensado con que el tipo del Honda le pisara con fuerza una mano, un gesto con bastante mala leche en su opinión, pero que le dolió tanto que le dio ganas de llorar.

—Vas a olvidar lo que viste —dijo el tipo del Honda.

—¿Olvidar qué? ¿Qué fue lo que vi? —jadeó.

Un diez por tratar de mantener una conversación, Jackson, se dijo. A cuatro patas y aun así hablando; denle una medalla a ese hombre. Exhaló una bocanada de aire y volvió a inspirar profundamente.

—No trates de hacerte el listo, cabrón, ya sabes qué viste.

—¿Lo sé?

En respuesta, el tipo del Honda le dio una patada en las costillas que lo hizo encogerse de dolor. El tipo tenía razón, tenía que dejar de hacerse el listo.

—Me han contado que ha causado un buen revuelo, señor Brodie.

(¿Cómo era que el tipo sabía su nombre?). Pensó en decir que él no había hecho tal cosa, que de hecho se había contenido para no decirle nada a la policía sobre el incidente del choque y que no tenía el más mínimo interés en ser testigo, pero cuanto pudo decir fue «Ah» porque una de las pesadas botas del tipo del Honda le propinó otro fuerte puntapié en las costillas. Tenía que levantarse del suelo. Siempre había que volver a ponerse en pie. Todas las películas de *Rocky* parecieron pasar ante sus ojos de una sola vez. Stallone gritando el nombre de su esposa al final como si se estuviera muriendo. «¡Adrián!». Las películas de *Rocky*, de la I a la V, contenían importantes lecciones morales para aprender a vivir, pero ¿qué te enseñaban sobre la lucha contra enemigos imposibles? Que siguieras adelante, contra todo pronóstico. Cuando no hubiese otra cosa que hacer, solo quedaba continuar hasta el final.

El tipo del Honda estaba agachado como un luchador de sumo y se burlaba de Jackson haciéndole gestos con las manos, como si lo ayudara a dar marcha atrás en una plaza de aparcamiento, la mímica universal del machismo para «vamos, pégame».

El tipo le doblaba el tamaño y más parecía una fuerza imparable de la naturaleza que un ser humano. Supo que no había forma de luchar contra él y salir vencedor, que no había forma de luchar contra él y sobrevivir. Se acordó de pronto del bate de béisbol. ¿Dónde lo tenía? ¿En la manga? No, eso supondría un ridículo truco de mago. Describieron círculos como dos gladiadores callejeros, manteniéndose encorvados. Era obvio que el tipo del Honda no tenía sentido del humor, porque si lo tuviera habría estado riéndose de Jackson por comportarse como si tuviera alguna posibilidad contra él. ¿Dónde demonios estaba el bate de béisbol?

Lo otro que siempre trataba de recalcarle a Marlee —y a Julia— era lo que tenía que hacer si la atacaban porque había sido lo bastante insensata como para ignorar su primer consejo y recorrer el callejón oscuro.

«Estás en desventaja —le decía—. Tienes en contra la altura, el peso y la fuerza, de manera que has de pelear sucio. Métele los pulgares en los ojos, los dedos en las ventanillas de la nariz, dale un rodillazo en la entrepierna. Y grita, no te olvides de gritar. Mete todo el ruido que puedas. Si la cosa se pone fea de verdad, muérdelo donde puedas... en la nariz, en los labios, y no lo sueltes. Pero luego vuelve a gritar. No pares de gritar».

Iba a tener que olvidarse de luchar como un hombre y hacerlo como una chica. Orientarse como el sexo débil no le había funcionado, pero de todas formas trató de hundirle los pulgares en los ojos al tipo del Honda... y falló; fue como saltar hacia una canasta de baloncesto. Se las apañó de algún modo para alcanzarle la nariz y se la mordió, y no la soltó. No era lo más desagradable que había hecho en su vida, pero se acercaba bastante. El tipo del Honda gritó, emitiendo un sonido sobrenatural como el del gigante de un cuento.

Jackson lo soltó. La cara del tipo estaba llena de sangre, la misma cuyo sabor nauseabundo y a cobre notaba en los labios. Siguió su propio consejo y gritó. Deseó que acudiera la policía, deseó que acudieran ciudadanos preocupados y transeúntes inocentes, deseó que acudiera quien fuera a detener a aquella chiflada montaña humana. Por desgracia, el grito atrajo al perro y Jackson se acordó que no era del bate de lo que debía preocuparse, sino del perro. El perro que iba derecho a él, enseñando los dientes como un sabueso del infierno.

Sabía cómo matar a un perro, en teoría al menos —lo coges de las patas delanteras y básicamente te limitas a separárselas de golpe—, pero un perro teórico era distinto de un perro real, un furibundo perro real lleno de músculos y dientes cuya única intención era desgarrarte la garganta.

El tipo del Honda dejó de gritar el tiempo suficiente para darle una orden al perro. Señaló a Jackson y exclamó:

—¡A por él! ¡Mátalo!

Jackson observó en mudo y paralizado horror cómo saltaba el perro en el aire hacia él.

MIÉRCOLES

Capítulo 16

Richard Moat despertó sobresaltado. Se sentía como si le hubiera sonado una alarma en la cabeza. No tenía ni idea de qué hora era. Martin no había tenido la consideración de poner un reloj en el cuarto de invitados. Fuera había luz, pero eso no significaba nada, pues ahí arriba apenas parecía oscurecer nunca. «La Escocia de las pelotas» era como había empezado a llamarla. Edimburgo, la Atenas del Norte, vaya puto chiste. Se sentía como si una babosa se le hubiera metido en la boca mientras dormía para asumir el control de su lengua. Notaba un rastro de babas de caracol en la barbilla.

No se había ido a la cama hasta las cuatro y para entonces el amanecer ya trataba de hacer su aparición. Pío, pío, puto pío todo el camino hasta casa. ¿Había llegado en taxi o andando? Había estado bebiendo en el bar del Traverse bien pasada la medianoche y tenía el vivido y extraño recuerdo de hallarse en un club de *striptease* en Lothian Road, con «Shania», si no se equivocaba, poniéndole la entrepierna en la cara. Una verdadera zorra. El escaparate había ido bien, fue una de esas emisiones de mediodía de la BBC que siempre atraían a un público maduro y que se portaba bien, de esos que aún pensaban que la BBC era sinónimo de calidad. Pero el espectáculo de las diez... unos capullos, todos ellos. Capullos hijos de puta.

El sol hurgó con su desapasionado dedo entre las cortinas y advirtió que llevaba el Rolex de Martin en la muñeca.

Las cinco menos veinte. A Martin no le hacía falta un reloj como ese, no era un hombre de Rolex. ¿Qué probabilidades había de que Martin se lo diera? O quizá podría llevárselo a casa «sin querer».

Volvió a sonarle la alarma en la cabeza y cayó en la cuenta de que en realidad era el timbre de la puerta. ¿Por qué coño no abría Martin? Otra vez, más insistente ahora. Jesús. Se levantó de la cama, tambaleándose, y bajó por las escaleras. La puerta no estaba cerrada con la interminable serie de cerrojos y cadenas con que Martin solía atrincherarse. El tipo parecía una vieja en algunas cosas. En la mayoría de cosas. Richard Moat abrió la puerta de un tirón y, al verse de pronto bajo la luz, supo cómo se sentían los vampiros. Había un tipo ahí de pie, un simple tipo, no un cartero o un repartidor de leche u otra persona que tuviese derecho a despertarlo a esas horas.

—¿Qué? No son ni las cinco. Aún es ayer, joder.

—Para ti no —repuso el hombre en el umbral haciéndolo entrar de un violento empujón—, para ti es mañana.

—¿Qué coj...? —exclamó Richard Moat cuando el hombre lo empujó hacia el salón.

El tipo era enorme, con una nariz hinchada y fea, como si hubiera estado en una pelea. Tenía un acento nasal, inglés, un poco llano; de Nottingham, o Lancaster, quizá. Richard Moat se imaginó dándole después una descripción a la policía, se imaginó diciendo «Yo sé de acentos, trabajo en el ramo». Había intentado trabajar

como actor a principios de los noventa, y consiguió un pequeño papel en *The Bill* en que interpretaba a un tipo (un cómico, para no tener que «exigirse» demasiado) al que una acosadora loca quería matar; y uno de los detectives de Sun Hill le aconsejaba a su personaje que para sobrevivir había que pensar como un superviviente, tenías que imaginarte a ti mismo en el futuro, después del ataque. Volvió a recordar aquel consejo ahora, pero luego se acordó de que la acosadora loca había matado en realidad a su personaje.

El demente desconocido llevaba guantes de conducir y Richard se dijo que probablemente no era buena señal.

Los guantes tenían agujeros por los que sobresalían los nudillos, pequeños atolones de piel blanca, y Richard pensó que ahí había alguna clase de chiste, que quizá podía referirse a los clásicos tatuajes en los nudillos de un matón, «amor» y «odio», pero por mucho que lo intentó no logró traducir esa idea en nada coherente ni por asomo, y mucho menos gracioso. El tipo sacó un bate de béisbol de la nada.

Lo que siguió debió haber sido a cámara lenta, sin sonido, con una banda sonora en su lugar: *Psycho Killer* de Talking Heads o tal vez algo conmovedor y clásico, como un violonchelo; Martin habría sabido qué. Las piernas de Richard Moat se doblaron de golpe y cayó de rodillas. Nunca le había pasado algo así; se oía hablar de esas cosas, pero uno no pensaba que pudiesen ocurrir.

—Muy bien —dijo el hombre—, al suelo, que es tu sitio.

—¿Qué quieres? —Tenía la boca tan seca que apenas podía hablar—. Llévate lo que quieras, llévatelo todo. Llévate todo lo que hay en la casa.

Richard Moat hizo un desesperado inventario mental de todo lo que contenía la casa de Martin. Había un buen equipo de música, un fantástico televisor panorámico en el rincón detrás de él. Intentó indicarle el televisor con un brazo tembloroso, vio el Rolex de Martin en su muñeca, intentó que el hombre se fijara en él.

—No quiero nada —dijo el tipo (con bastante calma, su calma era lo peor).

Sonó el teléfono de Richard, quebrando la extraña e intensa intimidad que se había creado entre ellos. Ambos miraron hacia donde estaba sobre la mesita de café, una estrafalaria intromisión del exterior. Richard Moat trató de calcular si podría alcanzarlo, abrirlo, gritarle a quien fuera que lo llamaba a esas horas «Ayúdame, estoy con un chiflado», demostrar que no era una broma, dar la dirección (como alguien en una película, tuvo la súbita imagen de Jodie Foster en *La habitación del pánico*), pero supo que no serviría de nada, que antes de que pudiera tocar siquiera el teléfono el loco le habría propinado un golpe con el bate de béisbol en el brazo. Ni siquiera soportaba pensar en la clase de dolor que podía infligirle. Se oyó empezar a gimotear, como un perro. Jodie Foster era más dura, ella no gimotearía.

El teléfono dejó de sonar y el loco se lo metió en el bolsillo, riendo y tarareando la canción de la serie *Robin Hood*.

—Una panda de maricones, si me lo preguntas —le dijo a Richard—. ¿No crees? Richard sintió un cálido riachuelo de orín bajarle por el muslo.

—No me ha gustado lo que has hecho hoy.

—¿El espectáculo? —preguntó, incrédulo—. ¿Estás aquí porque no te ha gustado el espectáculo?

—¿Es así que lo llamas?

—No te entiendo. No te había visto nunca, ¿verdad?

Se había pasado la vida sin preocuparse de si ofendía o no a la gente; se le ocurrió entonces que a lo mejor debería haber tenido más cuidado.

—Quédate de rodillas y vuélvete hacia mí.

—¿Quieres que te chupe la polla? —ofreció Richard a la desesperada, tratando de parecer ansioso pese a la boca pastosa, pese a la mancha tibia en los calzoncillos.

Se preguntó qué sería capaz de hacer para impedir que aquel hombre le hiciera daño. Probablemente cualquier cosa.

—Cabrón asqueroso —espetó el hombre. (Vale, lo había interpretado mal)—. No quiero que hagas nada, Martin. Solo cállate de una puta vez, ¿eh?

Richard abrió la boca para decir que él no era Martin, que Martin estaba durmiendo arriba en su cuarto y que con mucho gusto le enseñaría el camino para que pudiera hacerle daño a Martin en lugar de a él, pero todo lo que consiguió decir fue «Soy cómico», y el hombre echó la cabeza atrás y rio con la boca tan abierta que Richard le vio los empastes de las muelas. Sintió un sollozo en lo hondo de la garganta.

—Oh, joder, y tanto que lo eres, de eso no hay duda —exclamó el hombre, y luego, muy rápido, más rápido que en la imaginación de Richard, arremetió con el bate desde arriba, y el mundo de Richard Moat estalló en fragmentos de luz; pequeños filamentos, como en las bombillas antiguas; y comprendió que había contado su último chiste. Habría jurado que oía aplausos y luego todos los filamentos se fueron apagando uno por uno hasta que solo quedó oscuridad y Richard Moat flotó en ella.

En lo último que pensó fue en su esquila. ¿Quién la escribiría? ¿Quedaría bien?

Capítulo 17

Jackson despertó en plena pesadilla. Alguien, una figura imprecisa a la que no reconoció, le había tendido un paquete. Sabía que el paquete era muy valioso y que si lo dejaba caer ocurriría algo espantoso. Pero el paquete era muy pesado e incómodo, sin un centro fijo de gravedad, y parecía moverse de aquí para allá en sus brazos de forma que, por mucho que lo intentara, no lograba sujetarlo. Despertó con un sobresalto de horror en el instante en que supo que el paquete iba a escurrírsele de las manos para siempre.

Se incorporó para sentarse en el borde de lo que supuestamente era una cama. Se sentía hecho polvo, como si su cuerpo hubiese alimentado una trituradora toda la noche, y le daba la sensación de que le hubiesen cocido —o quizá frito— los ojos mientras dormía. Le dolían las costillas y le palpitaba la mano, que se había hinchado un montón y tenía la huella de una bota claramente visible.

El agua de mar que le penetró en el cuerpo el día anterior le había diluido la sangre e iban a hacerle falta litros de café caliente y bien fuerte para recuperar su viscosidad, para hacerlo recobrar alguna semblanza de vida. Se preguntó qué clase de toxinas y agentes contaminantes flotarían en el mar. Y de aguas negras, ¿qué pasaba con las aguas negras? Mejor no pensarlo siquiera.

Se acordó de la mujer muerta —no es que fuera a poder olvidarla— y se preguntó si el cuerpo habría aparecido en algún sitio durante la noche.

Si estuviera en Francia, ese sería un buen momento para hacer unos largos en la piscina. Pero no estaba en Francia. Estaba en una celda de detención en la comisaría de Saint Leonard, en Edimburgo.

Nunca había estado en una celda con anterioridad. Había metido gente en ellas y sacado gente de ellas, pero nunca había llegado a estar encerrado en una. Tampoco había hecho antes el trayecto de una celda de detención al tribunal de un juez de distrito en un furgón policial, que se parecía mucho a viajar en una mezcla de baño público y su idea de un remolque para caballos. Tampoco había estado antes en un tribunal en el lado equivocado de la barandilla, y desde luego nunca lo habían declarado culpable ni le habían puesto una multa de cien libras por asalto y pasado de ciudadano íntegro a criminal convicto ante el lento parpadeo de los ojos de reptil del juez. De un instante a otro, las novedades no hacían sino aumentar. Recordó haber pensado cuando Louise Monroe lo interrogaba que era interesante estar en el otro lado. «Interesante», ahí estaba el término; estaba claro que el día anterior había activado la maldición china.

Cuando salió del juzgado llamó a Julia al móvil para decirle que volvía a ser un hombre libre. Había esperado que le respondiera el buzón de voz, pues creía recordar haberla oído decir que tenía una función de preestreno a las once, pero contestó a la

llamada con voz soñolienta, como si la hubiese despertado.

—Oh, caramba, cariñito, ¿estás bien?

Esa mañana había una preocupación genuina y enternecedora por su bienestar en la voz de Julia, mientras que la noche anterior había captado cierto rechazo nada propio de ella cuando la telefoneó para contarle lo ocurrido.

—¿Arrestado? Vaya guasón estás hecho, Jackson —había dicho exhalando un suspiro.

—No, en realidad me han arrestado y acusado.

«¿Guasón?». ¿Qué clase de palabra era esa?

—¿Por armar camorra?

—Tengo entendido que el término técnico es asalto. He de comparecer ante el juez por la mañana. Tendré que quedarme en la cárcel a pasar la noche.

—Por el amor de Dios, Jackson, ¿tienes que andar siempre buscándote problemas?

—Yo no los he buscado, me han encontrado ellos solitos. ¿Vas a preguntarme si estoy bien?

—¿Estás bien?

—Bueno, la mano me duele como el demonio y me pregunto si no tendré al menos una costilla rota.

—Bueno, eso es lo que te pasa cuando andas haciendo chuscadas.

«¿Chuscadas?». Sus aprietos parecían haber sacado a la luz los elementos (aún más) estrafalarios del vocabulario de Julia. Pensaba que se mostraría comprensiva con él, pero prácticamente le había colgado el teléfono, aunque suponía que la había despertado en lo que para ella era plena noche cuando ya lo habían acusado y procesado. Se dijo que a lo mejor le habría dejado un mensaje agradable en el móvil que lo esperaba junto a sus demás pertenencias, pero no había nada.

Supo que, pasara lo que pasase, no debía mencionarle el perro a Julia.

—¿Mataste a un perro, Jackson?

—¡No! El perro simplemente se murió. Yo no lo maté.

—¿Lo mataste con el poder de la mente?

—¡No! Tuvo un ataque al corazón, o una embolia, quizá, no estoy seguro.

Oyó a Julia encender un cigarrillo y dar una intensa calada, y a sus pulmones como acordeones henchirse y encogerse, silbando su enfermiza melodía.

Había observado presa de un paralizado espanto cómo el perro se abalanzaba gruñendo hacia él, cual gimnasta con sobrepeso hacia el potro, y se dijo «Virgen santa», porque la intervención divina parecía lo único que podría rescatarlo. Afianzó bien las piernas, se recordó qué había que hacer (agárralo de las patas y sepáraselas) y hete aquí que la mismísima Virgen María debió de haber intercedido por él, porque justo cuando la furibunda bestia lo alcanzaba, cayó a sus pies como un globo

pinchado. Jackson se lo quedó mirando presa de mudo asombro, esperando que se recobrara y continuara con la tarea de hacerlo pedazos con sus dientes, pero ni siquiera la cola daba indicios de movimiento alguno. El tipo del Honda soltó un bramido lleno de dolor y se dejó caer de rodillas junto al animal, y aunque fuera un psicópata furibundo y chiflado, Jackson no pudo evitar sentir una punzada de compasión por alguien aquejado de una pena tan inmensa.

Se rascó la cabeza, como si él fuera el Flaco y el tipo del Honda el Gordo, y se preguntó qué hacer. Echar a correr parecía una buena opción, pero de alguna forma no le pareció correcto irse sin más. Antes de que pudiera decidir un modo de actuar —matar al tipo del Honda o consolarlo—, llegó un policía a la escena. Bien podían estar en un callejón de mala muerte, pero quedaba cerca de la Royal Mile y habían armado el ruido suficiente para despertar al pobre *Bobby de Greyfriars*, que dormía el sueño eterno a menos de un tiro de piedra. De modo que gritar había funcionado; tenía que acordarse de recalcarle ese hecho a Marlee. Y a Julia.

Supuso que, a los ojos de un policía, la cosa no pintaba bien: el tipo del Honda en el suelo, con la nariz hecha papilla, sollozando por su perro muerto, y Jackson de pie ante ambos, rascándose la cabeza desconcertado, con sangre que no era suya en la boca. Quizá debería haber habérselo limitado a levantar las manos y decir: «Tiene usted todo el derecho a arrestarme, agente»; pero no lo hizo, protestó un montón («Ha sido en defensa propia, me ha atacado, está chiflado») y acabó viéndose esposado y entrando a la fuerza en un coche patrulla.

Su comparecencia ante el tribunal esa mañana había sido rápida y brutal. El agente que lo arrestó leyó una declaración en que manifestaba haberse encontrado con «el señor Terence Smith» en el suelo en un charco de sangre, llorando sobre el cuerpo de su perro. La víctima acusaba al inculpado de haber matado al perro, pero no había indicios visibles en el animal. El acusado parecía haber mordido la nariz del señor Smith. El propio señor Smith constituía una víctima casi creíble, con el elegante traje de Hugo Boss, la nariz amoratada e hinchada de una forma que incriminaba claramente a Jackson. No había sido más que un hombre que se ocupaba de sus asuntos, que paseaba al perro. Pasear al perro, ¿había acaso un pasatiempo más inocente que pudiera concederse un ciudadano?

Jackson se había negado a ver al médico de la policía la noche anterior, asegurando que estaba «bien». Se resistió a admitir que estaba herido por algún estúpido orgullo viril.

—Es usted un visitante en nuestra ciudad, señor Brodie —lo reprendió el *sheriff* de distrito Alistair Crichton—, y la verdad es que lamento que no corran ya aquellos buenos tiempos en que lo habríamos echado de Edimburgo.

En lugar de ello, le puso una multa de cien libras por asalto y le dijo que se anduviera «con cuidado».

—¿Por qué no te declaraste inocente? —quiso saber Julia—. Eres un idiota, Jackson.

Ya no sonaba adormilada, sino todo lo contrario.

—Gracias por la comprensión.

—Bueno, y ahora ¿qué? —preguntó ella.

—No lo sé. Supongo que a partir de ahora trataré de seguir el buen camino.

—No tiene gracia.

—A menos que te guste la idea de ser la chica de un gánster.

—No tiene gracia.

Jackson oyó abrirse y cerrarse una puerta y luego voces al fondo. Un hombre hizo una pregunta que no captó y Julia apartó la boca del teléfono para contestar:

—Sí, por favor.

—¿Estás en una tienda?

—No, estoy en un ensayo. Tengo que irme, nos vemos luego.

Y colgó. No podía estar en un ensayo, porque el local estaba tan bajo tierra que ninguna señal telefónica podía penetrar la roca. Exhaló un suspiro. Tiempos difíciles en Babilonia.

Capítulo 18

Louise tuvo que pasarse veinte minutos despertando a Archie. Si ella no hacía el esfuerzo, aún estaría en la cama cuando volviera de trabajar. Se había pasado casi media hora en la ducha. No le sorprendería que hubiera vuelto a quedarse dormido ahí dentro, y desde luego nunca parecía más limpio al salir. No le gustaba pensar en qué otras cosas podría estar haciendo ahí dentro con su cuerpo de muchacho/hombre. Costaba recordar que una vez hubiese sido un bebé recién llegado al mundo, tan rosado e inmaculado como las almohadillas de las patas de *Jellybean* de cachorro. Ahora le salía pelo y barba, estaba plagado de granos, su tono de voz parecía subir y bajar al azar como una montaña rusa. Estaba sufriendo alguna clase de transformación antinatural, como si pasara de chico a animal, más hombre lobo que chico.

Se le hacía casi imposible creer ahora que Archie hubiese salido de su propio cuerpo, no lograba imaginar cómo habría cabido ahí dentro. A Eva la hicieron del cuerpo de Adán, pero en realidad los hombres procedían del interior de las mujeres; no era de extrañar que eso los volviera locos. El hombre nacido de mujer tiene una vida breve y llena de tormentos. A veces se preguntaba por qué se molestaría nadie en salir gateando de la cuna cuando todo lo que le esperaba era tan complicado. No debería pensar de esa manera, pues las madres depresivas tenían hijos depresivos (había leído un estudio clínico); pensó que podría ser ella quien rompiera el ciclo, pero no lo había hecho demasiado bien.

Se tomó el café y miró furibunda la urna, que todavía estaba en el escurridero. Mujer nacida de mujer. Quizá podría esparcir simplemente el contenido por el jardín como fertilizante. Apenas había buena tierra ahí fuera —gracias, Graham Hatter—, así que por primera vez en la vida su madre podía desempeñar una función útil. Advirtió que se había mordido el labio hasta hacerlo sangrar. Le gustaba el sabor de su propia sangre, salado y férrico. Estaba segura de haber leído en algún sitio que había sal en la sangre porque toda la vida dio comienzo en el mar, pero lo encontraba difícil de creer; parecía más poético que científico. Pensó en un Archie embrionario, más pez que ave, acurrucado en su acuoso medio, dando volteretas como un caballito de mar dentro de ella.

Exhaló un suspiro. Todavía no podía ocuparse de su madre.

—Pensaré en ello mañana —susurró.

El fantasma de Scarlett pasó a través de ella, y reconoció su presencia con un pequeño saludo: «Me alegro de verla, señorita O'Hara».

Podría haber sido el primer caso de asesinato en que estaba al mando como inspectora, y estaba resultando en cambio un espejismo. Los buzos habían hecho su entrada al amanecer y no habían encontrado nada. Había mandado allí a Sandy Mathieson para que la sustituyera. De algún modo había sabido que los buzos no encontrarían nada. Era probable que le cayera una buena por malgastar dinero y

recursos. Le gustaría que apareciera el cadáver, no porque quisiera que una mujer hubiese muerto, sino porque quería demostrar que no era producto de la imaginación de Jackson Brodie. Quería justificar a Jackson. El pecador justificado. ¿Era un pecador? ¿No lo somos todos acaso?

El día anterior, Jessica Drummond había verificado sus referencias con la policía de Cambridge. Sí, había sido inspector allí, pero lo había dejado hacía unos años para establecerse como investigador privado.

—Un sabueso, un detective privado —dijo Jessica con un bufido (de veras soltó un bufido)—. Parece una fantasía salida de las páginas de *Boy's Own*.

La superentusiasta, había oído llamar a Jessica. Se esforzaba tanto en ser uno de los chicos que daba la impresión de que hubiese empezado a afeitarse. En comparación con ella, Louise se sentía una gran nube rosa de feminidad.

Peor aún, prosiguió Jessica, Brodie había heredado dinero de una clienta y se había largado a Francia para retirarse allí.

—¿Cuánto dinero? —quiso saber Louise.

—Dos millones.

—Estás de broma.

—No. Dos millones de libras de una señora muy anciana. Una no puede evitar preguntarse cuánta coacción habrá hecho falta. Anciana confusa cambia su testamento en beneficio de un tipo con mucha labia. Creo que algo anda mal con nuestro señor Brodie —se dio unos golpecitos en la sien—; ya sabes, un embaucador rebuscado, que echa de menos ser policía y tener un trabajo de verdad, que trata de convertirse en el centro de atención. Un fantasioso.

—Todo eso suena un poco a telenovela —opinó Louise—. Y a mí no me pareció que fuera un embaucador con mucha labia.

Más bien todo lo contrario, de hecho. ¿Tenía dos millones en el banco y viajaba en autobús? No parecía de los que cogían autobuses. «No todo el mundo tiene a alguien que vaya a advertir que ha desaparecido». ¿Hablabla de sí mismo? La había mirado a los ojos al decirlo, ¿pensaba acaso que ella no tenía a nadie que la echaría de menos? Archie la echaría de menos. *Jellybean* la echaría de menos. *Jellybean* la echaría más de menos que Archie. Archie se escondería en su cuarto para jugar a Mercenarios: *El arte de la destrucción*, ver *Punk'd*, *Cribs* o *MTV Tuning* y pedir pizza con su tarjeta de crédito.

Pero ¿y después, cuando se acabara el dinero? Era un chico que a duras penas sabía abrir una lata de judías. Si ella moría antes de tiempo, Archie quedaría huérfano. La idea de Archie huérfano le oprimía el corazón, le parecía lo peor después de que él mismo muriese (no pienses eso). Pero al final todo el mundo quedaba huérfano, ¿no? Ella misma era huérfana ahora, desde luego, aunque la diferencia entre que su madre estuviera viva y que su madre estuviera muerta parecía mínima.

Por el bien de Archie más que por el suyo, Louise esperaba morir por causas

naturales en su propia cama cuando fuera una satisfecha anciana y Archie hubiera crecido del todo y fuera independiente y estuviera listo para dejarla ir. Tendría una mujer e hijos y una profesión. Probablemente acabaría siendo un banquero de derechas y les diría a sus hijos cosas del estilo: «Cuando tenía tu edad, yo también era un poco rebelde». Louise estaría muerta pero eso no supondría ningún problema para nadie, incluida ella misma, y sus genes continuarían en su hijo y luego en el hijo de él, y de esa forma funcionaba el mundo.

Louise podía imaginarse siendo vieja pero no podía imaginarse estando satisfecha.

«No se sabe de muchas mujeres que se hayan suicidado ahogándose». Suponía que Jackson Brodie tenía razón. Hizo mentalmente una lista de mujeres que se habían ahogado: Maggie Tulliver, Virginia Woolf, Natalie Wood, Rebecca de Winter. Ciertamente, no todas ellas eran reales y, estrictamente hablando, Rebecca no se ahogó, ¿verdad? Fue asesinada, y tenía cáncer. El Rasputín de la literatura romántica; a las mujeres malas hace falta matarlas varias veces, por lo visto. Puede hacerse que una mujer buena permanezca muerta, pero una mala, no. Louise había ido derecha a la policía en cuanto acabó la carrera en Saint Andrews con matrícula en lengua inglesa. Sin una mirada atrás al mundo académico. Habían querido que se sacara un máster en filosofía, pero ¿qué sentido tenía hacerlo? En la policía se podía estar ahí fuera, en la calle, haciendo algo, cambiando las cosas, echando puertas abajo y encontrando niños indefensos a merced de sus madres borrachas. Y tenías el poder de llevarte a esos niños indefensos lejos de sus madres borrachas y salvarlos, darles un hogar de acogida, meterlos en un orfanato, cualquier cosa mejor que dejarlos en casa para ser testigos de su propia infancia destruida.

Jackson Brodie no parecía un embaucador, aunque eso era lo que tenían los embaucadores y los estafadores, ¿no?, que eran convincentes. Quizá se había caído al agua y, presa del pánico, había alucinado, e imaginó algo donde no había nada. Había inventado un cadáver por pura malicia, delirio o simple demencia. La había pillado desprevenida al mostrarse tan profesional: la descripción del cuerpo y las circunstancias en que lo encontró eran las que esperaría de alguien de su equipo, pero ¿quién sabía si era un mentiroso patológico? Había tomado fotografías pero no había ni rastro de una cámara, había encontrado una tarjeta que luego había desaparecido, había intentado sacar a una mujer muerta del agua pero no había cuerpo. Todo pecaba de poco sólido.

Podría haber ido allí antes, dejado la chaqueta, y luego simplemente haberse metido en el agua desde Cramond, aunque para tratarse de un engaño parecía demasiado rebuscado.

O quizá sí había una chica muerta y era Jackson Brodie quien la había asesinado. La primera persona en descubrir el cuerpo: siempre el principal sospechoso. Era un testigo pero parecía un sospechoso. (¿Por qué?). Dijo que había intentado sacarla del agua para evitar que se la llevara la marea, pero de la misma forma podría haberla

metido él en el agua. Y desviar la sospecha de sí al ser la persona que lo había denunciado.

Oyó a Archie bajar a trompicones por la escalera e irrumpir en la cocina, gruñendo algo que desde luego no fue «Buenos días». Tenía la cara plagada de granos, y la piel parecía jamón cocido. ¿Y si no pasaba por una transformación? ¿Y si no era ese un estado de crisálida, y si la cosa acababa ahí?

Sirvió cereales Weetabix en un cuenco, vertió leche por encima, le dio una cuchara.

—Come —dijo.

Un perro sería más capaz.

Tener catorce años significaba que había descendido en la escala evolutiva hasta un peldaño presocial. Algunos hombres que Louise conocía nunca habían vuelto a subir.

Quería hablar con él de los robos en tiendas. Quería hablar con él de forma razonable, sin perder la calma, sin gritarle, diciéndole que era un jodido imbécil. Muchos niños mangaban cosas y no acababan haciendo carrera en la delincuencia; ella misma, por ejemplo. Aunque, por supuesto, sí que había hecho carrera en la delincuencia, solo que en el lado bueno. Eso esperaba.

Quizá era algo habitual, quizá fue solo una vez, no lo sabía. Louise había estado con él esa vez, así que tenía que suponer que se trataba de alguna clase de rebelión contra ella, una exteriorización psicológica. Estaban en Dixons, en el Saint James Centre, para celebrar la muerte de su madre comprando un gran televisor de pantalla plana, gastando de antemano el dinero del seguro. Louise había contratado un seguro de vida para su madre hacía años, tras decidir que nunca obtendría beneficio alguno de su vida, así que al menos podía sacar tajada de su muerte. Era una póliza pequeña, pues no podría haber hecho frente a grandes cuotas, y en un par de ocasiones se le había ocurrido que de haberse tratado de una cantidad seria de dinero («dos millones»), podría haber sentido la tentación de liquidar a su madre. Un simple accidente; los borrachos se caen por las escaleras continuamente, después de todo. Y una policía sabe cómo no dejar huellas.

Archie había robado algo estúpido, un paquete de pilas AA que podría haber pagado sin problemas. No se trataba de pagarlas, por supuesto. Ella estaba en el otro extremo de la tienda cuando se disparó la alarma, y entonces un guardia de seguridad pasó corriendo junto a ella, saltó sobre Archie, que estaba saliendo, lo agarró con firmeza de un hombro y un codo, lo hizo volverse y lo empujó de nuevo al interior. La parte profesional de su mente opinó que lo había apresado con profesionalidad y eficacia. La parte no profesional de su mente consideró encaramarse a la espalda del guardia y meterle los pulgares en los ojos. Nadie te avisaba de hasta qué punto puede ser feroz el amor materno. Admitámoslo, nadie te avisaba de nada.

Pensó en fingirse indefensa y ponerse a merced del guardia. Por desgracia, fingirse indefensa no era uno de sus mayores talentos. En lugar de eso se dirigió con

resolución hacia ellos, mostró la placa y preguntó fríamente si podía hacer algo. El guardia se embarcó en una explicación y ella dijo:

—Muy bien, yo me encargo, tendré unas palabras con él —mientras hacía salir a Archie por la fuerza de la tienda antes de que el guardia de seguridad pudiera protestar, antes de que Archie pudiera decir algo estúpido (como «Mamá»).

Oyó al guardia gritar: «¡Siempre los denunciemos!». Sabía que la cámara los habría grabado y después pasó un tiempo inquieta, esperando a ver si salía algo de todo aquello, pero no pasó nada, gracias a Dios. Seguramente podría haber encontrado una forma de hacer desaparecer la cinta. Se habría comido la cinta de ser necesario.

Una vez fuera, en la penumbra subterránea del aparcamiento de varias plantas, habían permanecido sentados en el coche frío, mirando a través del parabrisas el suelo manchado de aceite, los pilares de hormigón, las madres que metían y sacaban bebés de sillitas de coches y sillitas de paseo. Oh, Dios, ¡cómo odiaba los centros comerciales! No tenía sentido preguntarle siquiera por qué lo había hecho, ya que simplemente habría encogido los hombros, con la mirada fija en las zapatillas de deporte, y murmurado «No sé». Como El Pillastre de *Oliver Twist*.

Advertía que desde el punto de vista de Archie era injusto que ella tuviese tanto poder mientras que él no tenía ninguno en absoluto. Una contracción de dolor le aferró las entrañas. Otra vuelta de sacacorchos. Eso era el amor. Tan intenso como la primera vez que lo tocó después de que naciera, yaciendo sobre su pecho como un percebe, en la sala de partos del antiguo Pabellón de Maternidad del Simpson Memorial (ahora, en el nuevo hospital, le habían puesto el nombre de Centro Simpson de Salud para la Reproducción, no acababa de ser lo mismo). Louise supo al tocarlo esa primera vez que, de una forma u otra, estaban unidos para siempre.

Le pareció, ahí sentada en el aparcamiento, que estaba tan indefenso como entonces, y tuvo deseos de volverse y darle un puñetazo en la cabeza. Nunca le había pegado, nunca, ni una sola vez, pero había estado a punto en mil ocasiones, la mayoría de ellas en el último año. En lugar de ello, oprimió el claxon con la mano y la mantuvo ahí. La gente que había en el aparcamiento miró alrededor, pensando que era la alarma de un coche.

—Mamá —dijo Archie por fin, en voz baja—. No hagas eso. Por favor, para.

Era la frase mejor expresada que le había dicho en semanas. Así que paró. Le parecía todo un precio muy alto que pagar por un revolcón desesperado y etílico con un colega casado que ni siquiera llegó a saber que había engendrado un hijo.

Tuvo una súbita e inoportuna imagen retrospectiva de las sacudidas y arremetidas que culminaron en la génesis de Archie. La agente Louise Monroe en el asiento de atrás de un coche patrulla sin distintivos con el inspector Michael Pirie, la noche de su fiesta de despedida. Tenía un nuevo ascenso y una esposa antigua, pero eso no lo detuvo. La gente solía pensar que las circunstancias de la concepción de un hijo dan forma a su carácter. Louise esperaba que no.

—¿Qué? —preguntó Archie con mirada hostil y un bigote de leche en los labios.
—Ofelia —contestó ella—. Se ahogó. Ofelia se ahogó.

Louise subió al cuarto de baño y abrió la ventana, limpió la ducha, recogió toallas empapadas, tiró de la cadena. Se preguntó si Archie aprendería algún día. Era imposible modificar su comportamiento. Se preguntó qué le pasaría si amenazaban con torturarlo; quizá debería venderlo a la ciencia o al Ejército. La CIA lo encontraría un sujeto fascinante: el chico al que no se podía domesticar.

Se puso las lentillas, el maquillaje suficiente para que se notara el esfuerzo pero no tanto para resultar descaradamente femenina, una camisa blanca bajo un elegante traje negro de Next, zapatos de salón con un poco de tacón, nada de joyas excepto un reloj y unos pequeños pendientes de oro en las orejas. Volvería a Cramond en cuanto pudiera, se uniría a su equipo para dar los últimos toques al caso que nunca fue, pero esa mañana tenía que declarar en la vista de Alistair Crichton, sobre un chanchullo con coches: robaban vehículos de lujo en Edimburgo y los vendían en Glasgow con matrículas nuevas. Ella y un sargento, Jim Tucker, habían trabajado con ahínco preparando el caso para el fiscal; Crichton era un viejo cabrón y un purista con los trámites y no quería que su aspecto interfiriera en la exposición de las pruebas. Le había hecho un gran favor a Jim el año anterior. Él tenía una hija adolescente, Lily, una de esas chicas muy pulcras, de espesa melena, mucho trabajo de un buen ortodoncista, con todos los títulos de piano. Lily había coronado con grandes éxitos el bachiller superior y estaba a punto de ir a la universidad a estudiar medicina con una beca de la Marina británica, y entonces Louise había contribuido a darle caza en una redada antidroga en un piso en Sciennes. Resultó tratarse tan solo de un poco de chocolate, con alumnos de sexto del instituto Gillespie's y un par de estudiantes de primero en la universidad. Louise había reconocido a Lily de inmediato. Los habían llevado a todos a comisaría, y a un par de ellos se los acusó de posesión de drogas. Fue una de esas misiones que luego parecían un poco exageradas, con muchos gritos y puertas que se echaban abajo, y en medio de la confusión Louise había asido del brazo a Lily para sacarla del piso y sisearle al oído: «Lárgate», y prácticamente la había empujado escaleras abajo, hacia la noche y un futuro seguro y lleno de grandes logros.

Jim era buen tío, y estuvo tan agradecido que se habría cortado un brazo para entregárselo en un estuche de cristal si ella se lo hubiera pedido. Lily debía de ser además una chica muy honesta, porque se lo había contado a su padre. Louise no podía imaginarse reconociendo una cosa así a esa edad. A cualquier edad, de hecho. Ella no le habría dicho nada a Jim sobre la redada, no le parecía bien andar contando cuentos. Tal como lo veía, si Jim se encontraba alguna vez en una situación similar con Archie, su hijo tendría un pase de salida gratis de la cárcel y al menos un miembro de la policía de Lothian y Borders de su parte. Dos contando a su madre,

por supuesto.

Se vertió media cajita de Tic Tacs en la boca y estuvo más lista que nunca.

Capítulo 19

Richard Moat no despertó. Yacía apaciblemente en la sala de estar de Martin Canning en Merchiston. Era una gran mansión victoriana neogótica, que recordaba en cierto modo a una antigua casa parroquial. El jardín delantero estaba dominado por una única y gigantesca araucaria, plantada cuando la casa estaba recién construida. Hileras de árboles adultos y arbustos ocultaban la casa desde la calle. En la actualidad, el intrincado cableado de las raíces de la araucaria llegaba mucho más allá del jardín, enroscándose en tuberías de gas y agua y hurgando en silencio en los jardines de otras personas.

El destrozado Rolex en la muñeca de Richard Moat mostraba que había muerto a las cinco menos diez (una línea recta, apropiadamente), observado tan solo por el demoníaco ojo rojo en el televisor (ese tan «fantástico» que por un segundo había esperado canjear por su vida) y sin otra compañía que los tenues ruidos del mundo de las afueras, que aumentaban de intensidad a medida que avanzaba la mañana. El furgón de la leche había traqueteado calle abajo. Era la clase de barrio acomodado que aún tenía furgones de leche que dejaban las botellas de cristal en los umbrales. El correo se había deslizado con un ruido sordo en el buzón. En Londres, el día nunca empezaba para Richard Moat hasta que llegaba el correo. Siempre le daba la sensación de que los días en que no había correo (aunque siempre lo había) ni siquiera empezaban en realidad. Ese día había correo, casi todo para él, redirigido a la casa de Martin Canning: un cheque de su agente, una postal de un amigo en Grecia, dos cartas de admiradores compensadas con otras dos cartas con insultos. Pese a la llegada del correo, sin embargo, ese día nunca iba a empezar para Richard Moat.

Fue la criada quien lo encontró. La criada era checa, una licenciada en física de Praga. Se llamaba Sophia y pasaba el verano «dejándose la piel» para ganar una miseria. No eran «criadas», sino asistentas de limpieza; el de criadas era un nombre estúpido y anticuado. Las empleaba una empresa llamada Favores y llegaban armadas de mochos en una furgoneta rosa bajo la supervisión de una cabecilla a quien llamaban «el ama de llaves», una mujer que procedía de la isla de Lewis y que era mezquina con todas las criadas. Con los honorarios para la agencia y primas no incluidas, costaba tres veces más contratar a Favores de lo que se le habría pagado a una asistente que acudiera a limpiar un par de días por semana. De modo que, en general, las casas a las que iban pertenecían a personas demasiado ricas o demasiado estúpidas (o ambas cosas) para pensar en una alternativa más barata. Tenían unas tarjetitas de color rosa en que el eslogan rezaba: «¡TE HEMOS HECHO UN FAVOR!». Sophia había aprendido la palabra «eslogan» (y la expresión «dejarse la piel» y muchas otras cosas) de su novio escocés, que era licenciado en marketing. Al terminar, se suponía que las criadas debían dejar una de las tarjetitas rosas tras haber escrito en ella: «Sus criadas de hoy han sido Maria y Sharon». O quienes fuera que

habían sido. La mitad de las criadas eran extranjeras, la mayor parte de Europa del Este. Inmigración económica, lo llamaban, pero en realidad no era más que explotación de esclavos.

El ama de llaves les daba una lista de tareas. La lista se fijaba de antemano con el propietario de la casa y siempre decía cosas obvias como «Limpiar el lavabo del cuarto de baño», «Aspirar las escaleras» o «Hacer las camas». Nunca decía «Limpiar los vómitos del gato», «Cambiar sábanas llenas de lechaza» o «Quitar pelos del desagüe del baño», que se habrían parecido más a la verdad. Había tipos que eran verdaderos cerdos y dejaban sus bonitas casas en un estado lamentable. «Lechaza», que significaba «semen», era obviamente una palabra que había aprendido de su novio escocés. El chico era una buena fuente de la lengua coloquial pese a ser bastante superficial, pero muy bueno en la cama (sus propias palabras), que era la razón de que uno quisiera un novio extranjero, porque si no, ¿para qué molestarse?

El ama de llaves solía llevarlas en la furgoneta rosa y dejarlas para entonces dedicarse a Dios sabía qué, nada demasiado agotador, probablemente. Sophia la imaginaba instalada en un cómodo asiento en alguna parte comiendo galletas de chocolate y viendo el programa matutino en la televisión.

Había tres casas que limpiar en Merchiston, cerca unas de otras, de forma que debía de haberse corrido la voz, porque, fueran lo que fuesen, las criadas de Favores hacían bien la limpieza. La casa de la araucaria (muy bonita, Sophia fantaseaba con vivir allí) era una a la que iban cada semana. El propietario prácticamente no estaba, porque cuando entraban por la puerta principal él desaparecía por la trasera, como un gato. Era escritor, según el ama de llaves, de forma que no debían tocar nunca papeles ni nada escrito. Era la casa más limpia y ordenada a la que iban; nunca había nada fuera de sitio: las camas hechas, las toallas dobladas, la comida en la nevera dentro de pulcros envases de plástico de Lakeland. Podría haberse sentado en la cocina, tomado café y leído el periódico, y luego irse sin haber limpiado nada y el ama de llaves nunca lo habría sabido. Pero Sophia no haría una cosa así. No era perezosa. En esa casa sacaba brillo y barría y aspiraba todavía más porque el escritor lo merecía por ser tan limpio. Y ahora además porque el escritor tenía un visitante que era un cerdo, que fumaba y bebía y dejaba la ropa en el suelo, y si la veía le decía cosas sucias y sugerentes.

El hombre le había ofrecido dinero a otra de las criadas, una muchacha rumana tristonera, y ella había subido con él al piso de arriba («para echar un polvo»), y luego él le había dado solo la mitad del dinero y una fotografía suya firmada. Un «cabrón», estuvieron de acuerdo todas las criadas. Sophia les había enseñado el término, cortesía de su novio escocés. Era una palabra muy útil, dijeron. Pero la muchacha fue una estúpida al haber subido con él. Después lloró días enteros, derramando lágrimas en bonitas superficies brillantadas y usando trapos limpios. Era virgen, dijo, pero necesitaba el dinero. Todas necesitaban dinero. Montones de chicas estaban allí de manera ilegal, a algunas les habían confiscado los pasaportes, otras desaparecían al

cabo de un tiempo. Tráfico sexual. Eso le pasaría a la chica rumana, se le veía en los ojos. Corrían rumores sobre las cosas malas que les habían ocurrido a algunas chicas que trabajaban para Favores, pero siempre había rumores, y a las chicas siempre les estaban pasando cosas malas. La vida era así.

Le gustaba pensar que el escritor no era demasiado rico o estúpido para contratar una asistenta corriente, sino que a lo mejor le gustaba la naturaleza impersonal del servicio de Favores. Imaginaba que los escritores eran personas a las que no les gustaba tener demasiado contacto con otras personas, no fuera eso a impedirles escribir.

Ese día andaban cortos de personal porque rondaba una gripe por ahí, y el ama de llaves le dijo:

—Empieza tú sola.

De manera que Sophia llamó a la puerta de la casa del escritor. Tenía llave, pero se suponía que debían llamar primero. Volvió a hacerlo, más fuerte. El escritor tenía una buena aldaba de latón en forma de cabeza de león y le producía cierta satisfacción usarla, como si fuera la policía. Cuando no hubo respuesta, entró con la llave y anunció:

—Soy de Favores —con voz cantarina por si el escritor estaba en la cama echando un polvo con alguien.

Era muy poco probable, pues no había indicios de una vida sexual con una mujer o con un hombre en toda la casa del escritor. Ni siquiera nada pornográfico. Sí había unas cuantas fotografías enmarcadas: reconoció Notre Dame en París, unas casas holandesas junto a un canal; fotografías de turista como postales, sin gente en ellas. Tenía un juego de muñecas rusas, *matrioshkas*, de las más caras. Últimamente las tiendas para turistas en Praga estaban llenas de muñecas rusas. Las del escritor estaban alineadas en el alféizar de la ventana, les sacaba el polvo cada semana. A veces metía unas dentro de otras, jugando con ellas como había hecho de niña con las suyas. Solía pensar que se comían unas a otras. Sus matrioskas habían sido baratas, burdamente pintadas con colores básicos, pero las muñecas que pertenecían al escritor eran preciosas, pintadas por un artista de verdad con escenas de Pushkin; ahora había muchos artistas sin trabajo en Rusia, que pintaban cajas y muñecas y huevos, lo que fuera para los turistas. ¡El escritor tenía un juego de quince muñecas! Cómo le habría gustado tenerlo de niña. Ahora, por supuesto, había dejado las cosas infantiles. Se preguntó si el escritor sería gay. Había un montón de gays en Edimburgo.

En el estudio tenía una estantería con sus libros, un montón de ellos en lenguas extranjeras, ¡incluso en checo! Les había echado un vistazo, trataban sobre una muchacha llamada Nina Riley que era detective privado. «¡Baje esa pistola, lord Hunterston! Sé qué ocurrió en la cacería de urogallos, la muerte de Davy no fue ningún accidente». Una mierda, como habría dicho su novio escocés. En Favores se referían al escritor como señor Canning, pero no era ese el nombre que aparecía en

sus libros; en los libros era Alex Blake.

Todo bien ordenado como estaba siempre. Flores fragantes del jardín en un jarrón sobre la mesa del vestíbulo. Siempre dejaba diez libras de más, debajo del jarrón; un hombre generoso. Ese día no había billete de diez libras, qué raro. El comedor sin utilizar, como de costumbre. Abrió la puerta de la sala de estar. Las cortinas estaban echadas, y nunca lo estaban. La atmósfera era sombría, como si hubiese niebla en la habitación. Incluso en la semipenumbra, supo que había pasado algo malo. Avanzó con cuidado por la alfombra y bajo sus pies crujió cristal como si hubiese estallado una bomba. Descorrió las cortinas y el sol inundó la habitación, iluminando el desastre: el espejo sobre la chimenea y todos los adornos, incluso las bonitas pantallas de cristal en la lámpara antigua, estaban hechos pedazos y astillas. Una mesita de café volcada, una lamparilla en el suelo, con la pantalla de seda amarilla torcida y rota. Todo estaba patas arriba, como si hubiesen pasado unos elefantes por la habitación. Unos elefantes realmente patosos. Las matrioskas del escritor estaban desparramadas por todas partes, como bolos derribados. Recogió una sin pensarlo y se la metió en el bolsillo de la chaqueta, palpando su forma lisa, redondeada y satisfactoria.

Sophia tenía una sensación muy rara en el estómago, como cuando está a punto de suceder algo muy emocionante, algo que nunca ha pasado. Como aquella vez que vio demoler un enorme bloque de pisos. ¡Bum! Y una gran nube de denso polvo gris, como un volcán en erupción, como las Torres Gemelas al derrumbarse, solo que fue antes de las Torres Gemelas. Entonces exclamó en su propia lengua:

—Oh, Dios, oh, Dios mío. —Se santiguó, aunque no era religiosa, y repitió—: Oh, Dios mío.

Parecían las únicas palabras que conseguía recordar. La visión del hombre en el suelo había erradicado temporalmente la base de datos entera del vocabulario de Sophia, tanto inglés como checo.

En realidad era una científica, no una empleada de la limpieza: debería ser capaz de observar de forma desapasionada y objetiva. Se obligó a acercarse más. El hombre, debía de tratarse del escritor, estaba tendido en el suelo como si hubiese caído hacia atrás mientras rezaba. Parecía una postura bien incómoda, pero probablemente ya no le importaba mucho. Tenía la cabeza aplastada, un ojo salido de la cuenca. Había sesos por todas partes, como gachas escocesas. Sangre. Un montón de sangre, que empapaba la alfombra roja, por lo que no la había visto al principio.

Sangre en las paredes pintadas de rojo, sangre en los sofás de terciopelo rojo. Era como una habitación que hubiese estado esperando un asesinato, esperando absorberlo en sus paredes como una esponja.

Ahora se estaba acostumbrando a mirar al hombre. Las palabras también volvían a ella, palabras inglesas. Comprendió que podía gritar «¡Ayuda!» o «¡Asesinato!», pero ahora que había superado la impresión le pareció un poco estúpido hacerlo, de modo que volvió a recorrer en silencio la casa y salió por la puerta principal a la

calle, donde encontró al ama de llaves descargando aún cubos de plástico y mochos de la parte de atrás de la furgoneta rosa y le informó de que en la casa del escritor no iba a hacerse la limpieza ese día, en ningún momento.

Capítulo 20

—Me he enterado de que mató a un perro. Tiene un aspecto horrible. ¿Le apetece un café?

Louise Monroe. Louise Monroe sonriendo y señalando el Royal Museum enfrente del juzgado de distrito.

—¿Confraternizando con el enemigo?

—Ahí dentro hay una buena cafetería —repuso ella.

Iba muy arreglada: traje chaqueta negro, camisa blanca, tacones. El día anterior llevaba téjanos, camiseta y una chaqueta de ante. Le gustaba más con tejanos, pero el traje le sentaba bien. Tenía buenos tobillos, «bien torneados», habría dicho su hermano. Jackson era un hombre que se fijaba en los tobillos. Le gustaban todas las otras partes que formaban una mujer, pero apreciaba en especial un buen par de tobillos. Era el Jackson malo, claramente, el que estaba pensando en los tobillos de Louise Monroe, el doble malvado que esperaba al acecho dentro de su cabeza. Jackson el Bueno, Jackson el Malo. Los dos parecían estar enzarzados en una pelea últimamente. No le gustaba pensar qué pasaría si ganaba Jackson el Malo. ¿Había ganado el doctor Jekyll a mister Hyde? ¿Cuál era el bueno y cuál era el malo? No tenía ni idea, nunca había leído el libro, solo había visto aquella película, *Mary Reilly*... bueno, la mitad al menos, en vídeo, una elección de Josie, antes de sumirse en un sopor inducido por la *pizza* en el sofá.

—Yo no maté a ese perro —respondió—. Se murió sin más. Los perros también mueren por causas naturales, piense lo que piense la gente. Supongo que no han encontrado a la chica, ¿no? ¿La chica muerta?

—No, lo siento.

«Todavía no» habría sido mejor respuesta. Había dicho «lo siento» como si buscar a la chica fuera un favor personal más que un caso policial. De pronto, vio a Terence Smith salir del juzgado, con un teléfono pegado a la oreja.

—Eh, tú —exclamó haciendo ademán de salir tras él.

Louise Monroe lo agarró de la manga y lo retuvo.

—Calma, tigre, no querrá volver de cabeza al juzgado —advirtió.

Terence Smith hizo un gesto obsceno con la mano y se metió en un taxi.

—Cabrón mentiroso —murmuró Jackson.

—Eso dicen todos.

—¿Así que se declaró culpable aunque fuera inocente? —reflexionó Louise Monroe ante un café con leche mientras él tomaba un café exprés triple de un trago, como si fuera un medicamento—. Debe de ser usted católico.

—Mi madre era irlandesa —repuso—. Era muy religiosa. Fui una decepción para ella.

—Yo soy una católica escocesa. Supone una doble cruz, la misma mierda pero añadiéndole el resentimiento.

—Y ¿fue usted una decepción para su madre? —quiso saber Jackson.

—No. Ella fue una decepción para mí.

—Sencillamente parecía más fácil declararse culpable.

—¿Y eso tiene mucho sentido en el lugar del que viene usted, señor Brodie, en el mundo al revés?

«Señor Brodie». Así solía llamarlo Julia, al principio, haciendo que su apellido sonara provocativo e íntimo, como si fuera el personaje de una novela romántica del siglo XIX. Ahora decía «Jackson» con aspereza, como si lo conociera demasiado bien.

—Simplemente pensé que sería más rápido, en lugar de todo ese follón de ir a juicio, tener que volver y conseguirme un abogado. No tenía testigos, el tipo estaba herido y yo no mencioné mis propias heridas cuando me detuvieron.

Tendió la mano para que ella la viera, decidiendo que no era muy adecuado levantarse la camisa para mostrarle el resto de sus morados trofeos en el refinado espacio del museo.

—La mano de la espada —añadió, compungido.

—¿Le pisó la mano? —preguntó Louise—. ¿Cuando estaba en el suelo? ¿Y no alegó defensa propia? Es usted un idiota.

—Eso me han dicho.

—Es expolicía, un hombre que gozaba hasta ahora de buena reputación, es su primera infracción.

—Me he pasado al lado oscuro.

—¿Por qué?

—Quería saber cómo era.

—¿Y?

—Es oscuro. —Exhaló un suspiro e hizo una mueca ante el dolor en las costillas. Ya estaba harto de aquella conversación—. ¿Qué pasa con Favores, han encontrado algo?

—Mandé ayer a Jessica a ocuparse de eso. No salen en el listín...

—Sorpresa, sorpresa.

—Tampoco hay nada en el Registro Mercantil, ni dirección de correo electrónico, ni página web, aunque vienen miles de entradas en internet para cualquier cosa desde gente que pasea perros hasta porno duro, aunque a primera vista nada con sede en Edimburgo. Los de antivicio dicen que nunca han oído hablar de una sauna llamada Favores, ni de un club de *striptease*.

—Deberían buscar las tarjetas de color rosa, en cabinas de teléfono, aseos, *pubs*, discotecas.

Jackson empezaba a tener una sensación que no había tenido en mucho tiempo; durante unos instantes no la reconoció, y luego se dio cuenta de qué era: estaba trabajando en un caso, sintiendo toda la emoción de intentar atar cabos, de llegar a

alguna conclusión. («Admítelo, Jackson; te sientes menos hombre ahora»).

—¿Han preguntado a las chicas que hacen la calle?

—Ya veo que se ha puesto la antena de policía. Quítesela.

Louise Monroe se había mordido el labio hasta hacerlo sangrar; vio que tenía una cicatriz o una costra, lo que indicaba que era un hábito. Parecía estar siempre bajo control, pero eso de hacerse sangre a uno mismo insinuaba toda clase de neurosis internas. Pensó en la serpiente que se comía su propia cola, que se devoraba a sí misma. ¿Qué habría estado haciendo Louise en el juzgado? No se lo preguntó. Le dijo en cambio:

—El hombre que me atacó anoche, Terence Smith, también conocido como el tipo del Honda, estuvo implicado ayer en un violento incidente de tráfico en plena calle. Se comportó como un maníaco, completamente fuera de control; me hizo pensar en los guerreros *berserker* vikingos.

—¿Y usted lo vio? ¿Qué es, una especie de testigo profesional, que viaja por ahí en busca de escenas de crímenes?

—No, he sido víctima de una maldición.

Ella rio y preguntó:

—¿Quién le ha echado una maldición?

—Creo que lo hice yo mismo —respondió.

Porque era un idiota, obviamente. Cuando reía, ella parecía otra persona por completo.

—Lo vi atacar a alguien con un bate de béisbol en plena calle, y unas horas después el tipo se mete conmigo, me amenaza, me advierte que no diga ni media palabra de lo que vi. Sabía mi nombre. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Así que fue usted el único testigo de ese violento incidente de tráfico?

—No —respondió Jackson—, había docenas de testigos más. A mí no me vio, y tenía muchas más razones para ir tras el tipo que lo detuvo... un tipo que le lanzó un maletín. Quizá lo ha amenazado a él también.

—O tal vez era un atracador corriente y usted imaginó que lo estaba amenazando.

—¿Que lo imaginé?

Por la forma en que había estado escuchándolo, le había parecido que le creía. De pronto se sintió decepcionado.

—Considere las pruebas —prosiguió Louise—. Dice que fue testigo de un violento incidente, asegura que después el presunto autor del incidente le agredió, aunque usted mismo se declaró culpable de agredirlo a él; dijo haber encontrado un cuerpo, pero no hay pruebas que sostengan esa afirmación. Es millonario, pero anda merodeando y encontrando problemas en los sitios equivocados. Admítalo, Jackson, sobre el papel sencillamente no tiene usted buena pinta.

Aquel uso inesperado de su nombre de pila lo sorprendió más que la alusión a sus circunstancias personales; pero claro, por supuesto que habría hecho una comprobación de sus antecedentes.

De los dos, ella no era la estúpida; era él quien tenía las magulladuras y la condena criminal.

—Tiene sangre en el labio —dijo.

Capítulo 21

El coro del amanecer despertó a Martin. Incluso con la mente todavía adormecida le resultó extraño, pues le parecía estar en un sitio en que no cantaban los pájaros, y en efecto, al cabo de un momento se percató de que se trataba de su móvil y no de un coro aviar.

Buscó a tientas las gafas, y al hacerlo tiró el móvil al suelo. Incluso con las gafas puestas, le daba la sensación de que le hubiesen untado los ojos con vaselina. Cuando consiguió recuperarlo, el móvil había dejado de sonar. Observó la pantalla: «1 llamada perdida». Fue al registro de llamadas del teléfono. Richard Moat. Probablemente Richard se estaría preguntando qué le había pasado esa noche, aunque no era de los que andaban preocupándose. Seguramente querría que le prestara algo.

Dejó el teléfono sobre la mesita de noche y se encontró contemplando a una mujer que ardía en la hoguera. Tenía la boca abierta en un óvalo de asfixia, profiriendo un aullido ante las llamas del montón de madera que la rodeaban y que empezaban a prender en su cuerpo. Era un grabado en madera que pendía en la pared. Debajo, una leyenda declaraba: la antigua Edimburgo. Cuando drenaron el Nor Loch para construir los jardines de Princes Street, descubrieron que no era tan solo un depósito para las aguas residuales, sino también la última morada de las brujas de la ciudad: sus esqueletos tenían los pies y las manos atados entre sí, como pollos listos para el asador. Y esas eran las inocentes, las que se hundieron. Martin nunca lo había entendido: lo lógico sería pensar que la inocencia era una sustancia aérea que te haría flotar, que el mal sería pesado y te hundiría hasta el fondo, hasta el viscoso y maloliente fango.

Ahora, en el sitio en que se quemara a las brujas, había un restaurante caro en el que comía la élite de la burguesía de Edimburgo. El mundo era así, las cosas cambiaban pero no mejoraban.

Le dolía el cuello y sentía los miembros como si los hubiese tenido atados toda la noche, como si a él también lo hubiesen atado como a un pollo. Estaba en la cama, pero no recordaba haberse tendido junto a Paul Bradley. No recordaba haberse quitado las gafas o los zapatos. Le alivió comprobar que todavía llevaba puesta la ropa. El olor a bacon frito penetró en la habitación y sintió ganas de vomitar. Echó un vistazo al reloj digital en la radio junto a la cama: las doce en punto, no pudo creer que hubiese dormido hasta tan tarde. No había ni rastro de Paul Bradley: ni la bolsa de deporte, ni la chaqueta, nada; a lo mejor el hombre no había existido nunca. Se acordó de la pistola, y su corazón dio un pequeño vuelco. Había pasado la noche en una habitación de hotel (¡en la misma cama!), con un completo desconocido y una pistola. Un asesino.

Se incorporó con cuidado y bajó las piernas al suelo. Sintió una punzada en la parte baja de la espalda y tuvo que esperar a que se le pasara antes de poder levantarse para ir al lavabo tambaleándose sobre las temblorosas piernas. Sentía la

boca como si fuera de cartón y la cabeza le parecía enorme, demasiado pesada para el tallo de su cuello. Tenía la sensación de que lo hubieran anestesiado, y por un paranoico instante casi se le paró el corazón al preguntarse si Paul Bradley habría formado parte de alguna compleja estafa para traficar con órganos de transeúntes inocentes. ¿O quizá lo habían envenenado con monóxido de carbono? ¿Era el principio de la famosa gripe de verano o el final de una resaca de Irn-Bru?

Sació una sed atroz con el agua de regusto químico del grifo y se contempló en el espejo del baño, pero no logró encontrar ninguna cicatriz visible de la operación. ¿Rohypnol? ¿Lo habrían violado? (Sin duda lo sabría, ¿no?). Le había sucedido algo, pero no tenía ni idea de qué. ¿Le habían dado acaso alguna droga que lo estaba volviendo loco? Pero ¿por qué iba a querer alguien hacerle eso? Salvo que fueran los dioses quienes pretendieran destruirlo. Se habían tomado su tiempo, pues había pasado más de un año desde lo de Rusia, desde el incidente.

El último día, Mariya, la guía, los había dejado libres en un mercado en algún lugar detrás de la avenida Nevski, donde había puesto tras puesto con artículos para turistas: muñecas rusas, cajas lacadas, huevos pintados. Objetos de la época comunista y gorros de piel decorados con insignias del Ejército rojo. Pero sobre todo había muñecas, miles de muñecas, legión tras legión de matrioskas, no solo las visibles sino también las que no podían verse: muñecas dentro de muñecas, reduciéndose y replicándose sin fin, como una infinita serie de espejos. Martin se imaginó escribiendo una historia, una construcción borgiana en que cada historia contenía la semilla de la siguiente y así sucesivamente. No de Nina Riley, por supuesto —con lo máximo que ella podía era con narraciones lineales—, sino más bien algo con caché intelectual (algo bueno).

Nunca se había parado a pensar en las matrioskas, pero ahí, en San Petersburgo, parecían omnipresentes e inevitables. Sus compañeros de viaje, expertos de la noche a la mañana en el arte folclórico ruso, no paraban de hablar sobre qué clase de muñeca iban a comprar para llevarse a casa. Especulaban sobre cuántas muñecas conseguirían con sus rublos, y la sensación general era que los rusos iban a estafarlos pero que harían a su vez lo imposible para estafar a los rusos.

—Han abrazado el capitalismo —comentó uno—, así que tienen que afrontar las puñeteras consecuencias.

Martin no supo si utilizaba «puñeteras» como una imprecación o simplemente de forma descriptiva. Había advertido ya que esa clase de viajes tendían a generar xenofobia; incluso mientras disfrutaban de las maravillas de Praga o de la belleza de Burdeos, los turistas, británicos que libraban un combate de retaguardia permanente, consideraban a los habitantes de esos lugares unos hostiles villanos.

La tienda en el vestíbulo de su hotel infectado de cucarachas, sofocante, demasiado iluminada y con las paredes cubiertas de espejos, vendía muñecas a un

precio excesivo. Nadie compraba nunca en la tienda, y Martin se pasó una hora ahí dentro, curioseando bajo la mirada decepcionada de la dependienta («Solo quiero echar un vistazo», murmuró con tono de disculpa), estudiando, evaluando, y comparando muñecas como preparativo para la realidad de una cruda transacción al por menor en las calles de San Petersburgo. Las había grandes y pequeñas, altas y bajas y rechonchas, pero los rasgos siempre parecían los mismos: boquitas de piñón y grandes ojos azules, con los párpados siempre abiertos y una mirada fija de espanto como de muñeca hinchable.

También había muñecas con forma de gatos, perros, ranas; había presidentes americanos y líderes soviéticos; las había de cinco piezas y cincuenta piezas; había cosmonautas y payasos, algunas muy burdas y otras que había pintado con exquisita delicadeza la mano de un artista de verdad. Para cuando salió de la tienda del hotel, se sentía mareado y en sus ojos flotaban interminables reflejos de caras de muñeca, y cuando se acostó en su estrecha e incómoda cama, soñó que lo observaba desde el cielo un gran ojo masónico que se transformaba en el ojo pintado que había en el fondo del orinal de su abuela, con su lasciva inscripción nunca revelaré lo que veo. Despertó empapado en sudor; hacía años que no pensaba en su abuela, no digamos ya en su orinal. Ella había nacido en un siglo Victoriano y nunca había salido de él en realidad. Su piso de clase obrera en Fountainbridge era un espacio lúgubre y oscuro cubierto de chenilla y terciopelo enmohecido. Hacía mucho tiempo que había muerto, y a Martin lo sorprendió que se acordase siquiera de ella.

—Voy a llevarme una de estas muñecas para mi sobrina nieta —dijo el tendero moribundo cuando inspeccionaban la hilera de tenderetes.

Empezaba a nevar otra vez, grandes copos mojados de una nieve temprana que se deshacían al contacto con el asfalto y la piel. Había nevado el día anterior, y ahora las calles se veían sombrías con la nieve grisácea medio fundida. El aire llevaba consigo un frío húmedo y hostil, y el tendero decidió comprarse un gorro de piel con orejeras, por cuyo precio regateó con el vendedor. Martin se preguntó qué sentido tendría regatear cuando uno estaba tan cerca de la muerte. Empezaba a preguntarse si el tendero estaba muriéndose en realidad o si solo lo había dicho para llamar la atención.

Consiguió librarse de él cuando estaba enzarzado en sus negociaciones por el gorro. El hombre le estaba echando por tierra toda la magia de Rusia; esa misma mañana le había estado pisando los talones por todo el Hermitage, quejándose sin parar del exceso en la decoración (pero sin duda era esa precisamente la intención) e imaginando «sabe Dios qué horrible cerdo con salsa» les servirían a la hora de cenar. Ni siquiera los Rembrandt le cerraron la boca.

—Vaya viejo cabrón miserable, ¿no crees? —comentó mientras contemplaba un autorretrato del artista.

Martin supo que solo sería un respiro temporal; sin duda en el instante en que tuviera el nuevo gorro en la cabeza, el tendero lo descubriría husmeando en los

puestos de recuerdos y se pasaría el resto de la tarde quejándose de que el vendedor, un hombre escuálido que tenía pinta de ir a ganar al tendero en la carrera por llegar al otro mundo, lo había dejado sin blanca.

Tenía la intención de comprarle un juego de muñecas a su madre. Sabía que acabarían, limpias de polvo pero olvidadas, en un estante con sus otras baratijas, las figuritas de porcelana, las muñecas vestidas con trajes típicos, los cuadros de punto de cruz. Jamás le gustaban los regalos que le compraba, pero si no le compraba algo se quejaba de que nunca pensaba en ella (su lógica era irrevocable). Si alguien le hubiese regalado a Martin una piedra envuelta en papel, se habría sentido agradecido por el simple hecho de que se hubiera molestado en encontrar la piedra y luego en envolverla, solo para él.

Decidió comprarle unas muñecas corrientes, porque no merecía nada mejor: un juego de campesinas, con delantales y pañuelos en las cabezas; tenía una en la mano y notaba su lisa superficie, su forma de símbolo de la fertilidad, pensando en su madre, cuando la chica de la parada dijo:

—Es muy bonita.

—Sí —contestó.

No le parecía bonita en absoluto. Intentó no mirar a la chica porque era muy guapa. Llevaba unos guantes de lana sin dedos y una bufanda envolviéndole el cabello rubio. La chica rodeó el mostrador y empezó a coger muñecas distintas para abrirlas como si cascara huevos y exponerlas.

—Esta muy bonita, esta también. Esta de aquí es especial, de un artista muy bueno. Con escenas de Pushkin. Pushkin, el famoso escritor ruso. ¿Lo conoce?

Trataba de venderle con tanta dulzura que habría sido descortés resistirse, y al final, tras mayor contemplación quizá de la que merecían la tarea o las propias muñecas, compró un caro juego de quince. Eran objetos atractivos, con las regordetas panzas pintadas con escenas invernales de Pushkin. Verdaderas obras de arte, demasiado buenas para su madre, y decidió quedárselas para sí.

—Muy bonitas —le confirmó a la chica.

—¿No dólares? —preguntó ella con cierta tristeza cuando le tendió varios puñados de rublos.

Llevaba botines con tacones altos y una especie de abrigo resistente y pasado de moda. Todas las chicas de San Petersburgo llevaban botas de tacones altos y caminaban con destreza sobre el hielo fangoso mientras que él andaba resbalando y a trompicones como un payaso.

—¿Quieres café? —preguntó la chica de pronto, confundiéndolo.

Pensó que iba a sacar un termo de algún sitio, pero le gritó algo con aspereza al hombre del puesto de al lado, que vendía insignias del Ejército rojo, y él le contestó con la misma rudeza; luego cogió el bolso y echó a andar, balanceándolo e indicándole con señas a Martin que la siguiera, como si fuese un niño pequeño.

No tenían café. Tomaron sopa rusa de col, seguida de chocolate caliente, espeso y

dulce, servido en tazas grandes y acompañado de una especie de bizcocho con crema. La chica lo pidió todo y no dejó que él pagara, indicando con un ademán la fina bolsa de plástico que contenía sus muñecas envueltas en papel de periódico, bien encajadas una dentro de otra, de modo que se preguntó si no sería esa su recompensa por haber pagado más de lo esperado por su compra. A lo mejor era así que se hacían las transacciones comerciales en Rusia; quizá, si le dabas el dinero suficiente a alguien para sobrevivir una semana, te llevaba a una agradable cafetería y te tiraba el humo del cigarrillo a la cara. En cierta ocasión, de vacaciones en Creta («Descubre los antiquísimos misterios de»), se percató de que cada vez que compraba algo en una tienda, el vendedor insistía en darle además algo gratis, como si pretendiera atenuar las desventajas del capitalismo. Normalmente dichos regalos consistían en pequeños tapetes de ganchillo, así que a la vuelta Martin llevaba una cantidad considerable de ellos en la maleta. Los llevó a una tienda de Oxfam.

—Irina —se presentó la chica tendiendo una mano para estrechar la suya.

Al quitarse la bufanda de la cabeza, la melena le cayó en cascada por la espalda.

—Martin —dijo él.

—Marty —repuso ella, sonriéndole.

No corrigió su error. Nadie lo había llamado Marty antes. Le gustó la forma en que «Marty» parecía aludir a un hombre más divertido de lo que sabía que era.

Intentó explicarle a Irma que era escritor, pero no supo decir si lo entendía.

—Dostoievski —puntualizó—. Pushkin.

—¡Idiota! —exclamó ella, con su preciosa carita de muñeca avivándose de repente—. Aquí es idiota.

Fue solo más tarde que Martin cayó en la cuenta de que el café en que estaban se llamaba El Idiota.

Quería impresionarla un poco con su éxito. Nunca hablaba con nadie de su buena suerte profesional. Melanie, su agente, pensaba que no era lo suficientemente bueno y que podía hacerlo mejor, los pocos amigos que tenía no triunfaban precisamente en la vida y no quería que pensarán que pretendía pavonearse, a su madre le era indiferente y su hermano estaba celoso, así que decidió guardarse sus pequeños triunfos para sí. Pero le habría gustado que Irina supiera que era un hombre de cierto prestigio en su país natal («Sus ventas crecen con cada libro»), pero ella solo sonrió y se lamió los restos de bizcocho de crema de los dedos.

—Claro —dijo.

Cuando hubo acabado de comer, se puso en pie de repente y, sin mirar el reloj, dijo:

—Me voy. —Apuró la taza mientras se ponía el abrigo; hubo una especie de glotonería en ese gesto que a Martin le produjo admiración—. ¿Esta noche? —añadió entonces, como si ya tuvieran una cita—. El bar Caviar en el Grand Hotel, siete en punto. ¿OK, Marty?

—Sí, OK —respondió él a toda prisa, porque la chica ya salía disparada hacia la

puerta, levantando una mano a modo de despedida y sin mirar atrás.

Cuando salió del café, se encontró con que caía una fuerte nevada. Le pareció todo muy romántico: la nieve, la chica del cabello rubio envuelto en una bufanda, como Julie Christie en *Doctor Zhivago*.

Contempló su reflejo en el espejo ligeramente picado del baño del hotel Los Cuatro Clanes. Quizá se sentía mareado porque estaba muerto de hambre. No recordaba cuándo había comido por última vez. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y al instante siguiente estaba de rodillas, agarrado al retrete y vomitando violentamente. Tiró de la cadena y, mientras observaba arremolinarse el vómito junto con un desagradable producto químico azul que debía de haber llenado la cisterna, tuvo una súbita ocurrencia: «¿Un robo? ¡Por supuesto!».

Salió de prisa del baño y buscó su cartera en el bolsillo de la chaqueta. No estaba. Exhaló un profundo suspiro al pensar en todas las pesadas llamadas que tendría que hacer a los bancos y a las compañías de tarjetas de crédito. También había llevado en la cartera el permiso de conducir y cien libras en efectivo, y entonces, oh pesadilla, se acordó de la tarjeta de memoria Sony de color lila, el pedacito de plástico que contenía *Muerte en la isla Negra*. Había desaparecido. Una gélida oleada de pánico le recorrió el cuerpo, seguida por otra caliente de puro alivio: la novela estaba grabada en un CD en su «despacho». Martin había salvado la vida de Paul Bradley, y él a cambio le había robado. Se sintió tan dolido por esa traición que se le llenaron los ojos de lágrimas.

En la atmósfera viciada de bacon y tartán de la recepción se respiraba una sensación de abandono a lo *Mary Celeste*^[2]. Accionó el timbre de latón y, al cabo de un buen rato, apareció un joven con uniforme de cocinero. Recorrió con el dedo el registro con admirable lentitud y confirmó que Paul Bradley se había ido.

—No hay que pagar nada —dijo enjugándose la nariz con el dorso de la mano—. Puede irse —añadió como si estuviera poniéndolo en libertad.

Martin no le mencionó al chico que le habían robado, no le pareció que fuera a importarle. Y ¿por qué debería importarle? No podía evitar la sensación de que de algún modo le habían dado su merecido.

Capítulo 22

Gloria se levantó pronto y bajó sin hacer ruido por las escaleras, como si hubiese alguien más en la casa a quien pudiera despertar, pese a que estaba maravillosamente sola. Cuando Graham estaba allí, la casa retumbaba y resonaba, llena de ruido incluso cuando seguía dormido en la cama. Sin él, el día seguía sus propias pautas de silencio, de colores suaves y sesgos de luz que Gloria nunca veía normalmente.

En la escalera, sintió la lana de borrego de la alfombra bereber color crudo entre los dedos descalzos de los pies y la lisa superficie de pino rojo de Oregon del pasamanos bajo la palma de la mano. Dedicó un instante a pensar en los ciento cincuenta años de sacar brillo invertidos en conseguir ese satinado, algunos de su propia mano, no con Pronto sino con un bloque duro de cera de abeja. Había aprendido con el tiempo a agradecer las pequeñas alegrías, de las que había muchas en la casa, una casa que seguiría en pie mucho tiempo después de que ella misma estuviera bajo tierra.

Cada día era un regalo, se decía, por eso se le llamaba presente. Iban a perder la casa. Se vería arrastrada en todo ese lío lamentable que Graham había montado, quedaría confiscada bajo la ley de justicia criminal (había estado leyendo sobre eso en internet) y sería subastada para indemnizar parte de lo que Graham había hecho a lo largo de los años. Un castillo de naipes, eso había creado Graham, una ilusión. La muerte o la unidad de fraudes, quien fuera que llegara antes, lo revelaría todo, abriría de golpe las cortinas y las persianas y dejaría llegar la luz a todos los sucios rincones.

Abrió las puertas acristaladas del salón y se quedó ahí unos minutos respirando el aire de la mañana, mirando un gorrión que daba delicados saltitos por la cerca. Treinta o cuarenta gramos de plumas marrones y pechera negra. Sería bonito pensar que el ojo de Dios estaba pendiente de él, pero si no fuera posible, tanto ella como las cámaras del circuito cerrado de televisión registrarían su caída. Una urraca descendió en picado, cotorreando, y Gloria la espantó.

La casa del Grange (Providence, le pusieron ese nombre mucho antes de que Gloria y Graham fueran sus propietarios) no tenía nada en común con la basura mal construida e inflada de precio que había hecho rico a Graham. En las casas que Graham construía, las puertas de los armarios no encajaban bien, había chimeneas de cemento imitando piedra y moqueta de contrata barata. Eran casas que olían como si estuvieran hechas de plástico y productos químicos. El año anterior, Graham había hablado de mudarse de la casa del Grange; dijo que eran «demasiado ricos» para ella y que le tenía «puesto el ojo» a una finca más al Norte, con hectáreas de terreno en que podría pescar truchas y sorprender a pájaros desprevenidos abatiéndolos a tiros. Con los años, la casa del Grange se había amoldado cómodamente a Gloria y le parecía cruel quitársela de encima a cambio de una mole cavernosa en medio de la nada.

Dijo que no veía cómo podía ser alguien demasiado rico. Si uno era demasiado

rico, podía ir dando dinero hasta ser solo rico. O darlo todo y ser pobre. Y de todas formas no eran ricos en realidad: todo había sido un juego de espejos y sus vidas tenían como base dinero sucio.

Entró en la cocina y preparó el primer café del día, aspirando el aroma de los granos de café antes de meterlos en el molinillo. Las baldosas de mármol italiano del suelo de la cocina estaban frías e inertes, se parecía a caminar sobre lápidas. Eran increíblemente caras, pero Graham las había conseguido increíblemente baratas (cómo no). El año anterior habían renovado la casa, utilizando a los trabajadores más capacitados de la plantilla de Graham. Entre otras cosas, habían echado abajo una pared e instalado una inmensa cocina americana. «Nada es demasiado bueno para mi mujer», se había explayado Graham ante el arquitecto. «Gloria, ¿qué tal una buena nevera y una placa de cocina Gaggenau, de esas con freidora integrada?». Así que ella dijo que le gustaría tener un fregadero rosa, porque había visto uno en un programa de reformas en la televisión, y Graham respondió: «¿Un fregadero rosa? Por encima de mi cadáver». Bueno, pues ahí lo tenía.

A Gloria le gustaba visitar todas las nuevas urbanizaciones de Viviendas Hatter. Cuanto más lejos estaban, más se parecían las visitas a excursiones. Podía llevarse un *picnic* o averiguar dónde estaban los salones de té de la zona. Le gustaba ver la casa piloto, escuchar los trucos de venta («Esta es una habitación encantadora, una verdadera sala de estar para la familia»). Graham nunca sabía nada de esas pequeñas excursiones.

De vez en cuando, se hacía pasar por una posible compradora, una divorciada de ojos desorbitados o una viuda reciente y desconsolada que reducía su hogar a un apartamento sin marido. Otras veces andaba a la busca de «un hogar familiar» para su hija o una «primera casa» para un hijo que trabajaba en el extranjero. No le hacía daño a nadie y tenía la oportunidad de abrir y cerrar armarios y escudriñar en los minúsculos baños, solo suficientemente grandes para una persona desnutrida. Todo se había construido según los mínimos que permitía la normativa, con el menor jardín posible, el baño más pequeño... era como si una persona muy mezquina hubiese decidido construir casas.

Antes de Pascua, había acudido en coche a una urbanización en Fife. Los constructores se habían ido por fin y los últimos residentes se estaban instalando, aunque aún había en la obra una casa piloto y una caseta prefabricada que funcionaba de oficina de ventas y todavía ondeaba sobre sus cabezas la banderola con «Viviendas Hatter. Viviendas reales para gente real». Una bandera de conveniencia.

Se había sentido especialmente mal por los nuevos propietarios porque la urbanización estaba construida sobre un vertedero y los jardines se habían creado a partir de unos pocos centímetros de tierra. («Pero eso no puede ser legal, ¿no?», le había dicho a Graham. «*Caveat emptor*, Gloria —respondió él—; es todo el latín que he necesitado nunca»).

Maggie Loudon estaba en la caseta prefabricada de ventas y la había mirado con

alarma.

—¿Señora Hatter? ¿Puedo ayudarla?

Se la veía distinta sin el vestido de fiesta, más anticuada y desde luego menos alegre.

—Solo estaba mirando —había respondido Gloria con fingida despreocupación—. Me gusta estar al tanto de las cosas.

Pero su pequeña excursión se había ido al traste. Había tenido la intención de hacerse pasar por la amante de un hombre rico que planeaba ponerle casa. La ironía de la situación no se le escapaba ahora.

Había vuelto a hurtadillas por la noche, como una terrorista, para dejar una bonita maceta en cada puerta. Difícilmente compensaba la falta de jardín, pero era algo.

A veces se preguntaba si Graham construía hogares para familias porque encontraba la suya muy poco satisfactoria. Habían ido a ver una producción de *El maestro constructor* en el Lyceum —Viviendas Hatter era una especie de patrocinador— y Gloria no pudo evitar hacer comparaciones. Se había preguntado si Graham caería un día de un chapitel, metafóricamente o no. Y así había sido. Bueno, pues ahí lo tenía.

La cafetera silbó, chisporroteó, y por fin llegó a su frenético clímax de costumbre. Se sirvió café, lo llevó al salón de tonalidades melocotón y se arrellanó en el sofá. Desayunó el resto de un paquete de galletas integrales de chocolate. Cuando Graham estaba allí, siempre comían en la mesa de la cocina. Le gustaba comer algo caliente: huevos revueltos, un abadejo ahumado, bacon, salchichas, incluso riñones. Mientras comían, escuchaban *Buenos Días, Escocia* en la radio, una incesante cháchara incorpórea sobre política y catástrofes que Graham consideraba importante y necesaria aunque no afectara a sus vidas en absoluto. Podía sacarse mayor provecho de observar un par de herrerillos azules picoteando en un comedero lleno de cacahuètes que de maldecir al Parlamento escocés sentado ante unas gachas de avena.

Sintonizó la radio para poner a Terry Wogan. Wogan estaba muy bien. Sonó el teléfono. El teléfono había ido sonando a intervalos regulares desde que se había despertado a las cinco. Ya había llamado al hospital para determinar que seguía sin haber cambios en el estado de Graham y no tenía ningún interés en hablar con toda la gente que quería saber por qué Graham había desaparecido de la faz de la Tierra en pleno día laborable y no contestaba al móvil. Los dejaba hablar con el contestador automático, era menos cansado que mentir.

Cuando estaba en el vestíbulo escuchando el último mensaje («Graham, viejo cabrón, dónde estás, pensaba que hoy íbamos a jugar a golf»), los periódicos del día cayeron con estrépito en el buzón.

¿Qué clase de persona le arranca la cabeza de un mordisco a un gatito? ¿Qué clase de persona entra en el jardín trasero de un completo extraño, coge un gatito de tres

semanas y le arranca la cabeza de un mordisco? ¡Y no acaba ante un tribunal! Gloria dejó caer el periódico al suelo de pura indignación.

¿Cuál sería el castigo adecuado para una persona (un hombre, por supuesto) que le arrancó la cabeza de un mordisco a un gatito de tres semanas? La muerte, claro, pero sin duda no una muerte rápida e indolora, ¿no? Eso sería como un regalo inmerecido. Creía que el castigo debía ir acorde con el crimen, ojo por ojo, diente por diente. Cabeza por cabeza. ¿Cómo se haría para arrancarle la cabeza a una persona de un mordisco? A no ser que se pudiera emplear a un tiburón o un cocodrilo para hacer el trabajo, suponía que habría que conformarse con una simple decapitación.

El hombre que le arrancó la cabeza al gatito estaba, según el periódico, colocado. ¡Eso no era excusa! Ella se había fumado una vez un porro durante su breve período en la universidad (pero más por educación que otra cosa), y había bebido una cantidad considerable de alcohol en sus tiempos, pero estaba segura de que habría podido consumir cualquier cantidad de sustancias ilegales sin sentir el impulso de arrancarle la cabeza de un mordisco a una inocente mascota doméstica. Un cesto lleno de gatitos; imaginaba gatos atigrados de pelo largo con cintas en torno al cuello, como los que podría encontrarse en una anticuada caja de bombones. Minúsculos, indefensos. Inocentes. ¿Tenían aún las cajas de bombones esas ilustraciones? Se había comprado un precioso cuadro en eBay, con dos gatitos, cesto, ovillos de lana, cintas, etcétera, pero aún no había encontrado el sitio adecuado para colgarlo. Y, por supuesto, Graham decía que era «cursi», dado que él era más bien un entendido en ciervos a punto de ser asesinados.

Había una barbacoa, una «barbacoa familiar», y el hombre entró, sin que nadie lo invitara, sin previo aviso, cogió uno de los gatitos del cesto y le arrancó la cabeza de un mordisco como si fuera una piruleta. ¿Se había comido el hombre la cabeza del gatito? ¿O solo la había arrancado y luego la había escupido?

Podría meterse al hombre que le arrancó la cabeza al gatito en una jaula de tigres y decirle: «Venga, vamos a ver cómo le arrancas la cabeza de un mordisco a uno de estos». Claro que para empezar estaría mal meter a los tigres en una jaula. Estaba aquel poema de Blake sobre tigres, ¿no? ¿O eran petirrojos?

Bill, el jardinero, anunció su llegada con el amortiguado repiquetear de herramientas en el cobertizo, como si quisiera que Gloria supiera que estaba ahí, pero no tener que hablar con ella. Su apellido era Tiffany, como los joyeros. Graham le había comprado un reloj de Tiffany cuando hizo treinta años que se habían casado. Tenía una correa de cuero roja y pequeños diamantes alrededor de la esfera. Lo había tirado al estanque de los peces el día anterior. Todos los peces que había, excepto uno —una gran carpa dorada—, habían sido liquidados poco a poco por la garza del vecindario. Se preguntó si el reloj seguiría dando la hora, haciendo tictac en silencio entre el fango y el limo verde del fondo del estanque, marcando los días que les quedaban

tanto al gran pez naranja como a Graham.

Preparó más café, untó un bollo con mantequilla, encendió el ordenador. Se le daban bien los ordenadores. Había aprendido mucho tiempo atrás, cuando eran viejos Amstrad con pantallas negras y verdes y hábitos exasperantes. En aquellos tiempos solía ayudar a llevar las cuentas de Viviendas Hatter. Ya entonces se amañaban los libros, pero las cantidades eran aún relativamente pequeñas. Viviendas Hatter se había mantenido como un negocio familiar, propiedad de Graham y de Gloria. Nunca se había sacado a Bolsa, nunca se había sometido a rigurosos análisis externos. Las auditorías las realizaban sus propios contables. Había una red de complicidad que se extendía hasta donde la vista no alcanzaba: contables, abogados, secretarias, personal de ventas (personal de ventas/amantes). Gloria misma había firmado cualquier cosa que le pusieran por delante durante años: papeles, documentos, contratos. No había puesto nada en duda y ahora parecía no hacer otra cosa. La inocencia no era sinónimo de ignorancia.

Tenía un buen portátil propio, conectado a la banda ancha en la cocina, que era después de todo donde pasaba la mayor parte del tiempo, así que ¿por qué no? Graham nunca usaba el ordenador de su esposa, hacía todos sus negocios sucios en la oficina. Podía imaginárselo entrando en páginas web de pornografía, mirando una de esas web cams en las que una mujer en una habitación en algún sitio (en cualquier sitio) del mundo actuaba para él.

Los únicos mensajes que Gloria solía recibir —aparte de una misiva de sus hijos muy de vez en cuando— eran invitaciones para alargarse el pene u ofertas especiales de Boots.com. Le habría gustado revisar el correo de Graham, pero estaba protegido con contraseña. Llevaba tiempo dándole vueltas, desde mucho antes de los acontecimientos del día anterior, pero aún no había conseguido el ábrete sésamo; había probado con eso también, así como con cualquier otra palabra o combinación de palabras que se le ocurrió. «Kinloch», «Hartford», «Braecroft», «Hopetoun», «Villiers» y «Waverley». Nada. Eran los nombres de los seis modelos básicos de Viviendas Hatter. La «Kinloch» era la más barata, la «Waverley» la más cara. La «Hartford» y la «Braecroft» eran adosadas. Últimamente, Graham construía muchas más casas no adosadas que antes. A la gente le gustaban las casas independientes, por pequeñas que fueran. La «Kinloch» era tan minúscula que a Gloria le recordaba una casa del Monopoly.

El mes siguiente cumpliría sesenta años. Había oído a alguien en la radio decir que los sesenta eran los nuevos cuarenta. No había oído nada tan ridículo en su vida. Sesenta eran sesenta, no tenía sentido fingir otra cosa. ¿Quién iba a mantenerla en su vejez? Que Graham estuviera vivo o muerto no cambiaría nada para la policía y los tribunales, iban a destruir Viviendas Hatter. Con toda la razón, en su opinión, pero habría estado bien que hubiese podido rescatar una pensioncita para ella antes de que

lo hicieran. Imaginaba que en algún sitio había un gran libro negro que contenía todos los secretos de Graham, todo su dinero. El libro de los magos. Como con el capitalismo, ya era demasiado tarde para preguntárselo.

Se rindió con la contraseña y comprobó su cuenta corriente en línea. Tenían una cuenta conjunta que se usaba sobre todo para las facturas del día a día y para los gastos de la casa. Gloria dependía del todo de Graham para el dinero, un hecho horrible del que le había costado décadas darse cuenta. Un instante estás sentada en un taburete en un bar tomando una ginebra con naranja, y al siguiente te encuentras a un año del pase de jubilado para el autobús, enfrentada a la bancarrota y la humillación pública. Y sesenta eran sesenta, como habían sido siempre.

La cuenta de los gastos de la casa se alimentaba con cuentagotas desde una cuenta de Viviendas Hatter: siempre que se cargaban gastos en ella se ingresaba más dinero, lo que fuera que salía un día, se compensaba al siguiente. Casi parecía magia. Nadie parecía haber advertido las quinientas libras diarias que había estado desviando. Sus ahorros. Era del todo legal, era una cuenta conjunta, ella era titular. Quinientas al día, todos los días excepto el domingo, el día de descanso de Gloria, controlado por su conciencia baptista. Las nuevas regulaciones contra el blanqueo de dinero hacían difícil mover grandes cantidades, pero quinientas diarias parecían mantenerla por debajo del radar tanto de los contables de Viviendas Hatter como del banco. Tarde o temprano, suponía, sonaría una alarma, se alzaría una bandera, pero para entonces las cuentas seguramente estarían todas congeladas y, si había justicia en el mundo, Gloria habría desaparecido con su bolsa negra de plástico del botín. Setenta y dos mil libras no eran mucho para empezar una nueva vida, pero eran mejor que nada, mejor que lo que tenía la mayoría de la gente.

Sacó las pertenencias de Graham de la bolsa y las dispuso sobre el escurridero de madera de arce del lavadero. Los zapatos, brillantados hasta lucir un brillo de regaliz, la americana y los pantalones del traje, la camisa Austin Reed, los caros calcetines de seda que alguien, imaginaba que una enfermera, había enrollado, la camiseta de algodón y los calzoncillos de Marks and Spencer —su ropa interior le parecía especialmente deprimente— y, por último, la insulsa corbata de trabajo, un lánguido ovillo al fondo de la bolsa de plástico, cual serpiente alicaída.

Se le hacía extraño ver su ropa extendida así, plana y bidimensional, como si Graham se hubiera vuelto invisible de pronto llevándola puesta. Ahora la habían cambiado por una bata de algodón que enseñaba sus piernas de roquefort y sus nalgas poco firmes. No tardarían en cambiar la bata de algodón por una mortaja. Con un poco de suerte.

Le vino a la cabeza una repentina imagen del cuerpo mutilado de su hermano cuando se lo habían enseñado a la familia en el depósito de cadáveres del hospital, envuelto en sábanas blancas, como una momia o un regalo. Se preguntaba a cuál de

sus padres le había parecido buena idea dejar que su hija de catorce años viera el cadáver de su hermano, por más bien envuelto que estuviera.

Jonathan tenía una plaza en la universidad para cursar una diplomatura y solo estaba trabajando en la fábrica durante el verano entre el fin de la escuela y el inicio de la facultad. Cuando era niña había varias fábricas en su ciudad natal; ahora no había ninguna. Algunas las habían derribado, pero la mayoría se habían convertido en pisos y en hoteles, una en galería de arte y otra en un museo en el que antiguos trabajadores de la fábrica mostraban al público las tareas que solían hacer en un pasado que ya era oficialmente historia.

La semana anterior a su muerte, su hermano la había llevado al interior de la fábrica. Estaba orgulloso del sitio en que trabajaba, en que hacía «un trabajo de hombres». No era oscura ni satánica, como había imaginado al entonar el himno Jerusalén en las reuniones de la escuela, sino todo lo contrario: estaba llena de luz y era tan grande como una catedral, un himno a la industria. Diminutos hilos y bolitas de lana flotaban en el aire como plumas. ¡Y vaya ruido había! El «ruido ensordecedor, aplastante, demoledor», como había escrito más tarde en un poema para la revista del instituto «al estilo de Gerard Manley Hopkins», pensando que podría sanar parte de su dolor, pero el poema era bastante malo («el aire blanco moteado de lana») y salió de su cabeza, no del corazón.

Se había hablado de poner una demanda tras la muerte de Jonathan —en la fábrica se había incumplido toda clase de normas de sanidad y seguridad—, pero la cosa nunca fue más allá de las palabras y a los padres de Gloria les faltó vehemencia para llevarla a cabo. Su hermana (muerta hacía tan poco) tenía veinte años por aquel entonces y eclipsó a su hermano al aparecer con tejanos y un polo negro en su funeral baptista. El gesto de su hermana había suscitado la admiración de Gloria.

La única otra vez que estuvo en el interior de una catedral real de la industria había sido mucho tiempo atrás en una excursión escolar a una fábrica de Rowntree, en York, en que la clase se había maravillado ante cada paso del proceso, desde los Smarties dando vueltas dentro de lo que parecían hormigoneras de cobre, hasta la sala de embalaje con mujeres poniendo cintas a cajas de bombones con (sí) imágenes de gatitos. Al final de la visita les habían regalado bolsas de toda clase de productos defectuosos y Gloria había vuelto a casa cargando triunfal con docenas de Kit Kats que, como Jonathan, habían quedado destrozadas por las máquinas.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta de Graham. ¿Qué había dicho Maggie Loudon la noche anterior? «¿Se acabó, ya está? ¿Te has librado de Gloria? ¿Te has librado de la vieja bruja?». ¿Era eso ella, una vieja bruja? Maggie Loudon ya pasaba un buen trecho de los cuarenta, ella misma no tardaría en ser también una vieja bruja.

El teléfono se había quedado sin batería (igual que su dueño). Al traje de Graham no le vendría mal pasar por la tintorería, pero ¿para qué molestarse? Si se moría, todos los trajes irían a parar a la tienda de Oxfam de Morningside Road, a excepción

del que llevaría para el funeral. Ese serviría, con un cepilladito y un planchado; no tenía sentido lavar algo que iba a acabar pudriéndose bajo tierra.

Enchufó el teléfono de Graham en el cargador de la cocina y le escribió con cuidado un mensaje de texto a Maggie Louden. «Estoy en thurso hablamos mañana g» —estaba bastante segura de que Graham no se molestaría en redactar o puntuar bien—, pero luego lo cambió a «Lo siento cariño estoy en thurso hablamos mañana g», y después volvió a redactarlo una tercera vez: «Lo siento cariño estoy en thurso no hay mucha cobertura aquí no te molestes en llamar hablamos mañana g».

De lo que más se acordaba era de que York olía a chocolate, mientras que su ciudad de origen olía a hollín. Por supuesto, ya no podían hacerse visitas a Rowntree, ahora pertenecía a algún conglomerado multinacional que no quería a nadie de puertas adentro, mirando lo que hacían. Ahora que su hermana había muerto, Gloria era la única persona que recordaba a su hermano. Era asombroso que pudiera borrarse tan rápido a una persona. La muerte triunfadora.

Sacó una bolsa de alpiste de debajo de la pila del lavadero y llenó un cuenco. Una vez fuera, diseminó las semillas por el jardín y por un instante se sintió bastante santa cuando todos los pájaros de Edimburgo invadieron su jardín.

Capítulo 23

Louise contempló de forma objetiva el cuerpo sobre la mesa. Consideraba que más valía dejar sus emociones en el umbral cuando se trataba de autopsias. Últimamente había un montón de programas en la televisión en que policías y forenses parloteaban sobre que un cadáver no era simplemente un cadáver, sino que era una persona. Los patólogos siempre estaban dirigiéndose a los fallecidos como si estuvieran vivos («¿Quién te ha hecho esto, cariño?»), como si la víctima fuera a sentarse de pronto y revelarles el nombre y la dirección de su asesino. Los muertos eran simples muertos, ya no eran personas, sino tan solo lo que quedaba cuando la persona se había ido para siempre. Los restos. Pensó en su propia madre y hurgó en busca de los Tic Tacs.

Los sospechosos habituales llenaban la morgue: un fotógrafo, técnicos, forenses, dos patólogos; toda un Arca de Noé de especialistas en autopsias. Jim Tucker estaba de pie un poco aparte; Louise sabía que no tenía mucho estómago para esas cosas. La miró y frunció el entrecejo, sorprendido de verla allí. Ella le hizo un gesto con el pulgar hacia abajo y lo vio vocalizar en silencio: «Oh, mierda».

Ackroyd, el patólogo, advirtió su presencia y dijo:

—Te has perdido casi todo lo mejor: estómago, pulmones, hígado.

Ackroyd era un poco gilipollas.

El segundo patólogo, que se mantenía un poco al margen, la saludó con una inclinación de cabeza y sonrió. No lo había visto nunca. Solo las autopsias más rutinarias se hacían con un solo patólogo; que hubiese dos se consideraba necesario «para la verificación». Un patólogo y otro de recambio.

—Neil Snedden —se presentó el tipo con otra sonrisa, como si estuvieran en un acto social.

¿Estaba ligando con ella? ¿Por encima de un cadáver? Genial.

—¿Estás aquí por ella? —añadió él indicando con la cabeza a la mujer en la mesa de autopsias.

—No, necesito hablar un momento con Jim... con el subcomisario Tucker.

A la muerta se la veía poco sana, menos sana que simplemente muerta. Ackroyd levantó el corazón en una mano. Una ayudante, una chica llamada Heather si no se equivocaba, revoloteaba cerca sosteniendo una bandeja metálica como un guante de béisbol, como si el patólogo estuviese a punto de arrojar el órgano en su dirección. Cuando Ackroyd, más que lanzarlo, lo depositó en la bandeja, Heather se llevó el corazón para pesarlo como si pretendiera hacer un pastel con él.

Tendió una mano para tocar con el dorso la de la chica. Carne cálida contra arcilla fría. Los vivos y los muertos. Tuvo un súbito recuerdo de su madre en la funeraria, con el rostro como fría cera fundida, la malvada bruja del Oeste. Jim Tucker enarcó una inquisitiva ceja y ella le indicó con un gesto que se hicieran a un lado.

La ropa de la mujer muerta estaba en un banco cercano, esperando a que la metieran en bolsas para llevarla al instituto forense en Howdenhall. El sujetador y las

bragas no hacían juego, pero ambos lucían etiquetas de Matalan. Por eso era que una debía ponerse ropa interior conjuntada, no por si tenía lugar un encuentro sexual, sino ante eventualidades como esa. La de encontrarse en el tajo de una pescadería, donde todo el mundo viera que comprabas la ropa interior desperejada en tiendas baratas.

—Una chica de la calle. La encontraron en una portería en Coburg Street. Sobredosis de drogas. Los de vicio la conocían —explicó Jim Tucker. Bajó la voz—: ¿Qué ha pasado?

—Crichton ha desestimado el caso basándose en un tecnicismo, la no comparecencia de un testigo.

—¿Estás de broma? Podía haber esperado, decirnos que encontrásemos a ese testigo.

—Apelaremos —repuso Louise—. Todo irá bien.

—Mierda.

—Sí, lo sé. —Algo le llamó la atención en el banco con la ropa: un montoncito de tarjetas de visita en un envase de cristal—. ¿Qué es eso?

—Las hemos encontrado en su bolsillo —explicó Jim Tucker—. Son las tarjetas de visita de la dama.

De color rosa claro y con letras negras. *Favores*. Un número de móvil. Justo como había dicho Jackson Brodie.

—Pensamos que igual se trata de una agencia de chicas de alterne —prosiguió Jim—. No hemos conseguido nada llamando a ese número de teléfono.

—¿Lleva tarjetas de una agencia de alterne pero pensáis que hacía la calle? —preguntó desconcertada.

—Era una drogadicta; supongo que en realidad no le importaba si estaba en una habitación de hotel o en una portería.

Louise no creyó un instante que eso fuera cierto. Si estaba vendiéndose, habría preferido hacerlo en una agradable habitación de hotel y sabiendo que alguien conocía su paradero.

—Yo también he estado buscando esa *Favores*, pero hasta el momento no hemos dado con nada.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó Jim Tucker.

—En realidad, no. Una chica desaparecida, pero no estoy convencida de que existiera para empezar.

—Ah, tu supuesto cadáver de ayer. He oído decir que hiciste acudir a todas las tropas para nada. ¿No ha aparecido?

—Todavía no.

—¿Qué es eso que he oído decir sobre un cuerpo en Merchiston? —exclamó Ackroyd.

—Ni idea —respondió ella—. Eso está en la zona sur de Edimburgo, no tiene nada que ver conmigo.

—Yo vivo en Merchiston —gruñó Ackroyd.

—Pues vaya barrio el tuyo, Tom —comentó Neil Snedden riendo.

Le guiñó un ojo a Louise. Ella se preguntó si podría acostarse con un hombre que se mostraba tan risueño ante la muerte. Supuso que dependería de lo atractivo que fuera. Snedden no era ni remotamente atractivo.

Ackroyd empuñó una pequeña sierra eléctrica y empezó a cortar la parte superior de la cabeza de la muchacha como si fuera un huevo duro.

—Fíjate bien —le dijo a Jim Tucker—, va a ser la única vez que veas de verdad qué tiene una mujer en la cabeza.

Ver a Jackson Brodie salir de la oficina del *sheriff* esa mañana le había provocado un respingo. Esa sensación tan reveladora de un aleteo en el corazón.

Se preguntó cómo habría sido Jackson Brodie a los catorce años. ¿Tenía entonces todas las virtudes (e inconvenientes) en su sitio? ¿Podría una haber mirado al niño y ver al hombre? ¿Podía ahora mirarse al hombre y ver al niño?

Las tarjetas rosas existían. Louise tenía la prueba de ello en el bolsillo, pues había cogido la de encima cuando todos estaban observando la festiva actuación de Ackroyd. Vale, aquello era alterar las pruebas, pero no era precisamente la única tarjeta que había. ¿Importaba acaso que hubiese una menos al final? ¿De veras?

Telefonó a Jeff Lennon, era el tipo de la comisaría que lo sabía todo. Era un subcomisario a pocas semanas de la jubilación, con cara de tortuga y memoria de elefante. Discapacitado por culpa de una rodilla, empleaba sus últimos días allí en poner al día con desgana el papeleo, y Louise sabía que agradecería una excusa para hacer otra cosa.

—¿Me haces un favor? —pidió.

—Si me lo pides bien.

—Te lo pido bien. ¿Puedes averiguar algo sobre un violento incidente que ocurrió ayer en la calle, en el centro histórico? El atacante se largó en su coche. ¿Puedes comprobar si alguien apuntó la matrícula?

Jackson decía que había «docenas de testigos más», pero cuando Jeff volvió a llamarla al cabo de unos minutos, fue para informarla de que nadie se había acordado de hacerlo, aunque «a alguien le pareció que el coche era azul».

—Bueno, pues tengo buenas noticias —declaró—. Azul es el color correcto, y además era un Honda Civic y puedo darte un número de matrícula. Tengo un testigo. —Lo había llamado «Jackson» a la cara. Le había parecido poco profesional, aunque no lo fuera—. ¿Jeff? ¿Me haces otro favorcito? Consígueme la dirección de un tal Terence Smith, que ha estado en el tribunal esta mañana.

Jim Tucker tenía a una chica muerta que llevaba consigo una tarjeta de Favores. Jackson Brodie tenía a una chica muerta que llevaba consigo una tarjeta de Favores.

La chica de Jim era sin duda alguna clase de prostituta; por tanto, había bastantes posibilidades de que la chica de Jackson también lo fuera. Cayó en la cuenta de que estaba pensando en Jim Tucker y Jackson Brodie como si fueran iguales. Escríbelo diez veces: «Jackson Brodie no es un detective de la policía». Era un testigo. Y un posible sospechoso también, incluso si esa acusación solo suponía desperdiciar el tiempo de la policía. Y era culpable oficial de asalto, incluso si afirmaba ser inocente. Vamos, dílo otra vez Louise: era un testigo, un sospechoso y un criminal convicto.

Capítulo 24

No había nada como una noche en prisión para abrirle a uno el apetito. Jackson estaba muriéndose de hambre, pero al revisar los armarios de la diminuta cocina solo consiguió encontrar salsa instantánea en gránulos y algunas bolsitas de té agujereadas que olían a hierbas y a insecticida. Eso era algo útil que podía hacer ese día, encontrar un supermercado o, a ser posible, una buena charcutería, abastecerse de cosas decentes y preparar algo que comer aquella noche, algo sano. Su repertorio culinario consistía en cinco platos que le salían bien, que ya eran cinco más de los que sabía preparar Julia.

Se imaginó qué aspecto tendría su mercado local en Francia aquella mañana, rebosante de tomates, albahaca, quesos, higos y gordos melocotones, tan maduros que parecían a punto de reventar. No era de extrañar que los norteños fueran unos pobres desgraciados, evolucionando durante miles de años a base de cosechas de cereales y gachas aguadas.

Julia no parecía haber comido nada el día anterior, había tomado «una copa» con Richard Moat a la hora de comer. De todos modos, después de haberlo visto, Jackson se sentía bastante a salvo de cualquier clase de rivalidad con él; era imposible que Julia se sintiera atraída por alguien con tan poco talento. El tipo estaba muerto para el mundo del espectáculo.

Apoyada en la tetera había una nota de Julia. Su letra enérgica anunciaba sencillamente: «Hasta luego, amor J.» La inicial iba acompañada por una sola equis que equivalía a un beso y sin signos de exclamación. Ella era una persona que utilizaba los signos de exclamación con generosidad: decía que hacían parecer todo más simpático. Jackson creía que hacían que todo pareciera alarmante, pero descubrió que los echaba de menos cuando no estaban. Estaba pasándose de analítico, no había mucho que interpretar en «Hasta luego, amor J.» ¿O sí lo había? La ausencia de signos de exclamación, la escasez de equis/besos, la inicial en lugar de un nombre, la caprichosa elección espacio-temporal en «Hasta luego» (¿luego dónde?).

Tenía una función de preestreno (pero ¿era cierto?), y luego recordó haberla oído decir que Tobias iba a darles sus «impresiones». Estaba seguro de que no tenía nada esa tarde. Podía prepararle macarrones al pesto, una buena ensalada, fresas; no, prefería frambuesas. Un poco de gorgonzola, a ella le gustaba; él no lo soportaba. Una botella de champán. ¿O sería el champán demasiado festivo? ¿Pondría en evidencia el hecho de que tenían muy poco que celebrar? ¿Cuándo había empezado a pensar tanto?

Se dio una ducha, se afeitó, se cambió de ropa. No se sintió del todo como un hombre nuevo, pero tenía mucho mejor aspecto que el criminal desarrapado que había comparecido ante el tribunal. Las botas aún estaban húmedas del día anterior, pero no podía hacer mucho al respecto, había pasado por cosas peores. No tenía señales en la cara, por lo que debía sentirse agradecido. Le habría gustado vendarse la

mano, más por motivos estéticos que por otra cosa; pero no era buena idea comprimir las magulladuras. Había hecho suficientes cursillos de primeros auxilios para saber un poco de reparar a la gente. Dobló la mano unas cuantas veces; le dolía un montón pero aún funcionaba. A esas alturas ya se habría dado cuenta si tuviera algún hueso roto.

Al menos los morados eran pruebas concluyentes de la pelea con el tipo del Honda. La chica del agua, por otro lado, no había dejado ningún rastro en su vida. Estaba empezando a dudar de su propia experiencia. Quizá era cierto que todo el incidente de Cramond era una alucinación. Quizá había querido que pasara algo, algo interesante, de modo que lo había inventado. ¿Quién sabía de qué cosas raras era capaz el cerebro? Pero no, había tocado su piel pálida, la había mirado a los ciegos ojos verde mar. Tenía que creer en las pruebas de sus sentidos. Era real y estaba muerta, y estaba ahí fuera, en alguna parte.

Después de llenarse el depósito de café y tomar un desayuno como Dios manda en el Toast de la esquina del apartamento, emprendió el camino a pie hacia la ciudad atravesando el parque de Meadows.

Había mucha gente en el Meadows, y nadie haciendo nada que pudiera considerarse útil. ¿No tenía ninguna de esas personas un empleo al que acudir? Había percusionistas japoneses, un grupo de gente (escoceses por su palidez), la mayoría de mediana edad, haciendo taichi; Jackson no entendía el taichi, tenía buena pinta cuando veías en televisión a gente practicándolo en China, pero en Escocia parecía, admitámoslo, una soberana idiotez. Había algunas personas vestidas como extras de *Braveheart*, tendidas en el césped de una forma que habría hecho estremecerse a William Wallace. Recreaciones históricas, lo llamaban. Julia lo había hecho durante un par de semanas el verano anterior, interpretando a Nell Gwynn para algún Departamento de Patrimonio («por una miseria y naranjas»). Julia «se alquilaba por horas» (en sus propias palabras) para toda clase de trabajos, desde camarera en banquetes a locutora de bingo. Todos los trabajos significaban actuar, alegaba; tanto si eras una prostituta como una dependienta estabas interpretando un papel.

—Y ¿qué pasa cuando estás siendo Julia? —quiso saber él.

—Oh —respondió—, ese es el mejor espectáculo del mundo, cielo.

Se tomó otra taza de café mientras caminaba, obtenida en un quiosco que había sido antes una garita policial, una Tardis como la de Doctor Who. «El mundo es muy extraño —se dijo—. Sí, señor».

Edimburgo parecía una ciudad en la que nadie trabajaba, donde todo el mundo pasaba el tiempo jugando. Y había muchos jóvenes, ninguno de más de veinticinco años, con un aspecto de despreocupación absoluta que lo ponía de los nervios. Tenía ganas de decirles que no importaba cuán privilegiados se sintieran ahora, que la vida iba a decepcionarlos a diario. Eso iba a borrar las sonrisas de sus caras. De pronto lo

alarmó esa amargura, la negra bilis de la envidia, si no se equivocaba. No era suya, pertenecía a su padre. Difícilmente podía considerarla suya si su propia vida no consistía en nada más complicado que hacer largos en su piscina turquesa.

Un joven con uno de esos ridículos gorros de bufón se interponía en su camino. Estaba haciendo malabarismos con tres naranjas, como si lo hubiera hecho aparecer al pensar en Nell Gwynn. Julia estuvo perfecta en el papel de Nell Gwynn, desde luego, con su silueta pechugona y sus curvas, con su coqueteo compulsivo. Le había enviado una foto suya con el traje: los pechos comprimidos por el corsé, redondos como naranjas, aunque bastante más grandes, se le ofrecían a la cámara de una forma extraordinariamente provocativa. Jackson se preguntó quién habría tomado la fotografía.

—¿Qué haces cuando eres Nell Gwynn? —le había preguntado.

—«Naranjas, ¿quién comprará mis preciosas naranjas?» —había respondido ella con acento un poco paleta, de Devon o Somerset.

Nell Gwynn no era en realidad una vendedora de naranjas, explicó Julia, «era de hecho una auténtica actriz». «Igual que tú», comentó Jackson. Tal vez había sonado más sarcástico de lo que pretendía. O quizá había sonado exactamente tan sarcástico como había pretendido. Julia habría sido la amante perfecta de un rey, una amante perfecta para cualquier hombre. Y una esposa horrible. Lo sabía en el fondo de su corazón, por eso era mucho peor.

Contuvo el deseo de apartar al malabarista de su camino de un empujón, lo miró con el entrecejo fruncido y dijo con tono mordaz, sarcástico:

—Disculpe.

No le habría supuesto ningún problema rodear simplemente al chico como el resto de la gente, pero era una cuestión de principios. Los caminos estaban para que la gente anduviera por ellos, no para que idiotas con sombreros hicieran malabarismos.

El malabarista no dijo nada y se apartó despacio, con los ojos siempre fijos en las naranjas. Jackson chocó contra él al pasar, dándole en el codo, y las naranjas salieron rodando en tres direcciones distintas por la hierba.

—Lo siento —dijo, incapaz de evitar una expresión de placer en la cara.

—Gilipollas —murmuró el chico a sus espaldas.

Jackson se volvió en redondo y retrocedió para plantarse en el camino.

—¿Qué has dicho? —preguntó acercando la cara a la del chico con gesto amenazador.

La adrenalina perseguía a la bilis en su flujo sanguíneo, acompañada de una vocecita en su cabeza que decía «¡Machácalo!». En su mente surgió de pronto una incómoda imagen de la noche anterior, de las feas y burlonas facciones de Terence Smith.

El chico dio un paso atrás, alarmado, y respondió con voz quejumbrosa:

—Nada, tío, no he dicho nada.

Parecía intimidado y resentido, y Jackson advirtió que no tendría más de dieciséis o diecisiete años, casi un niño (aunque él se había alistado en el Ejército a esa edad, un niño soldado que se creía un hombre de verdad). Se acordó de Terence Smith el día anterior, saliendo del coche y blandiendo con ira el bate de béisbol. Así era que se sentía uno en pleno ataque de violencia al volante. En su caso, violencia en el camino. Soltó una risotada, una carcajada estridente, súbita e inesperada que hizo estremecerse al chico. Avergonzado, Jackson fue en busca de las naranjas, las recogió y se las devolvió. El chico las cogió con cautela, como si pudieran ser granadas.

—Perdona —dijo Jackson, y se alejó rápidamente para evitarle al chico más humillación.

«Serás capullo —se dijo—. Eres un capullo de mierda». Se estaba convirtiendo en su enemigo, en la peor versión de sí mismo.

Capítulo 25

Martin llenó el depósito de gasolina en una estación de servicio en Leith Walk. Había sentido alivio al encontrar el coche esperándolo todavía en el aparcamiento del centro Saint James, como un paciente poni en el establo; se notaba nervioso y acelerado, como si su cerebro diera terribles volteretas metafóricas. Le llevó media hora encontrar el coche, pues las instrucciones de Richard Moat no fueron exactamente de gran ayuda: «Tu coche está aparcado frente a Macbet en Leith Walk. Saludos, R.» Lo había garabateado en el sobre en que le dejó la entrada el día anterior. Cuando encontró el coche, estaba empapelado con multas de aparcamiento.

En el surtidor de gasolina de al lado, un niño pequeño en el asiento de atrás de un Toyota le hacía muecas horribles y estúpidas que lo hicieron pensar que podía sufrir alguna clase de minusvalía. La madre estaba en la tienda, pagando la gasolina, y se preguntó si él se atrevería a dejar a un niño solo en el coche. Si el vehículo estaba cerrado podía incendiarse (con toda esa gasolina) y el niño morir quemado. Si no estaba cerrado, alguien podía raptarlo, o el niño podía salir del coche y correr hacia la carretera para acabar aplastado bajo las ruedas de un camión. Una de las compensaciones de no tener hijos era no ser responsable de tomar decisiones de vida o muerte por ellos.

Si eras una mujer y no encontrabas pareja siempre podías acudir a un banco de semen, pero ¿qué podía hacer un hombre? Aparte de comprarse una esposa, suponía que podía pagarle a una mujer para que tuviera al bebé, pero seguía tratándose de una transacción comercial y ¿cómo ibas a explicárselo a un niño cuando te preguntara quién era su madre? Suponía que podías mentirle, pero siempre acababan pillándote cuando decías una mentira, aunque te la dijeras solo a ti mismo.

Quizá sí debería haberse metido a monje, al menos entonces habría tenido una vida social. El hermano Martin. Quizá se habría encargado de la enfermería y pasearía por los jardines cercados por una tapia ocupándose de las plantas medicinales, oyendo repicar una campana en alguna parte y el suave zumbido de las abejas, con el aroma a lavanda y romero flotando en el aire. De la capilla le llegarían los sonidos amortiguados del canto llano o gregoriano; ¿eran lo mismo? Y, si no lo eran, ¿qué diferencia había entre ellos? Comidas muy simples en el refectorio, a base de pan y sopa, manzanas y ciruelas dulces de los propios huertos de frutales del monasterio. Los viernes, una gruesa carpa del estanque. Atravesaría corriendo los fríos claustros en invierno, con el aliento como nubecillas blancas en el gélido aire de la sala capitular. Por supuesto, estaba pensando en una vida monástica anterior a la Reforma, ¿no? En otra época, otro lugar, un híbrido de las novelas de Cadfael y «La víspera de Santa Agnes», más que en una realidad histórica. Y, de todos modos, no existía esa supuesta «realidad histórica»; la realidad era ese nanosegundo, ese ahora preciso, ni siquiera un aliento sino un átomo de aliento, la cosa más pequeña posible. El antes y el después no existían. Todo el mundo se aferraba con uñas y dientes al

hilo del que colgaba.

Su esposa imaginaria y sin nombre, una mujer por la que no había tenido que pagar un precio (aunque valía más que los rubíes), vivía con él en una casita en un pueblo perfecto desde el que podías llegar a Londres en una hora si así lo querías. La casita en que vivían era coquetona y tenía vigas y un precioso jardín, y se parecía mucho a la de la señora Miniver. Martin había visto hacía poco la secuela de *La señora Miniver*, *La historia de los Miniver*, en la programación matutina del canal TCM, y aún estaba indignado por que se hubieran cargado a la pobre Greer Garson sin motivo alguno, como si ya no tuviese razón de existir en el mundo de después de la guerra. Y no la tenía, por supuesto, pero no era esa la cuestión. Y ni siquiera había luchado contra su enfermedad no identificada (obviamente, cáncer); su única preocupación había sido que su muerte no provocara molestias a nadie. Nada de mareos, vómitos, sangre y pus, nada de sesos desparramados por la sala de estar, ni indignación ante el hecho de que la luz se fuera apagando; tan solo se había despedido de su marido con un beso, para luego subir por las escaleras y cerrar la puerta de su dormitorio. La muerte no era así. La muerte llegaba cuando uno menos lo esperaba. En una pelea en la calle, cuando una muchacha rusa medio loca abría la boca para gritar. Por la cosa más simple.

Su noble esposa de posguerra sabía, como Miniver, cómo arreglárselas con lo que tenía, cómo tranquilizar al preocupado y animar al abatido; había conocido la tragedia, pero era estoica a la hora de enfrentarse a ella. Olía a lirio de los valles.

Solía ser a principios de la primavera, con un cielo pálido y austero, un viento cortante y nuevos brotes de narciso abriéndose paso como lanzas desde sus terrestres silos. También era casi siempre domingo por la mañana, por alguna razón (probablemente tenía que ver con que pasara los fines de semana en el internado). Una pierna de cordero (en el transcurso de su fantasía no se hacía daño a ningún animal) siseaba en la antigua cocina Aga color crema. Martin había picado ya la menta que crecía en su propio jardín. Estaban sentados en la sala de estar, en butacas tapizadas con una tela de William Morris, y tomaban una copita de jerez mientras escuchaban una grabación de las *Variaciones Goldberg*. Esa mujer sin nombre compartía armoniosamente sus gustos en música, poesía, teatro. Después de comerse el cordero (con salsa, guisantes y patatas asadas), tomaban una tarta casera de crema, de un tembloroso amarillo pálido y salpicada de nuez moscada. Luego lavaban juntos los platos en el anticuado fregadero de porcelana. Ella los lavaba y él los secaba, y Peter/David volvía a guardar las cosas en su sitio («Las cucharas de servir van en este cajón, cariño»). Y entonces sacudían el mantel para quitarle las migas y se iban a dar un paseo, en el que conocían por su nombre a los pájaros y las tempranas flores de primavera, utilizaban los pasos entre cercados y chapoteaban en los charcos. Y reían. Deberían tener un perro, un simpático terrier lleno de energía. El mejor amigo de un niño. Cuando llegaban a casa, arrebolados y en forma, tomaban té y comían algo casero y delicioso salido de la lata de las pastas.

Por la noche, preparaban sándwiches con el cordero que quedaba y hacían juntos un rompecabezas o escuchaban la radio, y cuando Peter/David ya estaba en la cama, leían cada uno su libro o interpretaban juntos un dúo, ella al piano y él al oboe. Para su eterno pesar, nunca había aprendido a tocar un instrumento, pero en su imaginación lo hacía correctamente y en ocasiones con gran inspiración. Ella tejía mucho: suéteres estilo Fair Isle para Peter/David y cárdigan un poco femeninos para Martin. En invierno, se sentaban ante un buen fuego de carbón, y a veces Martin tostaba panecillos de levadura o tortitas con ayuda de un tenedor de latón largo. En ocasiones le gustaba leerle poesía a su mujer, nada demasiado moderno.

Entonces, por supuesto, llegaba su propia hora de acostarse. Martin daba cuerda al reloj, comprobaba las cerraduras, esperaba mientras ella hacía lo que fuera que hiciese en el cuarto de baño, frío y ligeramente húmedo. Algún día, de forma inevitable, su casita se modernizaría, con artefactos para el baño y la cocina, fogones eléctricos y calefacción central, pero ahora reinaba en ella cierta sensación de privación necesaria para el tiempo y el lugar que ocupaba en la historia social británica. Entonces él también subiría por las escaleras (unas estrechas, de pino y con una alfombrilla sujeta con varillas de latón) y entraría en el dormitorio conyugal bajo el tejado inclinado a dos aguas, donde ella estaría esperándolo, con un camisón floreado, sentada en la cama de caoba del siglo anterior, leyendo su libro en un círculo de luz hogareña procedente de la lámpara con pantalla de pergamino sobre la cama. «Marty, ven a la cama».

No, eso estaba mal, ella nunca lo llamaba Marty. Eso estaba mal. Pero que muy mal. Martin, ella lo llamaba Martin, el nombre corriente de un hombre corriente del que nadie se acordaba.

La madre del niño del Toyota salió a toda prisa de la tienda, cargada de patatas, coca-cola y chokolatinas. Miró furibunda a Martin (sin motivo alguno en su opinión) y le pasó el resultado de su incursión al niño en el asiento de atrás antes de alejarse en una bruma de humo del tubo de escape. El niño se volvió para mirar a Martin y levantó un dedo contra el cristal de la ventanilla en un gesto inconfundible.

Fue solo cuando entró en la tienda para pagar que se acordó de que no tenía la cartera.

Cuando aparcó en la calle delante de su casa, descubrió que habían acordonado su sendero de entrada con cinta amarilla policial y que un agente uniformado montaba guardia. Se preguntó si habría habido un incendio o un robo en su casa, se preguntó si habría cometido un crimen sin advertirlo, quizá durante esas horas de inconsciencia en Los Cuatro Clanes. O ¿habrían venido finalmente a por él? ¿Le habrían seguido el rastro a través de la Interpol y venían ahora a arrestarlo y extraditarlo a Rusia?

—Agente —dijo—, ¿ha ocurrido algo aquí? (¿Era eso lo que decía la gente, «agente»)? ¿O eso se decía solo en la televisión estadounidense? Todavía se sentía

terriblemente aturdido).

—Ha habido un incidente, señor —repuso el policía—. Me temo que no puede acercarse a la casa.

Martin se acordó de pronto de que era miércoles.

—Es miércoles.

No había pretendido decirlo en voz alta; debió de haber parecido un imbécil.

—Sí, señor —respondió el agente—. En efecto.

—Las asistentas vienen los miércoles —explicó—. De Favores... es una agencia. ¿Ha sufrido acaso un accidente una de ellas?

Solo se había encontrado brevemente con un par de las mujeres ataviadas de rosa que limpiaban su casa. No le gustaba la idea de estar allí mientras fregaban y sacaban brillo, unas criadas que hacían por él el trabajo sucio, y siempre trataba de escapar de la casa antes de que lo vieran.

¿Se habría electrocutado una de las «criadas» porque tenía una instalación eléctrica defectuosa, habría resbalado en un suelo demasiado brillante, o se habría roto el cuello al tropezar con una alfombrilla de escalera mal puesta?

—¿Ha muerto una de las asistentas?

El agente murmuró algo por la radio que llevaba en el hombro y le dijo a Martin:

—¿Puede decirme su nombre, señor?

—Martin, Martin Canning —respondió—. Vivo aquí —añadió, pensando que quizá debería haber mencionado eso antes.

—¿Lleva alguna clase de identificación encima, señor?

—No —contestó—. Anoche me robaron la cartera.

No le sonó convincente ni a él mismo.

—¿Ha denunciado el robo, señor?

—Todavía no.

En la estación de servicio en Leith Walk había vaciado los bolsillos y encontrado cuatro libras y setenta y un peniques. Se ofreció a firmar un pagaré por el resto, una propuesta que fue recibida con hilaridad. A Martin, que creía que había que considerar honesto a todo el mundo hasta que se probara lo contrario (una forma de actuar que con frecuencia lo dejaba desplumado), lo dejó sorprendentemente apenado que nadie le concediera la misma gentileza. Al final, lo único que se le ocurrió fue telefonar a su agente, Melanie, y pedirle que pagara con su tarjeta de crédito.

El policía de guardia en el exterior de su casa le dirigió una mirada larga y desapasionada y musitó algo en la radio.

Una mujer mayor pasó andando muy despacio con un labrador que parecía tan viejo como ella. Martin reconoció al perro, más que a la mujer, como uno de sus vecinos. Perro y mujer se entretuvieron cerca de la verja de entrada. Se percató entonces de que había varias personas en la acera de enfrente —vecinos, supuso, transeúntes y un par de obreros en el descanso del almuerzo— que andaban merodeando de forma similar. Recordó por un instante a los espectadores del día

anterior, en el sangriento número callejero con Paul Bradley.

La anciana del labrador lo tocó en el brazo como si fueran viejos conocidos.

—Es terrible, ¿verdad? Quién lo iba a pensar, con lo tranquilo que es todo esto.

Martin acarició la pelada cabeza del perro detrás de las orejas. El animal permaneció plantado sobre las cuatro patas, inmóvil, con solo un leve temblor de la cola indicando que le gustaba. El perro le recordó a esos perros con ruedas con que jugaban los niños. Él y su hermano Christopher tenían uno de pequeños, una especie de terrier genérico. Su padre tropezó un día con él y se puso tan furioso que lo cogió por el asa y lo arrojó, con todas sus fuerzas, por la ventana de la sala de estar. Una conducta así se consideraba aceptable en su casa. No en su casa, sino en el «frente del hogar», que era cómo su padre lo llamaba. Eso había supuesto un ensayo general para cuando arrojó al perro real, un chucho callejero, por la ventana de la sala de estar de la residencia para familias de Alemania. El perro de juguete sobrevivió; el de verdad, no. Martin recordó haber arrojado el portátil el día anterior. ¿Había disfrutado una parte de él de ese agresivo instante? ¿Había en él algo de su padre? Que Dios no lo quisiera.

—Y pensar que nadie oyó nada —comentó la anciana del labrador.

—¿Qué había que oír? ¿Qué ha pasado? —inquirió él mirando de reojo al policía, sin saber si le estaba permitido preguntarlo, si había algún secreto al que se le impedía tener acceso.

Quizá habían descubierto que Richard era un terrorista, algo poco probable dado el poco interés que tenía en nada que no fuera Richard Moat. ¡Richard! ¿Le habría pasado algo a Richard?

—Richard Moat —le dijo al policía—, el cómico, se alojaba en mi casa... ¿le ha pasado algo?

El agente lo miró con el entrecejo fruncido y volvió a hablar por la radio, con mayor urgencia esta vez; luego se dirigió a la anciana del perro.

—Me temo que tendré que pedirle que se vaya, señora.

En lugar de irse, la anciana se acercó más a Martin y le dijo en cómplices susurros:

—Alex Blake, el escritor de novelas policíacas... Lo han asesinado.

—Yo soy Alex Blake —repuso.

—Pensaba que era usted Martin Canning —intervino el policía.

—Sí, lo soy —contestó, pero captó la falta de convicción en su voz.

Un hombre muy serio se presentó como «el comisario Robert Campbell» y recorrió con él la casa como si fuera un agente inmobiliario tratando de vender una propiedad especialmente problemática. Alguien le dio a Martin lo que parecían gorros de ducha para ponerse en los pies («Todavía es la escena de un crimen, señor»), y el comisario Campbell murmuró con suavidad, como si estuviera a punto de citar a Yeats:

—Tenga cuidado por dónde pisa, señor.

En el caos de la sala de estar, vislumbró a un par de técnicos de homicidios todavía manos a la obra, tipos aplicados y corrientes, no atractivos y llenos de *glamour* como los personajes de CSI. En las novelas de Martin no había técnicos de ninguna clase; los crímenes se resolvían mediante intuición, coincidencias y presentimientos repentinos. Nina Riley recurría de forma ocasional a pedirle consejo a un viejo amigo de su tío, un supuesto «criminólogo retirado». «Oh, mi querido y viejo Samuel, ¿qué haría una pobre chica como yo si no pudiese recurrir a una mente brillante como la tuya?». Martin no tenía una idea real de qué significaba «criminólogo», pero tapaba un montón de huecos en la educación de Nina Riley.

El criminólogo vivía, de hecho, en Edimburgo, y Nina acababa de hacerle una visita en su casa cerca del Jardín Botánico. Nina estaba en ese momento en la página ciento cincuenta, en el camino de vuelta de la isla Negra, colgada del puente de Forth mientras el tren de Edimburgo a Dundee «retumbaba como un dragón» encima de ella. ¿Retumbaban acaso los dragones? «Bueno, Bertie, en vaya apuro estamos metidos, ¿verdad? Gracias a Dios que no era el expreso de King's Cross a Inverness, ¡es cuanto puedo decir!». De la sala de estar, le llegó cierto olor a despojos. ¿Estaba Richard todavía ahí dentro? Se estremeció y advirtió que le temblaba la mano izquierda. No, el comisario Campbell le había asegurado que no; el cuerpo ya se había trasladado a la morgue de la policía. La casa se había contaminado con el Richard Moat vivo, y ahora la estaba contaminando el Richard muerto. Se recordó que no existía la realidad, solo el nanosegundo, el átomo de un aliento. Un aliento con el aroma de una carnicería. Se alegró de no haber desayunado ni almorzado.

—¿Cómo murió?

¿De veras quería saberlo?

—Aún estamos esperando los resultados de la autopsia, señor Canning.

Martin esperaba el momento propicio para decir «Acabo de pasar la noche drogado en un hotel con un hombre que tenía una pistola», pero Campbell no paraba de preguntarle si echaba algo en falta en la casa. Lo único que se le ocurrió fue el reloj, pero había desaparecido dos días antes.

—Un Rolex —dijo, y el detective enarcó una ceja.

—¿Un Yacht-Master color perla de dieciocho quilates? ¿Como el que llevaba el señor Moat?

—¿Lo llevaba? ¿Cree usted que mataron a Richard durante un robo que salió mal? ¿Irrumpió alguien en la casa pensando que estaba vacía («porque yo estaba pasando la noche drogado en un hotel con un hombre que tenía una pistola») y Richard bajó y lo sorprendió? —Se oyó hablar como un presentador del programa *Crimewatch*. Trató de parar, pero al parecer no podía—. ¿Se convirtió en una molestia para un intruso?

—Tiene todas las características de un crimen circunstancial —repuso con cautela Campbell—, un ladrón sorprendido in fraganti, como dice usted, pero no descartamos

ninguna posibilidad. Y no entró por la fuerza; o bien el señor Moat le abrió la puerta al asesino o lo trajo a casa consigo. Estimamos que la hora de la muerte fue en algún momento entre las cuatro y las siete de esta mañana.

Una agente de policía con uniforme los adelantó en las escaleras. Había extraños por todas partes en su propia casa. Él mismo se sentía un extraño. La agente llevaba una gran caja de plástico que le recordó a una panera. La sostenía con cuidado, apartándola de sí como si contuviera algo peligroso o delicado.

—Cruzarse en las escaleras —le dijo alegremente al comisario— da mala suerte. Y todos esos espejos rotos de abajo también —añadió negando con la cabeza y riendo.

Campbell frunció el entrecejo ante su frivolidad.

—No hemos encontrado el arma homicida —le dijo a Martin—. Necesitamos saber si falta algo en la casa que pudiera haberse utilizado para matar al señor Moat.

Parecía absurdo utilizar palabras como «arma» y «homicida» en esa preciosa casa de Merchiston. Eran palabras que pertenecían al léxico de Nina Riley. «Ya ves, Bertie, el arma homicida que mató al terrateniente era en realidad un carámbano de hielo arrancado del umbral. El asesino lo arrojó simplemente a la estufa de la cocina una vez utilizado; por eso la policía no ha podido encontrarlo». Sospechaba que le había robado ese recurso narrativo a Agatha Christie. Pero ¿no decían que no había nada nuevo bajo el sol?

—No podemos descartar que pudo haber sido personal, Martin.

Se preguntó en qué punto habría pasado de «señor» a «Martin».

—¿Quiere decir que alguien entró aquí con la intención de matar a Richard? —preguntó.

Entendía que así fuera; Richard podía provocarle a uno pensamientos asesinos.

—Bueno, eso por supuesto —respondió Campbell—, pero estaba pensando en usted. ¿Tiene enemigos, Martin? ¿Hay alguien que pudiera desear matarlo a usted?

Un miasma de fatalismo a lo Usher pareció levantarse de pronto y envolver la casa cual húmeda mortaja. La muerte había rondado por sus habitaciones. Tenía un dolor de cabeza espantoso. La muerte lo había encontrado. Quizá no se lo había llevado, pero sí lo había encontrado. Y venía a darle su merecido.

Robert Campbell escoltó a Martin hasta la «habitación de su amigo». Tuvo deseos de decir «no es amigo mío», pero le pareció cruel y desalmado considerando lo que había pasado.

No había estado en la habitación desde que se la enseñó a Richard por primera vez, diciéndole: «Si quieres algo, solo tienes que pedirlo». Había sido entonces «la habitación de invitados» con un bonito *toile de jouty* azul y blanco en las paredes, una moqueta color crema en el suelo y una pulcra pirámide de toallas blancas en la cama francesa con forma de trineo, coronada por jabones de lirio de los valles de Crabtree

& Evelyn. («¿Eres siempre tan anal, Martin?», había preguntado Richard al entrar en la habitación. «Sí», contestó él).

Ahora, la habitación de invitados parecía un albergue para vagabundos. Apestaba, como si Richard hubiese estado consumiendo allí comida para llevar; en efecto, bajo la cama había una caja de *pizza* que aún contenía un triángulo de *pizza* de salchichón abandonado y frío y un envase de aluminio de algo posiblemente chino, junto con platos y platillos llenos de colillas. El suelo estaba alfombrado de bolas de calcetines y calzoncillos sucios, pañuelos de papel usados (solo Dios sabía qué habría en ellos), toda clase de pedazos de papel con cosas garabateadas en ellos, un par de revistas porno.

—No era muy ordenado —comentó.

—¿Le parece que falta algo de esta habitación, Martin?

—Lo siento, no sé decirlo.

Faltaba Richard Moat, pero le pareció que sería declarar algo obvio.

Un agente de policía hurgaba en una bolsa de plástico llena de correspondencia.

—¿Señor? —Le tendió a Robert Campbell una carta sujeta con cautela por una esquina con la mano enguantada.

Robert Campbell la leyó con el entrecejo fruncido y le preguntó a Martin:

—¿Le guardaba alguien rencor a Richard Moat?

—Bueno, recibía mucho correo de sus fans.

—¿Correo de sus fans? ¿Qué clase de correo?

—«Richard Moat, eres un cabrón gilipollas». Esa clase de cosas.

—¿Y lo era? —quiso saber Robert Campbell.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle dónde ha pasado la noche, Martin? —inquirió Campbell.

Sus anchas y amistosas facciones no revelaron la menor indicación de que lo hiciera responsable en sentido alguno de lo que había pasado en su casa, a su «amigo». Exhaló un suspiro muy profundo, como el que exhalaría un caballo triste, mientras esperaba la respuesta.

Martin sintió un dolor ardiente, como el de una indigestión, bajo las costillas. Supo que era culpa, aunque fuese inocente. De eso al menos. Pero ¿importaba acaso? La culpa era la culpa. Había que asignársela a algo. Había que pagar por ella de algún modo. Si había una justicia cósmica, y se sentía inclinado a pensar que la había, entonces al final del día los platillos tenían que estar equilibrados. Ojo por ojo.

—¿Anoche? —insistió Campbell.

—Bueno —empezó—, había un hombre con un bate de béisbol.

Le pareció el principio de una historia que podía llegar a cualquier parte: «y era un campeón de la liga nacional». O una triste: «y cuando descubrió que se estaba muriendo, le legó el bate a su nieto favorito». La forma que había asumido el relato

real le pareció increíble en comparación con esas alternativas de ficción. Al final, Martin no mencionó la pistola; advirtió que podía considerarse un detalle demasiado importante.

Capítulo 26

Bill, el jardinero, apareció como un fantasma al otro lado de la puerta acristalada y le dio un susto a Gloria. Fuera había empezado a chispear, pero Bill nunca parecía advertir qué tiempo hacía. Siempre que Gloria hacía algún comentario sobre él, como «¿No hace una mañana preciosa?» o «¡Dios mío, qué frío hace hoy!», etcétera, Bill miraba alrededor con expresión de perplejidad, como si estuviera intentando ver algo invisible. Era una característica extraña en un jardinero, sin duda el tiempo debería formar parte de su naturaleza, ¿no? Le ofreció un café, como de costumbre, aunque en cinco años no lo había aceptado nunca. Bill siempre traía consigo una cartera de lona caqui en la que llevaba un termo anticuado y varios paquetes de comida envuelta en papel parafinado, bocadillos, suponía ella, y tarta, tal vez un huevo duro, todo ello preparado por su mujer.

Gloria solía prepararle comida para llevar a Graham. Fue mucho tiempo atrás, cuando el mundo era mucho más joven y se enorgullecía de hornear sus propios pasteles y hacer rollitos de salchicha, y llenaba pequeños tupper de lechuga, tomate y bastoncitos de zanahoria, todo ello para que Graham lo consumiera sin prestarle mucha atención en alguna área de descanso. O quizá simplemente tiraba los contenidos de los pequeños tupper a la papelera más cercana y se iba a un *pub* a comer langostinos con patatas con una mujer de pecho generoso. A veces, Gloria se preguntaba dónde estaba ella cuando tuvo lugar el feminismo; en la cocina preparando interesantes comidas para llevar, suponía. Desde luego, hacía décadas que Graham no tomaba comida para llevar; ahora ya no comía en absoluto: en lugar de ello, unos tubos añadían y sustraían sustancias misteriosas en su cuerpo, como un astronauta.

Se preguntó por qué no estaría Bill desenvolviendo sus paquetitos de comida en la intimidad del cobertizo. El hombre carraspeó de forma afectada. Era muy menudo, como un *jockey*, y la hacía sentirse una elefanta.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —inquirió.

Lo llamaba siempre «Bill», mientras que ella era siempre «la señora Hatter», y hacía mucho que había renunciado a decirle «Llámeme Gloria». Antes trabajaba para alguna clase de aristócrata en la zona fronteriza con Inglaterra y se sentía más cómodo con una relación ama/criado. Gloria casi esperaba que le hiciera reverencias.

Se distrajo al verse una mancha de chocolate en la blusa blanca. Supuso que era de las galletas integrales de chocolate que había tomado para desayunar. Imaginó la pequeña fábrica de células que era su cuerpo absorbiendo el chocolate, la grasa y la harina (y probablemente aditivos cancerígenos) y enviándolos por cintas transportadoras a distintos cuartos de procesado. Esa industria, dedicada al bien común que era Gloria, funcionaba a base de cadenas cooperativas y de participación en beneficios. En esa fábrica modelo Gloria, las células formaban una plantilla alegre y feliz que cantaba al son del programa de radio *Workers' Playtime* que sonaba por

megafonía. Estaban sindicadas y se beneficiaban de la vivienda y la asistencia sanitaria subvencionadas y nunca se enredaban en la maquinaria de la fábrica ni morían destrozadas como su hermano Jonathan.

Resultó que el cerebro de la mujer de Bill «se estaba convirtiendo en una esponja», según él, y por lo tanto iba a tener que dejar de acudir los miércoles («si no le importa, señora Hatter») y ocuparse de su mujer con cerebro de esponja en lugar del jardín de Gloria. Ella pensó en mencionarle el estado de Graham —un cónyuge averiado era lo primero que tenían en común— pero ya habían tenido la conversación más larga hasta la fecha y decidió que era probable que Bill no soportara más.

El teléfono sonó por centésima vez. Bill no cuestionó el hecho de que ella se quedara esperando pacientemente a que parara. Se preguntó cómo habría sido estar casada con un hombre tan pasivo. Exasperante, lo más probable. Una podía decir lo que fuera sobre Graham, pero le había dado una vida movidita.

Después de darle la noticia, Bill desapareció en el interior del cobertizo y, supuestamente, comió como de costumbre, porque treinta minutos más tarde apareció quitándose migas del bigote y empezó a remover el césped con un artefacto que parecía un instrumento de tortura. Gloria se preparó un sándwich de queso y *chutney* (de *chutney* de grosella, según su propia receta, las grosellas recogidas unas semanas atrás en una granja de Stenton) y se lo comió de pie ante la encimera de la cocina; luego fue al vestíbulo y escuchó los mensajes del contestador automático. Había tantos ya que los más nuevos habían borrado los más antiguos. Pensó que era así que funcionaba su propia memoria, solo que al revés.

Todo el mundo necesitaba a Graham por una razón u otra. Su ausencia estaba causando una creciente oleada de pánico en las oficinas de Viviendas Hatter, ya bajo el asedio psicológico de la Unidad de Fraudes. «No habrás hecho como Robert Maxwell, ¿verdad?», decía la tensa voz de su número dos, Gareth Lawson.

Una agitada Pam: «Oh, Gloria, quería que me dieras tu receta de tarta de queso turca, sé que la tengo escrita en algún sitio pero no consigo dar con ella». Era una receta muy buena: una tarrina de Philadelphia, una lata de crema esterilizada Fussell y media docena de huevos batidos; se vertía todo en un molde recubierto de caramelo y se cocía ligeramente al baño maría. Era la clase de receta que una persona apreciaba y conservaba una vez se la habían dado. La descuidada Pam no iba a conseguir que Gloria se la diera por segunda vez.

Un breve y seco «Graham, ¿sigues en la puta Thurso?» de Murdo Miller; innumerables «¿Mamá? ¿Mamá, dónde estás?» de Emily. Una voz áspera de la costa oeste que Gloria reconoció como la del contable, diciendo: «¿Qué está pasando, Graham? No respondes al móvil, no apareciste en la reunión de ayer». El tono estentóreo de Alistair Crichton bramaba: «¿Dónde coño estás, Graham? Parece que hayas desaparecido de la puta faz de la tierra». Se dijo que no le gustaría ser un delincuente que compareciera ante su tribunal. Un juez al que, si lo juzgaran, encontrarían muy deficiente. «La justicia no tiene nada que ver con la ley», le había

comentado con ligereza una vez, ante una bandeja de canapés en una fiesta u otra. «Graham, ¿por qué no contestas al móvil? Tenemos que hablar, ¿comprendes? Espero que no me estés dejando en la estacada».

El teléfono sonó antes de que acabara ese mensaje y el contestador desechó sumariamente al *sheriff* Crichton y empezó a grabar el tono inquieto de Christine Tennant, la sufrida secretaria de Graham desde hacía diez años. («Asistente personal, en realidad, Gloria» corregía siempre, disculpándose, pero ella sabía que si pasabas cosas a máquina, tomabas notas y contestabas al teléfono eras una secretaria. Había que llamar a las cosas por su nombre). Su tono lastimero de siempre rayaba en el histerismo: «Gloria, todo el mundo está buscando a Graham, lo necesitamos aquí, de verdad. ¿Sabes cómo puedo contactar con él en Thurso?».

A lo largo de los años, Gloria se había preguntado de vez en cuando si Graham se había acostado alguna vez con Christine Tennant. Llevaba diez años con él, después de todo, y sin embargo parecía seguir extrañamente prendada de él. Sin duda solo una mujer víctima de una pasión no correspondida podía seguir teniéndole tanto cariño a Graham. Por otro lado, Graham era un hombre de tópicos y acostarse con su secretaria sería por lo tanto la clase de cosa que haría. Ese sería un epitafio bastante bueno para su lápida: «Graham Hatter. Un hombre de tópicos». No tenías lápida si te incineraban, ¿verdad? No tenías nada, un epitafio escrito en el aire y en el agua.

Por supuesto, la primera cosa que había que hacer cuando se echaba en falta a alguien era llamar a los hospitales, todo el mundo lo sabía, y sin embargo no parecía habersele pasado por la cabeza a ninguno de todos los que andaban tan desesperados tras él, cuando todo el tiempo había estado simplemente tendido en su catafalco en la UCI, escondido a la vista de todos, esperando a que lo descubrieran.

Algo atrajo su atención, un parpadeo en los rododendros, el destello de algo reflectante al darle la luz. Cogió los prismáticos que siempre tenía a mano para observar pájaros. Tardó un poco en ajustar el enfoque, pero entonces las brillantes hojas verdes aparecieron de pronto con nitidez, revelando un rostro, ovidiano entre la vegetación. La cara volvió a desaparecer entre el follaje. En cualquier caso, ahora estaba segura de que no era un oso o un caballo. Ni una mujer metamorfoseada en árbol, o viceversa. Gloria salió a grandes zancadas al jardín, desperdigando gorriones al pasar, pero cuando llegó a los rododendros no había ningún intruso, solo Bill orinando discretamente en los arbustos.

Las puertas electrónicas se abrieron para dejar salir el Golf rojo de Gloria. Siempre se sentía como si huyera de un crimen cuando pasaba por ellas. Se dirigió hacia George Street, donde los dioses del aparcamiento le encontraron una plaza justo delante de Gray's, donde compró una válvula de radiador y un quitamanchas Stain Devil (para chicle, pegamento y pintañas), antes de pasear hasta el Royal Bank en la esquina de Castle Street, donde sacó sus quinientas libras del día.

Cuando volvió, Bill estaba recogiendo, metiendo sus herramientas en el maletero del coche. Aunque tenían todas las herramientas imaginables en el cobertizo, Bill prefería traer las suyas consigo, algunas de ellas tan viejas que podrían haberse exhibido en un museo de agricultura.

—Bueno —dijo, lacónico—, pues yo ya me marchó.

Gloria imaginó que, de no haber vuelto cuando lo había hecho, Bill se habría ido sin siquiera despedirse. Cinco años y todo lo que había conseguido era «pues yo ya me marchó». Las últimas palabras de Graham habían sido parecidas. Intentó recordar qué le había dicho el día anterior por la mañana. «Seguramente volveré tarde» —no era ninguna novedad—, algo sobre «los putos polis de fraude», y luego «ya me voy». Qué profético.

Debería darle a Bill un regalo de despedida de alguna clase; debería haberle comprado algo en la ciudad, pero no se le ocurrió. Podía darle dinero, pero el dinero siempre parecía un obsequio impersonal. Desde pequeños, tanto Ewan como Emily habían pedido dinero por sus cumpleaños y navidades. A Gloria le gustaba dar regalos, no dinero. El dinero estaba bien, pero no era personal. Eran negocios.

Bill cerró de golpe el maletero del coche, y ella dijo:

—No, espere un momento.

Entró en la casa corriendo en busca de algo adecuado. Era difícil saber qué podría gustarle a un hombre de tan pocas palabras. Consideró una pareja de refinados dálmatas de Staffordshire sentados con coquetería en almohadones azul real —parecía un hombre al que le gustaran los perros—, o ¿quizá un bonito jarrón Moorcroft de edición limitada? Entonces lo recordó un día de pie tras la puerta acristalada —nunca había cruzado el umbral en cinco años— admirando el ciervo acorralado en la pared. Descolgó el cuadro, que era mucho más pesado de lo que parecía, y lo llevó afuera para Bill.

Pareció reacio a aceptarlo.

—Tiene mucho valor, señora Hatter —murmuró tímidamente.

—No tanto —insistió Gloria—. Vamos, acéptelo, no hay que rechazar lo que viene de la mano de Dios.

Pensó en la mujer de Bill con su cerebro esponjoso. A veces parecía que Dios diese un poco con una mano y quitase mucho con la otra.

Al final lo convenció de que le diera un hogar al condenado ciervo, y Bill lo deslizó en el maletero sobre sus herramientas para después alejarse por última vez. A Gloria ni le gustaba ni le disgustaba, pero sintió entonces una sorprendente punzada de pena al pensar que no volvería a verlo nunca. Pese a que apenas se relacionaban, pensaba en los miércoles como en «el día de Bill». El lunes era el «día de la residencia», en que Gloria fingía sonreír con ridícula alegría y hacía rodar un carrito del té por la residencia local para enfermos terminales —porcelana buena, galletas caseras—, todo muy agradable porque se estaban muriendo y lo sabían.

El viernes era el «día de Beryl». Ahora daba la sensación de que Beryl iba a

sobrevivir a su hijo. Vivía en una residencia para ancianos a pocas calles de allí y su nuera la visitaba cada viernes por la tarde, aunque Beryl no tenía ni idea de quién era, ya que su cerebro también se había ablandado hasta volverse una esponja. Gloria tenía la sensación de que su propio cerebro se estaba volviendo más duro, menos simpático, de coral quizá. Habían visto «coral cerebro» durante unas vacaciones en las Maldivas, cuando Gloria había hecho una tímida incursión en el mundo del buceo con gafas y tubo. Había llevado un viejo traje de baño azul marino de una pieza que usaba cuando iba a nadar a Warriston Baths y era plenamente consciente de cómo su cuerpo adoptaba, de los hombros a las caderas, la forma abultada de un lagarto. Todas las demás mujeres que había en la playa de arena blanca y caliente parecían delgadas y morenas y llevaban diminutos y caros bikinis.

Siempre se tomaban unas vacaciones tropicales en enero —las Seychelles, Mauricio, Tailandia—, y se hospedaban en los hoteles más caros, rodeados de sirvientes. A Graham le gustaba ser un hombre rico, le gustaba que la gente viera que era un hombre rico. Si se recuperaba, si vivía, que Dios no lo quisiera, ¿podría soportar ser un hombre pobre? Probablemente no. Así que la Muerte bien podía ser una cosa buena para él.

Había habido muchos rusos alojados en su hotel en las Maldivas. Las mujeres eran delgadas y rubias y se ocupaban de los niños, mientras que los hombres eran grandes y peludos y a Gloria la hacían pensar en morsas, regodeándose todo el día con sus joyas de oro, las pieles aceitosas y los bañadores demasiado ajustados. «Gánsters», le explicó Graham con total naturalidad. Ella estaba desconcertada porque no conseguía recordar a quién le recordaban los hombres rusos, hasta que cayó en la cuenta de que le recordaban a Graham. Se parecían más a Graham que el propio Graham, lo cual ya era un logro.

Aquella fue la última vez que Gloria se había acostado con él, en las Maldivas, sobre la tensa colcha blanca de la cama, bajo un techo de madera tropical que formaba una espiral como un caracol. Había sido un acto torpe y algo parecido a un enfrentamiento.

Gloria se preguntaba si alguien la visitaría a ella si estuviera en una residencia para ancianos. No se imaginaba a Emily apareciendo con regularidad, trayendo ropa interior nueva, crema para las manos, un jacinto en una maceta. No se la imaginaba sentada ante ella semana tras semana, cepillándole el pelo, dándole masajes en las manos, manteniendo ella sola una conversación sin sentido. Tampoco se imaginaba a Ewan visitándola.

Estaba sonando el teléfono. Fue hasta el vestíbulo y se quedó mirándolo. El aparato estaba desarrollando una personalidad propia, irritante e implacable, no muy distinta de la voz que ahora le gritaba «¡Mamá!» al contestador. El *Evening News* asomaba como una lengua en el buzón de la puerta y tiró de él y le echó un vistazo mientras Emily seguía con su cántico de una nota y dos sílabas; solía hacerlo de niña, un mantra repetitivo: «Mami-mami-mami-mami», pero cuando Gloria le preguntaba

qué quería se encogía de hombros y decía «nada».

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! Sé que estás ahí, contesta al teléfono. Contesta al teléfono o llamaré a la policía. Mamá, mamá, mamá, mamá.

La última vez que se habían reunido todos como una familia fue por Navidad. Ewan trabajaba para una agencia medioambiental y había venido en avión desde la Patagonia. Que trabajara para el medio ambiente no significaba que Ewan fuera una persona especialmente amable. Se creía moralmente superior por el hecho de no querer parte alguna del imperio empresarial de Graham, que al parecer jugaba su propio pequeño papel en «la conspiración capitalista global». Eso no le impedía aceptar dinero de Graham siempre que estaba en casa. Ewan siempre había sido una decepción para Graham, sin mostrar nunca interés en los principios de la Iglesia presbiteriana —el alcohol, el fútbol, el sentirse maltratado— que constituían el eje de la fe de Graham. Graham estaba a punto de cumplir la ambición de su vida de ser propietario de un equipo de fútbol de primera cuando el destino lo dejó fuera de juego el día anterior: llevaba consigo los contratos sin firmar en el maletín cuando se desplomó bajo Tatiana.

Cuando Ewan había anunciado que era miembro del Partido Verde, el único comentario de su padre había sido «idiota de mierda». Emily no tenía principios en relación con el dinero de Graham. Desde luego, Graham debería haberse dedicado a prepararla para relevarlo, habría sido una especuladora capitalista excelente.

Emily había sido una niña buenísima, un encanto, una niña que adoraba a Gloria y todo lo que ella hacía. Y entonces un día despertó y tenía trece años, y había tenido trece años desde entonces, por lo que a su madre respectaba. Ahora ya tenía treinta y siete, estaba casada y con una hija propia, pero la maternidad, si había servido de algo, solo había servido para agriarle aún más el carácter. Vivía en Basingstoke, con su marido Nick («director de desarrollo de proyectos de tecnología de la información» ¿qué significaba eso?), y dedicaba mucho tiempo a guardar rencor.

El principal tema de conversación tanto para Ewan como para Emily en Navidad había sido cuánto habían cambiado, evolucionado y crecido sus vidas, pero de un año para otro esperaban que Gloria se quedara exactamente igual. Si mencionaba cualquier cosa nueva en su vida —«Me he apuntado al gimnasio» (lo había intentado, y había fracasado, en una clase para «Los Ágiles Cincuenta». Después de esa venía la de «Los Sensacionales Sesenta». Después de sesenta no parecía que hubiera nada) o «Estaba pensando en asistir a clases de conversación en el Instituto Francés»—, la respuesta de ellos era siempre la misma: «Oh, mamá», con un tono exasperado como si fuera una niña especialmente tonta.

La Nochebuena anterior, cuando Graham era todavía un miembro en plenas funciones de la familia y no un astronauta que flotaba en el espacio, había estado en la cocina preparando el tronco de chocolate. Siempre servía un tronco de chocolate el

día de Navidad junto con el pudín. Preparaba un relleno sin harina, solo a base de huevos y azúcar, pero con mucho chocolate caro, y cuando estaba cocido lo enrollaba con nata y puré de castañas y lo decoraba con crema de chocolate, con cortes y marcas para que pareciera de madera, y luego lo espolvoreaba con nieve de azúcar glas. Por último, cortaba hiedra del jardín, la escarchaba con clara de huevo y azúcar, y la enroscaba entonces alrededor del tronco antes de colocarle encima un petirrojo de plástico. Pensaba que quedaba precioso, como algo salido de un cuento de hadas y, si aún hubiera estado siguiendo el programa para adelgazar de Weight Watchers, habría gastado todos sus puntos durante todo un año.

Cuando llegaba el momento de comerlo, Ewan decía (porque eran como actores con un guión inmutable):

—Yo no quiero, tomaré solo pudín de Navidad.

Y Emily:

—Por Dios, mamá, esas cosas son tóxicas para el organismo.

Y ahora que tenía a Xanthia añadiría, amenazadora:

—Y no se te ocurra darle tampoco a Xanthia.

Porque, por supuesto, la niña de un año se había criado a base de mijo, por lo que Gloria sabía. Y entonces, inevitablemente, Graham decía:

—No sé por qué haces esa mierda, nadie se lo come.

Y Gloria respondía:

—Me lo como yo.

Y acto seguido cortaba un buen trozo. Y se lo comía. Y después, cada día lo sacaba de la nevera y cortaba otro buen pedazo hasta que solo quedaba el último trozo con el petirrojo, y ese lo sacaba para los pájaros y las ardillas, pero sin el petirrojo, claro, por si las ardillas se lo comían por accidente. O por si otro petirrojo lo atacaba, pensando que era un intruso en miniatura, paralizado en su territorio.

Sus papeles eran fijos: Graham era el villano, Ewan tenía el rol del protagonista respetable, Nick era su sufrido compañero y Emily era la eterna adolescente ingenua, la hija temperamental cuya vida se había visto arruinada por todos los demás (según parecía). La propia Gloria estaba fuera del escenario, con el papel de la mujer en la cocina. Traían en su silla de ruedas a la madre de Graham, Beryl, el día de Navidad, y se quedaba sentada en el sofá babeando. Un extra con un papel sin texto.

—Tienes la clásica personalidad pasiva-agresiva —le había dicho Emily entre dientes a su madre mientras esta rociaba el pavo de Navidad con su jugo.

Gloria no estaba segura de saber qué era una personalidad pasiva-agresiva, clásica o no, pero quedó claro que no era del agrado de Emily.

—Eres siempre tan amable con todo el mundo —prosiguió Emily.

—¿Es eso malo? —quiso saber.

Emily continuó como si Gloria no hubiera hablado, dejando caer de golpe la fuente de patatas asadas sobre la encimera.

—Pero en el fondo estás llena de rabia... ¿Sabes qué he llegado a entender hace

poco?

Emily había estado sometiéndose a alguna clase de terapia, cada miércoles por la tarde en Basingstoke, con un hombre llamado Bryce que estaba «reprogramando» su mente «en pautas más positivas».

—No, ¿qué has llegado a entender? —inquirió Gloria preguntándose si con un buen golpe en la cabeza con la cuchara no le reprogramaría la mente a su hija de forma mucho más rápida y barata que alguien llamado Bryce.

—Me he dado cuenta de que he pasado toda mi vida sin ser yo misma.

—¿Quién has sido, entonces?

Gloria fue consciente de que debería mostrarse más comprensiva, pero por algún motivo no pudo hacerlo.

—Oh, muy lista, mamá. No he dedicado mi energía a ser yo misma, porque toda mi vida se ha visto definida por mi terror a convertirme en ti.

Gloria no se consideraba en absoluto una buena persona, más bien lo contrario, de hecho, pero creía que esa clase de cosas eran relativas; en comparación con Emily, la mayoría de la gente estaba haciendo cola para la canonización.

La única parte del menú de Navidad que había preparado Emily era un entrante a base de higos y jamón de Parma. Todo lo que había hecho Emily había sido comprar los higos y el jamón en la sección de comida de Harvey Nichols y poner las malditas cosas en un plato, pero sin embargo su plato había recibido una acogida entusiasta, «Bueno, esto va a suponer un cambio riquísimo», para recibir después grandes aplausos (que dio ella misma), «¿A que estaba delicioso? ¿Verdad que está bien tomar algo distinto?». El entrante vino también con una advertencia cuando Emily sirvió los platos en la mesa, una advertencia dirigida explícitamente a Nick y proferida con una especie de alegría maníaca: «Ahora, cariño, más te vale que esto no suscite tus críticas». Emily tenía un máster en literatura en Goldsmiths' y eso la había convertido en la clase de persona capaz de decir «suscite tus críticas». Y de aplicarlo a la comida. Ella y Nick «no se llevaban muy bien últimamente», le había confesado a Gloria en la cocina; incluso había estado pensando en «una separación de prueba». El horror le oprimió a Gloria el pecho ante la posibilidad de que Emily volviera a instalarse en casa.

—En lo bueno y en lo malo —le recordó.

—¿Qué, como tú y papá, que seguís juntos cuando no os soportáis? —respondió Emily.

Los hijos no eran necesariamente una buena cosa.

De haber sabido que podía tratarse de la última Navidad de un páter familias corrupto, adúltero y estafador, ¿habrían hecho las cosas de forma distinta? Gloria quizá habría asado un ganso en lugar de un pavo, a él le gustaba el ganso, pero eso habría sido probablemente lo más lejos que habría estado dispuesta a llegar.

Se sentó en el sofá de damasco melocotón en el salón en tonos melocotón y tomó té y un bocadillo que había comprado en la ciudad. El sándwich llevaba mozzarella, aguacate y rúcula. Ninguno de esos ingredientes existía en el museo que era el pasado de Gloria. Recordaba un tiempo en que todo lo que podía encontrarse era lechuga. Lechuga blanda y mustia que no sabía a nada. Lechuga inglesa. Recordaba un tiempo antes de la mozzarella y el aguacate, antes de las berenjenas y los calabacines. Recordaba haber visto su primer yogur en la tienda de la esquina en la ciudad norteña que había sido su hogar y aún lo era aunque no la hubiera visitado en más de veinte años.

Recordaba un tiempo en que no había comida para llevar, ni restaurantes de comida tailandesa, cuando los envases de curry Vesta en gránulos eran lo más cercano a algo exótico que había. Un tiempo en el que la comida consistía en arenques, carne picada y fiambres de cerdo. Le había mencionado a Emily una vez que recordaba un tiempo anterior a las berenjenas y su hija había soltado: «No seas ridícula». Remató el almuerzo con un pedazo de bizcocho genovés (el secreto era añadir una cucharada de leche caliente). Ya había colgado su cuadro Victoriano de gatitos en un cesto en lugar del lúgubre ciervo acorralado, aunque aún era visible su huella fantasmal gracias a un leve contorno de mugre. Habían redecorado la habitación el año anterior, después de instalar el nuevo sistema de seguridad, pero nunca dejaba de sorprenderla lo rápido que se acumulaba la suciedad. Los gatitos parecían a gusto ahí colgados en la pared.

Estaba tan perdida en la contemplación de la inocencia de los gatitos que no advirtió la pesada forma que apareció tras la puerta acristalada hasta que levantó una rolliza manaza y golpeó el cristal. Gloria casi se cayó del sofá.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó enojada, levantándose con gran esfuerzo del damasco melocotón para abrir la puerta—. Casi consigues que me dé un infarto, Terry.

—Lo siento.

Terence Smith. El gólem de Graham, moldeado con el cieno del fondo de un estanque de los bajos fondos de algún lugar de las Midlands. A veces, Murdo lo pedía prestado para trabajar de portero o de guardaespaldas (la empresa de seguridad de Murdo vigilaba a frágiles famosos que aparecían por la capital), pero la mayor parte del tiempo era sencillamente el matón que Graham tenía de mascota, para llevarlo en coche si estaba demasiado borracho para encontrar el volante —Graham se negaba a meter su ego en el Golf rojo de Gloria— o para merodear por ahí con el mismo aire de fidelidad idiota que su perro. Gloria alimentaba con pastel tanto al hombre como al perro y los mantenía alejados de gatos y niños pequeños. No había ni rastro del perro ese día.

—¿Dónde está tu perro, Terry? ¿Dónde está *Spike*?

Él profirió un extraño sonido ahogado y sacudió la cabeza, pero cuando habló fue para preguntar por el paradero de Graham, su titiritero.

—Está en Thurso —respondió ella.

Era gracioso, pero cuanto más lo decía, más verdadero parecía, en un sentido metafísico al menos, como si Thurso fuera una especie de purgatorio al que se desterraba a la gente. Gloria había estado en Thurso una vez y desde luego se parecía bastante a eso.

—¿Thurso? —repitió él con recelo.

—Sí —confirmó ella—. Queda más al Norte.

Dudaba que la geografía de Escocia tuviera prioridad en la lista de temas que Teny dominaba. Lo miró con el ceño fruncido. Su cara, fea para empezar, había adquirido una alarmante fosforescencia.

—Terry, ¿qué te ha pasado en la nariz?

Por toda respuesta se llevó la mano a la cara como si de repente se hubiera vuelto tímido.

El teléfono volvió a sonar y ambos escucharon en silencio el lastimero balido de Emily. «Mamá-mamá-mamá».

—Es su hija —dijo Terry por fin, como si ella no hubiese reconocido a Emily.

Gloria exhaló un suspiro y repuso:

—Qué me vas a contar.

Y, sabiendo que era un error, fue hacia el teléfono y descolgó el auricular.

—Llevo siglos llamando —dijo Emily—, pero solo responde el contestador.

—He pasado mucho tiempo fuera —respondió ella—. Deberías haber dejado un mensaje.

—No quería dejar un mensaje —explicó Emily enfadada.

Gloria observó a Terry alejarse con torpeza camino abajo. Le recordaba un poco a King Kong, pero menos simpático.

—¿Mamá?

—¿Ajá?

—¿Pasa algo? —preguntó Emily con aspereza.

—¿Que si pasa algo? —repitió Gloria.

—Sí, algo. ¿Está bien papá? ¿Puedo hablar con él?

—Ahora mismo no puede ponerse al teléfono.

—Tengo una noticia para ti —anunció Emily con su tono bien poco dulce—. Una buena noticia.

—¿Una buena noticia? —inquirió Gloria.

Se preguntó si Emily volvería a estar embarazada (¿era eso una buena noticia?), así que la dejó desconcertada que Emily dijera:

—He encontrado a Jesús.

—Oh —repuso Gloria—. ¿Dónde estaba?

Capítulo 27

Louise contempló la lluvia a través del parabrisas. Ese país podía ser un sitio de mala muerte cuando llovía. Y de mala muerte cuando no llovía.

El coche estaba aparcado en el puerto de Cramond, mirando hacia la isla. Eran tres en el vehículo: ella misma, el subcomisario Sandy Mathieson y la entusiasta Jessica Drummond. Tenían todas las ventanillas empañadas, como amantes o conspiradores, aunque no hacían nada más emocionante que hablar sobre el precio de la vivienda.

—En Edimburgo no hay quien encuentre un sitio para dos o más personas —comentó Louise.

—Es una cuestión de oferta y demanda, jefa —repuso Sandy Mathieson—. Es una ciudad con más demanda que oferta.

Habría preferido «señora» que «jefa»; «señora» la hacía parecer una mujer (en algún punto entre aristócrata y directora de colegio, ambas ideas bastante atractivas), mientras que «jefa» la convertía casi en uno de los muchachos. Pero ¿no había que ser acaso uno de los muchachos para cortar el bacalao?

—Leí algo en el *Evening News* —continuó Sandy Mathieson— sobre que no hay suficientes casas caras en Edimburgo. Hay millonarios peleándose por las viviendas de lujo.

—Los rusos se están mudando aquí —intervino Jessica.

—¿Los rusos? —preguntó ella—. ¿Qué rusos?

—Los ricos.

—Por lo visto, los rusos son los nuevos americanos —explicó Sandy.

—Alguien pagó cien mil libras por un garaje la semana pasada —se quejó Jessica—. ¿No os parece una locura? Yo ni siquiera puedo permitirme una primera vivienda en Gorgie.

—Era un garaje dúplex —puntualizó Sandy.

Louise rio y bajó un poquito la ventanilla para dejar entrar un poco de aire caliente. La marea estaba bajando y captó cierto hedor a cloaca en el húmedo ambiente. Nunca sabía si Sandy^[3] Mathieson hablaba en broma o no. Era más probable que no, pues no parecía lo bastante listo para mostrarse ingenioso. Hacía honor a su nombre, desde el cabello rojizo a la barbita, sin olvidar las pecas de color jirafa. Le recordaba una galleta, de las clásicas de mantequilla o jengibre, o quizá a una integral. Era el perfecto hombre convencional: casado, dos hijos, perro dócil, abono de temporada para los partidos del Hearts, barbacoas con los suegros los fines de semana. Le contó en cierta ocasión que tenía todo lo que deseaba y que daría la vida por protegerlo, incluido el abono de temporada de los Hearts.

—Eso debe de estar bien —había respondido ella, aunque en realidad no lo pensaba.

No era de las que se sacrificaban. Archie era lo único por lo que daría la vida.

—¿Dónde vives tú, jefa? —quiso saber Jessica.

—En Glencrest —contestó de mala gana, pues no tenía deseos de ponerse a charlar con Jessica de su vida privada.

Conocía a esa clase de chica desde el colegio; era de esas que te sonsacaban intimidades para luego utilizarlas contra ti. «La madre de Louise Monroe es una borracha, Louise Monroe tiene gratis la comida del colegio, Louise Monroe es una mentirosa».

—¿En la urbanización de Viviendas Hatter en las Braids? —quiso saber Sandy Mathieson—. Nosotros fuimos a verla. Decidimos que era demasiado cara.

Advirtió que parecía hacer hincapié en el «nosotros», subrayando así su pequeño mundo: «Mi esposa y yo y mis dos hijos y mi dócil perro». No una mujer sola con un hijo cuya paternidad siempre había sido motivo de especulación. Sandy no era ninguna lumbrera, le faltaba imaginación para serle infiel a su esposa y era demasiado impasible para ascender de la categoría en que se hallaba ahora. Pero siempre haría lo correcto con sus hijos y no eludía y esquivaba la verdad, no andaba sembrando favores, haciendo la vista gorda aquí y oídos sordos allá. No se tiraría a una detective en el asiento de atrás de un coche de policía, demasiado borracho para acordarse de que el sexo era un imperativo biológico con un solo objetivo. («Estoy cometiendo un abuso de autoridad contigo, Louise». Qué gracioso, cómo se habían reído. Jesús).

—Es una casa muy pequeña —dijo a la defensiva.

—Aun así... —repuso Sandy, como si hubiese probado algo.

—¿No fue en Glencrest que hubo problemas? —intervino Jessica.

—¿Problemas? —preguntó Louise.

—Un hundimiento de tierras o algo así.

—¿Qué?

—«Viviendas reales para gente real» —entonó Jessica—. Corre el rumor de que a Graham Hatter van a caerle unos años.

—¿Qué van a caerle unos años? Hablas como un extra de la serie *The Bill*. —Sí, eso sería propio de Jessica; Louise casi podía verla, en casa por la noche, con los torpes pies en alto, tomando comida para llevar delante de *The Bill*—. Y ¿por qué van a caerle unos años?

—Bueno, me ha dicho un pajarito que van a por él por blanqueo de dinero, entre otras cosas. Pero por lo visto se trata de corrupción en las altas esferas y todo eso.

—¿Un pajarito? —repitió Louise.

—Tengo un amigo en la Unidad de Fraudes.

—No me digas. ¿Tienes un amigo?

—Nombradme a una mujer famosa que se haya ahogado —pidió.

Jessica le dirigió una mirada de preocupación como si sospechara que su petición formaba parte de alguna novatada intelectual, de algún misterioso conocimiento que

una debía tener si pretendía vestir de paisano. Frunció el regordete entrecejo en sus esfuerzos por recordar algo que para empezar no sabía.

—Veréis —continuó Louise cuando no hubo respuesta—, no se sabe de muchas mujeres que se hayan ahogado.

—Creo que prefiero el Veo-veo —intervino Sandy Mathieson.

Toda la mañana, mientras Louise se hallaba en los juzgados, su pequeño equipo diezmado por la gripe había estado ocupado sobre todo en indagar de puerta en puerta. ¿Había visto alguien algo inusual, a una mujer meterse en el agua, a una mujer en la orilla, a una mujer, o lo que fuera? Una negativa en todos los casos. Los buzos no habían encontrado nada. Louise los había observado emerger del agua. Hombres rana, solían llamarlos; ahora ya no se oía mucho. Le recordaron a *El hombre de Atlantis*.

Estaban perdiendo el tiempo, persiguiendo un destello de luz en el agua.

—Veo gente muerta —canturreó Jessica.

Las únicas emociones en Cramond en los últimos días había sido una alarma de coche a la que nadie hizo caso y un perro atropellado. El perro se estaba recobrando bien, al parecer. Un índice de criminalidad fantásticamente bajo, eso obtenía uno al pagar una pequeña fortuna por vivir en una de las zonas más bonitas de Edimburgo.

Había enseñado a su equipo la tarjeta rosa que cogió de la morgue, pero no mencionó cómo había dado con ella; les dijo que preguntaran por ahí para ver si alguien había oído hablar de Favores, pero por lo visto los buenos burgueses de Cramond no se movían en la clase de sociedad en que las chicas daban tarjetitas rosas con teléfonos.

Louise había enviado a un par de agentes de uniforme a rastrear las joyerías baratas de la ciudad en busca de pendientes de oro con forma de cruces.

—No se puede creer la cantidad de basura de nueve quilates que hay por ahí —había informado uno de ellos a la vuelta.

Resultó que había más crucifijos de oro de los que cabía esperar, pero nadie recordaba a una rubia de metro sesenta y cinco y cincuenta y cinco kilos comprando un par.

La joven del crucifijo, como un cuadro perdido de Vermeer. Louise había visto *La joven de la perla* en la Filmoteca, acompañada de unas amigas, otras dos solteras. Era una película destinada a mujeres solteras de cierta edad: opaca, conmovedora, muy artística, y deprimente en última instancia. Le había hecho desear (brevemente) vivir en la Holanda del siglo XVII. De joven había tenido muchas veces la fantasía de vivir en el pasado, sobre todo porque el presente había sido espantoso.

—¿Quién se ocupa del asesinato de Merchiston? —quiso saber.

—Robert Campbell, Colin Sutherland —respondió Jessica al instante—. El asesinato de un famoso consigue a los peces gordos de la cadena alimentaria.

—¿Un famoso?

—Richard Moat —puntualizó Sandy Mathieson quitándole importancia—. Un

cómico de los ochenta. ¿Te has enterado de lo que pasó?

—No, ¿qué? —quiso saber Louise.

El nombre le resultaba vagamente familiar.

—Identificaron a la persona equivocada —intervino Jessica.

—Estás de broma.

Sandy rio.

—Vivía con otro tipo, un escritor, ¿no era eso? —preguntó mirando a Jessica (Dios santo, parecían formar un número doble), que asintió con la cabeza y siguió con la historia.

—Y resulta que llevaba el reloj de su amiguito.

—¿Quién lo llevaba?

Louise estaba totalmente confusa.

—Richard Moat —explicó Jessica con melodramática paciencia— llevaba el reloj del otro tipo. Su novio. Y el novio, no te lo pierdas, es un escritor de novelas policíacas.

—La vida imita al arte —declaró Sandy como si acabara de inventar la frase—. Alex Blake. ¿Has oído hablar de él?

—No —contestó ella—. ¿Lo identificaron por el reloj?

—Bueno, se ve que no le quedaba cara —repuso Jessica con la misma despreocupación con que podría decirse «¿Quieres vinagre en tus patatas?».

Louise se habría comido un caballo; no había tomado nada desde el desayuno.

—¿Llevas algo de comer? —le preguntó a Jessica.

—Lo siento, jefa.

Vaya fresca estaba hecha. No la creyó; nadie acababa tan foca sin tener acceso constante a la comida. Supuso que debería abrigar sentimientos cálidos y solidarios hacia las mujeres del cuerpo: solo eran un veinticinco por ciento, deberían apoyarse entre sí, bla, bla, bla, pero la verdad es que le habría gustado acorralar a Jessica y darle unos cuantos pellizcos bien dados.

Había una constante resaca de comunicación en la radio policial. Un montón de robos en tiendas. ¿Qué pasaría si la incursión de Archie en el hurto no había sido una excepción? Consultó el reloj; a esas horas ya debía haber vuelto del colegio.

Sandy se volvió hacia ella y le preguntó de pronto, de padre a madre:

—¿Qué tal le va a ese chico tuyo?

—Bien —contestó Louise—. A Archie le va bien. Genial —añadió para introducir un toque de optimismo.

Sandy era padre de un niño, pero solo tenía seis o siete años, todavía era inofensivo.

Se bajó del coche, blandiendo el móvil ante Sandy y Jessica en un gesto que decía con perfecta claridad «Voy a hacer una llamada y no quiero que la oigáis». Se preguntó qué dirían sobre ella mientras no estuviese. En realidad no le importaba, siempre y cuando pensarán que hacía bien su trabajo.

Se dirigió al paso elevado, donde solo tenía una barrita de cobertura en el teléfono. Jackson Brodie dijo que no tenía ninguna, y que por eso no había podido llamar a la policía desde la isla.

Retrocedió y entonces sí tuvo cobertura. El contestador automático de su casa saltó cuando el teléfono hubo sonado un par de veces y escuchó la enérgica voz masculina informándola de que nadie podía contestar en ese momento y diciendo que dejara un mensaje. Agradable y neutral, sin «por favor» ni «gracias» (como una mujer educada que se está buscando que le digan cosas ofensivas), ni «lo siento, no hay nadie en casa» (una invitación a los ladrones), ni la promesa de que alguien devolvería la llamada. La voz masculina pertenecía al marido de una amiga reclutado para grabar el mensaje después de que Louise se viera acosada por llamadas desagradables, aunque no apareciera siquiera en el listín. Había tipos que simplemente iban marcando números hasta que contestaba una mujer. Había miles de ellos ahí fuera, matando el tiempo con llamadas de madrugada a los samaritanos, a la línea de protección de menores y a mujeres desprevenidas. Unos cabrones, en todos los sentidos de la palabra. Tenía la incómoda sensación de que el perpetrador de las llamadas desagradables era el amigo de Archie, Hamish.

—Si estás ahí, Archie, ¿puedes contestar?

Cuando las vacas volasen. Louise no sabía por qué se molestaba, Archie nunca contestaba al teléfono a menos que creyera que era uno de sus amigos. Probó a llamarlo al móvil, pero saltó directamente el buzón de voz. Si pudiera, haría que le implantaran un dispositivo de seguimiento en el pescuezo. Por fin se rindió y, utilizando la única lengua franca que entendían los chicos de catorce años, le escribió un mensaje de texto: «Tas n casa? Come algo d nevera. Qza llgo trde. Tk mami x.» Se le hacía raro darse ese apelativo, ponerlo por escrito: nunca había pensado en sí misma como «mami». Quizá era en eso que se había equivocado. ¿Se había equivocado? Probablemente.

Archie a duras penas se las apañaba para sacar una *pizza* o una hamburguesa de la nevera y meterla en el microondas. No tenía sentido intentar que hiciera algo más complicado («Una tortilla, ¿estás seguro de que no puedes apañártelas para hacer una tortilla?»).

Le sonó el teléfono; no era Archie, sino Jim Tucker.

—Mi chica murió de una sobredosis de heroína —dijo sin preámbulos—, aún no tiene identidad. El dentista forense dice que tenía la boca, y cito textualmente, «llena de basura», con lo que se refiere a empastes extranjeros. De Europa del Este, por lo que parece.

—Nada de archivos odontológicos, entonces.

—No, y no sé si es muy plausible, pero alguien ha dicho que le parece que Favores es una empresa de limpieza.

—¿De limpieza?

En cuanto se hubo despedido de Jim Tucker le sonó otra vez el teléfono.

—He estado intentando llamarte —se quejó Archie.

—Yo intento llamarte constantemente y tú nunca contestas.

—¿Puede quedarse Hamish a dormir esta noche?

—Mañana hay colegio.

—Hay un trabajo para el cole que tenemos que hacer juntos.

—¿Qué trabajo?

Siguió una breve conversación en voz baja, Hamish dándole indicaciones a Archie, sin duda, antes de que este volviera a ponerse para decir con tono de suficiencia:

—«Analiza qué factores del transporte tienen influencia en la localización de la industria».

Sonaba plausible, Hamish era bueno.

—¿Su madre le da permiso?

—Por supuesto.

—Vale.

—Y ¿podemos pedir que nos traigan algo de comer?

—Vale. ¿Tienes dinero?

—Sí.

—¿Te acordarás de ponerle de comer al gato?

—Yo qué sé.

—Esa no es la respuesta que espero.

—Que sí, ¿vale? Jesús.

Louise exhaló un suspiro. Necesitaba una copa, la necesitaba de verdad. Un daiquiri con lima. Lo bastante frío para congelarle el cerebro. Y luego le habría gustado una buena sesión de sexo. Sexo promiscuo, despreocupado, sin cara y sin emociones. Lo lógico sería pensar que sería fácil tener esa clase de relaciones sexuales promiscuas, pero qué va. Apenas se había acostado con nadie desde que Archie entró en la adolescencia. No podías traerte simplemente a un tío a casa y tirártelo mientras tu hijo adolescente jugaba a *Grand Theft Auto* al otro lado de una pared de pladur fina como el papel. Cada año había una nueva sorpresa, algo que no sabías sobre criar a un hijo. A lo mejor la cosa seguía así para siempre, a lo mejor cuando Archie tuviera sesenta años y ella pasara de los ochenta pensaría: «Bueno, no me había dado cuenta de que los hombres de sesenta hacen esas cosas».

Observó a un agente de uniforme dar unos golpecitos en la ventanilla de Jessica y tenderle algo.

—¿Qué quería ese colega? —preguntó al subir de nuevo al coche.

—Ha traído esto —repuso Jessica tendiéndole un ejemplar del *Evening News*, abierto por una página en la que señaló un pequeño titular: «La policía pide ayuda a la gente para sus pesquisas».

—No queda muy claro que digamos, ¿eh? —comentó Sandy—. «La policía anda preguntando si alguien vio a una mujer meterse en el agua». ¿Meterse en el agua? Eso es muy impreciso.

—Bueno, todo el asunto es muy impreciso —le recordó Louise—. La encontraron en el agua, y de alguna forma tuvo que meterse en ella.

—Si es que existe —puntualizó Jessica.

Estornudó, y Sandy dijo:

—Espero que no hayas pillado la gripe.

A Louise no le importó si Jessica tenía la gripe. Se sentía de pronto increíblemente cansada.

—Al carajo con todo esto. Mañana van a emitir algo en Radio Forth, pero en realidad hasta aquí llega la cosa de momento. Si hay un cuerpo ahí fuera, acabará por aparecer. No veo qué más podemos hacer.

—Yo no creo que haya habido nunca un cuerpo —repuso Jessica—. Creo que Brodie se lo inventó todo. Sé cuándo un tío está mal de la azotea y cuándo no lo está.

—A mí no me gustó ese tipo —intervino Sandy con la certeza de quien piensa que su juicio moral es intachable—. Estoy de acuerdo en ponerle punto final a la jornada. —Se volvió hacia Jessica y añadió—: A casa, James.

Capítulo 28

Jackson tuvo una visión infernal de quedar atrapado para siempre en un autobús u otro. En esa ocasión se trataba de uno de esos autobuses turísticos de dos pisos, con el de arriba descubierto, que abarrotan las ciudades inglesas entorpeciendo la circulación. Había llevado a Marlee en el de Cambridge el año anterior, pensando que sería una buena forma (probablemente revisionista) de absorber algo de historia, pero ahora no recordaba nada de lo que les habían contado. Hacía frío en el piso de arriba y un viento lúgubre parecía haberse levantado desde el mar del Norte con la única intención de soplarle a él en la nuca. Se recordó que ese era el motivo por el que se había mudado a otro país.

La Royal Mile ya casi empezaba a parecerle familiar. Sentía ganas de volverse hacia la persona más cercana y señalarle la iglesia de Saint Giles y el nuevo edificio del Parlamento (diez veces por encima del presupuesto, ¿cómo podía algo pasarse diez veces del presupuesto?). La guía turística de verdad era una mujer de mediana edad con tendencia al melodrama que trabajaba a cambio de las propinas. Era la clase de trabajo que debía hacer Julia cuando estaba mal de dinero.

El autobús rodó lentamente por Princes Street; nada de oscuro gótico allí, solo feas tiendas al por menor pertenecientes a cadenas. Empezó a chispear y las almas extranjeras menos resistentes se refugiaron en el piso de abajo, dejando solo a unos cuantos británicos apiñados bajo paraguas y canguros. Escuchaba a medias a la guía contarles algo sobre las brujas (también conocidas como mujeres, claro) a las que habían arrojado vivas al Nor Loch, «ahora irreconocible en el emplazamiento de nuestros jardines de Princes Street, “famosos en el mundo entero”» (todo en Edimburgo era «famoso en el mundo entero», al parecer. Se preguntó si sería cierto: ¿Famoso en Somalia? ¿En Bután?), cuando vio de pronto una furgoneta rosa, una Citroen Combo, en el carril de al lado. Estaban parados en un semáforo en rojo, y cuando cambió al ámbar intermitente, la furgoneta avanzó. No le prestó mucha atención y solo pensó que no se veían muchas furgonetas rosas, pero una parte semiconsciente de su mente leyó lo que había estampado en el lateral de la furgoneta en letras negras: «Favores. ¡Hacemos lo que quieras que hagamos!», y otra parte semiconsciente de su mente hurgó en busca de la tarjetita rosa que había encontrado en el sujetador de la chica muerta el día anterior.

Por último, las dos partes semiconscientes de la mente de Jackson se comunicaron entre sí. El proceso fue más lento de lo que solía ser; imaginaba banderas de señales en lugar de banda ancha de alta velocidad. Un día, suponía, las distintas partes de su mente se encontrarían con que eran incapaces de interpretar los mensajes. Banderas ondeando inútilmente al viento. Y ahí acabaría todo. La senilidad.

Jackson bajó corriendo por las escaleras, se abrió paso entre las apiñadas masas de la tercera clase, y pidió al conductor que abriera la puerta. La furgoneta rosa iba ya un poco por delante en Princes Street. Podría haberle dado alcance corriendo, pero

tarde o temprano saldría del tráfico y entonces la perdería de vista. Cruzó la calle a toda prisa, por delante de un autobús que se le venía encima tocando la bocina (de algún modo, los autobuses se habían convertido en su cruz), y en la parada de taxis de Hanover Street se metió casi de cabeza en el asiento trasero de uno negro.

—¿Adónde vamos? —preguntó el conductor, y a Jackson le produjo una ridícula satisfacción poder contestar:

—¿Ve esa furgoneta rosa? Sígalas.

Serpentearon por las agradables zonas arboladas de las afueras de Edimburgo. («Morningside», dijo el conductor del taxi). Nada de calles humildes por ahí, se dijo Jackson. El taxi negro le pareció torpe y poco sutil, en ningún caso el vehículo ideal para actividades encubiertas. Aun así, el conductor de la furgoneta rosa no parecía advertir su presencia; quizá el taxi negro era tan evidente que no se veía. Supuso que debería llamar para dar parte. Tenía la tarjeta de Louise Monroe con su número de la comisaría. Contestó al teléfono alguna clase de subalterno para decirle que la «inspectora Monroe» no estaba «en la oficina» y que si quería dejar un recado. No quería, gracias. Volvió a marcar el número (sabía por experiencia que rara vez respondía al teléfono la misma persona dos veces seguidas) y le reiteraron el estado de ausente de la oficina de Louise Monroe. Pidió su número de móvil y le fue denegado. Si de verdad hubiera querido que se mantuvieran en contacto, se lo habría dado, ¿no? Nadie podía decir que no lo había intentado. No era culpa suya si se había descarriado, el viejo lobo solitario renegado. Resolviendo crímenes.

La Combo se detuvo y Jackson le dijo al conductor: «Siga hasta doblar la esquina»; una vez ahí, pagó, se bajó del taxi y retrocedió caminando con toda naturalidad.

«¡Hacemos lo que quieras que hagamos!». Con signos de exclamación, al estilo de Julia. Se preguntó si sería rigurosamente cierto. ¿Podían, por ejemplo, convertir *Buscando el Ecuador en Groenlandia* en una buena obra? ¿Curar a los enfermos y hacer caminar a los cojos? ¿Encontrar a su mujer muerta en el Forth?

—Es un eslogan —explicó la mujer con cara de mal genio que descargaba cubos y fregonas en la acera.

Llevaba una insignia bordada en el bolsillo del uniforme rosa en que se leía «AMA DE LLAVES», una denominación que encontró vagamente amenazadora. Se suponía que la mafia llamaba a los asesinos a sueldo «limpiadores», ¿no?

(Pero quizá era solo en la ficción que leía de vez en cuando). ¿Qué sería entonces un «ama de llaves»? ¿Algo así como una *über* asesina?

—Favores —dijo Jackson con tono amable—. Es un nombre bonito.

—Es una agencia de limpieza —respondió la mujer con cara de mal genio sin

mirarlo.

—Me preguntaba —prosiguió— si tendría la dirección de la oficina, no he conseguido encontrarla en ningún lado.

La mujer lo miró con recelo.

—¿Para qué diantre la quiere?

—Oh, ya sabe —respondió él—, para acercarme y charlar un poco, para conseguir que me hagan la limpieza.

Dicho así aún sonaba más a jerga de la mafia.

—Todo se hace por teléfono —explicó el ama de llaves.

Parecía que tomara limones para desayunar; «cara de esparto», la habría llamado su padre, pero tenía un acento tan suave como la neblina escocesa.

—¿Todo por teléfono? Y ¿cómo consiguen nuevos clientes?

—Por el boca oreja. Recomendaciones personales.

Una joven cetrina, con complexión de campesina e irradiando hostilidad, salió de la casa más cercana y, sin pronunciar palabra, cogió los cubos y las fregonas y se los llevó adentro.

—Volveré a recogeros dentro de dos horas —exclamó el ama de llaves a sus espaldas, y luego entró en la furgoneta y se fue sin volver a mirar a Jackson.

Este se alejó a buen paso en dirección opuesta, intentando mostrar despreocupación por si el ama de llaves lo estaba mirando por el retrovisor. Cuando la furgoneta rosa se hubo perdido de vista, volvió sobre sus pasos y entró en la casa por la puerta principal. Oyó el sonido de un grifo abierto en la cocina y ruidos procedentes del piso de arriba. De la parte de atrás de la casa le llegaba el sonido de alguien empuñando con agresividad un aspirador, así que calculó que había al menos tres mujeres allí. Podía ser que no todas fueran mujeres, desde luego. No hagas suposiciones sexistas, siempre te meten en líos. Con las mujeres, por lo menos.

Decidió abordar a la de la cocina. Calma, Jackson, se dijo, no estás en una situación de amenaza potencial. Jerga del Ejército. El Ejército le parecía muy lejano ahora y sin embargo seguía siendo como un patrón para él. A veces se preguntaba qué habría sido de él si su padre lo hubiese dejado bajar a la mina en lugar de alistarse. Todos los aspectos de su vida habrían sido distintos, él mismo habría sido un hombre distinto. Se encontraría en el montón de las sobras ahora, por supuesto, estaría de más, sería superfluo. Pero ¿no era eso ahora de todas formas?

En 1995, recordaba el año, recordaba el momento preciso, estaba en casa en Cambridge, cuando su mujer era aún su mujer, no una ex, y era policía y ella estaba enormemente embarazada de Marlee (Jackson se imaginaba a su bebé apretadito como el corazón de una col dentro de su mujer) y él estaba fregando los platos después de cenar (cuando aún lo llamaba refrigerio del atardecer, antes de que su mujer puliera su lenguaje para volverlo más de clase media y del Sur). Cenaban muy pronto hacia el final del embarazo, pues si lo hacían más tarde ella decía que estaba demasiado llena para dormir, así que mientras lavaba los cacharros escuchaba las

noticias de las seis en Radio 4, y en algún momento del boletín de aquella tarde anunciaron el cierre de la mina en la que había trabajado su padre toda la vida. No recordaba por qué había salido aquella mina en las noticias cuando tantas otras habían cerrado con tan poco alboroto; quizá porque había sido uno de los mayores yacimientos de carbón de la zona, quizá porque era la última mina en funcionamiento en la región, por lo que fuera; el caso es que se había quedado de pie con un plato enjabonado en la mano escuchando al locutor, y sin previo aviso se había echado a llorar. Ni siquiera estaba seguro de por qué; por todo lo que se había ido, suponía. Por la senda que no había tomado, por un mundo en el que nunca había vivido.

—¿Por qué lloras? —le había preguntado Josie al entrar pesadamente en la cocina; para entonces apenas pasaba por la puerta.

Aquello sucedió cuando a ella le importaba cualquier emoción que él experimentaba.

—Jodida Thatcher —había dicho él encogiéndose de hombros de forma masculina, convirtiéndolo en algo político y no personal, aunque en aquel caso no había diferencia.

Y entonces tuvieron un bebé y un lavaplatos y Jackson siguió adelante y no volvió a pensar en mucho tiempo en el camino que no había elegido, una forma de vida que nunca fue, y sin embargo eso no impedía que le doliera en alguna confusa parte del alma.

Su chica de la limpieza elegida también estaba junto al fregadero, retorciendo un trapo y pasándolo enérgicamente por el escurridor de aquí para allá, de aquí para allá. Nada de crucifixiones en las orejas por lo que veía, aunque estaba de espaldas a él y cantaba al son de la radio con acento extranjero. Había tanto ruido de fondo en la casa que él no sabía cómo seguir adelante sin sobresaltarla. Se dio cuenta de tres cosas: una, no era la campesina a quien el ama de llaves había gritado, y dos, tenía un trasero estupendo, que mejoraba la estrecha falda del uniforme rosa. «Dos huevos duros en un pañuelo», solía decir su hermano. Su hermano había sido un entendido en mujeres. Algún día, algún día demasiado cercano, los hombres mirarían a su hija de la misma forma. Y si los veía mirándola así, los molería a palos.

Jackson se había pasado media vida en uniforme sin darle muchas vueltas, aparte de que hacía más fácil levantarse por las mañanas no tener que tomar una decisión sobre qué ponerse, así que el efecto que podía producir una mujer de uniforme siempre le había parecido curioso. No todos los uniformes, por supuesto: ni de nazi, ni de supervisora de comedor de colegio, ni de vigilante de aparcamiento. Intentó recordar si había visto alguna vez a Julia de uniforme. Así de pronto no se le ocurrió ninguno que le sentara bien, no era una chica de uniformes. El conjunto de traje sastre negro y camisa blanca de Louise Monroe era una especie de uniforme. Tenía una pequeña vena que le palpitaba en el cuello. La hacía parecer más vulnerable de lo que

probablemente era.

Nunca consiguió llegar a la tercera idea porque la mujer que llevaba aquel uniforme en concreto lo vio en ese momento y tendió una mano hacia el lavaplatos, sacó un plato llano grande y, con un movimiento fluido, lo lanzó como si fuera un *frisbee*, apuntándolo directamente a la cabeza. Jackson se agachó y el plato salió por la puerta de la cocina y se hizo añicos en el vestíbulo. Levantó las manos antes de que intentara coger otro plato.

—No hacéis prisioneros, ¿verdad? —dijo.

—Fui campeona de disco en la universidad —respondió ella sin el menor remordimiento aparente por haber estado a punto de decapitarlo—. ¿Por qué andas espionando?

—No estoy espionando, estaba buscando una asistenta para limpiarme el piso —repuso él, intentando adoptar un tono de hombre desamparado («No debería costarte mucho», oyó decir a Josie en su cabeza)—. He visto la furgoneta y...

—No nos llaman asistentas. Nos llaman criadas. —Se ablandó un poco—. Disculpe, estoy nerviosa. —Se sentó a la mesa y se pasó las manos por el pelo, unas manos rojas y en carne viva por alguna clase de dermatitis—. Esta mañana, Sophia, una criada, una amiga, ha encontrado a un hombre al que habían asesinado en una casa a la que vamos. Ha sido espantoso —añadió la chica extranjera con voz lastimera.

—Seguro que lo ha sido —repuso él.

—No nos pagan suficiente para esas cosas.

El dinero. Siempre un buen punto de partida, como sabía por experiencia propia. Sacó cinco billetes de veinte libras de la cartera y los puso sobre la mesa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la chica.

—Marijut.

—Muy bien, Marijut —dijo encendiendo la tetera eléctrica—. ¿Qué me dices de una buena taza de té?

—Una mujer joven —repitió Jackson con paciencia—, quiero saber si está en vuestro archivo de personal.

En las oficinas de Favores reinaba cierto aire de apatía. La chica responsable, que parecía ser la única persona en el edificio, no hablaba muy bien inglés y parecía malinterpretar deliberadamente todo lo que Jackson le decía. Él se había pasado de forma automática a una especie de versión simplificada del idioma porque en el fondo de su atávica alma nativa creía que los extranjeros no podían hablar inglés con fluidez, mientras que, por supuesto, los incapaces de hablar otros idiomas eran los ingleses.

—¿Orejas? ¿Cruces? —exclamó voz en grito.

La oficina estaba en un descuidado callejón de adoquines que daba a High Street.

Ya hacía mucho que se había arrancado el hollín de las fachadas de Edimburgo, pero las piedras de ese sitio seguían recubiertas del negro recordatorio del pasado apestoso de la capital. Era un lugar frío, desangelado, al que extrañamente no habían tocado las manos de la Ilustración o del promotor inmobiliario.

Favores estaba embutida entre un restaurante (un supuesto «bistro») y el escenario alternativo número 87 del festival. Jackson escudriñó en el sombrío y sustancioso interior del bistro, donde aún quedaban los últimos clientes de la hora de comer. Tomó nota mentalmente de no comer nunca allí. Desde fuera, el local del festival parecía una sauna, pero resultó que albergaba a un descontento grupo de niños de secundaria estadounidenses que representaba *El círculo de tiza caucásico* ante un público de dos hombres que tenían pinta de haber confundido también el local con una sauna. Julia lo había advertido con respecto a las «saunas» de Edimburgo. «No supongas ni por un instante que de verdad son saunas, Jackson».

La oficina tenía una sencilla puerta pintada de negro, en cuya jamba se había clavado una placa barata de plástico en que se leía «favores, importación y exportación». Nada de promesas exclamativas de satisfacer sus deseos, advirtió. «Importación y exportación»: si había una frase capaz de correr un tupido velo sobre montones de pecados, era esa. Había una cámara de seguridad sobre el timbre, de forma que se hacía imposible plantarse ante la puerta sin ser inspeccionado. Puso su cara más digna de confianza y entró haciéndose pasar por un mensajero. Nadie parecía pedirles identificación alguna a los mensajeros.

Tuvo que subir por una escalera y seguir por un pasillo que estaba lleno de contenedores de tamaño industrial de líquidos de limpieza. «Materiales peligrosos», ponía en uno de ellos. Otro lucía una calavera y unas tibias negras, pero lo que había escrito en el contenedor estaba en un idioma que no reconoció. Pensó en Marijut, retorciendo el trapo, limpiando el escurridero con sus manos de lavandera. A falta de otra cosa, podía denunciar Favores a Salud Medioambiental. Otra pared de cajas, todas con una misteriosa palabra pintada: «Matrioshka».

Quizá Favores era alguna clase de cártel del crimen que lo llevaba todo en la ciudad. Y ¿qué pasaba con los crucifijos? ¿Un cártel del crimen organizado por el Vaticano?

—Esta mujer llevaba crucifijos en las orejas —le dijo a la recepcionista—. Cruces.

Cogió un bolígrafo del escritorio, dibujó un crucifijo en un bloc de notas y le señaló las orejas.

—Pendientes —explicó—, como los tuyos.

Señaló los aros de plata en las orejas de la recepcionista.

Lo miró como si estuviera loco. Marijut le había dicho que no recordaba haber visto a ninguna chica con pendientes de crucifijos. Su descripción, «metro sesenta y cinco, cincuenta y cinco kilos, cabello rubio», podía corresponder fácilmente a la mitad de las chicas que ella conocía. «Yo, por ejemplo», había dicho. O la

repcionista.

Jackson dio un golpecito al monitor del ordenador y dijo:

—Vamos a mirar aquí.

La chica le dirigió una mirada hosca y luego empezó a accionar la rueda del ratón sin poner mucha atención en la pantalla.

—¿Para qué la quieres? —preguntó.

—No la quiero para nada. Quiero saber si está en vuestro archivo.

Él estiró el cuello en un intento de ver la pantalla. La chica abrió un archivo que parecía un curriculum, con una pequeña fotografía en la esquina de arriba a la izquierda, pero lo cerró de inmediato.

—Espera —pidió—. Vuelve, vuelve al último.

Era ella, habría jurado que era ella. Su chica muerta.

—Ya no trabaja para nosotros —dijo la recepcionista. Rio brevemente como si estuviese contando un chiste—. Su contrato está acabado.

Cerró los archivos con aire tajante y apagó la pantalla.

—Esta mujer que estoy buscando —explicó él pronunciando cada palabra despacio y con claridad—, esta mujer está muerta.

Hizo como si se cortara el cuello con el dedo índice. La chica se encogió y se apartó de él. No se le daba muy bien la mímica. Le habría venido bien que estuviese Julia, nadie hacía farsas con tanto entusiasmo como Julia, con la excepción quizá de Marlee. ¿Cómo se representaba la muerte? Cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. Cuando los abrió, «el ama de llaves» estaba de pie ante él, observándolo con expresión burlona.

—Dice que es un mensajero —explicó con sorna la chica del ordenador.

—¿Eso dice? —preguntó el ama de llaves.

—Estoy buscando a alguien —dijo Jackson con firmeza—, una chica que ha desaparecido.

—¿Cómo se llama? —quiso saber el ama de llaves.

—No lo sé.

—¿Está buscando a alguien y no sabe quién es?

—Puedo darte otra —ofreció la chica del ordenador.

—No quiero a otra —replicó Jackson—. Pero ¿qué clase de agencia son?

La chica se inclinó hacia él sobre el escritorio y, con una sonrisa rapaz, preguntó:

—¿Qué clase de agencia quieres que seamos?

Capítulo 29

—En el hostel no hay habitaciones —dijo la agente asignada para cuidar de Martin.

Estaban en un coche ante la morgue policial, esperando mientras un empleado civil en la radio de la jefatura trataba de encontrar un sitio para que Martin pasara la noche. No podía dormir en la secuela de la carnicería que se había cometido en la «escena del crimen» que era su casa, y no habría querido hacerlo de haber podido.

—¿No tiene algún amigo con el que pueda pasar la noche? —preguntó la agente.

No, no lo tenía. La chica le dirigió una mirada compasiva. Estaba su hermano en la zona fronteriza con Inglaterra, por supuesto, pero bien poco santuario iba a encontrar en su casa, y de todas formas dudaba que fuera a ser bienvenido.

«Clare» («agente Clare Deponio») le parecía una de las agentes que habían acudido el día anterior en ayuda de Paul Bradley, pero todas se veían parecidas con el uniforme. El coche patrulla estaba aparcado casi exactamente donde el Honda y el Peugeot se habían encarado el día antes. Quién iba a pensar que un suceso así acabaría resultando tan insignificante.

—Es por el festival —explicó Clare desconectando la radio—; por lo visto no hay habitaciones de hotel en ningún sitio.

El comisario Campbell había dejado a Martin en manos de alguien de categoría solo ligeramente inferior a la suya («inspector jefe Colin Sutherland»). Llevó («acompañó») a Martin de su propia casa a una comisaría de policía, donde le habían tomado las huellas dactilares, igual que en su visita de la Sociedad de Autores. El inspector dijo que era para «hacer comparaciones», pero después la cosa dejó de ser como en la visita de la Sociedad de Autores porque le dieron un mono de papel blanco para que se lo pusiera y se llevaron toda su ropa para meterlo en una sala de interrogatorios y hacerle preguntas durante largo rato sobre su relación con Richard Moat y su propio paradero en el momento de la muerte de Richard. Se sintió como un convicto. Le dieron té y galletas, simples marías para dejar bien claro su cambio de condición. Barquillos de fresa y galletas de chocolate al *whisky* para los inocentes miembros de la Sociedad de Autores; simples galletas maría para los que pasaban las noches en hoteles de mala muerte bajo los efectos de la droga y en compañía de hombres. («¿De modo que usted y el señor Bradley durmieron juntos? ¿En la misma cama?»). Todavía no había mencionado la pistola. El inspector Sutherland disfrutaba fingiéndose perplejo.

—Me está costando entender todo esto, señor Canning... Le salvó usted la vida a un extraño, y pasó la noche con él, pero desapareció antes de que amaneciera. Entretanto, en su propia casa, aporreaban a su amigo hasta matarlo.

Paul Bradley tenía una dirección en Londres, recordaba a la enfermera de urgencias apuntándola, la misma dirección que lo había visto escribir en el registro del hotel.

—La Policía Metropolitana está haciendo averiguaciones por nosotros —explicó

Sutherland.

El inspector le recordaba a alguien, pero no conseguía saber a quién. Tenía la perturbadora costumbre de sonreír en momentos inapropiados, de forma que él, que tendía a sonreír a su vez cuando alguien le sonreía, se encontró haciéndolo de oreja a oreja ante declaraciones como «alguien hizo añicos el cráneo del señor Moat con un instrumento romo».

Junto a Sutherland estaba sentada una sargento. Permaneció en silencio durante todo el proceso, como si fuera muda. Había un espejo en la pared, y se preguntó si sería un cristal por el otro lado. No se le ocurría otro motivo para poner un espejo en una sala de interrogatorios. ¿Lo observaba alguien en el mundo del espejo mojar su galleta de recluso en el té?

—Bradley sí que existe —dijo.

—Nadie duda de su existencia, señor Canning —repuso Sutherland con tono de filósofo pedante. Martin echaba de menos a Campbell llamándolo por su nombre de pila, como si fueran viejos conocidos. Sutherland continuó—: Se vio involucrado en un violento incidente de tráfico. —Sonrió e hizo una pausa bastante significativa antes de añadir—: El mismo en que asegura haber participado usted.

—Y así fue —contestó Martin—. Hice una declaración.

—El incidente tuvo lugar justo después del mediodía de ayer, según se tiene constancia; la víctima, su Paul Bradley, fue tratada en el hospital Royal Infirmary de una herida de poca importancia en la cabeza, y firmó en el registro del hotel Los Cuatro Clanes. Cientos de personas lo vieron en el transcurso del día de ayer, su existencia no se pone en duda. El problema es... —Otra bien calculada pausa para una sonrisa. Le llegó de oreja a oreja. El gato de Cheshire habría tenido que esforzarse en una competición contra el inspector jefe Sutherland—. El problema, señor Canning, es que nadie se acuerda de usted.

—La policía me tomó declaración en el hospital.

—Pero ¿y después de eso?

—Estuve con Paul Bradley.

Llamaron a la puerta y entró un agente, que dejó un papel sobre el escritorio ante la sargento silenciosa. Ella leyó lo que había en el papel, sin que sus facciones de esfinge revelaran nada, y luego se lo tendió a Sutherland.

—El misterioso señor Bradley —murmuró Sutherland.

—Es real —protestó Martin—. Su nombre está en el registro del hotel.

—El suyo no, sin embargo, ¿no es así? —El inspector blandió el pedazo de papel ante él—. Le pedimos a la policía metropolitana que comprobara la dirección que dio Paul Bradley, y resulta que solo se trata de una serie de encerronas. No parece que el misterioso señor Bradley exista, después de todo.

La detective que antes permaneciera en silencio se inclinó de pronto y le preguntó muy seria, como si quisiera ayudarlo, como si fuera una terapeuta o una orientadora:

—¿Eran amantes usted y Richard, Martin? ¿Tuvieron una trifulca?

—¿Una trifulca?

—¿Una discusión que se les fue de las manos, que se volvió violenta? ¿Estaba celoso de que usted hubiese ido a un hotel con otro hombre?

—No pasó eso. ¡No pasó nada de eso!

Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Deseó que la gente dejara de hacerle preguntas.

—O deje que lo exponga por usted —sugirió amablemente el inspector Sutherland—: se vio involucrado en un triángulo amoroso gay que acabó pero que muy mal.

Los padres de Richard Moat habían acudido desde Milton Keynes para identificar a su hijo. Richard tenía un repertorio entero en su número de chistes sobre sus padres: sobre su política, su religión, su mal gusto. Ninguna de las cosas que decía de ellos en el escenario parecía guardar relación con la pareja destrozada y apabullada que apareció para llorarlo en la morgue de la policía. Como los agentes se resistían a exponer a los Moat a todo el espanto de lo que le había ocurrido a su hijo, habían liado aún más las cosas al enseñarles el Rolex que Richard le había cogido a Martin. Habían llorado de alivio porque «sin duda no era de Richard».

Le enseñaron el reloj a Martin y dijo que sí, que era suyo (tenía el cristal agrietado y trató de imaginar cómo habría ocurrido), y el señor Moat exclamó:

—¡Ya lo ven, ahí lo tienen! —señalando a Martin como si eso probara que él era el muerto y no su hijo.

Richard Moat parecía haberse apropiado de todo lo que le pertenecía, incluida su identidad.

—Podríamos esperar los datos del registro dental —murmuró Sutherland con su implacable educación—, pero eso llevaría cierto tiempo y todo el asunto se ha vuelto muy... confuso.

Martin supo que le estaba pidiendo que se ofreciera voluntario para reconocer a Richard, y en realidad no vio cómo podía no hacerlo. «Sé un hombre». Haz por los demás lo que desearías que hicieran por ti. Los mansos heredarán la tierra. Quería que Sutherland tuviese buena opinión de él, de modo que tras considerables instrucciones —«Tiene que prepararse para un *shock*» y «las heridas son muy desagradables»— lo condujeron a la pequeña habitación que no solo olía a antiséptico sino también a algo dulce y desagradable y allí, bajo una sábana blanca, se hallaban los maltrechos restos de Richard Moat. No estaba ni mejor ni peor de lo que había imaginado. Sencillamente distinto, y de algún modo artificial, como si lo hubiesen maquillado para una película —le vino a la cabeza el vídeo *Thriller* de Michael Jackson—, pero era definitivamente Richard. No había la menor duda. Esperaba verse abrumado por el espanto, se preguntó si vomitaría o se desmayaría, pero no sucedió ninguna de esas cosas; tan solo se sintió agradecido de que fuera

Richard Moat quien yacía ahí y no él. Después de todo, le habían pasado cosas peores que tener que contemplar el cadáver de Richard Moat.

—Ha tenido suerte de no estar en su lugar —comentó Sutherland.

—No me lo explico —repuso él, perplejo—. ¿Quién me identificó a mí en lugar de a Richard Moat? ¿Quién identificó a Richard Moat en mi lugar?

Dependía de cómo se mirase, supuso.

—Creo que fue su hermano, señor Canning —contestó Sutherland.

—¿Mi hermano?

¿Su propio hermano se había equivocado al identificarlo? De algún modo, eso lo decía todo sobre qué andaba mal en su relación.

Sutherland se dio unos golpecitos en la muñeca. Martin se preguntó si se trataría de alguna clase de gesto masónico, pero el inspector dijo:

—El reloj, le enseñamos su reloj, Martin. Fue una identificación informal, habríamos acabado por saber la verdad.

—Será mejor que lo llame por teléfono —dijo él.

—Probablemente.

Había resultado una conversación bastante extraña («No estoy muerto, Chris, la policía cometió un error») y no había ido bien. Christopher aún estaba en el coche de camino a casa.

—Estoy cruzando Haddington —había dicho, como si su situación geográfica fuera relevante—. Espera un segundo, no llevo el manos libres. —Siguió algo así como un manoseo, una imprecación que pareció indicar que se le había caído el teléfono, ruidos como si buscara algo a tientas, y finalmente añadió—: No querrás que me pare un puto policía.

Martin se preguntó si Sutherland, sentado al otro lado del escritorio, habría oído ese insulto.

Christopher procedió entonces a experimentar todo un abanico de emociones: incredulidad, *shock*, decepción, y por fin soltó un irritable: «Joder, Martin, por el amor de Dios», como si él hubiese cometido alguna clase de travesura desquiciada. Supuso que su hermano se había pasado las dos o tres horas previas de duelo acostumbrándose a la idea de estar en posesión de sus derechos de autor durante los próximos setenta años, por no mencionar la casa de Merchiston.

Gracias a Dios que no habían llamado a su madre a Eastbourne. Trató de imaginar cómo habría reaccionado ante la noticia de su muerte. Supuso que no habría quedado demasiado impresionada.

El anónimo empleado civil volvió al teléfono y Clare puso los ojos en blanco ante la noticia de que seguía habiendo problemas para encontrarle una habitación en que

pasar la noche.

—Quién iba a pensar —dijo, una frase que por lo visto no hacía falta completar. Martin exhaló un suspiro.

—Creo que conozco un sitio en el que habrá habitaciones disponibles.

—Se ha armado un poco de lío con todo esto, ¿no? —comentó Clare alegremente—. Ha salido en los periódicos, ¿sabe? Su muerte.

—Mi muerte —repitió.

Se había dictaminado su muerte. Se anuncia un asesinato. Era como si un hechicero le hubiese echado una maldición, condenándolo a la invisibilidad o la muerte. ¿No era eso lo que pasaba? El hechicero te decía que ibas a morir y eso hacías, más por el poder de la sugestión que por cualquier capacidad por su parte de hacerte un maleficio, pero los medios eran discutibles cuando el resultado era seguro.

Le pidió a Clare que parasen en un quiosco en George Street. Una cosa buena de estar en un coche de policía, quizá la única cosa buena, era que podían detenerse donde quisieran.

—«Escritor de la zona asesinado» —leyó en voz alta del *Evening News* cuando volvió a subir al coche, y añadió—: La información sobre mi muerte se ha exagerado mucho.

—Bueno, pues sí —repuso ella extrañada—, porque en realidad no está muerto, ¿no?

—No, no lo estoy —admitió.

Había una fotografía bajo el titular. Parecía alguna clase de instantánea de mala calidad, tomada en vacaciones; no recordaba haberla visto antes y se preguntó de dónde demonios la habrían sacado.

El tráfico los obligó a detenerse delante de la Asamblea, donde un cartel que anunciaba una gala benéfica de Amnistía todavía lucía el nombre de Richard Moat, en letra pequeña al final del programa.

Clare aprovechó la oportunidad para echarle un vistazo al periódico.

—Es usted famoso —comentó con cierto tono de sorpresa—. «Alex Blake, cuyo nombre real era Martin Canning, se formó para el sacerdocio antes de convertirse en profesor de estudios religiosos» —prosiguió Clare— «... y se dedicó a la escritura de forma muy tardía».

—Nunca fui sacerdote —explicó—, es una información errónea. Y no me parece que cuarenta y dos sea una edad muy tardía, ¿no cree?

Clare no dijo nada, tan solo esbozó esa compasiva sonrisa suya. Martin se preguntó cuántos años tendría; parecía tener unos doce. Abrió una cajita de Minstrels que había comprado en el quiosco y se vertió unos cuantos en la palma.

—¿Qué clase de libros escribe? —quiso saber ella.

—Novelas.

—¿Qué clase de novelas?

—De crímenes —repuso él.

—¿De verdad? Qué ironía, ¿no? Que la ficción sea más extraña que la verdad y todo eso. —Volvieron a arrancar para abrirse paso entre el denso tráfico hasta el siguiente paso cebra, donde una fila al parecer interminable de gente pasó ante ellos —. Van despacio a propósito, les da una falsa sensación de poder, pero la conclusión es que yo voy en coche y ellos a pie. «Autor de siete novelas basadas en la detective privada Nina Riley» —continuó leyendo, implacable—. Está bien que tenga una mujer como heroína. ¿Es un verdadero mujerón?

Martin consideró la cuestión. Le gustaba la idea de que Nina Riley fuera un mujerón; eso la situaba por encima del mundo de *tweed* y perlas de la posguerra y la volvía más dinámica. Sabía pilotar un avión y escalar montañas, había conducido un coche de carreras, practicaba la esgrima, aunque sus oportunidades para empuñar la espada eran pocas y no muy frecuentes, incluso en los años cuarenta. «Ese tipo se nos va a escapar, Bertie. Necesito un arma... ¡pásame ese palo de hockey!».

—Bueno, a su manera, sí, supongo que lo es.

—O sea que se gana la vida con eso —dijo Clare.

—Sí, mejor que la mayoría de gente. Soy afortunado. ¿Lee usted mucho? —añadió, en un intento de apartar la conversación de sí mismo.

—No tengo tiempo.

Clare rio. Él no consiguió imaginar un mundo en que no hubiese tiempo para leer.

—Su agente, Melanie Lenehan... guau, vaya trabalenguas, comentó al respecto: «Es una tragedia en todos los sentidos de la palabra. Martin estaba empezando a disfrutar de los frutos de su espectacular éxito. Estaba dando lo mejor de sí al escribir».

Le produjo una punzada de decepción que Melanie no se hubiese molestado en decir otra cosa que lugares comunes, que no se le hubiese ocurrido nada mejor. O quizá era lo que pensaba que Martin merecía.

Clare lo acompañó a Los Cuatro Clanes y accionó la campanilla de latón en el mostrador. Martin empezaba a advertir que si algo tenían los policías era que se comportaban como si no tuvieran que pedir permiso, porque así era, por supuesto. Paul Bradley había hecho gala de la misma autoridad. Era para ellos algo natural y no adquirido; esa gente no se pasaba la vida disculpándose.

Una mujer salió a regañadientes de la habitación en el fondo de la recepción. Se quitó una miga de la comisura de la boca y les dirigió a los dos una mirada de pocos amigos. Era corpulenta y el traje nada favorecedor y el severo peinado, por no mencionar su conducta, le recordaron a los de una celadora de prisión (o más bien a la imagen que él tenía de una celadora, pues nunca había visto una en la vida real. Todavía no, al menos). Llevaba una chapa en que se leía «Maureen», pero se la veía

demasiado formidable para dirigirse a ella con tanta intimidad. En la habitación de atrás, vislumbró una mesa sobre la que había un manoseado ejemplar del *Evening News* y un plato con un sándwich a medio comer. Incluso desde allí leyó el enorme titular, ESCRITOR DE LA ZONA ASESINADO, y vio sus propias facciones granulosas en la fotografía.

«Maureen» lo inscribió en el registro, sin inmutarse ante el hecho de que lo acompañara una agente de policía. No se mencionó cómo iba a pagar la cuenta. La mujer le tendió la llave de su habitación como si fuera un prisionero al que se le permitía encerrarse en su propia celda.

—Bueno, yo ya me voy, entonces —dijo Clare—. Buena suerte, con los libros y... con todo.

En el cansino camino escaleras arriba, Martin reparó en el ojo del ciervo. Lo miraba en silencio, con una expresión de taciturna indiferencia en las mohosas facciones.

Capítulo 30

—¡Asesinado, Jackson! —exclamó Julia, su rostro una pantomima de espanto con los ojos como platos, pero no pudo evitar que se le notara el entusiasmo en la voz.

—¿Asesinado? —repitió Jackson.

—Ayer estaba comiendo con Richard Moat, y hoy está muerto. Dios se fijó en él, y ya está... la palmó.

Pronunció «la palmó» con un acento cockney a lo Dick Van Dyke. Parecía estar del todo eufórica en comparación con aquella mañana.

—La policía ha estado por aquí interrogando a todo el mundo. Asesinado, Jackson —volvió a decir, saboreando la palabra.

Estaban de pie en la puerta de la sauna que pasaba por camerino femenino en el local de ensayo de Julia y en la que había también actrices de otra obra, la mayoría en ropa interior. Jackson intentaba no mirar. Se sentía como si estuviera entre bastidores de un espectáculo de *striptease*, aunque uno para intelectuales en el que la gente decía cosas como «No puedo creerlo, ayer estuvo haciéndome sombra toda la función». La propia Julia se había quitado el traje de saco, pero aún vacilaba, como si no quisiera dejar atrás el mundo del espectáculo.

—Dijiste que habías ido a tomar una copa con él —repuso—, no que hubieseis comido juntos.

—¿Importa acaso? —preguntó ella frunciendo el entrecejo.

—Bueno, ahora ya no —respondió.

—¿Qué quieres decir con que «ahora ya no»? ¿Habría importado si siguiera vivo? —La voz ronca de Julia adquirió un tono agudo y más teatral. Podría haber actuado ante un público que abarrotara el Albert Hall sin amplificación de haber querido—. Yo tomé un panecillo con queso, él pasta, no fue lo que se dice un cunnilingus.

Todas las actrices en ropa interior se volvieron para mirarlos.

—Por favor —dijo él entre dientes.

¿Cuándo se había vuelto tan complicada su relación? ¿Había pagado Richard Moat la comida? En esta vida no hay nada gratis, excepto para los peces más gordos.

—Y ¿cómo estás, Julia? —ironizó ella—, ¿cómo ha ido el preestreno?

—Lo siento —respondió Jackson—. ¿Cómo ha ido el preestreno?

—No quiero hablar de eso.

—¿Otro preestreno? ¿Esta noche? —exclamó él.

—Bueno, Dios sabe que nos hace falta —explicó Julia, y le dio una fuerte calada al cigarrillo que le produjo un feo acceso de tos.

Estaban de pie en la calle delante del local de ensayo. Hacía poco más de veinticuatro horas, Jackson había visto al hombre del Honda intentar matar al tipo del Peugeot en ese mismo sitio.

—Te lo he dicho esta mañana —dijo distraídamente Julia cuando sus maltrechos pulmones se hubieron recuperado del ataque de tos.

—Esta mañana no te he visto —replicó.

—Es que no me escuchas —repuso ella; qué extraño oírle decir algo tan propio de una esposa.

—No es que no te escuche. Es que no te he visto. Estaba en prisión.

—Pero ¿vas a venir al preestreno? ¿No tienes otros planes?

Él exhaló un suspiro.

—No, no tengo otros planes. ¿Y ahora? Podríamos ir a tomar algo. ¿Qué tal un té?

Seguro que reaccionaría ante esas palabras.

—Es demasiado tarde para tomar el té —respondió ella enfadada.

Le tembló el párpado izquierdo y le dio otra larga calada desesperada al cigarrillo.

—Y Tobias está a punto de darnos notas con sus impresiones.

—Siempre estáis con esas impresiones —refunfuñó Jackson.

—Bueno, pues menos mal que las tenemos —saltó Julia—, porque desde luego necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

Aplastó la colilla con la suela de la bota. Llevaba unas botas negras de cordones y tacón alto que a Jackson le provocaban pensamientos poco puros sobre institutrices victorianas.

—Lo siento —dijo Julia, arrepintiéndose de pronto y apretándose contra él.

Jackson sintió que se le aflojaba todo el cuerpo, como si hubieran cortado los hilos de una marioneta, y le apoyó la barbilla en la cabeza. Estaba más alta que de costumbre por las botas. Ambos dejaron los brazos en los costados, para apoyarse tan solo uno contra el otro como dos personas desequilibradas que intentaran sostenerse mutuamente. Olió su perfume, uno intenso con aroma a canela que no había llevado antes. Advirtió por primera vez que sus pendientes eran pequeños pensamientos de porcelana. Tampoco le parecía haberlos visto antes. Tenía el cabello enmarañado como siempre, hasta podía imaginar pájaros anidando en él. No le sorprendería que, una tarde, una bandada de grajos volviera para posarse allí. («¿No sería maravilloso?», decía Julia). Un palillo que, en un triunfo de la creatividad sobre la física, parecía estar sosteniendo todo el edificio del cabello en su sitio casi le sacó un ojo.

Había un cartel en la pared tras ellos de *Buscando el Ecuador en Groenlandia*. Se veía a Julia tendiendo la mano hacia el público de una forma que según ella era suplicante, pero que a él le parecía juguetona. Las caras del resto de miembros del reparto se apilaban en una especie de pirámide alrededor de ella, de una forma que, por desgracia, recordaba a Queen en el vídeo de *Bohemian Rhapsody*. Estaba pegado junto a uno de «VIAGRA CÓMICA PARA LA MENTE» de Richard Moat. Alguien había empuñado un rotulador y garabateado «Cancelado» sobre su cara.

Julia se separó un paso de él y dijo:

—El preestreno debería acabar a las nueve, aunque esta tarde nos hemos pasado de tiempo. Seguramente iremos a cenar algo, y luego a tomar una copa. Ven con nosotros, ayúdanos a lamernos las heridas.

Él deseó que estuviera en una obra buena, una que pudiera acabar estrenándose en el West End.

Tuvo una idea súbita y horrorosa.

—No irá a venir tu hermana la noche del estreno, ¿verdad?

—¿Amelia?

Fue extraño que dijese eso, como si todavía tuviera varias hermanas, como si Olivia y Sylvia aún estuviesen vivas. Quizá todavía estaban vivas para Julia.

—Sí, Amelia.

—No. Le dije que viniera más adelante, cuando la obra esté un poco rodada. De todas formas no le gustará, no es su estilo. A ella le gustan Shakespeare, Ibsen, Chéjov. Pienso que debería venir a pasar unos días. Estaría bien, ¿verdad?

—No sabes las ganas que tengo.

—No seas así, Jackson. Amelia es todo lo que me queda.

Jackson se abstuvo de decir lo obvio, «Me tienes a mí», no fuera a provocar más discusiones.

—Oh, casi me olvido —dijo Julia, animada de pronto (¿cuándo había empezado tener esos repentinos cambios de humor?).

Hurgó con la mano en el interior de su enorme bolso y sacó un surtido de quién sabía qué antes de encontrar lo que andaba buscando.

—¡Entradas gratis! —exclamó con una alegría forzada.

Cuando Jackson no hizo ademán de cogerlas, se las puso en la mano.

—¿Con quién has comido para conseguirlas? —quiso saber.

¿Por qué no podía mantener la boca cerrada? Había querido que pareciera un chiste (no muy bueno, había que reconocerlo), pero acabó sonando ofensivo. Pese a ello, Julia rio y dijo:

—Oh, cariñito, he tenido que follarme a dos payasos y un elefante para conseguir estas entradas. El circo, Jackson, son entradas para el circo, las daban gratis, para atraer clientes; me las dio un chaval del circo. Será una buena distracción. Ve. Revive la infancia que nunca tuviste.

—Un daiquiri con lima y un Glenfíddich, por favor —le dijo Jackson al barman.

Era un agradable *pub* a la antigua, sin música ni tragaperras, con mucha madera brillante y vidrieras. Él no era bebedor de *whisky* por naturaleza, y sin embargo parecía haber tomado un montón desde que llegó. Debía de haber estado en su sangre escocesa todo ese tiempo, llamándolo.

—Y sin embargo, ¿no habías estado nunca en Escocia? —comentó Louise Monroe—. Es extraño, ¿no te parece? ¿Crees que estás evitando algo? ¿En el sentido

psicológico?

Nada de charla intrascendente, se dijo Jackson, nada de todo ese proceso de llegar a conocerse hurgando en el pasado del uno y del otro: «Estuve en Francia de vacaciones», «Oh, ¿en qué parte?», o «¿Te gusta la música *country*? Qué coincidencia, a mí también». En lugar de eso, iba derecha al grano: «¿Tienes problemas psicológicos? ¿Estás evitando algo?».

—No lo sé —respondió—. ¿Y tú? ¿Estás evitando algo?

—Respondes a una pregunta con otra pregunta —repuso Louise como si hubiera fallado una prueba—. Pero la psicopatología que supone es interesante, ¿verdad?

—Esas son palabras mayores —opinó él—. Así que eres guapa y lista, ¿eh?

—Puede que te comportes como un idiota, pero no eres estúpido.

Jackson se preguntó si se suponía que eso era un cumplido.

—Da igual, ¡salud! —exclamó ella entonces, y dio un buen trago de su daiquiri con lima.

—Muerte al rey y al tirano —contestó él.

Tuvo la impresión de que un daiquiri era la clase de bebida que había que tomar a sorbitos. Evitaba los cócteles por si venían cargados con sombrillitas y empalagosas guindas en palillos, pero el daiquiri parecía limpio y apetitoso.

—Pruébalo —dijo Louise ofreciéndole la copa, y él quedó horrorizado ante la repentina intimidación de aquel gesto.

Había crecido en una casa mezquina, en la que tendían a robarse comida del plato los unos a los otros, no a ofrecerla de buen grado. Aún podía ver a su hermano Francis guiñándole el ojo mientras le birlaba una salchicha del plato a su hermana, para recibir un sopapo de Niamh como recompensa. Julia, en cambio, compartiría cosas con un perro, y siempre andaba metiéndole tenedores y cucharas en la boca —«prueba esto», «cómete esto»—, lamiéndose los labios, chupándose los dedos; nunca había conocido a nadie para quien la línea entre la comida y el sexo fuera tan fina. Las cosas que era capaz de hacer con una fresa bastaban para que un hombre adulto se sonrojara. Tuvo una súbita visión de ella con el disfraz de Nell Gwynn, ofreciéndole los pechos al fotógrafo, las naranjas son la única fruta. Él había visto la película en televisión, Julia había leído el libro, esa era la diferencia entre ellos. Tenía un pequeño espacio entre los dos incisivos que le provocaba un ligerísimo ceceo. Era extraño: siempre había sido consciente de que era así y sin embargo nunca había pensado en ello en realidad.

—No, no te preocupes —le dijo a Louise Monroe, levantando su vaso para mostrar que estaba satisfecho con su copa.

—No te estaba ofreciendo que intercambiáramos ADN —respondió ella.

—No he pensado que lo estuvieras haciendo.

El *pub* estaba en una calle que daba a la Royal Mile, cerca de las oficinas de Favores.

—Veo que ha encontrado el núcleo metafísico ennegrecido de hollín, apestando a

whisky y rezumando sangre, del quiste que fue Edimburgo —había soltado Louise Monroe al encontrarse con él en el callejón de adoquines.

—Así es —dijo él.

Podía hablar de forma bastante farragosa cuando se lo proponía. Como Julia. Por fin había conseguido localizar a Louise Monroe por teléfono, y ahora ella solo fue capaz de decirle:

—Debería haberme llamado antes de venir aquí. Oh, no, espere un momento, usted no es policía, ¿verdad? No debería haber venido aquí, para empezar.

—No podía localizarla, no me dio su número de móvil.

—Bueno, estoy aquí ahora, y ¿qué estoy buscando exactamente? Veo lo que parece una sauna de mala muerte que alberga una producción condenada al fracaso de *El círculo de tiza caucásico*.

—Mierda —soltó Jackson mirando fijamente la entrada.

Ya no había ningún cartel en que se leyera «favores, importación y exportación», ningún cartel que dijera nada en absoluto. No había timbre, no había cámara. La puerta seguía ahí, comprobó con alivio, de modo que no había entrado en un universo paralelo, y al empujarla Louise Monroe se abrió con un chirrido teatral que habría hecho sentirse orgulloso a un profesional de efectos de sonido. Subieron por las escaleras. Si fueran estadounidenses habrían sacado ya las pistolas, se dijo, pero siendo como eran una escocesa y un medio escocés, no tenían nada con que defenderse aparte de su ingenio.

—El primer piso —susurró Jackson.

—¿Por qué habla en susurros? —preguntó Louise con un tono de voz que resonó en toda la escalera—. Pensaba que había dicho que eran una agencia de limpieza.

—Lo son —repuso—. Algo así.

—¿Algo así?

—No, lo son, seguro —insistió Jackson—. Quiero decir que las he visto limpiando: fregando, pasando el aspirador, esa clase de cosas. Llevan uniformes rosas. —Tuvo una visión del trasero de Marijut moviéndose rítmicamente y la descartó de inmediato—. Es solo que pasa algo... raro con esta gente. No sé. Muchas empresas de limpieza industrial contratan a exconvictos, ¿sabe?; quizá haya alguna relación. Las chicas que vi en Morningside eran sin duda empleadas de limpieza legales. Creo haber visto la foto de la chica muerta en su base de datos.

Aquel sitio estaba abandonado: no había ningún ordenador, ni archivador ni escritorio. El ama de llaves y la recepcionista habían recogido los bártulos y se habían largado. Casi parecía que el local no hubiese estado ocupado nunca. En la moqueta barata de contrata, ligeramente pegajosa al pisarla, la pintura descascarillada y las ventanas sin limpiar no había rastro alguno de que un par de horas antes hubiese habido allí una empresa. Olía un poco a rancio y a podrido.

—Y ¿qué base de datos era esa? —susurró Louise Monroe, mirando el espacio vacío alrededor—. ¿La que hay en ese ordenador invisible de ahí?

—No lo entiendo —refunfuñó Jackson.

Vislumbró algo en la moqueta, una minúscula muñeca de madera pintada, apenas mayor que un cacahuete. La recogió y la inspeccionó, y Louise Monroe dijo:

—Necesita gafas, no debería ser tan presumido.

Hizo caso omiso del comentario.

—¿Qué es esto? —preguntó, sosteniendo la muñequita para que la viera.

—Es de uno de esos juegos de muñecas rusas —respondió ella—, las que se meten unas dentro de otras. Matri no sé qué.

—¿*Matrioshkas*?

—Eso.

—Esta no se abre —dijo Jackson.

—Es que es la última. La pequeña.

Jackson se metió la muñeca en el bolsillo. Hacía menos de dos horas que había estado allí: ¿cómo podían haber liado el petate para escabullirse sin dejar rastro? No, sí que habían dejado un rastro: vio algo en el alféizar de la ventana. Una tarjeta rosa, «FAVORES, ¡HACEMOS LO QUE QUIERAS QUE HAGAMOS!». Se abalanzó sobre ella y la sostuvo en alto para que Louise Monroe la viera.

—Mire —dijo con expresión de triunfo—. No me lo he inventado.

—Ya lo sé —respondió ella sacándose una tarjeta idéntica del bolsillo—. *Tengui*.

—¿De dónde la ha sacado?

—Del cuerpo de una prostituta muerta.

—¿Muerta? ¿Quiere decir asesinada?

—No, sobredosis. Nada criminal, aparte de tráfico de drogas, prostitución, explotación económica e inmigración ilegal, por supuesto. No es mi caso —añadió encogiéndose de hombros como si no le importara.

Jackson estuvo bastante seguro de que no era así.

—Dos chicas muertas aparecen en veinticuatro horas —comentó—, ¿y ambas con estas tarjetas encima? ¿Qué le dice eso?

—Las tarjetas son lo único que las relaciona.

—Pero es suficiente —insistió—. Me apuesto lo que quiera a que la agencia de limpieza es una tapadera, quizá una forma de meter chicas en el país, quizá escogen a las más vulnerables, les quitan el pasaporte, amenazan a gente que han dejado en su país. Ya sabe qué clase de cosas pasan, por el amor de Dios. Hay una conexión entre las dos chicas, tiene que haberla. Conduce a este sitio.

—Podría tratarse tan solo de una coincidencia.

—Está haciendo de abogado del diablo. Y no creo en las coincidencias —dijo él—. Una coincidencia no es más que una explicación en ciernes.

—Cuánta sabiduría en alguien tan insensato, y me gustaría recordarle una vez más que usted no es policía y este no es su caso.

—No, es su caso.

La frustración estaba empezando a ganarle la batalla.

Deseó haberle puesto un par de esposas al «ama de llaves» y haberla amarrado al objeto pesado más próximo. Ojalá hubiese podido sujetar a su chica muerta a una boya o ponerle un cepo a la furgoneta rosa aquella tarde, o haber detenido a Marijut, cualquier cosa que le hubiese proporcionado una prueba inamovible en lugar de ese espejismo cambiante. Se sentía como si tratara de agarrarse en el agua.

—Ayudaría que usted me creyera —afirmó, sonando más patético de lo que pretendía.

Le pareció posible que Louise se pusiera borde con él (otra vez), pero lo que hizo fue dirigirse a una de las mugrientas ventanas y contemplar la vista: la pared de piedra de enfrente. Luego exhaló un suspiro y dijo:

—Bueno, el sol ya está bajo en el horizonte y yo ya no estoy de servicio. Y quiero una copa.

—¿De verdad te gusta la música *country*? —dijo Louise Monroe con cierta reserva —. ¿Mujeres de buen corazón y hombres de vida disipada y todo eso?

—Bueno, no todo es así.

—¿Y vives en Francia?

Más parecía un interrogatorio que una conversación. Se dijo que prefería que formulara dudas sobre su «psicopatología» y lo llamara idiota.

—Nunca he estado en Francia —reconoció Louise.

—¿Ni siquiera en París?

—No, ni siquiera en París.

—¿Ni siquiera en Disneylandia?

—Dios, no he estado en Francia. ¿Vale?

—Vale. ¿Quieres otra?

—No, gracias, tengo que conducir. No debería haber bebido nada.

—Pero lo estás haciendo.

La conversación, tras la mutua decisión de hablarse de tú, se había limitado a una neutralidad casi masculina, aunque Jackson había admitido un divorcio y ella se había encogido de hombros y confesado:

—Nunca me casé, nunca le vi sentido.

Él se había enterado de que le gustaban los Saab, de que había llegado a inspectora por la vía rápida, «pasando por encima de los cadáveres que me encontraba en el camino», de que llevaba lentillas («Deberías probarlas»). Pero entonces preguntó de pronto:

—¿Hay alguien en tu vida?

—Julia. Es actriz —respondió.

Notó que sonaba a disculpa, como si una actriz fuera algo de lo que avergonzarse (que a menudo lo era). De no habérselo preguntado Louise, ¿le habría confesado que tenía a Julia? La triste y masculina respuesta era que no.

—Está en una obra en el festival.

—¿Cómo es Julia?

—Es actriz.

—Eso ya lo has dicho.

—Ya lo sé, pero de algún modo la describe. No sé, es bajita, es optimista. Normalmente —añadió.

—La descripción que hiciste de un cadáver fue mejor —dijo Louise.

—No es fácil explicar cómo es Julia —repuso mirando los posos de su *whisky* como si la clave estuviese ahí. Era imposible describir a Julia, para entenderla había que conocerla—. Es... muy suya.

—Pues eso es algo bueno, ¿no? —comentó Louise.

—Si, supongo que sí —respondió él.

Y sin embargo no tenía la sensación de que lo fuera. Ese era el problema, por supuesto. Empezaba a gustarte alguien por cómo era y acababas queriendo que fuera diferente.

Le gustaba Louise porque era rebelde y cínica y estaba segura de sí, pero que les dieran unos meses y esas serían precisamente las cosas que lo sacarían de quicio. «Que les dieran unos meses», ¿en qué estaba pensando?

—Bueno, gracias por la copa —dijo de pronto Louise Monroe levantándose y poniéndose la chaqueta—. Tengo que irme.

Se habría ofrecido para ayudarla con la chaqueta, pero no supo si le gustaría. Lo que sí hizo fue mantenerle la puerta abierta. Su madre le había inculcado modales, en general a base de cachetes. «Siempre tienes que abrir la puerta, siempre tienes que ofrecer tu asiento. Ningún caballero dejaría que una dama anduviese por la parte de fuera de la acera». La habían criado en una parte atrasada de Irlanda en la que ni siquiera había aceras, pero no quería que sus hijos crecieran para ser como el padre de ambos. Jackson nunca había acabado de entender lo de la parte de fuera de la acera. («Para que te mueras tú primero si un carruaje de caballos pierde el control y se desvía, por supuesto», había explicado Julia).

Recorrió High Street con Louise. Cuanto más avanzaban, más juguistas encontraban, además de todos los sospechosos habituales: tragafuegos, malabaristas, equilibristas en monociclo, o cualquier combinación de los tres. Un tipo montado en un monociclo y haciendo malabares con antorchas llameantes llevaba la cosa hasta límites insospechados. Había una mujer que fingía ser una especie de estatua viviente de María Antonieta. ¿De verdad era ese un trabajo adecuado para una mujer? ¿Para cualquiera, ya puestos? ¿Cómo se sentiría si Marlee creciera y anunciara que quería dedicarse a eso?

—Oh, no sé —dijo Louise Monroe—; no me vendría mal eso de no hacer absolutamente nada en todo el día.

—No es tan fantástico como lo pintan, créeme.

Titubearon unos instantes al llegar a un cruce unos momentos, incómodos, como

si ninguno de los dos supiera muy bien cómo despedirse. Por un engañoso instante, Jackson creyó que ella iba a darle un beso en la mejilla. Una mitad de él deseó que lo hiciera, la otra se sintió aterrada con la idea; el Jackson bueno y el Jackson malo que mantenían una pequeña pelea. Pero ella dijo:

—Bueno. Te avisaré si pasa cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Tu chica.

«Su» chica muerta, caviló él. Era su chica, para bien o para mal; nadie más la quería para sí, decir que era suya o siquiera reconocer su existencia.

—Bueno, buenas noches —dijo Louise.

—Supongo que no querrás ir al circo, ¿no?

Capítulo 31

Martin se alojaba en una habitación distinta de Los Cuatro Clanes. Estaba tendido en la cama, tratando de dormir un poco. Su cuerpo estaba agotado pero su cerebro había descubierto por lo visto una fábrica secreta de anfetaminas y se estaba poniendo morado de pastillas. La imagen en la pared de enfrente era un grabado de Burke y Hare, los vendedores de cadáveres, sorprendidos en el acto de desenterrar un cuerpo, y que casi conseguía superar a la bruja en llamas de la habitación anterior. Se incorporó hasta quedar sentado y se volvió para ver qué pendía sobre la cama. La batalla de Flodden Field, con la masacre de escoceses en pleno auge. Veinticuatro horas antes ni siquiera sabía que Los Cuatro Clanes existiera, y ahora parecía contener su vida entera entre sus paredes de tartán. Le estaban lavando el cerebro a base de cuadros escoceses.

Encendió el televisor y pilló un informativo de la tarde con las noticias de Escocia. «El cómico Richard Moat... apaleado hasta morir... casa del escritor de novela policíaca Alex Blake... con anterioridad en una extraordinaria confusión... la vida recluida del escritor Alex Blake, cuyo nombre real era... un portavoz de la policía del sureste de Escocia dice que han hecho un llamamiento para que aparezcan testigos del asesinato... la zona de Merchiston en Edimburgo». Apagó el televisor.

No llevaba ningún libro, ni su portátil, por supuesto, de modo que no podía leer o escribir. No había advertido cuántas horas de su vida invertía en esas dos actividades. ¿Cómo se las apañaría si se quedaba ciego? Al menos si perdía la vista podría conseguirse un perro lazarillo; todo tenía su lado bueno, una esperanza en la forma de serviciales labradores y nobles pastores alemanes ansiosos por ser sus ojos. ¿Y si se quedaba sordo? Para los sordos también tenían perros, pero no estaba seguro de qué hacían. Probablemente tirarte un montón de la manga mientras dirigían significativas miradas a las cosas.

Le sonó el teléfono y escuchó el sonoro acento dublinés de su agente.

—¿Estás muerto, Martin? —quiso saber—. ¿O no lo estás? Me gustaría que lo decidieras de una vez, porque estoy teniendo que sortear un montón de preguntas.

—No estoy muerto —repuso—. En las noticias de la televisión han dicho que llevo una vida recluida. ¿Por qué diantre dicen algo así? Yo no soy un recluso, no llevo una vida recluida.

—Bueno, no tienes lo que se dice un montón de amigos, Martin. —Melanie bajó la voz como si hubiera más gente con ella en la habitación y añadió—: ¿Lo mataste tú, Martin? ¿Mataste a Richard Moat? Ya sé que siempre decimos que no hay publicidad que no venga bien, pero la del asesinato es una línea que en realidad no puedes cruzar. ¿Sabes qué te estoy diciendo?

—¿Por qué demonios iba yo a matar a Richard Moat? ¿Qué te hace pensar una cosa así?

—¿Dónde estabas cuando murió? —quiso saber Melanie.

—En un hotel —contestó.

—¿Con una mujer? —preguntó ella con tono de sorpresa.

—No, con un hombre.

Lo dijera como lo dijese, no iba a sonar bien. No consiguió imaginar qué diría Melanie si le contaba lo de la pistola. La pistola se había convertido en un secreto culpable que llevaba consigo por ahí. Debería habérselo contado a la policía y haber atajado con energía y audacia su incredulidad, pero pasar la noche con un asesino armado no parecía una coartada muy buena.

—Jesús —dijo Melanie—, ¿tienes un abogado, Martin? —Dejó pasar lo que claramente le pareció un intervalo decente de tiempo antes de añadir—: Bueno, y ¿qué tal va el libro?

¿De verdad pensaba que estaba escribiendo mientras pasaba todo eso? Habían asesinado a alguien, a alguien que conocía, en su propia casa. Había pedacitos de sesos en su mesita del café.

—Un antídoto —repuso Melanie—, el arte puede ser un antídoto para la vida.

Nina Riley difícilmente era arte. «Esto es sensacional, Bertie, deberíamos pensar en hacer un crucero más a menudo. Ahora todo lo que tenemos que hacer es probar que nuestro finísimo ladrón es en realidad una mujer, Maud Elphinstone, y que el nombre que figura en su partida de nacimiento es Malcolm Elphinstone». Era, había que admitirlo, pura basura.

—¿Sigues ahí, Martin? Ya sabes que mañana tienes la feria del libro, claro. ¿Quieres que vaya contigo y te dé apoyo moral?

—No, no quiero. Voy a cancelarlo.

—Va a despertar muchísimo interés.

—Por eso voy a cancelarlo.

Colgó el teléfono y volvió a mirar fijamente el techo.

Tenía el depósito vacío, no había comido nada desde el día anterior aparte de la cajita de Minstrels que había compartido con Clare en el coche patrulla. Se había pasado buena parte del día sintiendo náuseas por un motivo u otro —la violenta resaca de esa mañana, la sangre derramada en su preciosa casa, la visión de la cara de zombi de Richard Moat—, pero ahora tenía de pronto un hambre atroz. Le habría gustado tomarse un té de lujo, con huevos escalfados de yemas naranjas sobre tostadas calientes con mantequilla. Y sobre la mesa una gran tetera de porcelana y un pastel con forma de tambor, de cerezas de Génova o de nueces escarchadas. Y su esposa haciendo calceta en silencio en algún rincón.

Estaba en una habitación distinta de Los Cuatro Clanes, pero el minibar seguía careciendo de cualquier cosa comestible. La visión de una lata de Irn-Bru acechando en sus entrañas hizo que se le revolviera el estómago. Quería irse a casa. Quería irse a su casa y meterse en su propia cama y taparse la cabeza con la colcha y hacer que

todo pasara, pero nunca pasaría porque eso era un castigo. Y ese castigo no acabaría hasta que su vida entera quedase desmantelada y todos sus pedacitos se hubiesen amasado con un rodillo hasta quedar planos, de forma que nadie sería capaz de volver a ensamblarlos jamás. Un instante era un miembro de la sociedad con todas las de la ley, y con un solo tic de la manecilla del reloj, con una sola vuelta de tuerca, se había convertido en un proscrito. Solo hacía falta el detalle más insignificante. El arco descrito por el bate de béisbol, un cuenco de sopa rusa de col y una muchacha que se soltaba el cabello.

Una chica preciosa de cabello rubio quería encontrarse con él («Marty») en el bar Caviar del Grand Hotel Europe. Se preguntó si, al ser extranjero, ella encontraba algo atractivo en sus titubeos y tartamudeos británicos, si en lugar de aburrimiento veía encanto reticente.

Había llevado al tendero al Grand Hotel Europe a tomar el té, pero el tipo había hecho gran alarde de examinar los pequeños sándwiches y pastelillos y comentar:

—No te dan gran cosa por tu dinero, ¿eh? —Como si pagara él y no Martin.

Había un montón de muchachas por ahí, chicas rusas muy bien vestidas, y el tendero moribundo arqueó las cejas e indicó con la cabeza a una de ellas.

—Ya sabemos qué son, ¿verdad?

—¿Lo sabemos? —repuso él.

El tendero soltó un bufido ante lo que consideró la ignorancia de Martin y esbozó una mueca.

—Las novias de San Petersburgo —explicó, y rio.

Se le había quedado pegada una brizna de salmón en un carnosos labio. Martin se preguntó qué sentido tenía nada en la vida. Estar con el tendero era como hallarse junto a un *memento mori* que andaba y hablaba.

—En realidad, no —le dijo muy serio—. Creo que no son más que jóvenes atractivas, no me parece que sean... ya sabes.

—Sí, pero qué vas a saber tú, Martin —repuso el tendero con condescendencia.

Habían tomado té en el espacio luminoso y aireado de la cafetería, pero el bar Caviar era un sitio más oscuro, más sofisticado con sus vitrales y cobres, al «estilo modernista» ruso.

—Lo llamamos art nouveau —le dijo a Irina.

—*Da?* —repuso ella como si fuera lo más fascinante que le habían dicho nunca.

Incluso ahora, un año después, podía ver las perlas rojas y negras de caviar brillar en sus platitos de cristal de hielo picado. No lo probó; la idea de tomar pescado en sí ya era bastante mala, pero considerar siquiera tomar huevas de pescado le parecía repugnante. Irina no pareció advertirlo, se lo comió todo ella. Tomaron champán, ruso y barato pero sorprendentemente bueno. Ella lo había pedido sin consultarle para luego brindar con él y decir:

—Lo pasamos bien, Marty.

Se había cambiado para la velada: llevaba el cabello recogido y había sustituido las botas por zapatos, pero el vestido era de cuello cerrado y modesto. Quiso preguntarle por qué vendía souvenirs en un puesto en la calle —¿pasaba por tiempos difíciles o lo hacía por vocación?—, pero no fue capaz de comunicarle algo tan complejo.

Se había pasado las horas intermedias entre El Idiota y el Grand Hotel pensando en ese encuentro inminente. Los había imaginado teniendo una agradable charla, con el inglés de ella mágicamente mejorado y sus pocas palabras de ruso transformadas en perfecta fluidez. Debería haber estado con todos los demás en una salida al *ballet* del teatro Mariinski, pero había afirmado tener algún «virus intestinal» cuando el tendero había ido en su busca. El hombre se marchó refunfuñando, pues al parecer un estómago revuelto no era una excusa válida para un hombre que bailaba con la muerte.

Le había preocupado que Irina hubiese malinterpretado la escena, que quisiera cobrarle, pero el hecho de que hubiese pagado ella en la cafetería parecía implicar que no se estaba vendiendo. Quizá quería encontrar marido. A Martin le importaría que así fuera, en realidad. En el centro Saint James, nadie la miraría como miraban a una esposa tailandesa. Con solo mirarla no serían capaces de saber que la había comprado (¿O sí?). «Sí, Irina Canning, mi esposa. Oh, es rusa, ¿sabe? Nos conocimos en San Petersburgo y nos enamoramos. Es una ciudad muy romántica». Ella aprendería inglés, él aprendería ruso. Tendrían niñitos medio rusos, Sasha y Anastasia. Él le proporcionaría lo que quería: seguridad económica, una casa preciosa, niños criados en el próspero Occidente, asistencia sanitaria para una madre anciana, una educación para un hermano menor, y ella a cambio le daría la ilusión de amarlo. Ganancias y pérdidas, bienes y servicios; en eso consistían las cosas, después de todo. Negocios. En algún punto dejaron de tomar champán y empezaron con el vodka. Estaba tan frío que le produjo neuralgia en el cuero cabelludo.

Martin cayó en la cuenta de que estaba borracho. No era bebedor, una copa de buen vino por la noche era su límite, y no tenía cabeza o estómago para champán barato combinado con vodka ruso de más de cuarenta grados. El tiempo empezó a precipitarse en una serie de instantáneas: un instante estaba hurgando en la cartera en busca de los rublos suficientes para pagar la cuenta, y al siguiente estaba en el asiento delantero de un taxi que avanzaba a velocidad aterradora. Se preguntó si lo habrían raptado. Oyó a Irina murmurarle algo en ruso al taxista. Trató de ponerse el cinturón, pero el taxista le gruñó «Nyet» y luego le dijo algo a Irina que la hizo reír.

—No necesario —le dijo a él, como si Martin hubiese insultado sus dotes de conducción.

Martin también rio; había entregado el control de su vida a un taxista ruso chiflado y a una futura esposa rusa.

Experimentó una inesperada sensación de optimismo. Algo iba a ocurrirle, algo

iba a cambiar.

En un cajón de la mesita de noche en Los Cuatro Clanes encontró una carta plastificada con los menús y los teléfonos de los establecimientos de comida a domicilio de la zona. Le rugió el estómago y la acidez le llegó a la garganta. Podía pedir una *pizza* por teléfono, pero supo que cuando llegara tendría el mismo aspecto poco apetecible que en el menú; además, no tenía dinero suficiente para pagarla.

—Salgo un segundito a comer algo —le dijo a la recepcionista.

Sabía que no tenía por qué darle explicaciones de sus movimientos, pero no podía quitarse de encima la agobiante sensación de hallarse bajo custodia en Los Cuatro Clanes. Apenas llevaba dinero encima, pero supuso que podía conseguirse unas patatas fritas o un plato de sopa en algún sitio barato.

—Me alegro por usted —repuso con indiferencia la recepcionista. Tenía una mancha de algo que parecía sangre en el mentón, pero se dijo que era más probable que fuera *ketchup*.

Acabó en un cibercafé con precios baratos. Parecía una anticuada tienda de barrio, solo que pintada de negro y con un letrero en alguna clase de pintura morada fosforescente en que se leía «e-coffee». Dentro, olía a posos de café y vainilla artificial. Pidió una sopa de tomate que sabía a orégano seco y rancio pero que entraba en su exiguo presupuesto.

Rodeado por los ordenadores del cibercafé, volvió a advertir cuánto echaba de menos la constante compañía de su portátil. Le había mencionado su desaparición al inspector Sutherland, que no había mostrado demasiado interés y se había limitado a tomar nota de los detalles. Martin vio que debía de estar muy abajo en su lista de prioridades.

—Parecen haberle pasado muchísimas cosas en las últimas veinticuatro horas, señor Canning —comentó, para añadir entonces alegremente—: Aun así, piense que un día, cuando todo esto haya terminado, podrá escribir sobre ello.

Durante un breve instante, Martin consideró conectarse a internet. Se preguntó vagamente si su muerte habría supuesto alguna diferencia en su puesto en Amazon (podría haber subido o bajado, supuso). Decidió sin embargo no entrar su nombre (o el de Richard) en Amazon o en Google. En realidad no quería encontrar pruebas de su propia muerte diseminadas por toda la red.

Cuando hubo pagado la sopa con el cambio que llevaba en los bolsillos le quedaron sesenta y un peniques. Solo había diez minutos andando hasta su despacho —había hecho el decidido esfuerzo de librarse de las comillas— y se dijo que podía acercarse a echar un vistazo. Quizá al día siguiente podría escapar de Los Cuatro Clanes, comprarse una cama hinchable y acampar en el suelo laminado del despacho.

No lograba imaginar siquiera volver a instalarse en su casa. Incluso cuando la policía acabase con ella, ¿cómo iba librarse del recuerdo del asesinato de Richard Moat en su sala de estar (vaya nombre tan irónico)? Y ¿cómo iba a hacer que limpiasen la habitación? No conseguía imaginar a las mujeres de Favores con sus bonitos monos de color rosa frotando moquetas y paredes para quitar los trocitos de los sesos de Richard Moat.

El despacho tenía lavabo y una cocinita con tetera y microondas. Era cuanto necesitaba, en realidad. En el despacho podía vivir con sencillez y sin lujos, como el monje que nunca había sido.

En su juventud habían ido muchas veces de acampada, con los *scouts* (Christopher se adaptó bien con su falsa jovialidad, Martin se las arregló como pudo) y varias veces con sus padres cuando su madre asumía el papel de obediente cabo de Harry, para poner teteras que nunca acababan de hervir en la destartalada cocina de campaña Primus mientras Harry instruía a su minúscula tropa en las técnicas de supervivencia más oscuras (retorcerle el pescuezo a un conejo, pescar una trucha sobándole el vientre, forcejear con una anguila). La supervivencia, por lo visto, no era posible si no se mataba algo.

Nina Riley era una campista estupenda, por supuesto. Había aprendido a apreciar la vida al aire libre en Suiza, durante la guerra, y cargaba con frecuencia provisiones en el maletero de su Bristol para poner rumbo a las montañas de su casa en las Highlands. Tenía un par de buenas botas, una tienda como las del Ejército y una anticuada mochila con correas de cuero en la que llevaba un termo y gruesos sándwiches de carne y mostaza. Hervía agua de arroyos de color marrón para preparar té. Pescaba, truchas en los ríos o caballas en un fiordo, que se freía para desayunar antes de emprender una excursión de un día entero andando, en el transcurso de la cual bien podía encontrarse con alguien sospechoso y tener que espíarlo. «A mí me parece bastante turbio, Bertie. Creo que nuestro amigo es un poco canalla». El propio Bertie nunca decía gran cosa. El productor de televisión le había sugerido a Martin que entre Nina y Bertie hubiese «un poco de tensión sexual. Son los dos un poco sosos, ¿sabes?». Martin se preguntó si se estaría volviendo loco, si uno se sentía así cuando eso ocurría.

Pasó ante el circo en el parque de Meadows de camino de la cafetería al despacho. Los circos siempre le habían parecido inquietantes, con unos artistas frágiles y superfluos para las necesidades del planeta y que sin embargo semejaban comportarse como si supieran cosas que él no sabía. Misterios. Un circo ruso. Por supuesto, ¿de dónde iba a ser si no? La Madre Rusia entera había acudido a la ciudad para llevarlo ante la justicia por su hija perdida. «Esta de aquí es especial, de un artista muy bueno. Con escenas de Pushkin. Pushkin, el famoso escritor ruso. ¿Lo conoce?». Kafka se había hecho con la autoría de su vida. A él estaban eliminándolo, borrándolo del recuerdo y la historia, y con bastante justicia puesto que eso era lo que él le había hecho a Irina. La había desechado como si fuera basura. La había borrado

de la faz de la tierra y él estaba siendo borrado a su vez.

Alguien había estado en el despacho. No lo habían revuelto o dejado patas arriba, eran pequeños detalles: la puerta del microondas estaba abierta y en el cubo de basura de la cocina había una caja de poliestireno, una hamburguesa a medio comer y una lata vacía de coca-cola. Había un envoltorio de caramelo en el suelo, una silla en el extremo opuesto de la habitación que solía ocupar. Los tacos de *Post-it* de distintos colores que solía tener bien ordenados estaban desparramados por el escritorio. No parecía que hubiese entrado un ladrón, sino más bien que una secretaria desordenada y sin el suficiente trabajo que hacer hubiese pasado la tarde allí dentro, aburrída.

Abrió los cajones del escritorio. Todo seguía en orden, los bolígrafos y lápices pulcramente alineados, los sujetapapeles y rotuladores fluorescentes en su sitio. Martin supo qué faltaba, por supuesto, antes incluso de abrir el cajón. El CD con la copia de *Muerte en la isla Negra*, el último refugio de su novela. Se derrumbó en la silla de oficina de lujo que venía incluida en el alquiler. Fue entonces que advirtió que habían arrancado un *Post-it* rosa para pegarlo en medio de la pared sin adornos frente al escritorio. Alguien había escrito un mensaje para él. «Que te jodan, Martin». Sintió toda una oleada de pulsaciones y punzadas en el pecho. Estaba padeciendo alguna clase de virus. Desde la llamada que lo había despertado esa mañana hasta su encarcelamiento en Los Cuatro Clanes, todo había sido implacablemente espantoso.

¡La llamada de esa mañana! Había sido de Richard. «1 llamada perdida». Estaba demasiado catatónico para contestar, y luego la había olvidado por completo. Debía contárselo a la policía. Era una prueba importante. Sacó el teléfono móvil y descubrió que le quedaba una sola barrita de batería.

Deseó haber contestado al teléfono esa mañana; quizá habría sido la última persona con que hubiera hablado Richard.

—Oh, Dios mío —exclamó en voz alta, con el mismo óvalo de espanto en los labios que la bruja en llamas del grabado en la habitación de Los Cuatro Clanes. ¿Y si Richard lo había llamado durante... su terrible experiencia? ¿Y si había tratado desesperadamente de conseguir ayuda? De haber contestado a la llamada, ¿podría haber evitado de algún modo la muerte de Richard? («¡Alto ahí, villano!»). Apoyó la cabeza en el escritorio y soltó un gemido. Pero entonces se le ocurrió algo. Levantó la cabeza y miró el *Post-it* rosa pegado en la pared. Richard había llamado a las diez en punto, recordaba haber visto la hora en el radio despertador junto a la cama en Los Cuatro Clanes; pero el comisario Campbell había dicho que Richard murió entre las cuatro y las siete de la mañana, de modo que no podía haberlo llamado a las diez. A menos que lo hubiese llamado desde la tumba. En ese preciso momento, de una forma que ni siquiera Nina Riley podría haber orquestado, le sonó el teléfono en la mano. El tamtan de su corazón se volvió más desenfrenado, más errático. «Richard Moat», decía en la pantalla.

Volvía a estar en el Barco Pirata, sintiéndolo elevarse en su terrible e imparable ascenso, llevándose consigo su cuerpo pero dejando atrás su mente, moviéndose hacia el cénit, para hacer su pausa de un nanosegundo en lo alto de la curva. No era el ascenso lo que provocaba terror, sino la caída.

Su esposa imaginaria empuñó con valentía sus agujas de tejer. Hacía poco que había empezado para él un suéter de estilo marinero. «Para que estés calentito este invierno, cariño». Martin estaba tostando panecillos de levadura con ayuda de un tenedor de latón largo. El fuego ardía que daba gusto, los panecillos estaban bien calientes, todo era seguro y acogedor. Richard Moat estaba más allá de la tumba y lo sabía todo. El corazón de Martin latía con tanta fuerza que le hacía daño. ¿Estaría sufriendo un infarto? Su esposa le dijo algo, pero no la oyó por culpa del rugir del fuego. Los ojos azules de muñeca de Irina se abrieron de pronto. No, ella no estaba ahí. No podía estar en esa encantadora casita. No le estaba permitido. Martin se estaba desvaneciendo, estaba cayendo un telón. Había algo negro y monstruoso dentro de él, aleteando en su pecho. Las agujas de su mujer repiqueteaban con furia; estaba tratando de salvarlo con su calceta.

Martin le habló tímidamente al teléfono.

—¿Hola? —dijo.

No hubo respuesta. El móvil soltó un último y débil pitido y se apagó. Crimen y castigo. Ojo por ojo. La justicia cósmica había llegado a la ciudad. Se echó a llorar.

Capítulo 32

No había elefantes, por supuesto. Ya no se veían animales en los circos. Jackson solo se acordaba de un circo en su infancia; al contrario de lo que Julia pensaba, había tenido una infancia (si se la podía llamar así). El circo que recordaba de cuarenta años atrás (¿de verdad era tan viejo?), estaba montado en un campo propiedad de la mina de carbón en un extremo de la ciudad, a la sombra de un escorial. Estaba lleno de animales: elefantes, tigres, perros, caballos, hasta le parecía recordar un número que incluía pingüinos, aunque podía ser que se equivocara. Aún se acordaba del olor embriagador de la carpa del circo: a serrín y orines de animales, algodón de azúcar y sudor; y el atractivo de unas gentes exóticas cuyas vidas eran tan distintas a la suya que casi le había producido un dolor físico.

Louise Monroe había rechazado su invitación. De todas formas Julia solo le había dado una entrada, aunque habría comprado otra de haber aceptado Louise.

El circo del Meadows no contenía las mismas promesas y terrores que el circo de antaño. Era un circo ruso, aunque no había nada especialmente ruso en los platos chinos, los trapecios y la cuerda floja. Solo los payasos reconocían sus orígenes nacionales con un número basado en muñecas rusas: «Matrioskas», anunciaba el programa. La palabra del día. Pensó en las cajas que había visto apiladas en las oficinas de Favores, donde habían estampado «Matrioskas» con una plantilla. Palpó la muñequita tamaño cacahuete en el bolsillo de la chaqueta. Las capas de la cebolla. Las cajas chinas, las muñecas rusas. Secretos dentro de secretos. Muñecas dentro de muñecas.

El maestro de ceremonias (al que suponía que se había referido Julia con lo de «el chaval del circo») era como los maestros de ceremonias de todo el mundo: sombrero negro de copa, frac rojo, látigo; más parecía a punto de organizar una cacería de zorros que de presentar un montón de kitsch con lentejuelas. Era demasiado alto para resultarle atractivo a Julia. El circo, decía también el programa, compartía el espacio con «Las Damas Transexuales de Bangkok». A Jackson le produjo alivio que una dama transexual que pasaba no le hubiese dado entradas a Julia para su espectáculo.

«Asesinado», había dicho Julia. La noche anterior había visto a Richard Moat en el escenario, y ahora el pobre tipo estaba en una nevera en algún sitio. Lo habría aplaudido más de haber sabido que era su última aparición. ¿Lo habían asesinado porque no era gracioso? La gente mataba por menos. Las razones por las que la gente mataba a otra gente le habían parecido a menudo insignificantes cuando estaba en la policía, pero suponía que era distinto desde dentro. Una vez había estado a cargo de un caso en el que un hombre de ochenta años le había dado con un martillo en la cabeza a su mujer porque le había quemado las gachas del desayuno, y cuando le dijo al viejo que no parecía un motivo que fuera a sostenerse en un juzgado, respondió: «Pero las quemó todas las mañanas durante cincuenta y ocho años». («Podría haberlo hablado antes con ella», había respondido un sargento con sequedad, pero no era así

como funcionaban los matrimonios, Jackson lo sabía muy bien). Cuando lo contaba, parecía casi divertido, pero no había tenido ninguna gracia ver los sesos de la anciana desparramados en el linóleo gastado o ver cómo metían al viejo, con los ojos llenos de legañas y las manos temblorosas, en la parte de atrás de un coche patrulla.

Para ser sincero, le sorprendía que no hubiese más personas que se mataran unas a otras. No cabía duda de que Julia le estaba mintiendo sobre algo.

Un rostro en el mar de rostros al otro lado de la pista le llamó la atención. No era solo un tópico, verdaderamente era un mar de rostros, se le hacía casi imposible concentrarse en uno. Había tenido la impresión de que la vista de lejos mejoraba con la edad y la vista de cerca empeoraba (¿o era al revés?), pero parecía estar perdiendo en ambas. Aunque si se concentraba... no, en realidad era mejor si no se concentraba, podía distinguir a la chica. Tenía la cara vuelta hacia arriba, mirando a los trapecistas, con una expresión serena, beatífica. Los ojos entreabiertos, como si estuviera observando pero pensara en otra cosa. Se parecía tanto a la chica muerta que era imposible. Su chica, acurrucada en las rocas, una sirena que soñaba, y él había interrumpido su sueño. Entrecerró los ojos, intentando distinguir los rasgos de la chica entre el público, pero se le desenfocó y desapareció de pronto, alejándose a nado en el mar de rostros.

Se durmió mientras se edificaba una pirámide humana de acróbatas y cuando despertó se sintió desorientado. El techo de la carpa era azul oscuro, tachonado de estrellas plateadas, y le recordaba algo, pero no se le ocurría qué, y entonces se dio cuenta de que era el techo —la bóveda celeste— de una capilla lateral de la iglesia católica a la que su madre los llevaba a rastras tres veces al día todos los domingos cuando eran muy pequeños, hasta que se le acabó la energía y dejó que se los llevara el diablo.

Quizá Julia no mentía exactamente, sino que no decía la verdad.

Cuando Jackson salió de la gran carpa en el parque de Meadows junto con el resto del público, fue recibido por un anochecer nacarado. El ocaso. Era mucho más luminoso ahí arriba, una fugaz luz nórdica que le hablaba al alma. Tomó asiento en un banco y conectó el teléfono. Había un mensaje de Julia, «En el bar del trav ven a buscarnos» (ni siquiera una «J» o una simple «x» esta vez, advirtió. Ni mucho menos un «tk» o signos de exclamación). Sonaba más a desafío o a caza del tesoro que a invitación a tomar una copa. Imaginó que «el trav» debía ser el Traverse, lo que supuso que era bueno y malo; bueno porque estaba cerca y tenía la seguridad de saber llegar, malo porque había estado allí la primera noche con Julia y el resto del reparto y era un local subterráneo lleno de humo y de londinenses que se las daban de entendidos. Quizá podría convencerla de que se fueran, llevarla a uno de los muchos restaurantes italianos de aquella parte de la ciudad. Creía recordar haber planeado cocinar para ella esa noche. Los mejores planes de ratones y hombres. Habían estudiado el libro en

la escuela. Es decir, sus compañeros lo habían estudiado en la escuela; él había mirado por la ventana o había hecho campana. Recordó la plaquita en el Monumento Nacional a los Caídos de Escocia. «LOS AMIGOS DEL TUNELERO». Tuvo una extraña sensación de pérdida.

Aunque aún quedaba mucha gente dando vueltas por ahí, el anochecer se cernía rápidamente en el parque de Meadows y más allá de las farolas que ribeteaban los caminos había ahora tenebrosos charcos de oscuridad que ofrecían oportunidades para toda clase de infracciones. De pronto todo pareció más sombrío, y se percató de que habían apagado las luces de la carpa. Algo pareció desplomarse dentro de él, un peso plomizo, el recuerdo de haber vuelto a casa andando desde el circo cuarenta y tantos años atrás, de la mano de su madre —su madre ya no era más que la sombra de un recuerdo—, ascendiendo por una colina, era una ciudad edificada sobre colinas, y mirando atrás para ver la carpa, resplandeciente de luces, sumirse de pronto en la oscuridad. Lo había perturbado de una forma que, de niño, no supo expresar con palabras. Ahora sabía que era melancolía. Melancólico, colérico, flemático; Louise Monroe lo había llamado todo eso el día anterior, «se le ve muy flemático, señor Brodie». ¿Cuál era el cuarto adjetivo? Optimista. Pero melancólico, ese era su verdadero estado de ánimo. Un pobre desgraciado, en otras palabras.

Las luces se están apagando en toda Europa, pensó. Dios, esa cita era horrible. Últimamente había estado leyendo mucha historia militar, por gentileza de Amazon.

Pensó en el poema de Binyon otra vez. «A la puesta de sol». El resto de versos era una mierda. De hecho el vizconde Grey estaba viendo cómo encendían las farolas, no cómo las apagaban, aunque, por supuesto, había gente que pensaba que era una cita apócrifa. Dios santo, vaya espectáculo si lo veía alguien, un triste fracasado de mediana edad sentado en el banco de un parque al ponerse el sol pensando en una vieja guerra en la que nunca participó. Casi nunca pensaba en las guerras en las que sí había participado. Solo necesitaba una lata de cerveza. ¿Cuándo había empezado a considerarse un fracasado? «Es posible que jamás volvamos a verlas encendidas». No culparía a Julia si se había cansado de él.

Y entonces olvidó al instante su autocompasión porque ahí estaba. Era ella, su chica muerta. No la había imaginado en la carpa, había estado allí y ahora estaba ahí, cruzando el Meadows a pie, saliendo y entrando de las sombras que proyectaban los árboles, acercándose a él.

Llevaba tacones y una faldita veraniega con la que uno no podía evitar admirar sus piernas perfectas. Se levantó de golpe y echó a andar hacia ella, preguntándose qué debería decir: «Eh, eres igualita que una chica muerta que conozco». Como táctica para entablar conversación dejaba mucho que desear. Sabía que no era realmente su chica muerta, a no ser que los muertos hubiesen empezado a andar, cosa que tenía la seguridad de que no había pasado. No podía imaginarse el caos que tendría lugar si lo hacían.

Y entonces —y en su opinión la cosa se estaba volviendo un poquito pesada—,

quién surgió de las sombras fue su viejo enemigo, el tipo del Honda. Terence Smith, que se acercó de puntillas desde atrás a la chica no muerta de una forma que le recordó a un personaje de dibujos animados. El tipo era un gigante, los gigantes no deberían tratar de andar de puntillas. Era posible que la chica no estuviera muerta, pero pareció que Terence Smith tuviera la intención de hacer que lo estuviera; no llevaba su fiel bate en la mano, pero sí un trozo de cuerda de nailon. Perro, bate, nailon; aquello era un arsenal de un solo hombre.

—¡Eh! —exclamó para llamar la atención de la chica—. ¡Detrás de ti!

¿De verdad había dicho eso? Pero aquello no era ninguna farsa ni un asalto en broma, Terence Smith ya le había rodeado el cuello con la cuerda. La advertencia de Jackson la había puesto sobre aviso, sin embargo, y la chica había conseguido agarrar la cuerda, y tiraba de ella con todas sus fuerzas para impedir que Terence Smith la tensara.

Echó a correr por el camino hacia ellos dos. Había más personas cerca, pero parecieron ignorar con benevolencia que estaban estrangulando a una chica delante de sus narices. Antes de que llegara hasta ellos, la chica consiguió hacer algo rápido y admirablemente eficaz que pareció implicar el tacón de su zapato y la entrepierna del tipo del Honda, y el pobre Terry se desplomó en el suelo con un ruido muy feo. «Ahora se siente menos hombre», se dijo Jackson. La chica no se quedó ahí esperando, sino que se quitó los zapatos y echó a correr por donde había venido, en dirección al circo, y para cuando él alcanzó a Terence Smith, que ahora estaba vomitando por efecto del *shock*, la chica se había perdido de vista.

Los gemidos del tipo del Honda atrajeron a algunos transeúntes, que parecieron opinar que era la víctima de una agresión y que el autor de la agresión tenía que ser el hombre de pie ante él. Esto no es ninguna novedad, pensó Jackson. Su mente llevaba unos segundos esenciales de retraso, pues aún intentaba computar la convergencia de él mismo, su viejo amigo Terry y una chica que se parecía mucho a la muerta del Forth. Le había visto los crucifijos en las orejas mientras forcejeaba con su agresor. «Coincidencia, dicen —pensó—; yo lo llamo conexión». Una conexión compleja, desconcertante y enigmática. Se debatió entre las ganas de interrogar a Terence Smith, con la ventaja añadida de hacerlo papilla después, o echar a correr tras la doble de la chica muerta.

Tomó la decisión por él la llegada de un coche patrulla que contenía dos agentes uniformados, un macho, una hembra, una pareja de cría, que se bajaron del coche y recorrieron el camino de esa forma decidida que él recordaba tan bien, lo bastante despacio para valorar la situación, pero dispuestos a acelerar en cualquier momento. Uno de los transeúntes señaló a Jackson y exclamó:

—¡Ese es el hombre que lo ha hecho!

Oh, gracias, pensó, muchas gracias. Ya lo habían condenado una vez ese día por atacar a Terence Smith; una segunda vez probablemente lo mandaría de cabeza a la cárcel. Respiró hondo, cosa que le dolió, y echó a correr.

Uno de los agentes, la hembra de la pareja, se quedó con Terence Smith, que aún hacía aspavientos sobre sus miembros viriles. A Jackson le habría gustado bastante saber qué había hecho exactamente la chica y transmitirles ese misterioso conocimiento a las mujeres de su vida la próxima vez que se encontraran con los pies a un palmo del suelo y una cuerda alrededor del cuello. Dios no lo quisiera.

El otro agente avanzó pesadamente por el camino en pos de Jackson. Era más bien corpulento y en condiciones normales lo habría dejado atrás con facilidad, pero tenía la desventaja de las costillas magulladas, así que salió corriendo del camino principal y se metió en el laberinto de caravanas y camiones que rodeaban la carpa. Dio traspies y tropezó, hizo que algo saliera volando. Alguien lo insultó, pero él siguió corriendo, serpenteando entre la colección de vehículos que formaban la caravana del circo.

Se detuvo para recuperar el aliento en una avenida formada por camiones. Oyó al policía hablando con alguien. Confió en que algún instinto vagabundo entre los miembros de la compañía de circo los condujera a ayudarlo y a darle indicaciones erróneas a la ley («Se ha ido por ahí»). No hubo suerte. El agente de policía, que no estaba en forma pero era obstinado, cruzó la parte superior de la avenida de camiones. Jackson se pegó a un enorme generador, pero demasiado tarde, el tipo lo había descubierto y chilló algo ininteligible ante la sorpresa de encontrarse de pronto con su presa. El policía que Jackson llevaba dentro quiso tranquilizarlo y decirle que no era peligroso. El tipo no tenía a su compañera consigo, nadie le cubría las espaldas y no tenía ni idea de qué era capaz Jackson, así que probablemente estaba más asustado que él. ¿De qué era capaz?, se preguntó.

No esperó para descubrirlo, sino que salió disparado otra vez entre el caótico despliegue de vehículos de la caravana. La persecución estaba empezando a minar sus fuerzas, y las costillas le dolían tanto que a duras penas se tenía en pie. Cuando ya pensaba que iba a tener que rendirse en aquel juego del escondite, alguien o algo (confío en que fuese alguien) lo agarró del brazo y tiró de él hacia la oscuridad.

No era una oscuridad completa, pero solo había la luz suficiente para percatarse de que estaba en lugar de las entrañas de la carpa, en el sitio en que los artistas esperaban para hacer su entrada. Ante sí, un túnel conducía a la pista propiamente dicha, recordándole por un instante al Coliseo. Había llevado a Marlee a Roma el año anterior. Habían comido un montón de helados y de *pizza*. Todos sus recuerdos recientes eran de vacaciones.

Había suficiente luz, también, para vislumbrar el cuchillo que lanzaba destellos cerca de su garganta. Lo primero que pensó fue que era Terence Smith con su arsenal del Cluedo, pero sin duda era imposible que hubiese llegado ahí tan rápido. Giró un poco la cabeza, sintiendo cómo el cuchillo le arañaba cerca de una arteria. Era la doble de la chica muerta. Ella le sonrió. Tenía una mirada salvaje que no invitaba a devolverle la sonrisa. Solo hacían falta unos cuantos payasos y la pesadilla sería completa.

—Cállate, ¿vale? —dijo.

Tenía acento extranjero. No debería haber supuesto una sorpresa; todo el mundo con quien se topaba era por lo visto extranjero.

—Vale —repuso.

La chica le separó el cuchillo un par de centímetros del cuello. Estaba tan cerca que olía la mezcla de humo de cigarrillo y perfume en ella, y le hizo desear un cigarrillo. Le hizo tener ganas de sexo. Una idea que lo sorprendió, teniendo en cuenta las circunstancias. Se preguntó si los pendientes serían símbolos de algún culto, de alguna clase de cristianos convertidos. Ella no se parecía a ningún cristiano que hubiera conocido, pero nunca se sabía. ¿Lo había salvado de la policía para matarlo? No tenía ningún sentido, pero nada tenía ya ningún sentido.

—Te pareces a una chica que está muerta —susurró.

Sí, había decidido que era un comentario que acabaría con cualquier conversación, pero lo estaba usando de todas formas.

—Ya lo sé —contestó ella.

Era una respuesta inesperada. La chica bajó el cuchillo un poco más.

—¿Tu hermana? —aventuró.

—No, amiga —repuso y, encogiéndose de hombros, añadió—: Nos parecemos, eso es todo.

—El tipo del Honda, Terence Smith, ¿por qué te ha atacado?

La chica entrecerró los ojos verdes y rio.

—¿El retrasado ese? —dijo con desdén—. Es idiota.

—Sí, ya sé que es idiota, pero aun así ha intentado matarte.

La chica hizo un gesto que sospechó que era obsceno en el sitio del que procedía. Rusia, por el acento.

—*Da* —admitió ella.

Parecía admirablemente tranquila ante el hecho de que alguien hubiese querido matarla unos instantes antes. Se preguntó si le pasaba a menudo.

—Te he visto en el circo —dijo.

—¿El circo es ilegal ahora? —respondió ella.

No se le daba bien charlar.

—¿Cómo te llamas? —se atrevió a preguntar—. Yo me llamo Jackson Brodie.

«Antes era policía».

—No tengo nombre, no existo —dijo ella entre dientes—, y tú tampoco existirás si no te callas.

Se le daba muy mal charlar.

—Estamos del mismo lado —insistió Jackson.

Parecía poco probable, pero ¿no decían que el enemigo de tu enemigo es tu amigo?

—No estoy en ningún lado. Óyeme...

Un pequeño pinchazo con el cuchillo en las costillas para llamar su atención.

—Eso duele.

—¿Y?

Jackson no lograba imaginar por qué le habría preocupado que la atacaran. Otro pequeño aguijonazo en las costillas.

—Vale, vale, te estoy escuchando —dijo.

—Deja de meter las narices donde no te llaman. Yo me ocupo de esto.

—¿Te ocupas de qué?

Le hundió más la punta del cuchillo en las costillas, las costillas magulladas y doloridas.

—Ya podemos irnos —dijo con un tono que no admitía discusión.

Lo acompañó hasta el otro extremo de la pista del circo, inquietantemente oscura y despojada de ilusión, y lo hizo pasar por debajo de la lona de la carpa, detrás de las hileras de asientos vacíos. Fuera, en el césped bajo el aire frío de la noche, no había rastro de Terence Smith o de la policía.

—Te he salvado el pellejo —dijo, y rio, satisfecha al parecer de su dominio de la metáfora inglesa—. Ahora, piérdete.

Empezó a alejarse. Iba descalza, pero no parecía darse cuenta. Él la siguió, renqueando tras ella como un perro lisiado.

—¡Vete a tomar por culo! —exclamó la chica sin mirarlo.

—Cuéntame algo de tu amiga, la chica muerta del agua —insistió él—. ¿Quién era?

Ella siguió andando pero levantó el cuchillo para que lo viera bien. Era más pequeño de lo que pensaba, pero parecía afilado y sin duda ella tenía pinta de ir a utilizarlo sin reparos. Les tenía respeto a los cuchillos, había visto a muchas víctimas de apuñalamiento en sus tiempos, y la mayor parte de ellas ya no estaban ahí para contarlo.

—¿Mató Terence Smith a tu amiga?

Pasaron junto a un puñado de personas que apenas los miraron: la chica descalza, el cuchillo, el hombre que cojeaba, el extraño diálogo. Jackson supuso que los habían tomado por actores del festival.

—Eres un gran incordio, Jackson Brodie —exclamó la chica.

Llegaron a una calle principal y de pronto había tráfico y gente por todas partes. Reconoció vagamente la calle, estaba cerca del museo de Chambers Street, cerca del juzgado del distrito, escenario de su deshonra de esa mañana. Costaba creer que siguiera siendo el mismo día.

Trataba de encontrarle sentido a las cosas antes de que ella se le escapara. Terence Smith había intentado matar a la rusa loca. La rusa loca era amiga de la chica muerta. Terence Smith lo había atacado y le había dicho que olvidara lo que había visto. Jackson había pensado que se refería a aquel violento incidente en la calle, pero ¿y si se refería a lo ocurrido en la isla de Cramond? ¿Sería porque era el único testigo que sabía que la chica estaba muerta, aparte de la rusa loca? Y Terence Smith acababa de

intentar matarla a ella. Por primera vez desde que se había pegado aquel inoportuno chapuzón en el río veía algo que tenía sentido. Una conexión tangible, no solo una coincidencia.

La chica rusa esperaba el momento propicio para cruzar la calle, caminando por el bordillo de la acera en busca de un espacio entre los coches, como un galgo que esperase impaciente a que le dieran la salida. El tráfico fue ralentizándose hasta detenerse ante el semáforo rojo justo cuando Jackson la alcanzaba y tendía la mano para cogerla del brazo. Esperó a medias que lo apuñalara o mordiera, pero solo lo fulminó con la mirada. El hombre verde del paso de peatones parpadeó y pitó tras ellos. Volvió a ponerse rojo y ella siguió mirándolo, furiosa. Se preguntó si iba a convertirse en piedra.

Una súbita explosión le hizo dar un salto. Una vez había visto volar su propia casa y tendía a no fiarse de los ruidos fuertes.

—Son fuegos artificiales —dijo la chica—, del desfile militar.

En efecto, a lo lejos, una inmensa flor de chispas rutilantes se abrió sobre el castillo y cayó despacio a tierra. Entonces, sin previo aviso, la chica se inclinó hacia él y le acercó los labios a la oreja, como si fuera a darle un beso, pero lo que hizo fue decirle:

—Viviendas reales para gente real.

Y se echó a reír como si hubiese contado un chiste increíblemente gracioso.

—¿Qué?

La chica se volvió para irse, liberando el brazo, y él dijo:

—Espera, no te vayas, espera. ¿Cómo puedo poneme en contacto contigo otra vez?

Ella rio y contestó:

—Pregunta por Jojo.

Y entonces cruzó con el hombre rojo, deteniendo a los coches con un saludo imperioso. Sí, tenía unas piernas perfectas.

Para cuando entró en el Traverse, Julia y el resto de la compañía hacía mucho que se habían ido. Supuso que estaría en casa, pero cuando por fin consiguió llegar al piso no había ni rastro de ella, aunque ya pasaba de medianoche. Intentó llamarla, pero tenía el teléfono apagado. Estaba tan cansado que apenas lo advirtió cuando se metió en la cama junto a él.

—¿Dónde estabas? —preguntó Julia.

—¿Dónde estabas tú? —respondió él.

«Respondes a una pregunta con otra pregunta». Tuvo la sensación de que era una vieja batalla, una que había librado ya varias veces. Le sonó el teléfono antes de que aumentaran las hostilidades. Era Louise Monroe, preguntándole cómo era cuando tenía catorce años. Resultó que tenía un hijo. Ni se le había pasado por la cabeza que

podiera ser madre.

—¿Cómo es que te llaman mujeres en plena noche para hacerte preguntas sobre tu adolescencia? —quiso saber una soñolienta Julia.

—Quizá me encuentran interesante.

Julia soltó una carcajada, profunda y ronca. Le provocó un ataque de tos, y para cuando se hubo recuperado era demasiado tarde para preguntarle por qué encontraba eso tan gracioso.

Capítulo 33

Louise marcó el número desde el coche, y antes de que él tuviese tiempo de contestar, preguntó:

—¿Cómo eras a los catorce años?

—¿A los catorce?

—Sí, a los catorce —repitió.

Era un gustazo oír su voz. Jackson era el lado bueno de las cosas malas.

—No lo sé —contestó él por fin—. No era ningún angelito, eso seguro. Un poco granuja, supongo, como muchos chavales a esa edad.

—No sé absolutamente nada sobre chavales de catorce años.

—Bueno, ¿por qué deberías saberlo?

—Mi hijo tiene catorce.

—¿Tu hijo? —Pareció perplejo—. No sabía que fueras...

—¿Madre? —acabó por él—. Ya sé que cuesta creerlo, pero ahí lo tienes, la historia de siempre... un espermatozoide que encuentra un óvulo, y pum. Pasa en las mejores familias. —Exhaló un suspiro—. Los chicos de catorce son una pesadilla.

Se percató de que aferraba el volante del coche como si estuviera en pleno *rigor mortis*.

—¿Cómo se llama?

—Archie.

«¿Cómo se llama?». Louise se dijo que solo un padre haría una pregunta así. Cuando Archie nació, los que preguntaban «¿Cuánto pesa?» tenían hijos propios. Los que no eran padres no tenían interés alguno en cuánto pesaba Archie o en qué nombre iba a ponerle. Así pues, dedujo que Jackson Brodie tenía hijos. No quería saber si era así, no le interesaban los tipos de segunda mano con equipaje. Los niños eran equipaje, bultos que arrastrabas por ahí. Equipaje.

—¿Tienes hijos? —preguntó.

Sencillamente no pudo evitarlo.

—Solo una niña —repuso él—. Marlee. Tiene diez años. No sé nada sobre niñas de diez años, si te sirve de consuelo.

—Archie no es un criminal —dijo de pronto, como si Jackson la hubiese acusado de algo—. Es básicamente inofensivo.

—Yo casi acabé en un tribunal por robo cuando tenía quince años.

—¿Qué pasó?

—Me alisté en el Ejército.

Caray. Archie en el Ejército, vaya idea.

—¿Para eso llamas? —quiso saber él—. ¿Para pedir consejo sobre la crianza de los hijos?

—No. Te llamo para contarte que estoy ante una urbanización de viviendas subvencionadas en Burdiehouse.

—Un nombre estupendo para una urbanización subvencionada.

Por el tono de voz parecía cansado.

—Estoy ante un establecimiento cubierto con tablones. Creo que antes era una oficina de Correos. A un lado tiene una tienda de pescado frito y patatas, y al otro un supermercado Scotmid. Es de una sola planta, una propiedad comercial sin apartamentos encima ni nada remotamente residencial.

—¿Por qué me cuentas todo eso, y crees que deberías estar ahí sola en plena noche?

—Muy galante por tu parte, pero soy mayorcita. Te lo cuento porque he pensado que te gustaría saber que esta es la dirección que ha dado Terence Smith en el juzgado esta mañana.

—¿El tipo del Honda ha dado una dirección falsa?

—Lo que supone un delito. Como bien sabes. Ya te dije que fuiste un idiota al declararte culpable. Y por cierto que nadie más anotó la matrícula del coche involucrado en el incidente de violencia callejera, de modo que entorpeciste la investigación al no revelar información vital.

—Bueno, pues denúnciame —repuso Jackson—. Acabo de verlo, en realidad; trataba de matar a alguien más.

—¿Terence Smith? —preguntó ella con brusquedad—. Por favor, dime que no has vuelto a atacarlo.

—No, aunque la policía tenía muchas ganas de interrogarme.

—Jesús, pero ¿qué pasa contigo?

—Me encanta crearme problemas.

—¿Intentaba matar a alguien? ¿Se trata de una de tus fantasías?

—Yo no tengo fantasías. No sobre gente que se mata entre sí, al menos. Si te cuento lo que ha pasado vas a creer que deliro más y estoy más paranoico de lo que ya pensabas.

—A ver, prueba.

—He visto a una chica que se parecía mucho a mi chica muerta, hasta llevaba los pendientes.

—Deliras más y estás aún más paranoico de lo que pensaba.

—Ya te lo decía.

—Ves chicas muertas por todas partes.

—No, veo a la misma chica muerta por todas partes.

Louise decidió que, oficialmente, era un lunático. Por extraño que pareciera, eso no lo hacía menos atractivo. Exhaló un suspiro y dijo:

—Sea como fuere, hasta la vista. Me voy a casa. Que duermas bien.

Había ciertas normas. Las normas decían que no te enredases con testigos, que no te enredases con sospechosos y que no te enredases con criminales convictos. Y Jackson

Brodie se las apañaba para ser las tres cosas a la vez. Sí, Louise, sin duda sabes elegirlos bien. Y, por supuesto, no te enredabas con un hombre que ya tenía una mujer.

Al menos eso explicaba qué hacía en Edimburgo. «He venido por el festival», había dicho la primera vez que lo interrogó, pero no le había parecido un aficionado al festival. Y seguía sin parecérselo. Pero «Julia» estaba en una obra.

—¿Cómo es Julia?

Pronunciar su nombre le había provocado un inesperado y visceral espasmo de celos. Muérdete la lengua, y el labio.

—Es actriz.

Eso la había sorprendido. Y Jackson frunció el entrecejo al decir su nombre.

Sé sincera. Ser sincera era difícil a veces, incluso con una misma. Fingía por naturaleza. Hasta la palabra «fingir» era una forma de fingir, de no decir simplemente «mentir». Sé sincera, Louise, estás colada por Jackson. Vaya palabra tan estúpida y adolescente: «colada». «Louise Monroe está colada por Grant Niven» escrito en los lavabos del colegio en cuarto curso. La agente Louise Monroe y el inspector Michael Pirie en el asiento de atrás de un coche patrulla sin distintivos a altas horas de la noche en su fiesta de despedida. «Jesús, siempre he estado colado por ti, Louise». El pálido brillo de su alianza de bodas en la oscuridad, las arremetidas de lascivia desenfrenada que tuvieron como resultado a Archie. Qué extraño que los bebés, los absolutos inocentes en la cima de la montaña moral, se crearan a partir de semejante vulgaridad. La bestia de dos espaldas. Quizá no fuera exactamente que le gustara Jackson, quizá tan solo veía en él a alguien que había sobrellevado el mundo y aún tenía algo que ofrecer. «No puedes tener ambas cosas —decía una de sus amigas—. Duro y tierno a la vez. Los hombres son como bistecs: son de una forma o de la otra». Duro y tierno, términos contradictorios, síntesis hegeliana. La dualidad, la enfermedad de Edimburgo. Louise estaba segura de que era posible, pero solo en un remoto rincón de la galaxia. O con Jackson Brodie. Quizá.

Había advertido que tenía una cicatriz de varicela bajo la ceja. Archie tenía una casi en el mismo sitio, una minúscula depresión con forma de escudo en la piel, que suponía que seguiría ahí para siempre.

Jackson tenía el cabello oscuro veteado de gris. Al menos no había hecho eso tan propio de los varones de mediana edad que era dejarse barba para ocultar la papada, aunque él no tenía papada. Era probable que la barba no le quedara mal. De joven jamás habría imaginado que encontraría ni siquiera remotamente atractivos a hombres de mediana edad con cabello entrecano y barba. Lo que no hacía sino demostrar que ya no era joven. Pero no olvidemos a Julia. Aun así, ella era actriz y Jackson fruncía el entrecejo cuando mencionaba su nombre. Dos puntos en contra de Julia.

Era extraño que una pudiese sentirse atraída hacia alguien por las cosas más simples, por la forma en que te tendía una copa y te decía «Ahí tienes». Por la muesca

de una cicatriz de varicela, la sombra de desesperanza en sus facciones cuando decía «Julia».

Louise metió el coche en el garaje. Recordó a Sandy Mathieson diciendo que se había vendido un garaje por cien mil libras. Lo que pasaba en Edimburgo era que ni siquiera las mejores viviendas tenían garajes, con lo que los ricos encopetados tenían que verse en los horrores de aparcar en la calle, mientras que ella, en su casa moderna y sin personalidad (pero aun así cara del carajo) tenía dos plazas. Gracias, Graham Hatter. La urna que contenía a su madre estaba ahora en una estantería en el garaje, entre una lata de dos litros de pintura medio vacía y un frasco con clavos. Le hizo un saludo burlón a la urna al salir del coche.

—Hola, mamá.

Jellybean la estaba esperando detrás de la puerta principal para saludarla. De la habitación de Archie llegaba el retumbar de una batería. *Jellybean* la siguió escaleras arriba. Tenía que poner las cuatro patas en cada peldaño antes de poder encaramarse al siguiente. Hacía mucho ya que no era una exhalación en las escaleras. El sacacorchos en su corazón dio un cuarto de vuelta.

«Era un poco granuja, supongo». «Gruja» era una buena palabra, podía utilizarla la próxima vez que Archie se metiera en líos. «Archie es un poco granuja, pero es buen chaval». Cada vez más, tenía la inquietante visión de ella sentada en la sala de un tribunal observando a Archie en el banquillo, viendo cómo toda la vida de su hijo se iba a la porra, y la de ella a su vez. «¿Lo metió en una guardería cuando tenía tres meses y volvió a trabajar, señora Monroe? Siempre ha puesto su carrera por delante, ¿no es así? Y ¿no sabe quién es su padre?». Por supuesto que lo sabía, solo que no iba a decirlo. Inofensivo, y una mierda, se dijo. Era un pequeño cabrón, eso era.

Llamó a la puerta de la habitación de Archie y entró sin esperar respuesta. Siempre tratando de pescar a los sospechosos con la guardia baja. Archie y Hamish (maldición, se había olvidado de Hamish) estaban apiñados ante el ordenador de Archie. Oyó la advertencia en voz baja de Hamish:

—Que viene, Arch.

Archie apagó la pantalla del ordenador al entrar ella en la habitación. Porno, probablemente. Louise apagó la música. No debería hacer una cosa así; después de todo, él tenía sus derechos. No, no los tenía.

—Bueno, chicos —dijo.

Advirtió que su tono fue más de agente de la ley que de madre.

—Estamos bien, Louise —repuso Hamish ofreciéndole una sonrisa de oreja a oreja.

Pequeño Harry Potter de mierda.

Archie no dijo nada; tan solo la miró furioso, esperando a que se fuera. Si hubiese

tenido una niña, ahora estarían charlando sobre ropa, sobre chicos y el colegio. Una niña se tendería en su cama y vería a través de su maquillaje. Una niña compartiría sus secretos, sus esperanzas y sueños, todas las cosas que Louise no había hecho nunca con su propia madre.

—Mañana tenéis colegio, deberíais estar durmiendo.

—Tienes toda la razón, Louise —contestó Hamish—. Vamos, Archie, hora de irse a la cama.

Pequeño mamón, pensó Louise al salir de la habitación. Se alejó un poco y luego volvió de puntillas para escuchar ante la puerta. La música seguía apagada y pareció que leían de un libro, primero una voz y luego la otra. Al menos no era porno, aunque ambos se reían por lo bajo como si lo fuera. La voz segura de sí de Hamish, más masculina cuando era incorpórea, declaró:

—«¿Sabes una cosa? Creo que aquí hay gato encerrado, Bertie —dijo Nina—, Maud Elphinstone parece más pura que la proverbial nieve recién caída, pero yo diría que la dama protesta demasiado».

Y la voz cascada y cada vez más grave de Archie añadió:

—«Vaya, Bertie, me parece que te estás ruborizando».

¿Serían gays? ¿Cómo se sentiría si su hijo fuera gay? En realidad supondría cierto alivio, pues en el futuro no tendría que lidiar con las clásicas chorradas de macho. Tendría a alguien con quien ir de compras; eso decían siempre de las madres con hijos gays, ¿no? A ella no le gustaba ir de compras, de modo que eso podía suponer un pequeño problema.

—«Creo que te has enamorado de la encantadora Maud, Bertie».

Por un instante, cuando se despedían, había pensado que Jackson iba a besarla. ¿Qué habría hecho ella? Besarla a su vez, ahí mismo en plena calle, como una adolescente. «Louise Monroe se ha enamorado de Jackson Brodie». Porque Louise Monroe era una idiota, claramente.

Capítulo 34

Gloria pasó la tarde en el hospital. Observó atentamente a Graham y se preguntó si estaría fingiendo, si había decidido que sumirse en la inconsciencia era una forma de eludir todos los problemas que se amontonaban a su alrededor.

—¿Puedes oírme, Graham? —le susurró al oído.

Si podía, callaba como un muerto.

La colosal ruina era ahora tan débil como un gatito, tan silencioso como un ratón. Ozimandias destronado. «Medio hundido en la arena yace un rostro destrozado». De joven, a Gloria le había gustado mucho Shelley. Le había regalado a Graham un maravilloso ejemplar ilustrado de Folio Society con la poesía completa por su sesenta cumpleaños, partiendo de la base de que deberías hacer un regalo que te gustaría recibir.

Por supuesto, tal como era Graham, había malinterpretado el poema y visto tan solo el orgullo triunfal y desmedido en «Me llamo Ozimandias, rey de reyes. ¡Contempla mis obras, tú, poderoso, y desespera!». A Gloria no se le ocurría, así de pronto, ningún regalo recibido de un miembro de su familia que hubiese deseado de verdad. Esa Navidad, Emily («y Nick») le había comprado una batidora, de una marca peor que la que ya tenía, y Graham le había regalado un vale para los almacenes Jenners, que no exigía pensar mucho y que probablemente había adquirido su vendedora-amante-aspirante a esposa Maggie Loudon.

Gloria no había intuido en absoluto que la mujer que estaba de pie ante su árbol de Navidad, indicando con un ademán que se llevaran los pastelillos, planeaba convertirse en la próxima señora Hatter. «Sobreviven aún a la mano y al corazón que las copiaron y alimentaron».

Se tomó una taza de té que le trajo una amable enfermera y hojeó un ejemplar del *Evening News* que había comprado en la tienda de abajo. «La policía está preguntando si alguien vio a una joven entrar en el agua». Se fijó en las palabras «pendientes con forma de crucifijos». Dejó el té y leyó el breve artículo desde el principio. «Entrar en el agua», ¿qué quería decir eso?

Cuando llegó a casa, Gloria bajó al sótano a activar el sistema de seguridad para la noche. Algo se movió en una de las pantallas del circuito cerrado de televisión, un par de ojos que brillaron como los de un monstruo en la noche; un zorro, uno grande como un perro, llevándose los restos de la cena de Gloria de la noche anterior. Entonces, de improviso, la pantalla se quedó en blanco.

Luego se quedaron en blanco todas las demás pantallas, una por una. Nada de pequeños robots moviéndose de aquí para allá, vigilando las cosas con sus miradas electrónicas. Las luces del sistema de alarma parpadearon y se apagaron, y entonces se fue la electricidad en toda la casa. Así sería para Graham cuando muriera.

Deben de haber saltado los plomos, se dijo Gloria. No había de qué preocuparse. Buscó a tientas el camino hacia la pared donde estaba la caja de fusibles en la oscuridad absoluta del sótano. Entonces oyó un ruido. Una pisada, una puerta que se abría, un tablón del suelo que crujía.

El corazón empezó a palparle con tanta fuerza que imaginó que sería como un faro señalando su situación en la oscuridad. Habían matado a un hombre a golpes esa mañana en Merchiston, ¿quién iba a saber si el asesino se habría trasladado a otro barrio de la zona sur? Deseó tener un arma. Hizo un inventario mental de lo que había disponible. El cobertizo del jardín contaba con el mayor arsenal: atomizadores de herbicidas, un hacha, la podadora de setos eléctrica, el cortacésped; supuso que se le podría hacer bastante daño a alguien en los tobillos con un cortacésped. Por desgracia, no tenía forma de llegar al cobertizo del jardín sin cruzarse con quien fuera que estaba en la casa. ¿Tenía acaso ojos de diamante y azabache, la altura de un oso?

De pronto recordó las palabras de Maggie Loudon. «¿Se acabó, ya está? ¿Te has librado de Gloria?». ¿Y si no hablaba de divorcio, y si estaba hablando de asesinato?

Por supuesto, ¡eso era exactamente lo que haría Graham! Si se divorciaba de Gloria perdería la mitad de todo lo que tenía, y de ningún modo estaría dispuesto a que le pasara eso, pero si Gloria moría, podría quedárselo todo. Era una idea tan melodramática como todo lo que salía en *Emmerdale*, y sin embargo, de algún modo, era del todo creíble. Contrataría a alguien: Graham tenía la costumbre de no ensuciarse nunca las manos. Le pagaría a alguien para que se librara de ella. O utilizaría a Terry. Sí, eso haría, utilizar a Terry.

Gloria se llevó la mano al corazón en un intento de amortiguar sus delatadores latidos. El suelo volvió a crujir, mucho más cerca esta vez, y advirtió que había alguien en lo alto de la escalera del sótano, una figura recortada débilmente contra un halo de luz de luna procedente de la claraboya del vestíbulo.

La figura empezó a bajar las escaleras. Gloria respiró hondo y dijo con firmeza:
—Creo que deberías saber antes de seguir que voy armada.

Era mentira, por supuesto, pero en esas circunstancias la verdad no le serviría de mucho como arma. La figura titubeó, se agachó para ver mejor el sótano, y entonces una voz conocida dijo:

—Hola, Gloria.

Ella soltó un grito de espanto y respondió:

—Pensaba que habías muerto.

Capítulo 35

Cuando Martin volvió a Los Cuatro Clanes se encontró con que la recepcionista-celadora había sido reemplazada por el portero de la noche anterior. ¿No había dicho Sutherland que estaba de vacaciones? Le tendió su llave sin apenas levantar la vista del *Evening News* desplegado sobre el mostrador de chapa barata de recepción. Un cigarrillo le colgaba precariamente del labio.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó Martin—. ¿Sabe quién soy?

El portero de noche se apartó del periódico y al hacerlo le cayó la ceniza del cigarrillo. Alzó la vista hacia Martin y entonces, como si no viera nada de interés, volvió a fijarla en el periódico.

—Sí —contestó volviendo la página—, usted es ese tío muerto, ¿no?

—Sí —repuso él—. Soy ese tío muerto.

JUEVES

Capítulo 36

Se oyó el canto de un gallo. No había despertador mejor. Recordó que era domingo, su día preferido de la semana, y disfrutó del lujo de desperezarse en la cama. No tenía que levantarse para ir a trabajar. Ya no escribía, gracias a Dios, y había supuesto una extraña liberación ponerse traje y corbata cada día laborable de la semana y desplazarse hasta Londres para trabajar duro en una conservadora oficina de techos altos y con escritorios grandes y anticuados, un sitio en que los subalternos y las secretarias lo llamaban «señor Canning» y el presidente le daba palmaditas en la espalda y le decía: «¿Qué tal está esa mujer tan estupenda con la que te casaste, querido amigo?». No sabía qué era lo que hacía en la oficina todo el día, pero a la hora de comer iba a un restaurante en el que las camareras llevaban delantales blancos de calado y cofias en la cabeza y le traían sopa de rabo de buey y pudín al vapor con crema. Y por la tarde, a las tres en punto, su secretaria (June, o tal vez Angela), una alegre joven que era una taquígrafa impecable y vestía conjuntos de colores suaves, le traía una taza de té y un plato de galletas.

El gallo no sabía que era un día de descanso. No tardaron en unírsele otros pájaros. Martin distinguió el hilo del alegre trino de un mirlo en el tapiz del canto de los pájaros, pero la identidad de los demás en el diseño fue un misterio. Su (estupenda) esposa lo sabría, era una chica de campo, nacida y criada en él. Una chica de granja. Una chica de granja sana y alimentada con leche. Se incorporó sobre un codo y se puso a estudiar su cara de chica sana de granja. Dormida era aún más encantadora, aunque el suyo era un encanto que despertaba admiración respetuosa en los demás hombres, más que deseo. La mera idea del deseo la habría mancillado. Era irreprochable. Un mechón de suave cabello castaño le caía sobre la cara. Él lo apartó con cuidado y besó el impagable arco rubí de sus labios.

Le llevaría el desayuno a la cama. Un desayuno como Dios manda, huevos y bacon, pan frito. Para la comida asarían un pedazo de buena ternera inglesa. La carne aún estaba racionada, pero el carnicero del pueblo era amigo suyo. Todo el mundo era amigo suyo. (Se preguntó por qué sería tan carnívoro en esa otra vida).

La mañana proseguiría con su alegre pauta habitual de los domingos. Cuando la comida ya estuviera casi lista —la salsa espesándose, la ternera reposando—, Martin reiría (porque era una pequeña broma entre ambos) y le diría: «¿Un aperitivo, querida?». Y sacaría la licorera de jerez de Waterford que había sido de los padres de ella. Entonces beberían a sorbitos el amontillado y se sentarían en las butacas tapizadas con la tela de pájaros y fresas y escucharían el quinteto *La Trucha* de Schubert.

Oyó que alguien abría un grifo en el baño y entonces unos pasos en el pasillo y luego bajando por las escaleras. Peter/David imitaba el ruido de un avión, luchando sin ayuda de nadie contra la Luftwaffe. Lo oyó decir: «Ahí va eso, nazi asqueroso», antes de proferir el «ratatatá», de una ametralladora. Era buen chico, se parecería de

mayor a su padre el piloto, no a Martin. La noche anterior, cuando estaban sentados en el acogedor salón (con el fuego ardiendo, etc.), y Martin tostaba panecillos y su mujer tejía otro jersey marinero más, después de que Peter/David les hubiera dado un beso de buenas noches a ambos para irse a la cama, su esposa hizo una pausa con las agujas y dijo con una sonrisa: «Creo que se merece un hermanito o una hermanita, ¿no?». Fue un instante que atesorar en una vida de tesoros.

Volvió a desperezarse, rodeó con los brazos a su mujer y aspiró el aroma a lirio de los valles de su cabello. Ella se movió un poco, señal de que estaba despierta y dispuesta. Martin metió la mano bajo los pliegues del camión, encontró la turgente manzana de un pecho y se acurrucó contra su cuerpo. En ese momento debería decir algo cariñoso, algo tierno. Por algún motivo siempre tenía problemas con los detalles íntimos de la conversación con ella, quizá le sería de ayuda ponerle un nombre. Ella se volvió y le devolvió el abrazo.

—«Marty» —dijo.

Despertó, sobresaltado. El barato radio despertador digital que había en la mesilla lo informó de que eran las seis de la mañana. Se preguntó si debería mirar bajo las sábanas para comprobar que no se hubiese transformado en un insecto gigante.

La luz del día ya había vencido a la de la farola que había fuera y se filtraba por las finas cortinas naranjas, bañando la habitación de un resplandor de amanecer posnuclear. La refulgente luz color Gatorade le daba de lleno en la cara. Supo que le sería imposible volverse a dormir. Las paredes de la habitación eran finas como un pañuelo. Cada cadena de retrete que se accionaba, cada tos expectorante llena de flemas, cada tentativa o logro de llevar a cabo el acto sexual, todo parecía encontrar un conducto directo a la habitación de Martin.

¿Y si había quedado atrapado allí de algún modo?, ¿y si había entrado en una especie de bucle surrealista que lo haría despertar cada mañana en una habitación distinta del Los Cuatro Clanes? ¿Cuántas habitaciones había en el hotel? ¿Y si era un número infinito, y si era uno de esos sitios de *En los límites de la realidad* con una planta trece inexistente y un personal formado en realidad por los fantasmas de antiguos huéspedes? ¿Un hotel del que uno nunca podía marcharse?

Supo, a la sobria luz del día, que no había sido Richard Moat quien lo había llamado la noche anterior. ¿Qué era más probable después de todo, que Richard Moat lo llamara desde el más allá o que la persona que asesinó a Richard Moat le hubiese robado el teléfono? Que lo llamara un asesino era preferible a que lo llamara un cadáver. Por supuesto, se trataba de algo que debía contarle a la policía, pero la idea de tener que toparse con Sutherland otra vez era demasiado deprimente. Se preguntó qué le habría dicho el asesino de Richard Moat de no haberse quedado sin batería el teléfono. «Tú serás el siguiente», quizá. Ojo por ojo.

Le había dicho a Melanie la noche anterior que iba a cancelar su participación en la feria del libro, pero ahora le pareció que aparecer sería una muestra de valor. «Contrólate, chico. Enfréntate a lo que temes». Bien podía haberse convertido en un

juguete de los dioses, pero seguía siendo Alex Blake. Esa era su vida, su escena: quizá no fuera muy noble, pero era cuanto le quedaba.

Había perdido el portátil, la cartera, la novela, su casa y su identidad en el transcurso de las últimas cuarenta y ocho horas. Lo único que le quedaba era Alex Blake.

La recepción estaba ahora atendida por un chico con un chaleco de satén a rayas y pajarita que parecía salido de un cuarteto vocal masculino.

—¿Puedo usar el teléfono? —preguntó Martin.

—Faltaría más, señor Canning. Mi madre ha leído todos los libros de Alex Blake. Es su fan número uno —respondió el chico.

—Se lo agradezco, y también a ella. Es muy amable.

Sacó del bolsillo el folleto que alguien le había dado hacía toda una vida. «Si necesita ayuda», había dicho el hombre. Pues sí, necesitaba ayuda. Necesitaba tener al menos a una persona de su parte. «Enfréntate a lo que temes. Contrólate, puto mariquita. Eres como una vieja, Martin».

No iba a dejarse acobardar por sospechas infundadas, ni por hombres muertos que lo llamaban. Iba a llevar la cabeza bien alta y a seguir adelante. La justicia cósmica podía venir a buscarlo, pero lo haría según sus propias condiciones.

Marcó el número y, cuando le contestaron, dijo:

—¿Señor Brodie? No sé si se acuerda de mí.

Capítulo 37

Jackson rodó hasta quedar de costado en la cama y se acopló al cuerpo caliente de Julia. Solía dormir desnuda, pero llevaba ahora un espantoso pijama que le quedaba grande y que en algún momento quizá había pertenecido a su hermana. Supo que el pijama era significativo, pero no quiso pensar en qué sentido particular podía ser significativo. Echaba de menos la sensación de piel contra piel, la sedosa redondez de Julia. Se acomodó en las curvas y recovecos de su cuerpo, pero en lugar de presionar contra él para acoplarse, Julia se apartó murmurando algo incomprensible. Hablaba un montón en sueños, diciendo solo cosas incoherentes, pero de todas formas él se dedicaba a escucharla con atención por si divulgaba algo secreto y oculto cuyo conocimiento le hiciera sentir mejor (o peor).

Volvió a acercarse a ella y le besó la nuca, pero siguió profundamente dormida. Era difícil despertar a Julia, como no fuera sacudiéndola. En cierta ocasión, le había hecho el amor dormida y apenas se había movido, ni siquiera cuando eyaculó dentro de ella, pero después no se lo contó porque no estaba seguro de cómo reaccionaría. No imaginaba que se hubiese sentido especialmente molesta (se trataba de Julia, después de todo). Era probable que se hubiese limitado a decir: «¿Sin mí? ¿Cómo has podido hacer algo así?». Técnicamente era una violación, por supuesto. Había arrestado a tipos suficientes en sus tiempos por aprovecharse de chicas bebidas o drogadas. Además, para ser sincero, Julia tenía un sueño tan pesado que hubo un toque de necrofilia en todo el asunto. Una vez le había echado el guante a un necrófilo: el tipo trabajaba en un depósito de cadáveres y no veía qué «daño» hacía puesto que los objetos de su afecto habían dejado atrás «los asuntos terrenales».

Entre el pijama de Amelia y la necrofilia, se las había apañado para sofocar cualquier deseo con el que hubiese despertado. De todas formas era probable que Julia aún estuviese enfadada con él. Apoyó una oreja contra su espalda como un estetoscopio y escuchó su respiración vibrante. Había hecho lo mismo con una Marlee de tres años cuando tuvo bronquitis. Los pulmones de Julia acabarían matándola. Había algo en ella que sugería que nunca llegaría a vieja. Mucho antes de vivir de la pensión tendría un enfisema y estaría arrastrando por ahí una botella de oxígeno más grande que ella. Ella se retorció, apartándose más de él.

Todo estaba sujeto a la entropía, incluso el sexo, incluso el amor. Un lento borrado de la pasión. El amor que sentía por su hija no, obviamente, ese era el único vínculo indestructible. O por su hermana. Había querido a su hermana con todo su corazón, pero Niamh había dejado demasiado atrás «los asuntos terrenales» como para que él sintiera el tirón y la urgencia del amor. Todo lo que quedaba era la tristeza.

Se incorporó sobre un codo y estudió el rostro de Julia. Tuvo la sensación de que no estaba dormida en realidad, de que estaba actuando.

—No —dijo ella, y se volvió boca abajo con la cara enterrada en la almohada.

Cuando Jackson volvió a despertar, Julia estaba arrodillada a su lado en la cama ataviada con solo una toalla y sosteniendo una bandeja en la que vio café, huevos revueltos, tostadas.

—¡El desayuno! —anunció alegremente.

En el reloj de Jackson decía que eran las siete en punto.

—Por un momento he pensado que eras Julia —dijo.

—Ja, qué gracioso. No podía dormir.

Llevaba el cabello mojado recogido en una estrafalaria coleta a un lado de la cabeza y olía a jabón. La iluminaba un foco natural de sol que la atrapaba en un rombo de luz, y advirtió sus oscuras ojeras y la sombra de algo pavoroso en su frente. Quizá era solo decepción. Se sentó con las piernas cruzadas en la cama y le leyó el horóscopo.

—«Los Sagitario lo están pasando mal en este momento. Os sentís como si no llegaseis a ningún sitio, pero no temáis, que hay luz al final del túnel». ¿Es cierto eso? ¿Lo estás pasando mal?

—No más que habitualmente.

No le preguntó qué decían las estrellas para ella, porque significaría darle alguna clase de credibilidad a algo que consideraba una chorrada. Sospechaba que Julia también pensaba que eran chorradas y que todo formaba parte de algún tipo de afectación.

—¿Lo estás pasando mal? Oh, sí, así es, ¿no? Peleándote en la calle, armando camorra, matando perros.

—Yo no maté al perro.

—Acabaste en la cárcel, condenado por un delito. Ahora ya no te dejarán volver a la policía nunca más, cariñito.

—Yo no quiero volver a la policía.

—Sí que quieres.

Lo que un desayuno quemado conseguía hacer por el ánimo de un hombre era sorprendente. Los huevos estaban correosos y la tostada, chamuscada, pero Jackson se las apañó para comérselo todo. Había esperado que su desayuno consistiera en los restos fríos de la discusión de la noche anterior, de modo que los huevos y la actitud general de benevolencia de Julia supusieron una grata sorpresa.

Julia tomaba a sorbitos una taza de té flojo, y cuando le preguntó por qué no comía nada —a Julia le gustaba tanto la comida como a un perro—, contestó:

—Tengo el estómago revuelto. Los nervios del estreno. Va a venir la prensa, ¿no es horroroso? La idea de que reseñen la obra es aterradora, casi más aterradora que la de que no tenga ninguna crítica. Y ya sabes que estamos en el festival, así que no

tendremos un crítico teatral como Dios manda; están demasiado ocupados con el próximo exitazo, lo que nos dejará a algún redactor ganso que escriba normalmente en la sección de deportes. Ojalá pudiésemos tener otra sesión de preestreno.

—¿Cómo fue la de anoche?

—Oh, ya sabes. —Se encogió de hombros—. Fatal.

Jackson sintió compasión por ella.

—Siento haber sido una gruñona contigo —añadió Julia.

—Yo también estuve gruñón —repuso él con magnanimidad.

No pensaba realmente que lo hubiese estado, pero mostrarse un poco caballeroso no hacía ningún daño, en especial porque presumía que el resultado lógico de Julia en toalla y preparándole el desayuno iba a ser sexo, pero cuando hizo un juguetón intento de agarrarla, ella saltó de la cama con la agilidad de un gato y dijo:

—He de ponerme en marcha, tengo mucho que hacer. —En la puerta del dormitorio, se volvió para añadir—: Te quiero, ya lo sabes.

Él había advertido en más de una ocasión que, al principio de una relación, la gente parecía feliz cuando decía «Te quiero», pero al final decían las mismas palabras con expresión de tristeza. La expresión de Julia fue absolutamente trágica. También era verdad que se trataba de Julia, que siempre sobreactuaba.

Le sonó el teléfono y consideró no contestar. Las buenas noticias siempre duermen hasta mediodía, ¿no decían eso por ahí? ¿O era la letra de una canción de Cowboy Junkies? Contestó la llamada y tuvo que hurgar un momento en su memoria para que aquel nombre significase algo para él. Martin. Martin Canning, el tipo que le arrojó el maletín a Terence Smith. Un tipo bastante raro.

—Eh, qué tal, Martin —dijo con tono de falsa camaradería, pues el tipo le pareció un poco trastornado—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me pregunto si podría hacerme un favor, señor Brodie.

Ya no conseguía oír la palabra «favor» sin pensar que tenía implicaciones sombrías.

—Claro, Martin. Hoy no tengo nada más que hacer. Y soy Jackson, llámeme Jackson.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Julia, totalmente vestida para entonces y demasiado distraída por su propia jornada para tener genuina curiosidad en la de él.

Se estaba maquillando ante un espejito apoyado sobre la mesa de la cocina. Una ligera capa de polvos había caído en una pirámide de naranjas apiladas sobre un plato de cristal. Jackson no recordaba haber comprado fruta.

—Tengo un trabajo que hacer —contestó.

—¿Un trabajo?

—Sí, un trabajo. Hay un tipo que necesita que le hagan de canguro.

—¿De canguro?

Se preguntó si Julia iba a limitarse a repetir lo que decía. ¿No se suponía que era eso lo que hacía la Reina? Daba la impresión de mantener una conversación educada, daba la impresión de que estabas genuinamente interesado en lo que la otra persona decía sin tener en realidad que participar en un nivel significativo, o que escuchar siquiera. Para probar su teoría, le dijo a Julia:

—Y luego creo que voy a ahogarme en el Forth.

Pero en lugar de contestar como un loro «¿El Forth?», Julia se volvió y lo observó pensativa, viéndolo de verdad y no solo mirándolo, y preguntó:

—¿A ahogarte?

Jackson captó su error de inmediato. La hermana mayor de Julia, Sylvia, se había suicidado ahogándose en la bañera, un formidable acto de voluntad que él casi admiraba. Era monja, de modo que supuso que todos esos años de disciplina le habían vuelto el alma de hierro. Su propia hermana no se había ahogado, la habían violado y estrangulado para luego arrojarla a un canal. Agua, agua por todas partes. Estaban unidos, él y Julia, por esas cosas. «Es como una especie de concatenación de karmas», había reflexionado Julia una vez. Tuvo que buscar la palabra «concatenación»; le había sonado a algo católico, pero no lo era. Venía del latín *catena*, «cadena». La cadena de indicios. Una cadena de ignorantes. Deseó entonces haber tenido una educación clásica en lugar de una educación militar. Una buena escuela, un título universitario, el mundo en que su propia hija estaba creciendo. El mundo en que se crio Julia, pero había que ver lo jodido que había sido en su caso. Quiso contarle a Julia lo de la mujer en el Forth, lo de que él mismo casi se había ahogado, pero Julia había vuelto a concentrarse en sí misma y se pintaba los labios, mirándose en el espejo con objetividad profesional, para luego relamérselos y fingir que besaba su propio reflejo.

Jackson se preguntó qué revelaba sobre una relación que uno no pudiera contarle al «objeto de sus afectos» que lo habían sacado del agua como un perro medio ahogado. El nombre de aquel perro que había caído alegremente del muelle de Whitby había sido —inevitablemente— *Lucky*^[4]. El propietario del perro, el primer hombre en ahogarse aquel día, tenía esposa y una hija de ocho años, y Jackson se había preguntado qué había sido del perro. ¿Se habían llevado a *Lucky* a casa con ellas?

—Pero ¿acabarás a tiempo para el espectáculo? —quiso saber Julia.

—¿El espectáculo?

Cuando salía por la puerta, Julia dijo:

—Oh, ahora que me acuerdo, ¿puedes hacerme un favor? Dejé la tarjeta de memoria en la tienda de revelado de aquí al lado. Pensaba que si no tienes nada mejor que hacer podrías recoger las fotografías.

—¿Y si tengo algo mejor que hacer?

—¿Lo tienes? —repuso ella, con tono más de curiosidad que de sarcasmo.

—Espera —dijo él—, un momento... ¿qué fotografías? ¿Qué tarjeta de memoria?

—La de nuestra cámara.

—Pero si perdí la cámara. Te conté que la había perdido en Cramond.

—Ya lo sé, y yo te conté a ti que llamé a objetos perdidos de la policía de Fettes y que alguien la había dejado allí.

—¿Qué? No me habías contado eso.

—Sí, te lo conté —repuso Julia—, a menos que hubiese otra persona tendida a mi lado en la cama que fingiera ser Jackson.

¿Cuándo había tenido tiempo Julia de dejar lo que fuera en la tienda de revelado, de llenar el cuenco de fruta, de hacer llamadas telefónicas, de almorzar con Richard Moat? Y sin embargo no había tenido un solo segundo para él.

—Scott Marshall —continuó ella alegremente—, ese chico tan simpático que interpreta a mi amante, fue en coche a Fettes y la recogió por mí.

—¿Y se la dieron así, sin más? —repuso, atónito (de qué forma tan despreocupada había dicho «mi amante»)—. ¿Sin ninguna prueba?

Pensó en la imagen de la chica muerta atrapada en la cámara. ¿La habría visto alguien, la habría revelado alguien?

—Describí por teléfono las tres primeras fotografías en la tarjeta de memoria —explicó Julia—, y eso pareció dejarlos satisfechos. Y les conté que alguien que se llamaba Scott Marshall recogería la cámara. Les enseñó el permiso de conducir. Caray, Jackson, ¿tenemos que diseccionar cada aspecto del proceso policial en lo que concierne a objetos perdidos?

—¿Cuáles son las tres primeras fotografías en la tarjeta de memoria? —quiso saber.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—No, no, es que estoy intrigado. No tengo ni idea de cuáles son.

—Son fotos tuyas —repuso Julia—. Sales tú en ellas, Jackson.

—Pero...

—Tengo que irme pitando. Lo siento, cariñito.

No era de extrañar que la suplantación de identidad fuera un crimen cada vez más frecuente. El dependiente de la tienda de fotografía era tan poco estricto como la policía. Jackson no tenía recibo, ni pruebas de que las fotos fueran suyas, y sin embargo se las tendió de inmediato cuando le dijo que «Julia Land» las había dejado esa mañana. El dependiente esbozó una sonrisa de complicidad y dijo «Sí, por supuesto», lo que le hizo sospechar que Julia había utilizado con él todos sus encantos de vendedora de naranjas. Si eras hombre, podías tener ochenta y llevar un aparato ortopédico y Julia coquetearía contigo mientras te ayudaba a cruzar la calle, porque, y esa era una de las razones por las que la quería, era de la clase de persona

que ayudaba a los ancianos a cruzar la calle y a los ciegos en los supermercados, que recogía gatitos perdidos y pájaros heridos.

Julia no podía evitar coquetear; le salía de forma automática, como si lo llevara arraigado en su personalidad. Julia coqueteaba hasta con los perros, por el amor de Dios. Incluso la había visto coquetear con objetos inanimados, tratando de convencer a una tetera para que hirviese más deprisa, a un coche de ponerse en marcha, a un fuego para que prendiera. «Oh, vamos, cariño, con solo que te esfuerces un poco más podrás hacerlo».

Quizá debería considerarlo más un servicio social que una amenaza, enviarla quizá a residencias de ancianos para darles a los viejos cierta ilusión de virilidad, para que volvieran a sentirse bien consigo mismos. «Viagra para la mente». Había algo patético en los tíos viejos. Hombres que habían luchado en guerras y presenciado caídas de imperios, recorrido con el aplomo de reyes salas de juntas y fábricas, que se ganaban el pan, pagaban sus impuestos y ponían en práctica lo que predicaban, y que ahora no podían ni orinar sin ayuda. Mientras que las mujeres viejas, no importaba cuán frágiles fueran, nunca parecían tan dignas de lástima. Por supuesto, no había tantos ancianos por ahí como ancianas. Bien podían estar secas y quebradizas como astillas para encender el fuego, pero estaban hechas para durar.

Se llevó las fotos al Toast y se instaló en un reservado. Experimentó una sensación parecida a la de desenvolver un regalo, la misma expectación, la misma oleada de excitación, solo que en el lado oscuro; el anverso, ese era el término elaborado para describirlo, el término que habría utilizado Julia. La fotografía sería una grata prueba de que su experiencia en el Forth no era producto de una alucinación; por desgracia, también sería la prueba nada grata de que alguien, en algún sitio, estaba muerto.

Una camarera le trajo el café, y cuando hubo vuelto tras el mostrador, abrió el paquete de brillantes instantáneas de diez por quince. Las copias estaban en el mismo orden que en la tarjeta de memoria; las primeras tres eran en efecto fotos suyas, tomadas en la nevada en Francia el día de Navidad, con Julia probando su flamante cámara. Se le veía muy parecido en las tres, adoptando poses incómodas, apañándose para sonreír a medias en la tercera tras mucha insistencia por parte de Julia. «Oh, vamos, cariño, con solo que te esfuerces un poco más podrás hacerlo». Él odiaba que le hiciesen fotos.

Luego había un par más de Francia, y ninguna más hasta Venecia porque Julia se había dejado la cámara al volver a Londres después de Año Nuevo. Había hecho las maletas a toda prisa, típico de Julia, y habían hecho el amor, en una despedida de último momento, cuando ella ya debía estar de camino al aeropuerto.

Marcó el número de móvil de Louise. El teléfono sonó muchas veces.

Venecia seguía viéndose preciosa, pero ahora, en lugar de simples instantáneas de vacaciones, los pequeños Canaletas parecían conmovedoras imágenes de tiempos idílicos, un testimonio de la época dorada de ellos dos como pareja. Justo antes de

que aparecieran las grietas. «¿Una pareja? ¿Es eso lo que piensas que somos?».

Cuando Louise Monroe lo llamó «Jackson» el día anterior («Admítalo, Jackson, sobre el papel sencillamente no tiene usted buena pinta»), tuvo la sensación de que se había accionado un interruptor, de que notaba el pequeño zumbido de la corriente eléctrica al transmitirse. Mal chico, Jackson. Tenía mejor opinión de sí mismo.

Louise era, admitámoslo, su tipo. Julia era tan poco su tipo que quedaba fuera del alcance del radar. Louise. Eso era lo que le ocurría a uno cuando se pasaba al lado oscuro. Cuando te volvías Jackson el malo, empezabas a desear a otras mujeres. «Ojo con las Piscis», había dicho Julia. ¿Era Piscis Louise Monroe? Constituiría una nueva senda. No necesariamente una senda buena o mejor, solo una nueva.

Después de que el teléfono sonara varias veces, respondió una voz de hombre (con acento pijo de Edimburgo): «Residencia de los Monroe, ¿en qué puedo ayudarle?». Lo pilló desprevenido, pues no había esperado que contestase un hombre, y mucho menos un gilipollas pedante. Antes de que pudiese decir nada, Louise se puso al teléfono.

—¿Sí? —espetó.

—Soy Jackson, Jackson Brodie.

Había llegado a la última fotografía de Venecia. Era de la vista desde la ventana del hotel, de la laguna, que Julia había tomado en el último momento («Espera... nos olvidaremos de esta vista»), antes de que subieran a la lancha del Cipriani por última vez para ir a la plaza de San Marcos. Tenía razón, él habría olvidado esa vista de no haberla plasmado en una foto. Pero a fin de cuentas, no importaba cuán hermosa fuera, no era más que una vista. Comprendió qué quería decir Julia con lo de que apareciera gente en las fotografías: si ella hubiese estado de pie ante la ventana, con la laguna detrás, habría sido una imagen completamente distinta.

Luego venía la foto suya junto al Cañón de la Una en Punto, con los japoneses, y después la del edificio que albergaba el Monumento a los Caídos. Solo había una fotografía más. Estaba negra, completamente negra. Desconcertado, volvió a buscar en el montón de fotos, con el mismo resultado, nada. Ni rastro de la chica muerta. Solo esa fotografía negra. Le recordó al cuadrado negro que Julia observaba todas las noches, la violenta tempestad en el Ártico. Se preguntó si habrían borrado la fotografía de la chica muerta, quizá de manera accidental. Sabía que nunca podía borrarse nada por completo; lo que destruía un archivo no era eliminarlo, sino escribir nuevos datos encima. Había programas diseñados para recuperar imágenes. A un laboratorio fotográfico le resultaría sencillo hacerlo. O a los forenses de la policía.

—¿Querías algo? —preguntó Louise—. ¿O solo llamas para fastidiarme?

—No estás de muy buen humor por las mañanas, ¿eh?

Comprendió de pronto qué había pasado: con las prisas por tomar la fotografía (el cadáver, la marea que subía y todo eso), se había dejado puesta la tapa del objetivo. «Oh, mierda».

Dejó caer la cabeza sobre la mesa. Los demás clientes del Toast lo miraron

alarmados.

—¿Hola? Llamando a Jackson.

—Nada, no quiero nada. Tienes razón, solo llamaba para fastidiarte.

Se acordó de algo, de algo que había dicho la rusa chiflada de la noche anterior, y le preguntó a Louise qué sabía sobre viviendas reales para gente real.

—Las ardillas se están comiendo mi casa —fue la inesperada respuesta de Louise.

—Vale —repuso él despacio, incapaz de pensar en una réplica a semejante afirmación.

Se preguntó si serían ardillas especialmente grandes.

Capítulo 38

Louise era presa de un extraño terror, provocado por el vago recuerdo de un documental o una película —realidad o ficción, no lo sabía— sobre un hombre que despertaba atontado para descubrir que habían asesinado a toda su familia mientras dormía: daba traspies de una habitación a otra, encontrando sus cuerpos.

Despertó de golpe, demasiado de golpe, con taquicardia y sudando, y le llevó varios segundos convencerse de que era un sueño. Fue entonces que oyó el ruido de algo que escarbaba. ¿En las paredes? ¿O encima de su cabeza? Encima de su cabeza. Unas garras o clavos contra la madera, rascando, algo que correteaba. Paró. Volvió a empezar. Volvió a parar. Intentó imaginar qué estaría provocando esos ruidos. Las Olimpiadas de los Roedores en el desván. Un par de años antes, y podría haber metido a *Jellybean* ahí arriba, el Terminator felino. Estaba dormido encima de la cama, y se movió cuando lo tocó con el pie. Le habría gustado que le diera su opinión profesional sobre la cosa que rascaba y escarbaba, pero no quería molestarlo. Ahora dormía casi todo el día y la noche. Había empezado a pensar en términos de últimos días, que ese podía ser su último desayuno, su último lavado, su último paseo fuera de la casa. Ya no le compraba comida para gatos; iba en cambio al supermercado de Marks and Spencer's y seleccionaba para él salmón ahumado orgánico, lonchas de fiambre de pechuga y cartones de crema fresca. Solo era capaz de tomar con desgana unos bocados de cualquiera de esas cosas, más para complacerla, sospechaba Louise, que porque tuviera hambre de verdad. La última cena. Archie se quejaba de que no lo alimentaba tan bien como al gato, y tenía razón.

Se levantó con esfuerzo de la cama y recorrió el pasillo hasta llegar ante la puerta del cuarto de Archie, que abrió; solo necesitaba tener la absoluta seguridad de que la pesadilla había sido una pesadilla. Ambos chicos dormían espatarrados, Archie en su cama, Hamish en un saco de dormir en el suelo. El cuarto olía a tigre. Imaginaba que la habitación de una chica olería a esmalte de uñas, lápices, caramelos baratos. El perfume del cuarto de Archie era de testosterona y pies. En la penumbra distinguió cómo subía y bajaba el pecho de Archie al respirar. No se molestó en comprobar si había indicios de vida en Hamish; a los chicos como él habría que sacrificarlos, en su opinión.

Sacó la pesada linterna Maglite de la policía de debajo de la almohada, bajó la escalerilla Ramsay de la trampilla que había en el techo del rellano. Subió por ella y levantó la trampilla con cautela, imaginando que le saltaban cosas en la cabeza y se le quedaban enredadas en el pelo, que le mordisqueaban las orejas y los labios.

La minúscula claraboya del desván dejaba entrar más luz de la mañana de lo que esperaba y los huecos en la pizarra proporcionaban iluminación adicional. Estaba bastante segura de que no debería haber huecos en la pizarra. No era un desván de verdad, tan solo un altillo que contenía el depósito del agua; el suelo estaba sin recubrir y no había corriente. Un cable eléctrico serpenteaba por el suelo en lugar de

discurrir por una regata, y vio que parte de la cobertura exterior de plástico estaba roída, dejando a la vista cables pelados. Las vigas y viguetas estaban sin lijar y llenas de astillas, y no había aislamiento. Se preguntó si no sería ilegal construir casas nuevas sin aislamiento. El altillo parecía subrayar el hecho de que la casa tuviera un aire permanente de estar inacabada.

Algo se movió en el rincón del fondo, algo pequeño y ágil, hubo un coletazo gris, y luego desapareció por un minúsculo agujero donde el desagüe se encontraba con el pequeño saliente de encima de la sala de estar en el piso de abajo. Una ardilla.

Recorrió la pared con la Maglite. Vio entonces con bastante claridad por dónde había escapado la ardilla: una grieta en la estructura de la casa donde un trozo de cemento debía de haberse caído, o (más probable, conociendo Viviendas Hatter) nunca había estado ahí para empezar. Pasó la linterna por el tejado a dos aguas, una arqueóloga abriendo la tumba de un faraón, y frunció el entrecejo al reseguir una grieta que describía un zigurat en el mortero entre los ladrillos. No parecía que uno pudiera echarles la culpa de algo así a las ardillas.

Recorrió el difícil camino de vuelta a través de la trampilla y bajando la escalerilla. Al llegar al último travesaño casi se murió del susto cuando una mano le tocó el brazo desnudo. Hamish le ofrecía una taza de café, la viva imagen del mayordomo servicial, solo que no llevaba puesto más que unos calzoncillos. No era muy propio de su edad. De repente tuvo plena conciencia de lo corta que era la vieja camiseta con la que había dormido. El pequeño cabrón había estado mirando hacia arriba todo el rato que ella había tardado en bajar por la escalera.

—He puesto leche, pero azúcar no, Louise —dijo—. He pensado que tenías pinta de cuidar tu figura.

Se planteó darle un puñetazo, pero no quiso acabar con todo el pasillo lleno de café, o con un juicio de su papá banquero, un gilipollas al que había conocido en una reunión de padres. No era coincidencia que banquero rimara con pajero.

—Gracias —dijo, y cogió el café—. Deberías ponerte en marcha, Hamish, vas a llegar tarde al colegio.

Hizo hincapié en la palabra «colegio» para recordarle que en realidad era, técnicamente, un niño. Deseó ver el ceño fruncido de humillación en sus facciones impecables y burguesas, pero Hamish contestó:

—Dios santo, Louise, de verdad que te hace falta relajarte.

Louise se puso un chándal poco favorecedor y salió de la casa. Aún echaba chispas por lo de Hamish, que estaba ahora preparando el desayuno en su cocina, tan cómodo como si estuviera en su propia casa. Aunque le había preparado un café sorprendentemente bueno. Archie no tenía ni idea de cómo hacer café, a no ser que fuera instantáneo. Se preguntó si Hamish le preparaba café a su propia madre. Debía de ser agradable tener a alguien que hiciera cosas por ti. Quizá en su propia casa era tan asocial y desagradable como Archie era la suya, y quizá, a la inversa, cuando Archie iba a casa de Hamish, se daba aires del pequeño lord y le decía «¿Puedo

traerle más té, señora Sanders?» a la madre de Hamish. No, eso era ir demasiado lejos con la fantasía.

Se detuvo en la acera de enfrente, para tomarse el café a sorbitos mientras inspeccionaba la casa en busca de defectos en el enladrillado.

Oyó que empezaba a sonarle el móvil en algún lugar dentro de la casa.

—Una buena grieta —dijo una voz.

Se volvió y vio al vecino de al lado abriendo el coche. El hombre indicó con la cabeza la puerta principal de Louise y se sentó al volante, y su familia subió después de él. Louise retrocedió unos pasos y, al mirar hacia arriba, vio una fisura irregular que desgarraba de arriba abajo el enladrillado de encima del porche. «¡Soplaré y soplaré y la casita derribaré!». En el cuento, el gran lobo malo no había podido echar abajo la casa hecha de ladrillo, que había construido el cerdito sensato. Por desgracia, la casa de Louise no la había construido un cerdito sensato. La casa de Louise la había construido el mismísimo gran lobo malo, Graham Hatter. ¿Qué había dicho Jessica? «Un hundimiento de tierras o algo así».

—Joder —soltó.

El vecino se estremeció. Era un cristiano de alguna clase, llevaba una de esas pegatinas con un pez en el coche y estaba claro que esperaba algo mejor de la policía. Cada día de la semana llevaba a sus hijos a la escuela, los sábados por la mañana a natación, los domingos a la iglesia. Don Correcto. La familia mediocre. Los odiaba.

—Joder —dijo para verlo estremecerse otra vez—. Joder, joder, joder.

El vecino se alejó con el coche en una nube de desaprobación.

Hamish apareció en la puerta con su teléfono en la mano.

—Te llama un caballero —dijo.

Era muy amanerado a veces, así que a lo mejor no era el heterosexual lascivo que aparentaba. ¿Sería ella capaz de decirles a sus colegas de Corstorphine «Mi hijo es gay»? Y de decirlo en voz bien alta y con orgullo. Era una conversación que no podía imaginar de ningún modo. Catorce años, se recordó: aún eran niños, no tenían ni idea de qué o quiénes eran. Volvió a cruzar la calle y le arrancó el teléfono a Hamish.

—Sí —respondió con aspereza, y luego le supo mal porque era Jackson Brodie, y entonces fue aún más grosera con él, castigándolo por el hecho de que había sentido una punzada de placer al oír su voz.

—Solo me preguntaba —repuso él— si las palabras «Viviendas reales para gente real» significan algo para ti.

—¿Qué?

—Viviendas reales para...

—Te he oído. No seguirás haciendo de detective por ahí, ¿verdad? «Viviendas reales para gente real» es el eslogan de Viviendas Hatter. Las oficinas centrales están en Edimburgo, aún es un negocio familiar. Graham Hatter es un pez gordo escocés, un empresario millonario, etcétera. Mi casa es una Vivienda Hatter. Es un montón de mierda. Las ardillas se la están comiendo.

Había esperado a que Archie y Hamish estuvieran despatarrados en la sala de estar viendo la MTV con el desayuno, ajenos a cualquier cosa que no fuera su pequeño y ridículo mundo, y entonces había entrado a hurtadillas en el cuarto de Archie. Accionó la barra espaciadora del ordenador, que tenía la pantalla hibernada, y apareció una página de texto. La hizo avanzar un poco y leyó: «¿Sabes, Bertie?, tienes que recordar que los ricos no son como nosotros». «Ya lo sé, señorita. Ellos tienen más dinero». Era un cuento o una novela. ¿Archie estaba escribiendo una novela? Cuando las ranas criaran pelo. Y si Archie escribiera una novela no sería esa clase de novela, trataría de cibermáquinas robóticas que destruían el mundo, con mujeres-muñeca hinchable incluidas por si acaso. Entró en Mis Documentos. La novela estaba en un CD. Definitivamente no era de Archie. Había correspondencia de un tal «Alex Blake», al parecer respuestas a cartas de fans. Otra correspondencia con la misma dirección de un tal Martin Canning. Había parte de un manuscrito, una novela, varios capítulos de algo que se llamaba *Muerte en la isla Negra*. Eso era lo que Archie y Hamish habían estado leyendo en voz alta la noche anterior. «Creo que aquí hay gato encerrado, Bertie».

Entonces cayó en la cuenta: «Alex Blake» era el nombre del tipo en cuya casa habían asesinado a Richard Moat. Martin Canning era su nombre real, ¿o era al revés? Su hijo, su inofensivo hijo, estaba en posesión ilegal de algo que debía de haber salido de la escena de un asesinato. ¿Qué más habrían hecho? Sintió un socavón donde solía tener el estómago.

Capítulo 39

Gloria había pretendido que el fuego de primera hora en el brasero del jardín fuera simbólico, una pira para la Gloria pasada (la esposa de Graham) y una señal para la Gloria futura (la viuda de Graham). Se había imaginado emergiendo de las llamas como un ave fénix, de forma que fue un poco decepcionante que su guardarropa no hubiese ofrecido mayor espectáculo, incluso si solo se trataba de un par de vestidos de fiesta, cosas caras de diseño exclusivo que se había puesto para bailes organizados por la compañía. Tuvo una incómoda visión de sí misma entrando tambaleante en una sucesión de salones de baile de hoteles durante los últimos treinta y nueve años, una señorona vestida de señorona, con el cuerpo embutido en el refulgente caparazón de un vestido de lentejuelas y los pequeños pies («manitas de cerdo», los llamaba Graham) confinados en unos zapatos poco apropiados.

Porque Graham no tardaría en estar muerto, estaba segura. Más muerto que un pájaro dodo. Más muerto que un bistec. Más muerto que el clavo de un ataúd. ¿Por qué un clavo? ¿Por qué estaba un clavo más muerto que otra cosa?, (que el ataúd en sí, por ejemplo, que estaba igual de muerto, ¿no?). ¿Existía el comparativo cuando se trataba de la muerte? ¿Podía algo estar más muerto que otra cosa? Muerto, más muerto, el más muerto de todos. Graham estaría más muerto que ella. Estaría superlativamente muerto. A Gloria le había llevado una vida entera darse cuenta de cuánto le desagradaba Graham.

Había más humo que fuego, de forma que echó una pastilla de encendido en el brasero y observó las pequeñas lenguas de llama verde y azul empezar a lamer una torera con incrustaciones de estrás de Jacques Vert. El mineral al mineral, el polvo al polvo. La ropa no había quedado reducida a la suave ceniza pulverizada que imaginaba.

Las puertas electrónicas se abrieron y cerraron varias veces. De no haber sabido que el hombre de la compañía de seguridad estaba en el sótano comprobando el sistema, habría creído que una multitud invisible estaba colándose lentamente en la propiedad.

Observó a un tordo arrancar un gomoso gusano del césped. Los pájaros (urracas aparte) eran algo bueno. Incluso cuando mataban a otras criaturas. Los pájaros se comían los gusanos, los gusanos no tardarían en estar comiéndose a Graham. Graham había comido aves (pollo, pavo, pato, faisán, urogallo, perdiz), y de esa forma el ciclo vital estaría completo. Desde que el régimen autoritario de Graham se había visto inesperadamente interrumpido, ella no había comido nada que respirase. Graham siempre decía que quería que lo incinerasen, no un entierro, pero a Gloria le parecía que sería una lástima privar a todas esas laboriosas criaturas de una buena comida.

Deja que el castigo vaya acorde con el crimen. El año anterior había asistido a una representación de aficionados, especialmente entusiasta, de *El Mikado* en el King. Le gustaban muchísimo las óperas de Gilbert y Sullivan, al menos las más

conocidas. Había cosas bien obvias en ellas; un hombre que mataba a patadas a un perro, por ejemplo, debía morir de la misma forma, preferiblemente a manos de unos perros, pero eso no era posible en realidad porque la anatomía del perro no se prestaba a propinar patadas. Gloria estaría encantada de ocuparse ella misma de las patadas si era necesario. Pero en el caso de Graham, ¿cuál sería el castigo apropiado?

Quizá habría que obligarlo a estar sentado (o, mejor incluso, de pie como un empleado Victoriano) en un despacho agobiante y sin ventanas todo el día, revolviendo interminables fajos de papeles —reclamaciones de seguros, declaraciones del IVA, declaraciones de impuestos, libros de contabilidad por duplicado— que tendría que rellenar a mano de forma veraz y con exactitud. O, mejor incluso, tendría que pasarse días y noches, durante toda la eternidad, contando dinero de otras personas sin que se le permitiera embolsarse ni un solo cuarto de penique. Gloria echaba de menos los cuartos de penique, la moneda más pequeña con el grabado del pajarito más pequeño.

Atizó una última vez el brasero. Quizá debería incinerar a Graham después de todo, solo para estar absolutamente segura de que no pudiese volver.

En el diario (debía cancelar las suscripciones a los periódicos, no eran sanos) venía un artículo sobre un caso judicial: un adolescente había entrado en una residencia de ancianos y robado carteras, bolsos y relojes de las habitaciones, y luego había sacado el periquito de una vieja de su jaula para envolverle el cuerpo con cinta adhesiva y tirarlo por la ventana, a cinco pisos de altura. ¡Y llamaban a eso civilización! Qué satisfactorio resultaría envolver a ese adolescente con cinta adhesiva y tirarlo a él por la ventana de un quinto piso. ¿No había nadie que impusiera justicia en este mundo? ¿Iban acaso a salirse con la suya los vándalos y las urracas, los Grahams y los tipos que se comían gatitos y los adolescentes que envolvían con celo a los pajaritos?

En su dormitorio en el piso de arriba, apartó la bolsa de plástico de billetes de veinte libras en el armario y sacó un «conjunto sport» de terciopelo rojo que había llevado muy poco; lo había dejado al fondo del armario tras ponérselo solo una vez porque Graham lo encontró horrible y dijo que la hacía parecer un tomate gigantesco. Contempló la imagen que le devolvieron los grandes espejos de los armarios empotrados. Era cierto que recordaba un poco a un tomate y que le hacía un culo enorme, pero le tapaba el pecho de matrona y la tripa de iguana, y era cómodo y vistoso, la clase de atuendo que habría llevado una Mamá Noel deportista. A Graham nunca le había gustado que utilizara palabras como «culo»; decía que una mujer debía ser «una dama», como su propia madre, Beryl, que, antes de padecer el síndrome de cerebro de esponja, siempre se había referido a su trasero como «derrière», posiblemente la única palabra francesa que sabía.

—Culo, culo, culo —le dijo a su trasero reflejado en el espejo.

Se sentía cómoda y calentita con el chándal de terciopelo rojo; imaginó que así se sentían los bebés con su ropita. Se calzó las zapatillas de deporte que había comprado para su clase de «Los Ágiles Cincuenta», todavía prácticamente flamantes y blancas. Al bajar por las escaleras se sintió más ligera, como si estuviese lista para algo. Lista para echar a correr.

Exhaló un suspiro. Oía a la secretaria llorica de Graham, Christine Tennant, habiéndole otra vez al contestador automático: «Graham, ¡de verdad que te necesitamos aquí!». Levantó el auricular y preguntó:

—¿Puedo hacer algo por ti, Christine? —Adoptando el tono eficiente de una mujer que había llevado tacones y trajes de chaqueta en lugar de bajarse del taburete de un bar y seguir a su futuro marido como un perro.

—La Unidad del Fraude ha estado aquí otra vez —contestó Christine—. Quieren interrogar a Graham. En realidad no está en Thurso, ¿verdad? —añadió entonces, con más tristeza que amargura—. Nos ha traicionado a todos, ¿verdad? Se ha largado y ha dejado que todos los demás nos enfrentemos al marrón.

—No lo sé, Christine.

Colgó el teléfono.

Casi sintió lástima por Christine; todos esos años de leal servicio y nada para compensarlos. Quizá podía enviarle unas flores o una cesta con fruta. Era bonito recibir una cesta con fruta.

El hombre de la empresa de seguridad emergió de pronto del sótano, como un topo.

—A los sensores de las puertas les pasa algo —anunció con mayor histrionismo del estrictamente necesario en opinión de Gloria—. He vuelto a conectar las pantallas y los botones de emergencia, pero tendré que volver más tarde con recambios. No sé qué ha estado pasando ahí abajo.

Ella se fijó en que era un hombre bajo con muchos de los problemas de carácter de los hombres bajos. Se irguió en toda su pomposa estatura y añadió:

—No habrá dejado entrar a alguien sospechoso, ¿no?

—¿Por qué iba a dejar entrar a alguien sospechoso? —preguntó con tono de asombro.

El hombre no pareció considerarla una respuesta satisfactoria y, tras prometer que regresaría más tarde, se alejó sendero abajo pavoneándose como si fuera el dueño del mundo. Un petirrojo avanzó a saltitos en la dirección contraria, y hombre y pájaro se ignoraron mutuamente. El sendero estaba bordeado por plantas de temporada, antirrinos y salvias, ninguna de las cuales le gustaba mucho, pero Bill había sido un jardinero a la antigua y ella no había querido pedirle nada más vanguardista en lo que respectaba a la horticultura. Si fuera a quedarse en esa casa plantaría arcos de rosas y madre selvas. Hilera tras hilera de guisantes de olor. Pero no iba a quedarse.

Un intenso aroma a café le llenó las fosas nasales, y siguió su vaporoso rastro, como uno de los niños adictos de los anuncios de caldos Bisto, de vuelta a la casa. La

condujo a la cocina, donde Tatiana estaba sentada a la mesa, fumando y leyendo el periódico. Dio unos golpecitos sobre el titular («Enorme despliegue en busca del asesino de un cómico») con una uña pintada y comentó:

—Hay un montón de mala gente por ahí.

Tatiana había dormido y desayunado con un práctico pijama de Gloria, pero ahora se había puesto algo más sofisticado. Llevaba un par de exquisitos zapatos.

—Marc Jacobs —explicó levantando un pie y admirándolo. Iba vestida con unos sencillos pantalones negros y una blusa de seda estampada—, Prada —reveló acariciándola—. Prada es la verdad —añadió exhalando una bocanada de humo hacia el techo—. Sé muchas verdades, Gloria.

—¿Ah, sí? Entonces será mejor que te andes con cuidado.

Casi se le había parado el corazón al ver entrar a Tatiana en el sótano la noche anterior.

—Pensaba que habías muerto —le dijo, y Tatiana rio y contestó:

—¿Por qué ibas a pensar eso? La puerta principal no está cerrada con llave —añadió—. Alguien puede matarte en tu cama, Gloria.

—No estoy en mi cama —repuso ella siguiéndola escaleras arriba hasta la cocina, donde hurgó en un cajón en busca de velas y cerillas.

Antes de que pudiese encontrarlas, volvió la luz.

—En el periódico decía que la policía creía que una chica que llevaba pendientes con crucifijos podría haberse ahogado.

—Ah, sí —dijo Tatiana—. No era yo.

—¿Quién era?

—No me llamaste, Gloria —repuso Tatiana ignorando la pregunta y con un pequeño mohín de decepción.

—No sabía que tuviera que hacerlo.

—Te di mi número de teléfono.

Ella le había dado el teléfono a un montón de personas en su momento y no esperado nunca que cualquiera de ellas la llamara. Tatiana empezó a hurgar en los armarios en busca de algo que comer, y Gloria la había hecho sentarse y preparado sándwiches tostados para las dos. Cuando acabó el suyo, Tatiana encendió un cigarrillo y empezó a comerse una mandarina. Gloria nunca había visto a nadie fumar y comer fruta al mismo tiempo. Hacía que fumar pareciera tan envidiable que se preguntó por qué lo habría dejado. Tuvo algo que ver con el embarazo, pero ¿había sido en realidad motivo suficiente?

—Graham tiene una amante —anunció.

—Ah, sí, Maggot —repuso Tatiana, y añadió con fuerte acento ruso—: Vaya putón. Él va a dejarte.

«¿Se acabó, ya está? ¿Te has librado de Gloria? ¿Te has librado de la vieja bruja?». Así que no planeaba matarla, sino dejarla, lo cual era un alivio.

—Será si vive lo suficiente —dijo.

Tatiana había perdido interés en la conversación. Se despezó, bostezó y dijo:

—Ahora tengo que irme a la cama.

De manera que Gloria la instaló en la antigua habitación de Emily, donde roncó como un carretero la mayor parte de la noche, hasta que despertó y pidió sándwiches de bacon.

—Con pepinillos en vinagre. ¿Tienes pepinillos en vinagre?

—Solo encurtidos Branston —respondió.

No pasaba todos los días que una extraña dominatriz rusa apareciese de la nada y rondara por tu casa. Siguió a Tatiana a la sala de estar y la observó coger e inspeccionar varios objetos de decoración. El jarrón Moorcroft pareció contar con su aprobación pero no las figuras de porcelana de Staffordshire, en particular la pareja de jarritas con forma de vaca, que le parecieron «repugnantes». Inspeccionó la tela de las cortinas, olisqueó las flores, probó las sillas para ver si eran cómodas. Gloria se preguntó si aullaría con la luna llena.

Tatiana procedió entonces a jugar con el mando a distancia Bang & Olufsen, especialmente entusiasmada con el botón que encendía y apagaba las luces, antes de dejar de ir de aquí para allá para examinarse en el espejo. Luego cogió una manzana del cuenco de la fruta y, mientras se la comía (haciendo mucho ruido), pasó una por una todas las emisoras de radio, deteniéndose tan solo para subir el volumen de *My Heart Will Go On* de Celine Dion.

—Es una canción genial —declaró.

Gloria estaba fascinada. Era como estar atrapada en una jaula con un animal inquieto y dogmático. Tatiana parecía absolutamente extranjera en todos los sentidos. Si la rebanara con un cuchillo (aunque era más probable que pasara al revés), sospechaba que tendría sabor a carne de reno cruda, té negro y humeante y al regusto férreo de la sangre. La de algún otro.

Por fin Tatiana se dejó caer en el sofá y exhaló como si estuviese a punto de morir de aburrimiento. Se examinó con detenimiento cada una de las uñas antes de clavar su mirada en Gloria y decir:

—Bueno, Gloria. ¿Hacemos un trato?

Gloria no había hecho un trato en toda su vida. Se plantó ante las puertas acristaladas y observó una enorme paloma torcaz, que parecía un avión de carga, recorrer el césped con andares de pato. Se volvió para ver a Tatiana, perteneciente a otra clase de fauna, tendida en el sofá y cambiando una y otra vez de canal en la televisión.

—¿Un trato? —preguntó Gloria—. ¿Qué clase de trato?

Capítulo 40

«Escritores de novela policíaca para el almuerzo», como si se los fuera a comer el público. El «almuerzo» consistía en café y panecillos blancos rellenos, que eran gratis y se servían en una barra al fondo de la carpa. Y los escritores eran el espectáculo. Osos bailarines. Solían enseñar a bailar a los osos poniendo a los osos sobre brasas de carbón. Vaya muestra de humanidad. Martin había visto un oso —no uno bailarín— en San Petersburgo. Iba con su dueño, que lo sacaba a pasear sujeto con una correa, un oso pardo del tamaño de un perro grande, por una pequeña zona de césped cerca del Neva. Un par de personas le hicieron fotos, y luego le dieron dinero al hombre. Supuso que era por eso que el hombre tenía al oso, para ganar dinero. Todo el mundo intentaba ganar dinero en San Petersburgo: maestros sin pensiones que vendían libros, viejas babushkas arrugadas que vendían piezas de punto, chicas que vendían sus cuerpos.

El acontecimiento literario estaba presidido por una mujer demacrada de credenciales imprecisas, pero que en su presentación aseguró ser una «fan increíble» de las «novelas de género» y que era «un maravilloso privilegio tener con nosotros a un grupo de escritores tan variados a la hora de comer». *Plas, plas, plas*, manos que se alzaron para aplaudirlos a los tres, una pequeña reverencia de geisha como homenaje.

Martin compartía estrado con otros dos escritores. Una era una estadounidense llamada E. M. Watson que estaba de gira con su libro, «intentando introducirme en el mercado anglosajón», y que escribía historias violentas y tensas sobre asesinos en serie. En persona, Martin había esperado que fuera meticulosa y severa, vestida de negro con cierto aire a lo Harvard, pero resultó una rubia de Alabama un poco desaliñada con dientes amarillos y aspecto general de dejadez. Cuando hablaba se llevaba la mano a la boca. Martin pensó que era por los dientes amarillos, pero se volvió hacia él y explicó con fuerte acento del sur de Estados Unidos: «No quiero abrir la boca, todos van a odiar mi acento». No lo harán, la tranquilizó Martin. Pero sí lo hicieron.

Su pequeño trío lo completaba Dougal Tarvit, que vivía más al Norte, en el territorio de Nina Riley, y que escribía «novelas de suspense psicológico» libremente basadas en crímenes reales. Martin había intentado leer un par, pero le quitó las ganas el hecho de que en realidad no pasara nada en ellas.

La carpa estaba llena. Supuso que la gran afluencia de público se debía a razones económicas —comida gratis y tres escritores por el precio de uno—, pero en el período de calma antes del acto en sí, cayó poco a poco en la cuenta de que el objeto de la atención era él. Los asistentes hablaban entre sí, en voz bastante alta en algunos casos, como si no estuviera presente en realidad. Oyó decir con claridad a una voz muy quejumbrosa de Morningside: «Pero pensaba que estaba muerto», de una forma que implicaba que la dueña de la voz se había sentido engañada por su aparición en

vivo.

E. M. Watson se inclinó hacia él y dijo:

—Eh, Alex, ¿estás bien, cariño?

La tranquilizó, asegurándole que sí.

—Mi nombre real es Martin —añadió.

Se preguntó cómo se haría llamar E. M. Watson; sin duda no la llamaban Em, ¿no?

—No —repuso ella riendo—. Significa Elizabeth Mary: dos reinas por el precio de una, solía decir mi mamá, pero la gente me llama Betty-May.

—Jesús —oyeron los dos claramente murmurar a Dougal Tarvit—, es como estar atrapado dentro de la puta *Magnolias de acero*.

Tarvit, espatarrado en la silla como si la languidez y una mala postura fueran indicios de masculinidad, parecía despreciar a sus dos compañeros escritores, a E. M. Watson por ser una mujer y a Martin por escribir «mierda populista», palabras que llegó de hecho a soltarle a Martin en el transcurso de lo que resultó una hora exasperante de tensiones. («Bueno, parece que hoy nos hemos traído los bisturís», comentó la mujer demacrada mirando nerviosa alrededor, como si tomara nota de las salidas existentes en la carpa).

—Pensaba que era solo una lectura —le susurró E. M. Watson a Martin—. No sabía que fuera a tratarse de un debate.

—Se supone que no lo es —respondió él también en susurros.

Dougal Tarvit les dirigió una mirada furibunda. Martin se arrepintió de haber rechazado el ofrecimiento de Melanie de asistir; si en algo era buena su agente era en una pelea. Lo de Dougal Tarvit no eran más que bravatas polémicas y no habría sido rival para Melanie. Si no le hubiese funcionado cortarlo en seco con su lengua mordaz, lo habría matado a puñetazos.

—Solo está celoso —le susurró Betty-May a Martin—. Con todo eso de que estés implicado en un asesinato real.

—Si tienen la amabilidad de leer cada uno durante diez minutos —dijo la mujer demacrada antes de empezar—, entonces habrá tiempo para montones de preguntas al final.

El público estaba formado en su mayoría por mujeres de mediana edad, como era habitual en esos actos, aunque la presencia mordaz de Dougal Tarvit había atraído a un grupo más joven en su mayoría masculino. El público típico de Martin consistía casi exclusivamente en mujeres mayores que él. Buscó a Jackson con la mirada y lo vio de pie cerca de la barra, con la espalda muy recta y las manos ante sí como si fuera a parar un penalti. Solo le faltaban el traje negro y el auricular para parecer un agente del servicio secreto presidencial. Jackson estaba muy quieto, en guardia como un inteligente perro pastor, pero sus ojos recorrían sin descanso el local. Tenía el porte tranquilizador de alguien que sabía lo que hacía. Sintió una absurda punzada de orgullo por la profesionalidad de Jackson. Era auténtico, como uno debía ser.

—No va a pasarle nada mientras yo esté de guardia, Martin —le había dicho antes, lacónico.

Martin creía que la gente solo decía eso en las películas.

Betty-May leyó primero, demasiado rápido y sin resuello. A la pobre mujer la interrumpieron en tres ocasiones, dos veces miembros del público para que hablara «más fuerte» o «más claro», y la otra un móvil que interpretó de pronto los primeros compases de la quinta de Beethoven.

Tarvit, en cambio, sobreactuó como un profesional veterano. Su lectura introducía el elemento de la tensión dramática que Martin no había encontrado en la página llana. Leyó mucho rato, mucho más de los diez minutos que le habían asignado. Martin miró el reloj a hurtadillas y encontró solo la muñeca desnuda; aún no se había acostumbrado a que no estuviera ahí. ¿Qué habría sentido Richard Moat en los últimos minutos y segundos que le quedaban? Le daba miedo pensarlo. ¿Por qué lo había llamado la persona que mató a Richard Moat? ¿Iba a volver y matarlo a él también? ¿Había tenido la intención de matarlo desde el principio y acababa de darse cuenta de que se había equivocado de persona?

Le rugió el estómago, tan alto que tuvo la certeza de que todo el mundo lo había oído. Era demasiado para él tener que estar allí sentado y ver a otros comer, sobre todo porque él no había probado bocado ese día. Betty-May le puso una pastilla de menta en la mano y le dedicó una alentadora sonrisa de dientes amarillos.

Tarvit tenía al público subyugado, de forma que cuando acabó hubo un suspiro colectivo de desánimo, como si todos quisieran que continuara. Por favor, no, pensó él. La mujer demacrada volvió al estrado y dijo:

—Ha sido fantástico, Dougal, difícil de igualar, pero estoy segura de que Alex Blake estará a la altura del desafío.

Gracias, pensó Martin.

—Si pudiera abreviar un poco, Alex —le murmuró a él.

Cuando llegó la ronda de preguntas, se alzaron manos por todas partes. Jóvenes con pinta de estudiantes pululaban por ahí con micrófonos, y Martin se preparó para las preguntas de costumbre («¿Escribe con bolígrafo o con ordenador?». «¿Tiene una rutina diaria?»). Por supuesto, hubo un tiempo en que él había estado al otro lado del estrado, haciendo esas mismas preguntas a los escritores que admiraba. «Señor Faulks, ¿quiénes han constituido sus influencias literarias?». Yo era ese lector, se dijo con cierta pena. Estaba empezando a desear no haberse cambiado de lado.

Pero advirtió con horror que había un aluvión de preguntas dirigidas a su recién adquirida mala reputación: «¿Cómo se sintió al verse en el centro de una investigación de asesinato en la vida real?». «¿Ha cambiado eso la visión de su

propio trabajo?». «¿Es cierto que Richard Moat fue decapitado?». La mujer demacrada intervino con inquietud:

—Quizá esas preguntas no resultan adecuadas, y no creo que debamos estar hablando de lo que, al fin y al cabo, es una investigación policial en curso. Vamos a hacer algunas preguntas sobre la obra, ¿de acuerdo?

Todas las preguntas sobre la obra fueron para Betty-May y Tarvit, excepto la de una enérgica e insistente mujer que quiso saber si su fe contribuía a su «creatividad» o sucedía al contrario. («Se hace difícil decirlo», respondió Martin).

La mujer demacrada —Martin no tenía ni idea de cómo se llamaba y era probable que ya nunca lo supiera— batió palmas y anunció:

—Bueno, me temo que ya no hay tiempo para más. Ha sido un placer, pero si quieren dirigirse a la carpa de firma de libros, allí podrán adquirir ejemplares de estos autores y hacer que se los dediquen. Así que si pudiésemos concluir con un aplauso, por favor...

En la carpa de firma de libros se sentaron a tres mesas idénticas. Cada vez que un lector entusiasta se le acercaba, Martin sentía una pequeña punzada de pánico al imaginar a cada recién llegado abalanzándose sobre la mesa mientras firmaba para clavarle un cuchillo o pegarle un tiro. O, incluso, sacando de pronto el arma que fuera que se había usado para aplastarle la cabeza a Richard Moat y dejándola caer sobre la suya. Por supuesto, la mayoría eran mujeres de cierta edad, la mitad vestidas con prendas de *tweed*, por el amor de Dios. «La muerte vestía de *tweed*», pensó con melancolía. Sería un buen título para un libro de Nina Riley.

Jackson estaba de pie tras él, con la misma pose de guardaespaldas de antes, y al cabo de un rato Martin empezó a relajarse y a cogerle el ritmo a la cosa. «¿A quién se lo dedico? ¿A usted? ¿O es para otra persona?». «¿Es Claire con “i” o sin “i”?». «A Pam, con mis mejores deseos, Alex Blake». «¿Y uno para su amiga Gloria? Por supuesto».

Cuando los últimos de la cola ya se alejaban para volver a la «yurta de los escritores», Betty-May Watson lo cogió de la manga y preguntó:

—¿Qué te parece una escritora de novela policíaca para comer?

Martin no pudo evitar fijarse en la sombra que tenía sobre el labio.

—Me temo que tiene que irse —intervino Jackson agarrando a Martin por el codo y llevándoselo de allí con firmeza.

—Caramba —oyó murmurar Martin a Betty-May—, qué publicista tan estricto tienes.

Capítulo 41

Eso sí que era lo que llamaban una investigación de asesinato. Gente ocupada, muy ocupada. Gente con un cadáver real y fotografías de la escena del crimen colgadas por ahí para probarlo. Una habitación que bullía de vida a causa de una muerte. Louise estudió las fotos en color del cuerpo de Richard Moat expuestas en la pared de la habitación principal del centro de investigación en Saint Leonard. Ella había conseguido salir del Saint Leonard cuando todavía vestía uniforme. Era como volver a tu antiguo colegio. Le parecía familiar y ajeno al mismo tiempo.

—Vaya porrazo más feo en la cabeza —comentó alguien detrás de ella, dándole un susto.

Se volvió para ver a Colin Sutherland ahí de pie, sonriéndole a toda Escocia. Si estuviera en la serie *The Bill* lo conocerían como «Sutherland el sonriente» o algo así, pero, como aquello era la vida real, solían referirse a él como «el gilipollas de Sutherland».

—¿Me buscabas? —preguntó con una expresión esperanzada en la cara.

Louise le devolvió la sonrisa y dijo como quien no quiere la cosa:

—¿Qué tal es ese tipo, Canning? ¿Lo consideráis sospechoso?

—No, qué va —repuso Sutherland—. No es más que un pobre tipo, un poco cagueta si me lo preguntas, pero dudo que sea de los que matan a alguien.

—¿O sea que pensáis que se trata de un robo? —comentó ella—. ¿Falta algo en la casa?

—Su teléfono móvil, creemos.

—¿Nada más?

—No que sepamos.

No podía decir abiertamente: «¿No faltan discos de ordenador ni nada parecido?». ¿Lo advertirían si faltaba un CD? Probablemente no, pero Martin Canning sí lo sabría, ¿no?

—¿Dónde está? Me refiero a Canning.

—En un hotel, Los Cuatro Clanes, creo.

Louise quiso decir «¿Así que no pensáis que dos chicos de catorce años pudieron haber entrado por la fuerza y matado a la víctima a golpes?». Le echó un vistazo a la fotografía de Richard Moat; el suyo había resultado un cadáver bien desagradable. ¿Podía su hijo ser responsable de algo así? No, definitivamente no. Hamish quizá, pero no su niño.

—Te veo muy interesada en este caso, Louise. ¿Quieres que te encuentre un hueco en el equipo? Nos hemos quedado sin un par de personas por culpa de la gripe. Podríamos pedir tu traslado de Corstorphine si no estáis muy liados allí.

Dio un paso acercándose a ella, y Louise retrocedió un paso. Qué ritmo tan perfecto, no tardarían en estar bailando foxtrot.

—No, no, solo sentía curiosidad, jefe. —Era más fácil mentir que decir la verdad.

Repescó un nombre del pasado—. En realidad estaba buscando a Bob Carstairs.

—Subió al piso de arriba hace unos meses, Louise, ¿no te enteraste?

—¿Al piso de arriba?

—A encontrarse con el gran jefe. —Aquel tipo era como un acertijo andante—. Murió. De un ataque al corazón —añadió Sutherland con una radiante sonrisa—. Estaba aquí, y de pronto ya no estaba. —Chasqueó los dedos como un mago—. Así, sin más.

De vuelta en Corstorphine, fue en busca de Jeff Lennon y lo encontró escondido en un rincón de la gran oficina de planta abierta, sentado al escritorio y comiéndose una barrita de chocolate. Lo imaginó de jubilado, gordo y aburrido. O, más probablemente, de camino al piso de arriba para encontrarse con el «gran jefe».

—¿Comprobaste quién era el propietario de ese Honda, Jeff?

Jeff inspiró con fuerza por la nariz como si estuviera en una clase de yoga. Ella había probado el yoga, pero le produjo ganas de gritarle al profesor que se moviera de una vez. Ahora sintió deseos de gritarle a Jeff Lennon, que por fin respondió:

—Por supuesto que lo hice. Estaba a punto de ir en tu busca.

No parecía un hombre a punto de salir precipitadamente en busca de alguien.

—Es una empresa que se llama Inmobiliaria Providence.

—¿No es Terence Smith, entonces? —¿Qué significaba eso, que Jackson Brodie estaba equivocado (o mentía) cuando dijo que el tipo del Honda había estado involucrado en aquel violento incidente en la calle? ¿O el tipo del Honda conducía el coche de otro, alguien para quien trabajaba? Inmobiliaria Providence—. Nunca he oído hablar de esa empresa. ¿Significa algo para ti?

—No, pero te he hecho un favor y la he buscado en el registro mercantil.

—¿Y?

—El director es un tal Graham Hatter.

—¿El Graham Hatter que conocemos?

—El mismísimo —repuso Jeff.

—Así pues, el tipo del Honda, quiero decir, Terence Smith... ¿trabaja para Graham Hatter?

Y Jackson le había preguntado esa mañana por «Viviendas reales para gente real», haciendo sus malditas «conexiones» por todas partes. ¿Qué sabía él que no le estaba contando? Estaba ocultando pruebas, y eso era un delito, por el amor de Dios. ¿Qué le pasaba a ese hombre?

—Le pasé la información al equipo que investiga el incidente en la calle —explicó Jeff Lennon.

—¿Hay un equipo en eso?

—Bueno, no, más bien un par de chicas monas.

Ah, machismo, tu nombre es Jeff Lennon.

—Eres una estrella, Jeff. Te debo una.

—Pues sí, me la debes —repuso él alegremente—. ¿Qué tal está ese chico tuyo?
¿Andy?

—Archie. Está bien, gracias.

Capítulo 42

Jackson se esforzó en contener un bostezo. El aire dentro de la carpa era denso y demasiado caldeado. «Ironía romántica deconstruida», dijo la mujer cadavérica que había presentado a los escritores en el estrado, palabras que al parecer no dirigía a nadie en concreto. Él no tenía ni idea de qué querían decir. Llevaba una escotada camiseta que revelaba un esternón huesudo y unos pechos que colgaban como solapas. Que alguien le dé a esa mujer una buena comida, pensó. Con una expresión impasible en la cara, evocó una imagen de los pechos de Julia, unos pechos que últimamente no había visto lo suficiente. Louise Monroe tenía unos pechos mucho más pequeños, no hacía falta verla desnuda para saberlo. Pero los tenía, de eso no cabía duda. No debería pensar en Louise Monroe desnuda. Sintió la punzada de culpabilidad del adúltero. Perro malo, muy malo.

Advirtió que ahí había aún más gente que no parecía tener un empleo al que acudir, ¿cómo era que no se derrumbaba la economía del país? ¿Quiénes eran los que sí trabajaban? Los extranjeros y los desposeídos: chicas como Marijut y Sophia. Y frikis de la informática, miles de chicos llenos de granos que nunca veían la luz del sol, los tipos trajeados del distrito financiero, unas cuantas vendedoras de naranjas, y eso era todo. Y los servicios de emergencia, por supuesto, que nunca descansaban. Se preguntó cómo le iría el día a Julia. Consultó el reloj con discreción, quizá estaba «comiendo» con alguien. Actuar no era un trabajo de verdad, no según lo que la gente entendía por esa palabra.

Martin, que a todas luces debería estar tendido en una habitación a oscuras escuchando música relajante, había insistido casi hasta la histeria en aparecer en la feria del libro de ese día, aunque a él le parecía un compromiso superfluo. Ya había tenido que hablar en privado con un periodista que quería entrevistar a Martin. «Está *sub judice*», le dijo al hombre con tono más amenazador de lo que pretendía. Realmente ese día no estaba de humor para que le tocaran las narices.

A Martin parecían haberle pasado muchas cosas desde el martes. A él también le habían pasado muchas cosas, por supuesto, pero Martin ganaba de calle en la competición de tener un mal día.

—Mi portátil desapareció después de que se lo tirara al conductor del Honda — explicó, sin aliento, cuando se encontró con él en la feria del libro en Charlotte Square.

Parecía víctima de algún trastorno mental. Por supuesto, había trastornos y trastornos, y no tenía la seguridad de que llegara a la segunda categoría, pero se lo veía lúcido y se expresaba bien. Quizá demasiado bien para su gusto.

—Pasé la noche en un hotel con el conductor del Peugeot porque en el hospital les preocupaba que tuviera una conmoción. Se llamaba Paul Bradley, solo que resulta que no, porque no hay una persona con ese nombre. No existe. Pero por supuesto que existe, usted lo vio, ¿verdad? Tenía una pistola. Era una Welrod. Pero entonces perdí

el conocimiento porque creo que me drogó y luego me robó la cartera. No me importaría, pero resulta que le salvé la vida.

—¿Una Welrod? —inquirió él.

¿Cómo era que Martin sabía de armas? De Welrod nada menos, por el amor de Dios.

—Y alguien forzó la puerta de mi despacho... bueno, no la forzó, porque no había indicios de que nadie hubiera entrado por la fuerza, pero había un envoltorio de caramelo en el suelo...

—¿Un envoltorio de caramelo?

—¡Yo no como caramelos! ¡Y ahora resulta que Paul Bradley ni siquiera existe! Y él era mi coartada.

—¿Coartada?

—Para el asesinato.

—¿Asesinato?

Jackson rectificó su opinión: quizá sí se trataba de la segunda categoría de trastorno.

—¡Asesinaron a un hombre en mi casa! Richard Moat, el cómico, y luego me llamó.

—¡Eh, vale ya! ¿Richard Moat fue asesinado en su casa?

—Sí. Y luego me llamó.

—Sí, eso ya lo ha dicho.

¿Podía distinguir Martín entre realidad y ficción? Después de todo, era un escritor.

—Él no, sé que no era él. El asesino debió de cogerle el teléfono, en la casa faltaba su teléfono, y luego me llamó por él.

—¿Por qué?

—¡No lo sé!

—Vale, vale, mantenga la calma —repuso exhalando un suspiro.

Le decías un par de palabras a alguien, «¿Puedo ayudarle?», y era como si le hubieras ofrecido hipotecar tu alma.

Pese al hecho de que todo lo que decía Martin sonaba descabellado, había pequeños detalles de verdad en su historia. Y ¿quién era él para criticar a nadie? Había intentado evitar que una chica muerta se ahogara, había matado a un perro con el poder del pensamiento. Se preguntó si Martin seguiría viviendo con su madre. No es que eso supusiera un problema, a él le gustaría bastante estar viviendo con su madre, dado que su tiempo con ella se había visto interrumpido tan de repente. No, Martin no vivía con su madre, vivía con Richard Moat, ¿no?

—No vivíamos juntos —corrigió Martin—. Se alojaba en mi casa durante su estancia en la ciudad para el festival. De hecho, apenas lo conocía. Ni siquiera me caía bien. ¿Y si su asesino viene a por mí ahora?

—Creo que debería hablar con la policía, Martin.

—¡No!

—Deles el teléfono para que intenten rastrear la llamada.

—¡No!

Formaban un grupo propenso a discutir. Nunca había oído hablar de Dougal Tarvit, o de E. M. Watson. Nunca había oído hablar de Alex Blake, de hecho, hasta la tarde anterior. De camino a la feria del libro, se había pasado por una librería y hojeado uno de los libros de Alex Blake en la cafetería. Era un texto inocuo, que describía una especie de Inglaterra retroutópica plagada de aristócratas y guardabosques, aunque no parecía que nadie tuviera relaciones sexuales (lo que encajaba con el aire asexuado de Martin). Describía un entorno disparatado en que los asesinatos eran asuntos pulcros que tenían como resultado cadáveres inofensivos, lo que se veía en la tele las tardes de los domingos, el equivalente a un baño caliente y una taza de chocolate humeante. Los siervos no se sublevaban, eran decididamente felices con sus cadenas, y el fétido olor de la muerte no corrompía el refinado aire con aroma a brezo en torno a la cabeza de Nina Riley. «No entre ahí, señorita Riley —dijo el paje—, no es un espectáculo digno de los ojos de una chica preciosa».

Nina Riley tenía un acompañante, ¿no lo tenían siempre? El Robin de su Batman. «He descubierto algo importante, Bertie. Tengo que verte». Había un tipo llamado Burt que había sido el mejor amigo de su hermano Francis. Los dos eran soldados, los dos jugaban al rugby. Burt se había venido abajo en el funeral de Francis, era lo único que Jackson recordaba del funeral de su hermano: a Burt llorando junto a la tumba, con feos sollozos masculinos, soltados por un tipo que probablemente no había llorado desde que era un crío. Francis se había suicidado, de una forma brutal y despreocupada que ahora reconocía como típica de su hermano. «Eres un puto gilipollas estúpido, Francis», le había gritado un furioso Burt al ataúd cuando lo bajaban a la fosa, antes de que un par de tipos se lo llevaran a rastras de las fauces abiertas de la tumba. Francis nunca había sido «Fran» o «Frank», siempre lo habían llamado por su nombre completo. Le había dado cierta dignidad que era posible que nunca se hubiera ganado en realidad.

No recordaba el funeral de su hermana porque no había asistido, se había quedado con una vecina. La señora Judd. Hacía mucho tiempo que no pensaba en la señora Judd, en el olor a hollín de su salón trasero con la moqueta demasiado gruesa, el colmillo de oro que le daba un toque vicioso, como de gitana, pese a que no había habido nada original en una vida definida por la mina: hija de minero, mujer de minero, madre de minero.

Estaba vestido y listo para asistir al funeral de Niamh —recordaba el traje negro que llevaba, de tela barata y afelpada, nunca lo había visto antes y nunca lo volvió a ver—, pero cuando llegó la hora de irse, sencillamente no pudo hacerlo, y sacudió la cabeza, enmudecido, cuando su padre dijo: «Será mejor que nos vayamos, hijo».

Francis había dicho con brusquedad: «Vamos, Jackson, te arrepentirás si no vienes y le dices adiós como es debido», pero Jackson nunca había lamentado no haber asistido a aquel espantoso funeral. Sin embargo, Francis tenía razón; nunca se había despedido apropiadamente de Niamh.

Tenía doce años y nunca había llevado traje y pasarían años antes de que volviera a llevarlo —al parecer el funeral de Francis no lo había merecido—, y lo único que recordaba de aquel día era llevar puesto un traje de otra persona que no le sentaba bien y estar sentado a la pequeña mesa de la cocina de la señora Judd, con su formica desgastada, salpicada de quemaduras de cigarrillo, bebiendo té dulce y comiendo pastel de pollo Bird's Eye. Qué cosas tan raras recordaba uno. «Bertie, esto no ha sido un accidente, ¡ha sido un asesinato!».

Esperaba que alguien se le acercara en la cafetería y le preguntara con sorna si tenía intención de comprar el libro o si iba a estar ahí sentado todo el día leyéndolo gratis, pero entonces advirtió que a nadie le importaba, y que de hecho podría haberse quedado ahí sentado todo el día, con un asqueroso café con leche y una magdalena de arándanos aún más asquerosa, leyendo las obras completas de Alex Blake sin pagar si así lo deseaba. Nadie trabajaba y los libros eran gratis.

No leía mucha ficción, nunca lo había hecho, solo algún libro esporádico de espías o una novela de misterio durante las vacaciones. Prefería libros sobre hechos reales, le daban la sensación de estar aprendiendo algo, incluso si lo olvidaba casi de inmediato. No estaba seguro de verle el sentido a las novelas, aunque no lo iba diciendo por ahí porque entonces la gente te creía un ignorante. Tal vez era un ignorante. Julia era una gran lectora, siempre tenía una novela a medias, pero toda su vida profesional también estaba basada en ficciones de una clase u otra, mientras que toda la vida profesional de él se había basado en los hechos.

No se le daba mucho mejor el arte. Todo eso del impresionismo borroso no era para él, había contemplado innumerables nenúfares y pensado ¿para qué? Y la pintura religiosa lo hacía sentir como si estuviera en una iglesia católica. Le gustaba el arte figurativo, cuadros que contaban una historia. Le gustaba Vermeer: todas esas escenas de interior hablaban de algo corriente con lo que podía identificarse, un instante capturado para siempre, porque la vida no trataba de legiones de vírgenes y nenúfares, trataba del lugar común en los detalles: la mujer que vertía leche de una jarra, el chico sentado a la mesa de la cocina que comía pastel de pollo.

Estaba claro que Tarvit era un gilipollas arrogante y E. M. Watson (¿qué clase de nombre era ese?), una simple tía rara: o una mujer mal formada o un hombre vestido de mujer. El travestismo era un misterio para él. Nunca en su vida se había puesto una sola prenda de ropa de mujer, excepto una vez que cogió prestada una bufanda de cachemir de Julia cuando iban a dar un paseo y pasó toda la tarde inquieto con aquella suavidad perfumada alrededor del cuello. Martin parecía por completo ajeno a todas las señales que E. M. Watson le estaba mandando. Desde luego el tipo tenía cierto aire de célibe, lo hacía pensar en un párroco o un monje. E. M.: ¿Eustacia

Marguerite o Edward Malcolm? Fuera lo que fuese, a E. M. le iba a costar lo suyo ligarse a Martin.

Se sentía un poco ridículo, ahí de pie detrás de Martin como un agente del Servicio Secreto en la «carpa de firma de libros» (al principio había leído mal: «carpa de firma de litros», una idea que lo había inquietado y confundido a la vez). La feria del libro parecía un congreso de *boy scouts* y le recordaba vagamente a un campamento militar con todas aquellas tiendas. De pronto tuvo el vivido recuerdo del olor de la carpa de circo la noche anterior, el conocido aroma de la hierba bajo la lona. De la rusa loca, como una reina de los bandidos, con el cuchillo contra su garganta.

Martin miraba con nerviosismo a cada nueva persona que se le acercaba, como si esperase a un asesino desconocido. Jackson no entendía por qué había asistido al acto si estaba tan preocupado. «No voy a esconderme —había explicado Martin—, tienes que enfrentarte a lo que temes». Jackson sabía por experiencia propia que con frecuencia era preferible evitar lo que uno más temía. La prudencia era realmente a veces la madre de la ciencia.

—Pero al mismo tiempo le preocupa que alguien vaya a por usted, ¿no? ¿La persona que robó el teléfono de Richard Moat, la persona que entró en su despacho?

—No, no se trata de eso —había respondido Martin—. Es la justicia cósmica la que anda persiguiéndome.

—¿La justicia cósmica?

Martin lo había expresado como si se tratara de una persona, de un escolta de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

—Cometí un crimen —explicó Martin—. Y ahora he de recibir mi castigo. Ojo por ojo.

Jackson intentó animarlo un poco.

—Venga ya, Martin, ¿no fue Gandhi quien dijo «Ojo por ojo y el mundo entero estaría ciego»?

Fue algo así, en cualquier caso. Lo había visto en una camiseta una vez, en una manifestación de la Campaña pro Desarme Nuclear en que había patrullado en los ochenta. El año anterior Julia lo había hecho asistir a una marcha contra la guerra. Hasta ese punto había dado un vuelco su vida.

—Lo siento —dijo Martin—. Es muy amable por su parte hacer esto.

A Jackson no le importaba, la cosa tenía toda la pinta de un empleo y suponía hacer algo en lugar de andar dando vueltas por ahí (aunque se parecía mucho a dar vueltas por ahí). El primer plano y el trato personal no eran lo suyo, pero en sus tiempos le había tocado hacer de guardaespaldas, y sabía qué había que hacer.

—No va a pasarle nada mientras yo esté de guardia, Martin —lo tranquilizó.

Unas palabras de película que parecieron hacer feliz a Martin.

Se preguntó qué «crimen» habría cometido Martin. ¿Estacionar en un aparcamiento de autobuses? ¿Escribir novelas de mierda?

Martin lo estaba haciendo bien: firmaba dedicatorias con educación y sonreía. Jackson le hizo un gesto con el pulgar para darle ánimos. Entonces se volvió y de pronto ahí estaba ella, de pie junto a él.

—Jesús —murmuró—. No hagas eso, ¿quieres?

Buscó el cuchillo con la mirada; que no pudiese verlo no significaba que no lo llevara. En una vida anterior, bajo un régimen anterior, imaginaba que habría sido una espía (o, incluso, una asesina a sueldo). Quizá aún lo fuera.

—Bueno, rusa chiflada —dijo—, ¿qué tal te va?

Ella lo ignoró y, sin más preámbulo, le tendió una fotografía.

Mostraba a una chica de pie ante un espigón en alguna parte.

—Fuimos a pasar el día a Saint Andrews —explicó la rusa chiflada.

No podía seguir llamándole así, ¿qué le había dicho? «Pregunta por Jojo». Sonaba bastante inverosímil.

—¿Cómo te llamas en realidad? —quiso saber.

Los nombres reales siempre le habían parecido importantes. «Me llamo Jackson Brodie».

La chica se encogió de hombros y contestó:

—Tatiana. No es secreto.

—¿Tatiana?

Jackson se preguntó si sería algo parecido a «Titania». Había visto fotos de Julia interpretando a la reina de las hadas en una producción de la escuela de arte dramático de *El sueño de una noche de verano*, descalza, casi desnuda, con la increíble melena suelta y engalanada con flores. Una chica salvaje. Deseó haberla conocido entonces.

—Sí. Tatiana.

—¿Y la chica de la foto?

—Es Lena. Tiene veinticinco años.

Hacía sol en la fotografía y el viento revolvió el cabello de la chica, y llevaba unos pequeños crucifijos apenas visibles en las orejas. Su sirena. Se parecía increíblemente a Tatiana, solo que tenía unos ojos más dulces.

—Todo el mundo dice que parecemos hermanas —dijo Tatiana.

Advirtió que Tatiana no utilizaba el pasado. Mantenía a la chica muerta en un presente en el que ya no tenía cabida. Pensó en todas las demás fotografías de chicas muertas que había visto en sus tiempos y volvió a sentir el peso plomizo de la melancolía. Josie tenía álbum tras álbum de fotografías que documentaban la existencia de Marlee desde el instante de su nacimiento. Algún día se habrían convertido todas en polvo, o quizá alguien encontraría una en un mercadillo, o lo que fuera que tuvieran en el futuro, y sentiría la misma tristeza por una vida desconocida y olvidada. Tatiana le propinó un codazo en las magulladas costillas y dijo entre dientes:

—Presta atención.

—¿A qué vienen esos crucifijos? —quiso saber.

—Ella los compra en joyería, en el centro Saint James. Unos para ella, unos para mí, de regalo. Ella es religiosa. Buena persona. Conoce a mala gente. —Encendió un cigarrillo y miró a lo lejos como si viera algo que no era del todo visible—. Muy buena persona.

Al ver el cigarrillo, un chico que llevaba una camiseta de la feria del libro echó a correr hacia ella, pero la mirada de Tatiana lo detuvo a unos veinte pasos.

—La encontré —dijo Jackson—. Encontré a tu amiga Lena y luego la perdí.

—Ya lo sé.

Le quitó la fotografía.

—Anoche me dijiste que me ocupara de mis asuntos —le recordó él—. Pero ahora estás aquí.

—¿Una chica no puede cambiar idea?

—Supongo que Terence Smith intenta matarte porque sabes lo que le pasó a tu amiga Lena, ¿no? ¿La mató él?

Tatiana tiró el cigarrillo al suelo. El chico de la camiseta, que aún rondaba más allá del alcance de una mirada capaz de convertirlo en piedra, corrió a recoger la colilla ardiente. Parecía la clase de chico que se echaría sobre una granada para evitar que matara a otra gente.

—¿Cómo sabía Terence Smith mi nombre? —preguntó Jackson.

—Trabaja para mala gente, la mala gente tiene recursos. Tiene contactos.

Eso le sonó bastante impreciso a Jackson.

—¿Cómo lo encuentro?

—Ya te lo digo —repuso ella con indignación—. Viviendas reales para gente real. Se inclinó hacia él de aquella forma suya tan inquietante y lo miró fijamente con sus ojos verdes.

—Eres muy estúpido, señor Brodie.

—Qué me vas a contar. ¿Mató Terence Smith a Lena?

—Adiós —respondió Tatiana, y se despidió también con un ademán.

Jackson no se había percatado hasta entonces de que pudiera haber tanto sarcasmo en un simple gesto. Y al cabo de un instante la chica había desaparecido, escabullándose entre la impaciente multitud amante de los libros.

Jackson consiguió arrancar a Martin de las ambiguas garras de E. M. Watson.

—Prefiere que la llamen Betty-May —le confió Martin en susurros.

—¿Ah, sí? —Se le ocurrió una idea—. No tendrás coche, ¿verdad, Martin?

El coche de Martin estaba aparcado en la calle de su casa, donde lo había abandonado la mañana anterior. Una cinta policial impedía el acceso al sendero y se alcanzaba a ver todo un surtido de agentes, de uniforme y de paisano, entrando y saliendo de la

casa. Jackson se preguntó si lo habrían identificado la noche anterior en el parque de Meadows. Era poco probable, pero aun así más valía evitar el largo brazo de la ley. Martin desde luego parecía sentir lo mismo, con el rostro oculto tras una revista de inmobiliarias que él acababa de coger. Si era cierto que el asesino de Richard Moat lo había llamado, entonces Martin estaba ocultando pruebas, y por extensión él era ahora su cómplice. Exhaló un suspiro al pensar en cuántas acusaciones estaba acumulando.

Pensó en Marijut con su uniforme rosa: «una criada, una amiga, ha encontrado a un hombre al que habían asesinado en una casa a la que vamos». Y esa era la casa. Favores otra vez. Parecían extender sus tentáculos en todos los sitios a los que iba Jackson. ¿No quería conexiones? Ahí tenía conexiones. ¿Qué sabía Martin de esa gente?

—Son mujeres agradables —explicó—, y limpian bien. Van de rosa.

—¿Cómo les pagaba?

—En efectivo, directamente al ama de llaves. Siempre les dejo propina.

—Ninguna de ellas... ¿Cómo expresarlo, Martin? ¿Ninguna de ellas le ofreció servicios extras?

—Pues no. Pero una chica muy simpática que se llamaba Anna se ofreció a descongelar la nevera.

—Claro. ¿Conduzco yo? —preguntó Jackson, sintiéndose de pronto muy animado con la idea.

El coche de Martin era un Vectra poco estimulante, pero seguía tratándose de cuatro ruedas y un motor.

—No, no, no hace falta —respondió Martin con educación, como si le estuviera haciendo un favor, por amor de Dios; se deslizó en el asiento del conductor y puso en marcha el motor.

Arrancaron con una serie de saltos de canguro.

—Eh, un poco de calma con ese embrague, Martin —murmuró.

En realidad no había querido decir eso en voz alta, pues a nadie le gustaban los pasajeros que pretendían conducir con sus indicaciones desde el asiento de atrás (o en su caso, desde el asiento del copiloto), o eso le decía constantemente su exmujer. Los hombres no tenían ninguna función en la tierra, mientras que las mujeres eran diosas que andaban entre ellos sin que las reconocieran.

—Lo siento —se disculpó Martin, a punto de cargarse a un mensajero en bicicleta.

Se planteó quitarle las riendas a Martin a la fuerza, pero probablemente era bueno para el tipo sentir que estaba al mando de algo, por mal que lo hiciera.

—¿Adónde vamos, por cierto? —quiso saber Martin.

—Vamos a comprar una casa.

Capítulo 43

—¿Vamos a comprar una casa?

—Bueno, vamos a ver casas, de hecho —puntualizó Jackson hojeando la revista de inmobiliarias—. Vamos a ver urbanizaciones nuevas. Viviendas Hatter, ¿las conoce?

—Viviendas reales para gente real. Visité una, pero era un poco chapuza. En realidad no me gustan las urbanizaciones nuevas.

Le preocupó de pronto que Jackson viviera en una casa nueva de una urbanización y se ofendiera, pero contestó:

—A mí tampoco. En realidad no tenemos intención de comprar —añadió. Martin se preguntó si lo consideraría un tonto—. Solo vamos a fingirlo. Estoy buscando a alguien. Cuidado con ese autobús, Martin, creo que va a rozarnos.

—Perdón.

—Esta es una habitación encantadora, una verdadera sala de estar para la familia.

La mujer que les enseñaba la casa Braecroft piloto titubeó. Martin supuso que él y Jackson no parecían en realidad una familia. La mujer llevaba una placa en que se leía «Maggie» e iba vestida como una empleada de agencia de viajes, con un traje chaqueta azul celeste y un fular multicolor. Se preguntó si él podría conseguirse una plaquita en que pusiera «William» o «Simon» o cualquier cosa que no fuera Martin. Podía ser una forma muy sencilla de cambiar de identidad.

—Preciosa —comentó Jackson con cara de póquer.

La habitación daba al Norte y parecía que hubiesen canalizado toda la luz para alejarla de ella.

Sintió una punzada de añoranza de su propia casa. ¿Iba a volver a instalarse cuando la policía acabara con ella y a pasar el resto de su vida con el fantasma de Richard Moat? ¿Sería capaz de venderla? Quizá podría emplear a «Maggie». La imaginó enseñándola a posibles compradores, diciendo «Esta es la sala de estar, una habitación encantadora, una verdadera habitación para la familia, y este el sitio en que le reventaron los sesos a Richard Moat».

—Por supuesto, toda clase de gente disfruta de vivir en una Vivienda Hatter —continuó Maggie—, no solo las familias. Y en cualquier caso, ¿qué es una familia?

Frunció el entrecejo como si estudiara seriamente la cuestión. Se la veía tensa y agotada.

La siguieron escaleras arriba.

—¿Tienen un presupuesto muy ajustado? —preguntó entonces por encima del hombro—. Porque el modelo Waverley es más espacioso y tiene un jardín más grande, aunque la Braecroft no tiene nada malo, por supuesto... supone un uso ingenioso del espacio.

—Es engañosamente pequeña —musitó Jackson.

—Y este es el dormitorio principal —anunció Maggie con orgullo—, con el cuarto de baño integrado, por supuesto.

Martin se sentó en la cama. Deseó tenderse y dormir, pero supuso que no estaba permitido hacer eso.

—Bueno, muchas gracias, Maggie —concluyó Jackson volviendo a bajar por las escaleras—. Desde luego nos ha dado mucho que pensar.

La mujer pareció encorvarse de pura decepción, intuyendo una venta perdida.

—Vengan conmigo a la oficina y tomaré nota de sus nombres —dijo.

En el exterior, la luz pareció más cruda. La urbanización estaba en una hondonada entre dos colinas y tenía una acústica extraña, de forma que se oía el constante zumbido de una autopista pese a que no se veía un coche.

Junto a la puerta de la oficina prefabricada había una maceta de polvorientos geranios rojos, el único indicio de vida orgánica. Pasó una excavadora JCB traqueteando. La urbanización era todavía un solar en construcción, pese a que la mitad de casas ya estaban ocupadas. En la oficina había unas cuantas sillas duras, y Martin se sentó en una de ellas. Estaba muy cansado.

—¿Y cómo se llama usted? —le preguntó Maggie a Jackson.

—David Lastingham —respondió él al instante.

—¿Y su compañero? —quiso saber entonces la mujer, mirando a Martin.

—Alex Blake —contestó con cansancio.

Era su nombre, le pertenecía, mucho más de lo que David Lastingham pertenecía a Jackson, sospechaba.

—¿Y un número de teléfono de contacto?

Jackson recitó un número de un tirón. Se preguntó si sería auténtico.

—Oh, por cierto —le dijo Jackson a Maggie como quien no quiere la cosa—. Soy un viejo conocido de Terry Smith, de hace mucho tiempo... no sabrá por casualidad dónde puedo encontrarlo, ¿no? Sería estupendo volver a contactar con él.

Una expresión de desagrado recorrió el rostro de Maggie.

—No tengo ni idea de dónde anda Terry hoy. —Se oyó sonar un móvil, y hurgó en el bolso y añadió—: Disculpenme un segundo.

Salió al exterior.

Para sorpresa de Martin, Jackson saltó como un ladrón sobre el archivador y empezó a revolverlo.

—Yo diría que eso es ilegal —comentó.

—Yo diría que tiene toda la razón.

—Pensaba que antes era usted policía.

—Así es.

Esa clase de circunstancia lo ponía muy nervioso, y esperó de pie en el umbral y observó a Maggie caminar de aquí para allá mientras hablaba por el móvil. Al parecer tenía que levantar la voz por problemas en la cobertura, y se detenía cada pocos

segundos para preguntar: «¿Sigues ahí?». La oyó decir: «Está en Thurso, por lo visto. Ya lo sé, yo tampoco me lo creo. Creo que me ha dejado, después de todas sus promesas». Su rostro parecía más desencajado a medida que hablaba. Por fin cortó la comunicación y se enjugó los ojos.

—¡Qué viene! —le siseó a Jackson.

Para cuando Maggie volvió a la oficina, con la máscara firme en su sitio, Jackson estaba enfrascado en un folleto con fotografías de las distintas Viviendas Hatter en venta.

—Son todas tan preciosas —comentó— que me sería imposible quedarme con una. —Exhaló un suspiro y negó con la cabeza. No fue convincente en absoluto—. Bueno —concluyó volviéndose hacia él—, volvemos al batmóvil, Robin.

—Es aquí, me parece —dijo Martin deteniéndose ante unas puertas electrónicas que estaban abiertas de par en par. Estaban en el Grange, ante una dirección que Jackson había birlado por lo visto del archivador de Maggie. En un letrero en la entrada se leía «PROVIDENCE»—. ¿Quién vive aquí?

—Graham Hatter. Propietario de Viviendas Hatter. Tiene como empleado a Terence Smith, así que supongo que conocerá su paradero.

—Y ¿quién es Terence Smith?

—Es una larga historia, Martin.

«Tengo tiempo de sobras», pensó, pero no lo dijo en voz alta. Tiempo era lo único que tenía, nanosegundo tras nanosegundo que pasaba.

—Me quedaré aquí esperándole.

Bostezó. Se preguntó si el cóctel a base de Irn-Bru que le había dado el supuesto Paul Bradley habría afectado de forma permanente su metabolismo. Un instante se sentía tan agitado que tenía temblores, y al siguiente estaba tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos.

—No tardaré —dijo Jackson.

Martin hurgó en la guantera en busca de algo que leer. Solo encontró un fajo de folletos del espectáculo de Richard Moat, versiones en miniatura del cartel de *Viagra cómica para la mente* que debió de haber dejado ahí el martes.

Cerró los ojos, y estaba a punto de sumirse en un sueño intranquilo cuando oyó de pronto una melodía inconfundible. Se le erizaron los pelillos de la nuca cuando le llegaron a través de la ventanilla los familiares compases iniciales del tema musical de *Robin Hood*. El corazón le latió con fuerza en el pecho. Estaba sonando el teléfono de Richard Moat. En la calle. Muy cerca. Se volvió en redondo, buscando la fuente de la melodía fugitiva. Un Honda azul había aparcado justo detrás de su propio coche. Un Honda azul. ¿Un Honda azul? No, había miles de Hondas azules por ahí, no era necesariamente el que pertenecía al conductor chiflado que había empuñado el bate de béisbol. El tema de *Robin Hood* empezó a sonar otra vez. Martin abrió la puerta y

salió tambaleándose del coche. No había rastro de nadie. Entonces lo vio, caminando sendero arriba hacia la casa de los Hatter, con el teléfono en la oreja. Era en efecto el conductor del Honda del martes. El conductor del Honda tenía el teléfono de Richard Moat. ¿Cómo podía ser, a menos que hubiese matado a Richard Moat? Y ¿por qué iba a matar a Richard Moat? A menos que hubiese sido el conductor del Honda quien recogió su portátil, y hubiese encontrado su dirección y acudido a la casa de Merchiston para matarlo a él. Algo le oprimió con fuerza el corazón. Miedo.

Martin esperaba que el hombre llamara al timbre y se anunciara del modo habitual, pero en lugar de ello el conductor del Honda cruzó el jardín y se detuvo ante las puertas acristaladas. Acabó de hablar por teléfono e hizo aparecer el bate de béisbol, de nuevo salido de la nada. Lo sostuvo en alto como si se dispusiera a batear hacia el jardín, pero cuando asestó el golpe fue para hacer añicos la puerta de cristal.

Capítulo 44

Ese era el trato. Cuando Celine Dion se hubo dejado los pulmones cantando, cuando Tatiana hubo acabado con todo el cuenco de fruta, se llevó una mano al sujetador, sacó una tarjeta de memoria y preguntó:

—¿Sabes qué es esto, Gloria?

—Una tarjeta de memoria, creo —respondió ella.

—¿La tarjeta de memoria de quién, Gloria? ¿De quién?

—¿Tuya? —aventuró, preguntándose si la estaba sometiéndola a alguna clase de ironía socrática eslava, y añadió—: Sé que mía no es.

Tatiana le tendió la tarjeta de memoria y dijo:

—No, es nuestra, Gloria. Tú repartes conmigo, cincuenta-cincuenta.

—¿Comparto qué?

—Todo.

El gran libro de los secretos. Las cuentas secretas de Graham, todas contenidas en una minúscula pastilla de plástico que Tatiana había cogido del bolsillo de lana ligera de Graham, mientras él se agitaba como un pescado en la cama del Apex.

—Creía que habías intentado reanimarlo —comentó, pensativa.

Tatiana esbozó una cara de payaso triste.

—No hagas eso —dijo Gloria estremeciéndose.

Esa mañana habían dicho algo en la radio sobre caballos. Alguien había dejado docenas de caballos encerrados en un establo y se había largado y todos los caballos se habían muerto de hambre. Pensó en los grandes ojos marrones de los caballos, pensó en *Belleza negra*, el libro más triste jamás escrito. Pensó en todos los caballos de tristes ojos marrones a los que se podría ayudar si se tuviera mucho dinero. En los gatitos sin cabeza, los periquitos envueltos en cinta adhesiva, los chicos destrozados.

—Vaya —dijo.

Gloria observó un rato el salvapantallas de cachorros de pastor escocés de Borders, pensativa, y luego accionó la barra espaciadora para devolver el ordenador a la vida. Escribió «Ozimandias» y así, sin más, entró en los libros ocultos de Graham.

—¿Cómo sabías la contraseña? —le preguntó a Tatiana.

—Yo lo sé todo.

Se le ocurrían un montón de cosas que Tatiana probablemente no sabía (cómo hacer bollitos, dónde quedaban las islas Sorlingas, el espanto que suponía envejecer), pero no se molestó en desafiarla. Curiosamente, le conmovió que Graham hubiera utilizado el título del poema de Shelley como contraseña. Quizá, después de todo, sí había apreciado su regalo. O quizá solo andaba buscando la palabra menos conocida que pudiese encontrar.

La tarjeta de memoria de Graham contenía un montón de cosas de rutina del

comercio: estudios de viabilidad, cifras previstas, márgenes ajustados. El mundo parecía lleno de tantos conceptos imprecisos que una no podía dejar de preguntarse si eran de verdad importantes (¿Eran reales siquiera?). ¿No debería basarse la vida de una persona en cosas sencillas y más tangibles? Como un arriate de guisantes de olor arrodrigados en el margen de un jardín, un niño en un columpio, un rayo de luz sesgada en invierno. Un cesto con gatitos.

Le produjo consternación la gran cantidad de mensajes de correo de Maggie Louden que Graham había guardado, pequeñas cartas de amor electrónicas del estilo «querido mío, lo que tenemos es tan maravilloso». Tatiana leyó en voz alta, arrastrando las palabras con un acento de vampiro que hizo parecer ridícula toda sensiblería. «¿Has hablado ya con Gloria del divorcio? Prometiste que hablarías con ella este fin de semana».

Uno de los mensajes llevaba adjunta una carpeta de fotos, algunas de Graham y Maggie, aunque la mayoría de Maggie sola, tomadas por Graham, suponía. Ella no recordaba la última vez que Graham le había hecho una fotografía.

—Vaya putón —dijo Gloria imitando el acento de Tatiana.

La había llevado a York, a las carreras, el Día de las Damas, algo que la propia Gloria le había sugerido a Graham que hicieran, una pequeña excursión juntos. Maggie y Graham se habían alojado en el Middlethorpe Hall («Realmente encantador, querido, eres un dios»). Le había comprado un diamante rosa: «Precioso, precioso, precioso. ¡Es enorme!, ¡(como tú!). ¡Alguien va a recibir a cambio algo muy especial esta noche!».

Los correos de él tendían a ser más prosaicos. «La nueva Ivanhoe será una hilera de adosadas de cuatro dormitorios, con garaje incorporado. Estamos intentando concretar ventas antes de que empiece la construcción. Haz hincapié en el lavadero. Es un gran argumento de venta». Todo eran negocios, incluso el amor.

Gloria no podía tener un fregadero rosa, pero la amante podía tener un diamante rosa tan grande como el castillo de Balmoral. Le parecía una lástima ahora que el fallecimiento inminente de Graham le quitase la satisfacción de verlo retorcerse en el juzgado de divorcios. La mitad de sus rentas, la mitad de su negocio.

—La mitad de nada, Gloria —le recordó Tatiana—. No olvides la ley de justicia criminal de 2002.

Por algún motivo, no le sorprendió que Tatiana estuviera al día sobre el sistema de justicia penal.

—Está todo ahí, Gloria —dijo Tatiana, y tenía razón, ahí estaba: la contabilidad falsa, las transferencias bancarias ilegales, las empresas tapadera, la evasión de impuestos.

El dinero que Graham había pasado por las cuentas de Viviendas Hatter, no solo para sí mismo sino para otras personas: el hombre era un blanqueador de dinero en alquiler, restregaba el cochino dinero como si fuera una vocación. Había códigos y contraseñas para cuentas bancarias en Jersey, en las Caimanes, en Suiza. El alcance a

lo largo y lo ancho de todo aquello era pasmoso. Todo el mundo era suyo.

—¿Es el propietario de Favores? —preguntó Gloria bizqueando ante la pantalla—. ¿Con Murdo?

—Todo son negocios, Gloria. Negocios y mentiras. Tú eres mayor, ya deberías saberlo. Muévete —ordenó.

Gloria se levantó del asiento y Tatiana asumió el control del ordenador, colocando las manos sobre el teclado como un pianista virtuoso antes de realizar la interpretación de su carrera.

Gloria estaba intrigada.

—¿Qué estás haciendo exactamente? ¿Transfiriendo dinero? —Y añadió esperanzada—: ¿A la cuenta de gastos de la casa?

—Si te lo digo, tengo que matarte —respondió Tatiana.

Era como una rusa de comedia. Se preguntó si de verdad sería rusa. No había razón por la que debiera ser quien decía ser. No había razón para que nadie fuera quien decía ser. La gente se creía lo que fuera que le contaran. Creían que Graham estaba en Thurso. En el futuro, ese futuro que quedaba solo un poco más allá del sendero bordeado de antirrinos y salvias, Gloria podría ser quien quisiera ser.

Tatiana se echó a reír, le dio una palmada en el brazo (bastante fuerte) y dijo:

—Es broma, Gloria. Lo estoy moviendo a una de las cuentas suizas. A los polis de fraude les lleva una eternidad encontrarlo, mucho después de que las demás cuentas se congelen, y para entonces tú y yo... —Hizo chasquear los dedos en el aire—. ¡Puf! Hemos desaparecido.

—Pero ¿cómo sacaremos el dinero? —quiso saber.

—Gloria, ¡qué idiota eres! Es la cuenta de Viviendas Hatter, tú eres directivo de la empresa, puedes sacar lo que quieras. Eres una importante mujer de negocios. Mejor llamas y les dices que vamos, porque esto es mucho dinero. No te preocupes, Gloria. Recuerda, yo he trabajado en banco.

Llamaron al timbre. Era Pam.

—No es un buen momento —dijo Gloria.

—Tus puertas de seguridad están abiertas de par en par —contestó Pam pasando al vestíbulo—. Cualquiera podría entrar. Solo estoy de paso de vuelta de la feria del libro.

Se dirigió sin que la invitara al salón y se sentó en el sofá de damasco melocotón. Gloria la siguió, preguntándose cómo librarse de ella. Quizá podría chasquear los dedos y ¡puf!, habría desaparecido.

—Debo decir que no te has perdido gran cosa —prosiguió Pam—. Como acontecimiento ha sido muy poco satisfactorio. Ha conseguido ser a la vez reñido y deslucido. Y no me han convencido los panecillos rellenos. Dougal Tarvit ha estado bien, pero Alex Blake, qué decepción.

—¿Oh?

—Qué bajito es. Sin duda había algo sospechoso en él. Me sorprende que la policía no lo haya detenido por el asesinato de Richard Moat.

—¿Oh?

—Te he comprado un ejemplar firmado.

—¿Oh?

—Para de decir «oh», Gloria, pareces un cero andante. ¿No vas a poner agua a hervir? He oído que el pobre de Graham se ha quedado atrapado en Thurso.

Volvió a sonar el timbre.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Gloria.

—Inspector Brodie —anunció el hombre, dando un paso adelante para estrecharle la mano.

—Ha llegado un inspector —ironizó Gloria.

Supuso que era un agente de fraude, pero ¿no cazaban en manadas? La siguió al salón. Deseó haberlo retenido en el umbral, como a un testigo de Jehová. Todas aquellas visitas no deseadas constituían una inoportuna distracción del fraude bancario internacional que Tatiana estaba cometiendo en la cocina, supervisada por su robot de cocina rojo y el *Curso completo de cocina* de Delia Smith.

—¿Un té? —ofreció con educación, intentando recordar si le había enseñado alguna identificación.

¿Dónde estaba su placa? Estaba diciendo algo sobre un violento incidente callejero cuando Tatiana hizo su majestuosa entrada desde la cocina.

—Hola a todos —dijo, como una mala actriz en una farsa.

—Oh —soltó Pam.

—Deberíamos dejar de encontrarnos así —le dijo el policía a Tatiana—. Va a darle que hablar a la gente.

Lo que fuera que pudiera haberse dicho después de eso nunca llegó a saberse porque el gólem de Graham escogió ese instante para reventar las puertas acristaladas con un bate de béisbol y Pam empezó a gritar como si tratara de invocar a todos los demonios del infierno y no paró de gritar hasta que el extraño apareció en el jardín y le disparó al gólem en el corazón.

Capítulo 45

Jackson no tenía la intención de hacerse pasar por policía, pero al abrirse la puerta y preguntar «¿La señora Hatter?» y contestar ella que sí, le salió de forma automática. Le había parecido lo más natural del mundo decir «Inspector Brodie».

Gloria Hatter iba vestida con un chándal rojo que le recordó, en algún distante recoveco de la memoria, a Jimmy Savile en *Jim'll Fix It*. Por suerte no llevaba un medallón ni fumaba un puro. Pareció pensar que pertenecía a la brigada de fraude y no hizo nada por sacarla de su error.

Cuando mencionó el Honda y el violento incidente en la calle, ella contestó:

—Yo no vi nada.

—¿También estuvo usted allí? —preguntó, incrédulo.

Una mujer de cabello naranja, que le resultó vagamente familiar, estaba sentada en el sofá sosteniendo un ejemplar del último libro de Martin, *La araucaria*. Ese detalle por sí solo hizo que la cabeza le diera vueltas. Cajas dentro de cajas, muñecas dentro de muñecas, mundos dentro de mundos. Todo estaba conectado entre sí. Absolutamente todo en el mundo entero.

Sonó el teléfono, y en algún lugar de la casa se conectó el contestador automático. Una voz histérica de mujer que podría haber estado anunciando una invasión de alienígenas exclamó: «¡Gloria! ¡Soy Christine! Ya están aquí. ¡Se están llevando los ordenadores!».

La entrada de Tatiana lo distrajo de semejante mensaje. Esto es demasiado, de veras que sí, se dijo. Cuando el tipo del Honda, con bate de béisbol incluido, apareció ante las puertas acristaladas como un personaje de una película de terror y creó aire donde antes hubiera cristal, Jackson empezó a preguntarse si estaría en alguna nueva clase de *reality show* de televisión, un cruce entre *La cámara indiscreta* y un fin de semana con misterioso asesinato incluido. Esperó a medias que un presentador apareciera de un salto de detrás del sofá del salón de Gloria Hatter y exclamara: «¡Sorpresa! Jackson Brodie, creíste haber encontrado un cadáver en el río Forth, creíste haber visto cómo asaltaban a un hombre con un bate de béisbol, creíste que esta damisela rusa te susurró pistas al oído (sí, ella también interpretó al misterioso cadáver), pero no, fue todo ficticio. Jackson Brodie, estás en directo ante un público de millones de espectadores. Bienvenido al futuro».

Estaban todos ahí: Tatiana, el tipo del Honda; la única persona que faltaba era Martin. Pero hete aquí que lo había pensado demasiado deprisa, porque ahí venía Martin, cruzando con mayor decisión de la mostrada hasta la fecha el jardín cuidado con esmero de Gloria Hatter, «¡y contamos también con la actuación estelar de Martin Canning en el papel de escritor engañosamente torpe!».

Tatiana gritó algo en ruso que sonó a maldición, mientras que Gloria Hatter, con menos dramatismo, dijo:

—Terry, ¿qué demonios crees que estás haciendo?

—Se ha ido —espetó él. Escupía espuma, y Jackson se acordó de su perro—. El señor Hatter, se ha largado. Me ha dejado a mí para que pague el jodido pato, ¿no?

Y entonces, con un movimiento nada forzado, meció el bate y el cuerpo e hizo añicos una vitrina que contenía un montón de animalitos de adorno. Desde luego a aquel hombre le gustaba el sonido del cristal al romperse. Volvió hacia la habitación y titubeó unos instantes, como si no supiera muy bien qué elegir entonces, tiempo suficiente para que Jackson metiera a Gloria Hatter y a su amiga del pelo naranja detrás del sofá (donde no había ningún presentador de televisión, gracias a Dios).

Terence Smith pareció advertir la presencia de Jackson por primera vez, y el entrecejo se frunció en sus regordetas facciones.

—¿Tú? —preguntó desconcertado—. ¿Aquí? ¿Por qué? —Entonces vio a Tatiana—. ¿Y tú también?

Volvió a levantar el bate y lo blandió hacia Tatiana. Jackson se abalanzó sobre ella, en un placaje de rugby bastante inepto, con la intención de echarla al suelo y protegerla con su cuerpo. Terence Smith lo alcanzó en pleno vuelo con un golpe feroz en la cintura, de forma que lo hizo doblarse en dos como si llevara bisagras y caer en la alfombra. Una bonita alfombra, advirtió, una de esas chinas y gruesas con un diseño que parecía esculpido. Tuvo una visión en primerísimo plano de ella. Si giraba un poco la cabeza, con grandes dificultades y mucho dolor, veía también a Martin, que seguía caminando con decisión hacia la casa, con el brazo extendido ante sí como si liderara una carga de caballería. Al final del brazo estaba la mano (como cabría esperar), y en la mano llevaba una pistola. La Welrod. La Welrod que había desconcertado a Jackson cuando Martin la había mencionado esa mañana.

Se dijo que muy bien podía estar diseñada para disparar de cerca, pero que aun así podía resultar letal a cierta distancia, pero solo a manos de alguien que supiese disparar porque la mira de una Welrod era primitiva. Y solo podías hacer un disparo, porque para cuando habías conseguido volver a cargarla, estabas muerto o te habían arrestado. Y Martin era, admitámoslo, un patoso; sin duda iba a ser una mierda de disparo.

Ver a Martin fue demasiado para el tipo del Honda. Los engranajes de su cerebro parecieron detenerse de pronto, al parecer por el esfuerzo de tratar de deducir por qué toda la gente a la que quería matar se encontraba en la misma habitación. Entonces decidió que no valía la pena pensar tanto y volvió su atención hacia él. Si tenía que empezar por alguna parte, pareció implicar su expresión, por qué no hacerlo por el que ya estaba en el suelo, gimiendo de dolor. Levantó el bate. Jackson rodó sobre sí hasta quedar en posición fetal y trató de protegerse la cabeza con las manos. Se preguntó vagamente qué estarían haciendo las demás personas en la habitación mientras él esperaba a que le partieran el cráneo en dos. Sin duda Tatiana podría hacer algo útil con el cuchillo, ¿no? Y si eso no funcionaba, podía desgarrarle el cuello a Terence Smith con los dientes. No estaba haciendo ninguna de las dos cosas: la oía hablar por teléfono, en ruso y muy rápido. Se preguntó qué estaría diciendo.

¿Traed abogados, armas y dinero? La mujer del cabello naranja chillaba. Estaba haciendo lo que había que hacer. El ruido atraería a la policía. Eso estaría bien.

Estaba en un capullo, aislado de las reglas normales del tiempo. En su personal fin de la jornada, contando las ovejas descarriadas. Estaba de vuelta en casa, en la cocina tenuemente iluminada de una pequeña casa adosada —en el pasado de sus recuerdos siempre había una iluminación tenue, y se preguntó si era porque los pobres utilizaban bombillas de bajo voltaje—, sentado a la mesa, con su hermano y su hermana a ambos lados, su padre recién bañado de vuelta de la mina, su madre preparando alguna clase de estofado. Su hermana llevaba el precioso cabello recogido en trenzas (*trenas*, las llamaba su padre); la cara de su hermano se veía pálida y vulnerable, y llevaba el mismo uniforme de la escuela secundaria que él mismo vestiría al cabo de unos años. No era *La cámara indiscreta*, sino *La vida es así*. Se trataba de un simple instante, bastante corriente, como el de la mujer que vertía leche de una jarra. Tomaban el té, y su madre se sentó cuando hubieron terminado y comió lo que sobraba. Su hermano le dio una colleja y él reconoció que era la forma que tenía Francis de mostrarse afectuoso aunque le hiciera daño. Su madre dijo algo, pero no logró oírlo porque en ese momento un objeto del tamaño de una casa cayó sobre él. Olió a sangre y a disparos, el aroma inconfundible del campo de batalla. Todo lo que oyó fue un levísimo *plop*. Había que concedérselo a la Welrod: cuando decían que llevaba silenciador, lo decían en serio. No era una casa lo que le había caído encima, sino Terence Smith, derribado como una gran presa de caza, y que ahora lo estaba haciendo morir aplastado. Se preguntó si podría conseguirse una caja torácica nueva cuando todo eso hubiese acabado.

Gruñendo por el esfuerzo, consiguió apartar de sí aquel peso de rinoceronte e incorporarse hasta quedar sentado (con grandes dificultades, mucho dolor, etcétera), y consultó el reloj. Fue una reacción automática, un eco de otros tiempos, otros lugares: «hora de la muerte... el sospechoso entró en el escenario de los hechos a las... se tuvo constancia del incidente a las...». Eran las ocho menos cuarto, pero para él era pleno mediodía. La actuación de Julia debía empezar al cabo de un cuarto de hora. Su jornada entera había girado en torno a esa cita. «Pero ¿acabarás a tiempo para el espectáculo?». Su reloj, advirtió medio grogui, estaba salpicado de sangre.

Tatiana encendió un cigarrillo como quien no quiere la cosa y le tomó el pulso a Terence Smith.

—Está muerto —declaró sin que hiciera mucha falta.

No estaba solo muerto, sino extraordinariamente muerto, con el corazón desgarrado por una bala.

—Has dado en el blanco, Martin —murmuró Jackson.

¿Quién iba a pensar que Martin tendría tan buena puntería? Tatiana se le acercó para arrodillarse a su lado. Lo observó con atención y preguntó:

—¿Bien?

—En ciertos sentidos.

—Has salvado mi vida —dijo ella.

—Creo que ha sido ese tipo de ahí el que te ha salvado —repuso él.

Martin seguía de pie en el jardín con la pistola, floja en la mano y apuntando ahora al césped. Se lo veía muy tranquilo, como alguien en paz consigo mismo. Jackson oyó una sirena y se dijo «Caray, qué rápido», pero entonces Gloria Hatter dijo con despreocupación y a nadie en particular:

—El botón de alarma.

Tatiana se inclinó más hacia él. Sus ojos tenían esa expresión soñadora que recordaba del circo. Lo besó en la mejilla y dijo:

—Gracias.

Se sintió extrañamente privilegiado, como si un animal salvaje le hubiese permitido acariciarlo.

En realidad no le importaba si Terence Smith estaba muerto o no. Quizá había visto demasiados muertos para que uno más lo inquietara, o tal vez era solo que el tipo del Honda era una mala pieza y en el planeta no había sitio suficiente para la buena gente, no digamos ya para los malos. Había gente que moría de hambre, gente torturada, gente simplemente pobre a la que podía venirle bien el oxígeno de Terence Smith. Jackson no era el único en la habitación a quien el fallecimiento de Terence Smith había dejado impertérito.

—Ojo por ojo —dijo Gloria Hatter con magnífica indiferencia.

La única persona que parecía afectada por lo ocurrido era la mujer del cabello naranja, que sollozaba suavemente en el sofá.

Jackson se puso en pie con gran esfuerzo y se acercó a Martin con cautela. De cerca, tenía una expresión de pánico demente en la mirada. Por experiencia, sabía que lo mejor era tratar a los tipos presas del pánico y con ojos desorbitados como si fueran animales asustados; bien podían ser en esencia inofensivos, pero aún eran capaces de dar coces y morder.

—Tranquilo, Martin —dijo con tono dulce—. Vamos, deme la pistola.

Martin le tendió la pistola sin titubear.

—Lo siento —dijo—. Siento haber hecho eso.

Entonces se le doblaron las rodillas y se desplomó para yacer tristemente en el césped, de forma que solo quedó Jackson, empuñando la Welrod, de pie ante el cadáver de Terence Smith cuando el primer agente llegó a la escena del crimen.

—Esto tiene mala pinta, ¿eh? —comentó Jackson.

Capítulo 46

Louise entró en el aparcamiento de Viviendas Hatter en las oficinas centrales de Queensferry Road. Alguna clase de lacayo uniformado se le acercó para poner en duda su derecho a estar allí, y ella plantó la placa contra el parabrisas y casi lo arrolló. Viviendas reales para gente real. ¿Cómo habría descubierto Jackson que había una conexión entre Viviendas Hatter y Terence Smith? Estaba segura de que andaba de nuevo a la caza. ¿Había existido alguna vez un hombre más problemático?

Se había quedado sola. Tanto Jessica como Sandy Mathieson habían sucumbido a la gripe. Antes de dirigirse ahí se había pasado por Los Cuatro Clanes, pero no había encontrado indicio alguno de Martin Canning. El disco estaba ahora escondido, a salvo en el interior de un viejo CD de Laura Nyro. Calculaba que ese era el último sitio en que alguien lo buscaría.

Cuando entró, se encontró con que las oficinas de Viviendas Hatter estaban en pleno caos. Reconoció a un par de tipos de fraude. Uno de ellos le dijo:

—No hay rastro de Hatter por ningún lado.

—¿Habéis probado en su casa? —preguntó.

—Es lo siguiente en la lista. La esposa es la otra directora, también está hasta el cuello de mierda.

Fue en busca de la mujer detrás del hombre, la secretaria de Hatter («Christine Tennant»), quien empezó a lloriquear de inmediato:

—Yo no he hecho nada. No sé nada. Soy inocente.

La dama protestaba demasiado, en opinión de Louise. Recordó la grieta en el centro de su casa. Como mínimo, Hatter era una constructora pésima. Había una cesta de fruta sobre el escritorio de Christine Tennant. Leyó la tarjeta sujeta a ella con un lazo: «Un pequeño obsequio de agradecimiento. Con mis mejores deseos, Gloria Hatter».

—¿Terence Smith? —le preguntó a Christine Tennant.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué hace exactamente?

—Es horrible.

—Tal vez, pero ¿qué hace?

La secretaria se encogió de hombros y contestó:

—No lo sé muy bien. A veces lleva al señor Hatter en coche o hace recados para él, le hace favores. Sin embargo, el señor Hatter está en Thurso por el momento. O eso dicen —añadió, misteriosa.

—¿Puede darme la dirección particular del señor Hatter? Me gustaría hablar con su mujer.

Christine Tennant recitó la dirección. En Grange, qué agradable, pensó Louise. Apostaba a que la casa de Gloria Hatter no tenía ninguna grieta.

De camino a casa de los Hatter, se preguntó si Archie habría vuelto directo a casa del colegio o si estaba vagando por la ciudad, causando daños y caos. Archie y Hamish deberían estar atados en algún lado, algún sitio oscuro y silencioso donde no pudieran hacer ningún daño. Pero estarían en cambio en tiendas, en autobuses, por las calles, riéndose como imbéciles, gritando como monos, metiéndose en problemas. Si tuviera un padre, si tuviera un padre como Jackson —o incluso un padre como Sandy Mathieson—, ¿sería distinto?

Su radio volvió a la vida con un chasquido: «ZH a ZHC: alarma de ataque personal en la casa Providence, Mortonhall Road. A cualquier patrulla que pueda acudir, indicativo y localización, por favor». Louise no se molestó en responder. Ya estaba allí. De algún modo le pareció poco probable que fuera una coincidencia. ¿Qué había dicho Jackson? «Una coincidencia no es más que una explicación en ciernes».

—Esto tiene mala pinta, ¿eh? —dijo Jackson.

—Sí —concedió ella—. Pero sin duda tendrás una explicación extravagante.

—En realidad, no. Has llegado muy rápido.

—Coincidencia. Parece que he vuelto a perderme la parte buena.

Él estaba de pie junto al cadáver de Terence Smith con una pistola en la mano, cubierto de sangre. Sintió una molesta opresión en el corazón. ¿Estaba herido?

—¿Te han hecho daño?

—Sí, mucho, pero estoy bien. No creo que la sangre sea mía.

Había un hombre en el césped farfullando algo sobre hacer los votos, y cuando volvió a mirarlo pareció haberse quedado dormido. Había una mujer con el cabello de un color melocotón que conjuntaba con el sofá en el que estaba sentada, y que era presa de un ligero ataque de histeria.

—¿Señora Hatter? —le preguntó Louise, pero no respondió.

—No sé quién es —intervino Jackson. Muy útil—. Y el tipo dormido en la hierba es Martin Canning.

—¿Martin Canning? ¿El escritor? ¿El tipo que vive con Richard Moat?

Oh, aquello era demasiado raro. Raro, rarísimo.

—Tienes que acordonar la escena del crimen —dijo él—. No, eso ya lo sabes, ¿verdad? Por supuesto, eres inspectora.

—No estás en situación de hacer bromas.

Jackson limpió las huellas del arma y la dejó en el suelo. Por Dios, ¡no podía creer que acabara de hacer eso! Debería esposarlo y arrestarlo ahí mismo.

—El arma es de alguien llamado Paul Bradley, pero que no existe —explicó Jackson. Miró alrededor y preguntó—: ¿Dónde están las otras dos?

—¿Qué otras dos?

—La señora Hatter y Tatiana.

—¿Tatiana?

—La rusa chiflada. Estaban aquí hace un momento. Mira, de verdad que me gustaría quedarme y charlar, pero tengo que irme.

Ahora sí que se estaba riendo de ella.

—Esto es la escena de un asesinato. Mi carrera habrá acabado si te dejo marchar. En el peor de los casos eres un sospechoso; en el mejor, un testigo.

Le daba la sensación de haber pasado ya por eso. Una vez más, Louise, testigo, sospechoso, y criminal convicto.

—Lo sé, pero tengo algo importante que hacer, muy importante.

Los dos oyeron el sonido de una sirena que se acercaba. Él pareció un perro que oyera un silbido.

—No existo —dijo—. Tú no me has visto. Por favor. Hazme solo este favor, Louise.

Era un pecador con motivos justificados. Como Louise. «Louise». Solo la forma en que decía su nombre... Sacudió la cabeza, trató de quitárselo de la cabeza.

Jackson salió por la puerta de atrás en el mismo instante en que Jim Tucker llegaba por el sendero de entrada. Ella le estaba dando vueltas a qué explicación darle a Jim. ¿De verdad iba a borrar a Jackson del cuadro? Ninguno de los otros dos «testigos» parecían tener la más remota idea de lo que estaba pasando. A través de la ahora inexistente puerta acristalada, le hizo señas a Jim Tucker de que entrara por la puerta principal.

—Louise —dijo él—. No sabía que estuvieras ya en el locus.

Vio a un agente de paisano y a dos mujeres de uniforme en el portón, avanzando sendero arriba. Y entonces le sonó el teléfono y su mundo se ladeó. Archie.

—Ahora mismo voy —contestó.

—Es Archie —le dijo a Jim—. Tengo que irme.

Él se estremeció, percatándose del lío que estaba a punto de heredar. Louise trató de que la cosa sonara mejor, algo bastante difícil dadas las circunstancias.

—Mira, Jim, acabo de entrar aquí hace un segundo. No sé más que tú; a efectos prácticos eres el primer agente en la escena, pero yo tengo que irme.

El agente y las dos policías estaban llegando a las puertas acristaladas, pero cambiaron de dirección hacia la puerta principal al advertir que podían estar a punto de contaminar la escena de un crimen. Una de las agentes se desvió para acercarse a Martin Canning. Louise la oyó decir:

—¿Señor Canning, Martin? ¿Se encuentra bien? Soy la agente Clare Deponio, ¿se acuerda de mí?

Oyó más sirenas, una de ellas de una ambulancia. Notó sabor a sangre donde se había mordido el labio. No dijo «Recuerda el favor que me debes, Jim», no dijo «Cómo le va a tu encantadora hija en la universidad, seguro que está contenta de que

no la acusaran de posesión de drogas». No hizo falta, él supo que había llegado la hora de devolverle el favor, lo que siembres cosecharás. Jim le indicó con la cabeza la parte trasera de la casa, sin decir nada.

—Gracias —vocalizó ella en silencio, y desapareció.

Se preguntó cuántas leyes disciplinarias, criminales incluso, habría incumplido en los últimos cinco minutos. No se molestó en contarlas.

El tono de Archie en el teléfono había sido extraño, tenso y un poco desesperado, y se dijo que debían de haberlo detenido, o que habría matado a alguien. Pero se trataba de algo peor.

Capítulo 47

Entonces él e Irina entraron en su hotel lleno de cucarachas, pasando ante los hombres de aspecto amenazador que merodeaban en la entrada. Un cruce entre conserjes y empleados de seguridad, iban siempre ataviados con chaquetas de cuero negro, y siempre fumaban cigarrillos. Abrían puertas (a veces) y llamaban taxis, pero más bien parecían gánsters. Uno de ellos le dijo algo a Irina y ella se lo sacó de encima con un gesto despreciativo.

Y entonces, de algún modo, se encontraron en su habitación y, sin saber cómo, él se hallaba de pie ante ella en calzoncillos y diciéndole:

—Metidito en carnes. Estoy hecho para la comodidad, no para la velocidad.

Y el tiempo pareció precipitarse de nuevo y de pronto ella estaba a horcajadas sobre él en la angosta cama, llevando tan solo sujetador y zapatos y profiriendo unos gemiditos que podrían haber sugerido frenesí sexual de no haber permanecido su rostro tan inexpresivo. Martin apenas contribuyó a semejante encuentro, tan imprevisto y apresurado que lo había pillado por sorpresa. Tuvo un orgasmo rápido y silencioso que lo dejó avergonzado.

—Lo siento —dijo.

Ella se encogió de hombros y se inclinó sobre él, con el precioso cabello derramándosele en el pecho, un gesto burlón que le pareció totalmente mecánico. Le vio las raíces oscuras donde el pelo que había crecido ya no quedaba oculto por el tinte.

Se bajó de encima de él. La niebla de alcohol en su cerebro se disipó un poco y en su lugar se abatió sobre él una depresión nauseabunda y gris mientras la observaba encender un cigarrillo. Una mujer en un país extranjero, una mujer a la que apenas conocías, no se quedaba en sujetador y zapatos y te montaba como a un caballo gratis. Quizá no fuera exactamente una prostituta, pero esperaba dinero.

Irina recogió la ropa y volvió a ponérsela, con el cigarrillo colgándole de los labios. Lo pescó mirándola y sonrió.

—¿OK? —preguntó—. ¿Has pasado bien? ¿Quieres darme un pequeño regalo por pasar bien?

Él se levantó y dio saltitos por ahí en sus intentos de volverse a poner los pantalones. La velada lo había conducido a simas de indignidad de las que hasta entonces había conseguido mantenerse alejado, incluso en su imaginación. Hurgó en los bolsillos en busca de dinero. Se había gastado casi todo el efectivo en el Grand Hotel y solo pudo encontrar un billete de veinte rublos y unas monedas sueltas. Irina observó con desagrado el dinero mientras trataba de explicarle que podía bajar a recepción y obtener dinero con cargo a la Visa. Ella frunció el entrecejo y contestó:

—*Nyet*, no Visa.

—No, no —insistió él—. No te estoy ofreciendo la Visa. Pediré que me cambien. Conseguiré dólares para ti ahí abajo.

Ella sacudió la cabeza con energía. Entonces señaló su Rolex y preguntó:

—¿Es bueno?

Se estaba envolviendo otra vez la cabeza en la bufanda y abotonándose el abrigo.

—Sí —contestó—. Es auténtico, pero...

—Tú me lo das.

Empezaba a parecer frenética e inflexible. Eran las cuatro de la madrugada (no tenía ni idea de cómo había pasado, la última vez que se fijó en la hora eran las once). En la habitación de al lado había una pareja de jubilados de Gravesend. ¿Qué iban a pensar si los despertaba una mujer rusa exigiendo el pago a cambio de sexo? ¿Y si empezaba a gritar y a tirar cosas? Era ridículo, el reloj valía más de diez mil libras, difícilmente un intercambio justo.

—No, iré a buscar dinero —insistió—. Y entonces el hotel te llamará un taxi.

Imaginó a uno de los amenazadores hombres de cuero negro metiéndola en un taxi y mirando a Martin, sabiendo que acababa de pagar por acostarse con ella.

Le dijo algo en ruso y dio unos pasos hacia él, tratando de agarrarle la muñeca.

—No —dijo Martin apartándose con un pequeño salto.

Irina arremetió otra vez y él volvió a esquivarla, pero en esa ocasión ella tropezó y perdió el equilibrio, y aunque extendió los brazos para salvarse, no pudo impedir golpearse en la cabeza contra la esquina del barato escritorio de chapa que ocupaba casi media pared en la pequeña habitación. Soltó un grito, como un pájaro herido, y luego se sumió en el silencio.

Debería haberse incorporado. Debería haberse levantado con una mano en la frente. Tendría un corte o una magulladura y le dolería. Él probablemente se habría quitado el Rolex de la muñeca y se lo habría dado para compensarla por el dolor, para impedir que armase revuelo. Pero no se levantó. Martin se agachó, la tocó en el hombro y preguntó con timidez:

—¿Irina? ¿Te has hecho daño? ¿Estás bien?

La bufanda se le había deslizado del cabello. Estaba boca abajo sobre la horrible moqueta y no respondía. Su nuca se veía pálida y vulnerable.

Trató de darle la vuelta, no muy seguro de si era lo correcto con alguien que había quedado inconsciente. Pesaba mucho, más de lo que había esperado, y se resistía con torpeza como si estuviera decidida a no ayudarlo en sus maniobras. Martin se las apañó para darle la vuelta y la dejó caer boca arriba. Tenía los ojos muy abiertos, mirando al vacío. La impresión hizo que el corazón se le detuviera unos instantes. Se apartó de un salto de ella y cayó contra el extremo de la cama, golpeándose la espinilla y haciéndose daño en un pie. Algo brotó en su pecho, un sollozo, un aullido; no supo con certeza qué emergería, y lo sorprendió que solo fuera un grito estúpido y lastimero.

No había un motivo obvio para ello. Una marca roja en la sien, eso era todo. Una de esas posibilidades entre un millón, supuso, una fractura en una vértebra cervical o una hemorragia intercraneal. Durante los meses que siguieron leyó mucho sobre

heridas en la cabeza.

El detalle más nimio. Si no hubiese llevado tacones, si la moqueta no hubiese estado deshilachada, si él hubiese tenido la sensatez de comprender que por nada del mundo una chica como ella iba a estar interesada en él por cómo era. Por un instante vio la escena a través de los ojos de otros: la dirección del hotel, los hombres de cuero negro, la policía, el cónsul británico, la pareja de Gravesend, el tendero moribundo. No había forma de que cualquiera de ellos la interpretara de una manera que lo favoreciese a él.

Fue presa del pánico. Un pánico que le palpitó en el pecho, que ascendió en espiral hasta su cerebro como un ciclón, una oleada de adrenalina que recorrió su cuerpo y arrasó con todos sus pensamientos excepto uno: «deshazte de ella». Recorrió con la mirada la habitación para comprobar qué habría dejado atrás Irina. Lo único que vio fue su bolso. Hurgó en él para asegurarse de que no hubiese nada que lo incriminara, de que no hubiese escrito su nombre y la dirección del hotel. Nada, solo un bolso barato, unas llaves, un pañuelo de papel y un pintalabios. Una fotografía en una carterita de plástico. La fotografía era de un bebé, de sexo indeterminado. Se negó a pensar en el significado de una fotografía de un bebé.

Abrió la ventana. Estaba en un séptimo piso, pero las ventanas se abrían del todo: nada de normativa de sanidad o seguridad en el hotel de las cucarachas. La arrastró hasta la ventana y entonces, sosteniéndola por la cintura en un torpe abrazo de bailarín patoso, la encaramó sobre el alféizar. La detestó por el modo en que parecía una marioneta de difícil manejo, un maniquí de sacos de arena para practicar con la bayoneta. La odió por la forma en que quedó con medio cuerpo fuera y medio cuerpo dentro como si nada le importase ya. Una muñeca rusa. En la calle había un silencio sepulcral. Si caía desde el séptimo piso, si la encontraban en la acera, nadie sabría si había saltado o la habían empujado, o si simplemente se habría caído en plena confusión etílica. Con lo que había bebido, su sangre debía ser alcohol casi al cien por cien. Nadie podría señalar su ventana y decir: «Ahí. Martin Canning, un turista británico. Cayó de esa ventana». Había un enorme contenedor de obra allá abajo, casi lleno de escombros. No quería que cayese en él porque entonces podría parecer que alguien trataba de deshacerse del cuerpo y no que simplemente se había caído.

Le puso al cuello la correa del bolso y luego le metió el brazo por ella, como si fuera la cartera de un colegial. Entonces la asió de las rodillas y la izó y empujó hasta conseguir que cayera.

Si hubiese apuntado al contenedor habría fallado, pero como quería que cayese en la acera, fue derecha al contenedor, retorciéndose en el aire antes de aterrizar boca arriba sobre los fragmentos de madera y piedra y yeso en su interior con una especie de crujido. Un perro callejero se desvió de su camino, alarmado, pero aparte de eso la calle siguió impasible. Martin cerró la ventana.

Se sentó en el suelo en un rincón de la habitación y se abrazó las rodillas. Permaneció en esa postura mucho tiempo, demasiado exhausto para hacer otra cosa.

Observó cómo el amanecer inundaba la habitación y pensó en los ojos ciegos de Irina, que no volverían a ver el alba. Una cucaracha le cruzó corriendo el pie. Oyó el primer tranvía circular por la calle. Esperó la llegada de los albañiles, los imaginó trepando por el andamio y mirando abajo para ver a la mujer que yacía allí como una muñeca no deseada. Se preguntó si oiría sus gritos al descubrirla desde la habitación.

Oyó un potente motor, el rechinar de un cambio de marchas, y se arrastró hasta la ventana. El contenedor se mecía en el aire, como un juguete de niño desde esa distancia. Había confiado de algún modo en que Irina hubiese desaparecido durante las horas transcurridas, pero seguía ahí, rota y desmadejada. El contenedor fue izado hasta la parte trasera de un gigantesco camión de recogida, donde lo soltaron con un ruido metálico que reverberó en el aire frío. El camión se alejó. Martin siguió su avance, viéndolo moverse lentamente por la calle hasta que dobló para cruzar un puente sobre el Neva. Al final del puente desapareció de la vista.

Había tirado a un ser humano como si fuera basura.

En el aeropuerto, al pasar por el control de pasaportes, esperó que uno de los aterradores agentes le pusiera una mano en el pecho y notara los latidos descontrolados de su corazón, o que lo mirara a los ojos y viese la culpa en ellos. Pero le indicaron que pasara con un gesto hosco. Había pensado que el castigo llegaría deprisa, pero resultó que la justicia iba a impartirse despacio, amasándolo poco a poco hasta dejarlo plano, hasta que no existiera.

En una pequeña tienda libre de impuestos compró un imán de nevera para su madre, y una pequeña *matrioshka* de madera barnizada. En el vuelo de vuelta, el tendero se sentó con la pareja de Gravesend, embutido en un asiento demasiado pequeño para él, y les contó que había tachado un punto más en su lista de cosas que hacer antes de morir. Les sirvieron la comida, un miserable mejunje a base de pasta congelada. Martin se preguntó si el puesto de Irina seguiría cerrado con tablones o si alguien se habría hecho cargo de él. El tendero se sintió mal poco antes de que aterrizaran. Una ambulancia acudió a buscarlo a la pista. Martin ni siquiera lo miró.

Había una mujer a la que reconoció de la firma de libros de un rato antes. No tenía ni idea de qué hacía ahí. Aferraba un ejemplar de *La araucaria* y no paraba de gritar. Pensó en decirle en broma: «No será tan malo, ¿no?», pero no lo hizo. Había una chica rubia que le gritó algo en ruso al chiflado conductor del Honda. El conductor del Honda iba a matar a la rusa rubia, y entonces Jackson se interpuso para salvarla, para sacrificarse. Al conductor del Honda se lo veía congestionado por la ira. A las mentes de esa clase de personas les ocurría algo malo, las personas que arrojaban perros por las ventanas y ponían pistolas contra las cabezas de sus esposas. Mala química cerebral. De haber estado ahí Nina Riley habría dicho: «Baja ahora mismo

esa arma, ruin sinvergüenza». Pero no estaba ahí. Solo estaba Martin.

El tiempo transcurrió a cámara lenta. El conductor del Honda levantó el bate en el arco familiar de aniquilación. La chica rusa se volvió para mirarlo. Sus facciones cambiaron. Sus ojos azules de muñeca miraron a Martin sin parpadear, sus labios de capullo de rosa dijeron:

—Dispárale, Marty.

De modo que eso hizo.

Capítulo 48

Un test de embarazo.

Jackson había corrido (literalmente) hasta el piso, donde dejó caer la ropa manchada de sangre en el suelo del baño, se metió en la ducha y borró a Terence Smith de su vida. Por un disparatado segundo había considerado correr todo el camino desde casa de los Hatter hasta el local en que actuaba Julia, pero comprendió que parecería demasiado dramático llegar cubierto de sangre. Que reservaran eso para Macbeth.

Estaba en plena multitarea (como decían por ahí), vistiéndose, llamando a un taxi, contemplándose la cara llena de marcas en el espejo empañado, cuando bajó la vista por casualidad y lo vio.

Sacó el test de embarazo de la papelería y se lo quedó mirando como si fuera un objeto salido de la luna. Era lo último que esperaba encontrar, y aun así ¿por qué no? No había pasado nunca en los dos años que habían estado juntos, pero ahí estaba. Azul. Estaba azul. Todo el mundo sabía lo que eso significaba. Lo explicaba todo, sus cambios de humor, su pérdida de apetito (para el sexo y la comida), su extraño retraimiento. ¡Julia estaba embarazada! Qué idea más extraordinaria: Julia iba a tener un bebé. El bebé de él. Iban a tener un bebé. Un bebé para Julia. Había muchas formas distintas de decirlo, pero todas se reducían a lo mismo: dentro de Julia había una nueva vida microscópica, una criaturita acurrucada en una madriguera dentro de la mujer a la que amaba. Se preguntó si sería un chico. ¿No estaría bien, tener un hijo, ser el padre que su propio padre nunca fue? Aún llevaba la muñequita tamaño cacahuete en el bolsillo. Se puso la chaqueta y hurgó en su busca, como si fuera un talismán, la cuenta de un rosario, para darle vueltas y vueltas en la mano.

Un bebé curaría a Julia. La perdida Olivia volvería a nacer de algún modo con el bebé de Julia. Un bebé lo arreglaría todo, para Julia, y para ellos dos. Una pareja. Si iban a ser padres, entonces, de un modo u otro, ella tendría que aceptar esa palabra. Un bebé también lo curaría a él, cerraría algunas de sus heridas. ¿Qué había dicho Louise? «Un espermatozoide que encuentra un óvulo, y pum. Pasa en las mejores familias». Y le había pasado a Julia.

No era una nueva senda, sino un nuevo mundo en el que entrar.

Capítulo 49

Louise oyó música clásica procedente de la sala de estar. Las luces de la casa estaban apagadas y en la chimenea ardía una vela. Él había puesto la emisora de música clásica en la radio. Se le encogió el corazón por la forma en que había tratado de ocuparse de todo. Vio la parte posterior de la cabeza de Archie asomar del sofá. «Tú conoces, Señor, los secretos de nuestros corazones, que tu misericordia no desoiga nuestras plegarias». Debió de haber hecho ruido, porque Archie giró despacio la cabeza y preguntó:

—¿Mamá?

Louise captó el lloroso temblor de su voz.

—¿Archie?

Se acercó despacio al sofá. Se mordió con fuerza el labio para detener el aullido que trataba de escapar de algún lugar muy hondo en su interior. Archie alzó la vista hacia ella y dijo en voz baja:

—Lo siento, mamá.

Tenía los ojos rojos y parecía un espectro. Así en los brazos a *Jellybean* como si fuera un bebé recién nacido, pero el animal estaba desinflado y encogido, ahora que la vida lo había abandonado. Lo había envuelto en un viejo suéter de Louise.

—He pensado que le gustaría olerte —explicó Archie.

Otra vuelta del sacacorchos. Tenía el corazón hecho añicos.

—No pasa nada si lloras, mamá —dijo él, y el dolor de Louise consiguió por fin salir a la fuerza, en terribles gemidos lastimeros, en una aguda letanía que le sonó como si perteneciera a algún otro.

No había estado presente en el nacimiento de su gato, y ahora se había perdido su muerte.

—Pero lo has tenido todo en medio —la consoló Archie. Fue perturbador oírlo hablar como un adulto—. Toma —dijo entonces, pasándole el triste bulto envuelto—. Prepararé una taza de té.

Louise desenvolvió al gato y lo besó en la cabeza, en las orejas, en las pezuñas. «Incluso esto pasará».

Cuando Archie volvió con el té, estaba dulce. Debía de haberlo oído en la televisión: té caliente y dulce en momentos de crisis. Jamás en su vida había tomado té con azúcar, pero encontró algo inesperadamente consolador en él.

—Ha tenido una buena vida —dijo Archie.

No era lo bastante mayor para que fuera un cliché para él.

—Sí, lo sé.

El amor era lo más duro de todo. No dejes que nadie te diga nunca lo contrario.

Capítulo 50

—Tenemos que irnos, Gloria —dijo Tatiana.

Las máquinas seguían silbando y bombeando, Graham seguía flotando en el espacio. Gloria se inclinó y lo besó en la frente. Una bendición o una maldición, o ambas cosas, porque la síntesis que era la realidad podía abarcarlo todo. Blanco y negro, bueno y malo. Su piel ya tenía el tacto de la arcilla.

¿Cuáles eran los verdaderos crímenes? ¿Capitalismo, religión, sexo? Asesinato: por lo general, pero no necesariamente. Robo: ídem. Pero la crueldad y la indiferencia también eran crímenes. Así como los malos modales y la insensibilidad. Lo peor de todo era la indiferencia.

No mucho después de que se casara con Graham, fueron a casa de los padres de él, Beryl y Jock, para almorzar un domingo. Un pato flacucho asado, recordaba, compensado por un denso pastel de ciruela. Nunca dejaba de asombrarla que apenas pudiese recordar lo que había pasado el viernes anterior, pero se acordaba con detalle de comidas que había tomado hacía cuarenta y tantos años.

Por algún motivo el coche de ellos estaba en el taller aquel día (Graham había aportado un Triumph Herald al matrimonio), así que el padre de Graham los había llevado a la modesta Vivienda Hatter (el viejo modelo Pencaitland, abandonado hacía mucho), que había sido el regalo de bodas de Jock y Beryl. Se consideraba una casa para gente joven, una «primera casa». Nadie vendía «últimas casas», ¿verdad?

Por el camino, se desviaron para pasar por «el almacén», por algún asunto del que padre e hijo tenían que ocuparse, ya olvidado ahora. Por aquel entonces, Viviendas Hatter era solo un almacén de materiales de construcción con un despacho destartado en un rincón. Gloria se bajó del coche. Nunca había estado en el almacén o el despacho antes, y supuso que debería mostrar interés ahora que ella misma era también una Hatter. Nunca debería haber renunciado a su apellido de soltera, Lewis, por supuesto. Ahora sería un buen momento para recuperarlo, ahora que era una viuda fuera de la ley. La gente cambiaba de identidad constantemente, su propio abuelo había adoptado el apellido Lewis después de llegar a Leeds procedente de Polonia con solo una maleta de cartón y un apellido que nadie podía pronunciar.

Los dos hombres Hatter habían entrado en el despacho y Gloria había deambulado por el almacén, con sus misteriosos palés y sacos. No podía imaginar siquiera cómo empezaba a construirse una casa. Se preguntó qué habría sido de la raza humana si todo hubiera dependido de ella en el instante en que el hombre entrechocó sílex contra sílex por primera vez y se hizo una herramienta. Nunca habría conseguido hacer nada tan sofisticado como un estante, era probable que ahora todo se guardara en hamacas y bolsas. Ella era una recolectora, Graham era un cazador que empuñaba un destornillador. Él saldría a construir cosas y ella se quedaría dentro y las criaría. Aquello ocurrió solo un mes después de su boda, cuando su unión aún tenía chispa y Gloria estaba ocupada hasta el delirio comprando platos y escobillas.

En aquel momento, Gloria oyó un leve maullido que, cuando investigó un poco, resultó proceder, ¡menuda alegría!, de un nido de gatitos, aún ciegos como topos, acurrucados junto a su madre en un rincón del almacén tras un montón de madera vieja.

Los Hatter, padre e hijo, salieron del despacho, y su nuevo suegro la saludó con las palabras:

—¿Has encontrado esos malditos gatitos, Gloria?

Gloria, que ya planeaba el cesto forrado de piel de borrego que prepararía para al menos dos gatitos, y podía ser que para todos, una vivienda Hatter dentro de una Vivienda Hatter, respondió:

—Oh, son tan preciosos, señor Hatter.

Eran tan monos que la hacían estremecerse. Aún no conseguía dirigirse a él con la familiaridad de «Jock», y de hecho nunca lo hizo en los tres años en los que fue su nuera, antes de que tuviera un infarto masivo, que lo hizo caer muerto en la obra, en el barro del esqueleto de cemento de una de sus casas, mientras sus hombres se congregaban alrededor y se quedaban mirando perplejos su cuerpo sin vida. El titán había abandonado su puesto. El dios del Olimpo, entretanto, estaba en la cocina inacabada, preguntándose si pasaría algo si ponía una ventana más pequeña.

—Graham —dijo Jock Hatter—, ocúpate de esos malditos bichos, ¿vale?

—Claro —repuso Graham.

Cogió los cinco cuerpos suaves y calientes de los gatitos y los sumergió con total naturalidad en un barril de agua que había junto a la oficina.

La pilló tan por sorpresa que durante unos atroces instantes se quedó simplemente mirando, muda e inmóvil como si estuviera bajo un hechizo. Entonces soltó un grito e intentó correr hacia Graham para rescatar a los gatitos, pero Jock la sujetó. Era un hombre menudo, pero tenía una fuerza asombrosa y por mucho que ella se retorció y revolvió para escapar, no pudo zafarse de sus garras.

—Tiene que hacerse, muchacha —dijo su suegro en voz baja cuando por fin ella desistió—. Así es la vida.

Graham sacó los cuerpos sin vida del barril y los tiró en un viejo bidón de aceite que se usaba de cubo de basura.

—Jodidos gatos —soltó cuando un rato después ella tuvo un ataque de histeria en la estrecha cocina de su primera casa—. Tienes que dejar de ser tan blandengue, Gloria. Solo son unos jodidos animales.

«Asesinada». La palabra había sonado extraña de labios de Tatiana. Retumbó como el trueno, resquebrajó el cielo.

Gloria se preguntó si el cielo resquebrajado iba a romperse en pedazos y caer a sus pies. Se le había puesto la carne de gallina y el corazón le palpitó más rápido de lo que era saludable en una mujer a punto de conseguir un pase de jubilada para el

autobús. La amiga de Tatiana había sido asesinada. Lena. Una buena persona.

Supo qué iba a decir Tatiana. Y lo peor fue que ya lo creía antes incluso de que mencionara su nombre, así que lo hizo ella primero.

—Graham —dijo con tono cansino.

—Sí —confirmó Tatiana—, Graham. Es hombre muy malo. Le dijo a Terry que la matara. Lo mismo que matarla él mismo. Ninguna diferencia.

—No —asintió Gloria—. Ninguna diferencia. Ninguna diferencia en absoluto.

—Lena iba a ir a los polis, a contar todo lo que sabía.

—¿Qué sabía? ¿Lo del fraude?

Tatiana rio.

—El fraude no es nada, Gloria. Muchas cosas peores que el fraude. Graham tiene negocios con hombres muy, muy malos. No quieres saberlo, van a por ti. De verdad tenemos que irnos ahora.

Gloria se inclinó hacia Graham y le susurró al oído:

—«¡Contempla mis obras, tú, poderoso, y desespera!».

Habían abandonado la escena de un asesinato. Estaban llevando a cabo una verdadera fuga. Gloria estaba infringiendo reglas, aunque no las suyas. Había salvado la bolsa negra del dinero y el lápiz de memoria, pero aparte de eso huían con lo puesto. Tatiana había hecho una llamada y un gran coche negro se había detenido ante la puerta de atrás, y se habían metido en él. Era, si no se equivocaba, el mismo coche que había recogido a Tatiana en el hospital después del ataque al corazón de Graham. El conductor permaneció mudo todo el trayecto y Gloria no preguntó de quién era el coche negro. Los grandes coches negros con ventanillas tintadas solían pertenecer a gente mala. Gente mala como Graham.

Se dirigían al Sur, hacia el aeropuerto, pero Gloria había pedido que dieran «un pequeño rodeo».

—¿Por qué? —quiso saber Tatiana.

—Un asunto —repuso ella mientras el conductor mudo seguía sus instrucciones y salía de la carretera principal para entrar en una urbanización—. Un pequeño asunto pendiente.

—Glencrest Way —anunció Tatiana, leyendo el cartel de la calle.

A Glencrest Way le siguieron Glencrest Close, Glencrest Avenue, Glencrest Road, Glencrest Gardens y Glencrest Wynd, nombres que Tatiana insistió en enumerar, como un exótico sustituto del sistema de navegación por satélite del coche negro, que se negaba a funcionar entre la desconcertante complejidad de las calles de la urbanización, protegidas por la persistente niebla de la presencia de Graham, la nube del saber.

—La urbanización Glencrest —anunció Gloria, de forma bastante redundante, cuando el coche negro se detuvo junto al bordillo—. Viviendas reales para gente real.

Construida sobre una antigua mina.

Sacó la bolsa de basura de plástico negro que contenía setenta y tres mil quinientas libras en billetes de veinte.

Tatiana se apoyó contra el lateral del coche y fumó mientras ella arrastraba la bolsa negra de plástico de casa en casa, dejando fajos de billetes en las puertas. No había suficiente para todo el mundo, pero la vida era una lotería.

—Qué tragedia —comentó Tatiana negando con la cabeza—. Eres una persona loca, Gloria.

Volvieron a subirse al coche negro y se alejaron. Los fajos de billetes no estaban atados y la brisa de la tarde empezó a levantarlos y arremolinarlos como enormes copos de ceniza. Por el retrovisor, Gloria vio a alguien salir de una de las casas mezquinas de Graham —una Braecroft— y contemplar asombrado el dinero que revoloteaba en el aire.

Los malos las temían, los buenos las amaban. Eran unas reinas de los bandidos, unas ladronas. Eran unas forajidas.

Capítulo 51

Un espacio negro. Unas luces blancas. Aplausos. Los aplausos sonaron bastante enérgicos a oídos de Jackson, pero lo cierto era que, aparte de un par de críticos, el público consistía en su mayoría en amigos, familiares y parásitos. Esa noche, él era representante de todas esas cosas para Julia, y se las había apañado para perderse todo el espectáculo, entrando sin que lo vieran por el fondo del teatro justo a tiempo de ver cómo saludaban los actores. Sabía que el asesinato y el caos no eran excusas suficientemente buenas para perderse la obra de Julia. Quizá debería haber aparecido cubierto de sangre, después de todo.

Una vez en el bar, todos los actores parecieron aturridos de puro alivio, como una clase de parvulario sobreexcitada. Tobias hizo gran alarde de asegurarse de que todo el mundo tuviese champán, para ofrecer después un extravagante brindis de felicitación que Jackson dejó de escuchar a medio camino.

—¡Por nosotros! —Concluyeron todos haciendo entrecuchar las copas.

Julia se le cogió del brazo y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido a ti? —preguntó, y la sintió derrumbarse un poco contra él.

—Fatal —contestó Julia—. Pedazos enteros de la escena del iceberg han brillado por su ausencia, y ese idiota no ha dicho bien ninguna de las frases que me daban pie a mí.

—¿Scott Marshall? ¿Tu amante?

Julia le soltó el brazo.

—Aun así, has estado genial —añadió Jackson, deseando ser mejor actor—. Has estado realmente estupenda.

Julia apuró la copa de champán de un solo trago.

—Y cuando ese acomodador ha recorrido el pasillo preguntando si había un médico en la sala... quiero decir, no es que no lo sienta por el hombre que ha tenido el infarto, pero lo de tratar de seguir como si no hubiese pasado nada...

—Esas cosas pasan —repuso él con voz tranquilizadora.

—Sí, así es, pero esta noche no ha pasado —espetó ella—. No estabas aquí, ¿verdad? ¡Te las has apañado para perderte mi noche de estreno! ¿Qué ha pasado, que era tan importante? ¿Se ha muerto alguien? ¿O ha sido solo que alguien te ha dicho «Ayúdame, Jackson»?

—Bueno, en realidad...

—Qué previsible eres, joder.

—Cálmate.

—¿Qué me calme?

Nunca le digas eso a una mujer, estaba en la primera página del manual que no traían consigo.

—No pienso calmarme, joder.

Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente, como si contuviera Ventolín.

—No deberías hacer eso —dijo él (unas palabras que tampoco recomendaba el manual)—. Ya sabes que vas a tener que dejar de fumar. Y de beber.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees tú?

—No lo sé.

Había una nueva furia en sus ojos, un desafío que supo que no debía aceptar. Y le pareció ridículo. No era así que había previsto ese momento. Había imaginado velas, flores, una atmósfera amorosa envolviéndolos a los dos como un chal.

—Porque estás embarazada —dijo.

—¿Y?

Julia levantó la barbilla con gesto desafiante y soltó una bocanada de humo hacia el techo, donde se unió a la nube de polución encima de sus cabezas.

—¿Cómo que «¿Y?»? —preguntó con irritación—. ¿Qué significa eso?

Esa conversación no debería estar desarrollándose en un bar de mala muerte atestado de gente ruidosa, pero no se le ocurría cómo sacar a Julia de allí. Se preguntó cómo habría planeado darle la noticia. La anunciación. Un instante tan precioso que se estaba viendo horriblemente mancillado. Entonces se le ocurrió algo espantoso.

—No estarías pensando en librarte de él, ¿verdad?

Ella le dirigió una mirada fría y desapasionada.

—¿En librarme de él?

—En un aborto. Por Dios, Julia, no puedes estar pensando en hacer eso.

Casi dijo «Esta podría ser tu última oportunidad», pero de algún modo consiguió contener esas palabras.

—Que tenga las tetas grandes no significa necesariamente que tenga instinto maternal, Jackson.

—Julia, serías una madre maravillosa.

Sí, lo sería. No podía creer que no quisiera experimentar la maternidad. Nunca habían hablado de tener hijos; habían hablado del matrimonio, pero nunca de tener hijos. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podían un hombre y una mujer tener una relación y no tocar ese tema?

—Nunca hemos hablado de tener niños, Jackson. Y es mi cuerpo, y mi vida.

—Es mi bebé —añadió él.

Julia enarcó una ceja.

—¿Tu bebé?

—Nuestro bebé —corrigió.

Algo cruzó el rostro de Julia, una tristeza y un pesar inmensos. Sacudió la cabeza y apagó el cigarrillo en un cenicero de la barra. Entonces lo miró y dijo:

—Lo siento, Jackson. No lo es. No es tuyo.

VIERNES

Capítulo 52

—Dios mío. ¿Estás segura? ¿Estás segura de que está muerto? ¿Has llamado al veterinario?

La dependienta lo miraba fijamente, como si hubiera un imán entre su cara y la de ella. Las facciones de la chica reflejaban el horror que sentía él, como si hubiera entrado en el drama de su vida. Que le den un Oscar a esta chica.

—¿Todo bien? —le preguntó ella cuando cortó la comunicación en el móvil.

—Era mi madre —explicó Archie—. Nuestro gato ha muerto.

—Oh, no —gimió ella con la cara desencajada.

Hasta le tembló el labio.

—Oh, esa sí que ha sido buena —le susurró Hamish cuando salían de la tienda—. Deberíamos haber pensado antes en gatos muertos, las chicas siempre se tragan esa clase de cosas.

Archie se sintió mal por utilizar de esa forma al gato, aunque lo había ayudado a imprimirle una emoción sincera a su interpretación. Le daba pena lo del gato. No había reparado en que le importaba hasta que empezó a maullar. Había sido un sonido horrible, le puso los pelos de punta. Le habían cedido las patas de atrás y se quedó ahí tendido jadeando. A veces, cuando su madre estaba trabajando, sobre todo cuando trabajaba de noche, sentía un dolor horrible en el pecho al pensar en qué haría si ella se moría. ¿Y si perseguía a alguien a toda velocidad y se estrellaba? ¿O si alguien le disparaba o la apuñalaba? El corazón le palpitaba con fuerza y se mareaba al imaginarlo.

Era extraña la forma en que ella quería a ese gato. Su propia madre había muerto la semana anterior y había brindado por ella: «Por la vieja zorra, que arda en el infierno toda la eternidad». Pero se murió el gato y había llorado a moco tendido. Y si algo era su madre, era fuerte. Él no había podido soportar que llorara.

Había intentado hacerle menos duro el mal trago, había intentado pensar qué habría hecho ella de haber estado ahí. Velas y música, algo casi religioso. Envolvió al gato en un jersey de ella y luego lo acunó. Murió en sus brazos. Y él había visto cómo ocurría. Hubo un instante en que estaba vivo, y al instante siguiente estaba muerto, sin nada entre los dos. Algún día, le pasaría eso a su madre. Su familia era demasiado pequeña, solo él mismo, su madre y un gato viejo, eso era todo, y ahora el gato ya no estaba. Hamish tenía dos hermanas, un padre, abuelos, abuelas, tías, tíos, primos, tenía más parientes de los que cualquiera necesitaría. Archie solo tenía a su madre. Si le pasaba algo, se quedaría solo.

Había llorado al morir el gato, todo en su interior había parecido de pronto demasiado grande, como si estuviera a punto de estallar. Su madre llegó y lo abrazó y él deseó volver a ser un bebé, y habían llorado juntos. Ella lloraba por el gato y él lloraba por el hecho de que nunca podría volver a ser un bebé. Luego le había preparado una taza de té a su madre y había salido a comprar patatas fritas y habían

visto juntos la televisión y había sido agradable pese a que el gato estuviera muerto y su madre tan triste.

—Lo incineraremos, el veterinario me dio un folleto. Puedes pedir una cajita de madera y que le pongan su foto y una plaquita de latón con el nombre, y la pondremos en la repisa de la chimenea —había dicho ella.

Su propia madre estaba abandonada en un estante del garaje. Eso sí que era ironía. La escena fue tan íntima que casi lo había confesado todo. Lo de los robos, lo de que habían encontrado la cartera de Martin Canning en la calle Cowgate (no la robaron, el tipo debía de haberla perdido), cómo habían encontrado la dirección del despacho en la cartera, cómo habían entrado en el despacho (para divertirse, y se habían divertido). Hamish podía forzar cerraduras como un ladrón experto. Su objetivo en la vida era robar en el banco de su padre. Hamish odiaba a su padre de una forma que a Archie le daba miedo. Pero cambió de idea sobre compartir esas cosas con ella porque le pareció cruel hacerle daño cuando estaba tan disgustada. En otra ocasión.

Su madre lo rodeó con el brazo y dijo:

—Todo va a ir bien.

Y así fue, por poco tiempo. Se acabó las patatas de su madre y dejó que le acariciara la cabeza, pero entonces sonó el teléfono y ella exhaló un suspiro.

—Lo siento, era el centro de mando de la policía. Tengo que irme, ha habido un incidente.

Y lo dejó solo. Con el gato muerto. Otras madres no hacían eso.

Oyó salir el coche del garaje y miró por la ventana para verla alejarse. Un billete de veinte libras pasó flotando despacio, como una pequeña alfombra voladora.

—¡Joder, Archie, la policía! —le gritó Hamish dándole un empujón desde atrás.

Archie movió los brazos como un molino para mantener el equilibrio y no caer de bruces. Hamish se alejaba ya corriendo por George Street, abandonándolo a su suerte. Se volvió y vio a dos policías fornidos que se acercaban. Ni siquiera se molestó en echar a correr. Caminó hacia su destino. Era un instante hacia el que llevaba meses caminando. Lo que sintió, sobre todo, fue alivio.

Capítulo 53

Nina Riley trepó a buen ritmo, como una ágil araña, por la telaraña de vigas rojizas de óxido del puente del Forth hasta que por fin, empapada en sudor por el esfuerzo, se encaramó a las vías del ferrocarril. No tenía ni idea de dónde estaba Bertie. Quizá se había precipitado hacia su muerte en las grisáceas aguas de ahí abajo. Se sintió sorprendentemente impertérrita ante el destino que hubiese corrido. Había sido un muchacho muy molesto, demasiado servil («señorita Nina, es usted magnífica, de veras lo es»). Necesitaba una buena dosis de socialismo o una buena patada en el trasero.

Miró a uno y otro lado de las vías; ni rastro de un tren. Ni rastro del conde de Morybory, o como fuera que se llamase. Su supuesto «archienemigo». Ni rastro de la troupe de payasos de circo que llevaba días pisándole los talones. Un grito apenas audible interrumpió sus pensamientos. Parecía Bertie. ¿Llamaba pidiendo ayuda? Escuchó con atención. Un débil «Ayúdeme, señorita Riley» flotó hacia ella en la brisa tensa del estuario. Lo ignoró. Entonces oyó un traqueteo en la distancia. Un tren. Había llegado la hora. Se tendió sobre las vías, con cuidado; no era cuestión de ensuciarse la flamante trenca de color crema, aunque, por supuesto, era probable que quedara hecha un asco de todas formas.

Se estiró en posición perpendicular a las vías, tan recta como una traviesa. Si vas a hacer algo, hazlo como es debido. Era una lástima que no hubiese nadie para atarla a las vías con cuerdas. Habría estado bien acabar con un toque de Hollywood. O quizá no, pues no era del todo su estilo y ella no era una damisela en peligro; era una mujer moderna que hacía lo más sensato. Lo más noble.

El traqueteo del tren era más fuerte ahora. Estaba más cerca.

Sacrificio. Sacrificio de una misma, para ser exactos. Iba a hacerlo por Martin. Iba a liberarlo de ella para siempre. Iba a llevarse a Alex Blake consigo al olvido, y Martin quedaría libre. Podría empezar de nuevo, escribir algo bueno, por el amor de Dios, en lugar de esas chorradas. Tenía algunas cosas que reprocharle, por supuesto. Nunca había tenido relaciones sexuales, Martin no se lo había permitido. Y nunca había estado en Gales; siempre se había preguntado cómo sería, y ahora nunca lo sabría.

Un leve parpadeo de algo que nunca había sentido cruzó sus facciones. Pensó que quizá fuera miedo. Ya no había vuelta atrás. Ahí acababa la cosa. El nanosegundo que lo cambiaría todo. Ya llegaba. Ya estaba ahí.

Entró en la negrura en que no había palabras. Que se haga la oscuridad.

—¿Y se queda simplemente ahí sentado sin decir nada?

—Ajá. Más o menos. La policía ha dicho que cuando llegaron estaba farfullando algo sobre que quería hacerse sacerdote.

—¿Farfullando? ¿Es un término clínico?

—Muy gracioso. Todavía no tengo un diagnóstico oficial, pero yo diría que está sumido en alguna clase de catatonía postraumática, un estado de fuga. Le disparó a alguien, mató a alguien. Ninguno de nosotros sabe en realidad cómo reaccionaría en esas circunstancias.

—¿Cree que está fingiendo? Es un escritor, ¿no?

—Ajá.

—¿Qué clase de cosas escribe?

Capítulo 54

Jackson llamó a Louise desde el coche. Había alquilado un Mondeo en Hertz y se dirigía a Londres. Por lo visto aún no estaba listo para volver a Francia. Quizá nunca estaría listo. Iba deprisa: circulaba hacia el límite del condado a ciento cincuenta por hora y con las luces traseras apagadas. Iba rumbo a la frontera de Canadá. Estaba en las polvorientas carreteras secundarias de Texas, buscando camorra. Se sentía parte de cada canción que había escuchado en la vida.

Probó a darle vueltas a la palabra «hogar» en la cabeza, y por algún motivo no le sonó bien. «Tu hogar está donde esté tu corazón», decía Julia. No solía ser una chica de tópicos, pero lo cierto era que tampoco había resultado estar a la altura de lo que él esperaba de ella. Habría dicho que su corazón estaba con Julia, pero quizá solo había pensado eso para sentirse mejor, para sentirse menos solo. «Lo siento, Jackson, no es tuyo». Él había dicho que no le importaba, que no cambiaba nada quién fuera el padre, y se llevó una impresión porque era cierto, pero Julia respondió: «Bueno, sí que cambia las cosas para mí, Jackson». Y así había quedado la cosa, todo se había acabado entre ellos. De cero a cien en el transcurso de una sola conversación. «Es mejor así, cariñito». ¿Tenía razón? Francamente, no lo sabía. Lo que sí sabía era que se sentía como si le hubieran extirpado algo sin anestesia. Y sin embargo, ya era hasta tal punto un perro viejo que seguía adelante sin más, porque eso era lo que había que hacer, levantarse del suelo y, por increíble que pareciera, seguir batallando. A por todas.

Pero en realidad se preguntaba si no le habrían enterrado el corazón junto a su hermana todos aquellos años atrás, mientras él estaba sentado a la gastada mesa de formica de la señora Judd comiendo pastel de pollo.

Nueva frontera, nuevo futuro. Londres, el hogar de los desposeídos del mundo, parecía un buen sitio en el que perderse por unos días. En una estación de servicio en la zona fronteriza con Escocia, compró un juego de tres discos de los grandes éxitos de Tamla Motown. No era que sus lealtades musicales hubiesen cambiado de pronto, pero le pareció buena idea tener algo optimista para el camino, y había que reconocerles a esos tíos (aunque, como siempre, prefería a las chicas), que sabían desde luego componer una melodía. No podía creer el alivio que sentía al estar en un coche, en el asiento del conductor, al volante. Incluso en un Mondeo. Volvía a sentirse él mismo.

—Hola, tú —dijo cuando ella respondió con un «inspectora Louise Monroe» más bien cortante.

Hubo un instante de silencio a su lado de la línea. The Velvelettes acabaron de buscar una aguja en un pajar sin encontrarla, y entonces ella dijo, con tono más dulce de lo habitual:

—Hola a ti también.

—Estoy en la carretera —dijo él (cuatro palabras maravillosas)—. Siento no

haber podido despedirme.

—¿O sea, que tu trabajo aquí ha concluido y todo eso? —preguntó ella—. El forastero misterioso se va de la ciudad, mirando atrás el tiempo suficiente para encender un cigarrillo mordisqueado y preguntarse cómo podrían haber sido las cosas, antes de clavar espuelas y marcharse al galope.

—Bueno, siento decepcionarte, pero en realidad solo acabo de pasar junto al Ángel del Norte en un Mondeo alquilado.

—Y Smokey está cantando blues.

—Sí. Algo así.

—Tienes que volver.

—No.

—Te hiciste pasar por policía. Abandonaste la escena de un crimen.

—Nunca estuve allí —respondió Jackson.

—Tengo testigos que dicen que sí.

—¿Quiénes?

—Bueno, un testigo está muerto, evidentemente —repuso Louise con un suspiro.

—Nuestro amigo Terry.

—Otro está pidiendo que lo lleven a un monasterio.

—Ese debe de ser Martin, pues.

—Pero el tercero se muestra ahora bastante coherente, por lo visto —dijo Louise.

—¿El tercero?

—Pam Miller.

—¿La mujer del pelo naranja?

—Bueno, yo diría que es más bien melocotón, pero sí. Es la esposa de Murdo Miller, su marido tiene una empresa enorme de seguridad. Es un sinvergüenza, pero medio respetable.

—Y ¿qué hay de las otras dos mujeres? Gloria Hatter y Tatiana.

—Desaparecidas. Salieron por piernas. Como tú. A la señora Hatter la buscan los chicos de fraude. Y Graham Hatter parece haber desaparecido de la faz de la Tierra. Todo el mundo está muy nervioso con este caso.

—¿Lo llevas tú, entonces? —preguntó—. ¿Tu primer asesinato? —Sonó extraño, como a manual para niños.

—No. —Se quedó callada unos instantes, como un criminal que considerase la opción de confesar—. En realidad no.

—¿En realidad no?

—Yo también tuve que irme. Asuntos personales.

Hizo un esfuerzo por recordar el nombre de su hijo.

—¿Archie? —aventuró.

—No. Mi gato.

Jackson no contestó a eso por si decía algo inadecuado (había aprendido algunas cosas en dos años con Julia).

—Así pues, cuatro personas abandonaron la escena del crimen, ¿no es eso? — reflexionó—. Debe de ser un récord.

—No tiene gracia.

—No he dicho que la tuviera.

—Ha pasado una cosa asombrosa que he pensado que te gustaría saber.

—Pasan cosas asombrosas constantemente —repuso Jackson—. Lo que ocurre es que no nos damos cuenta.

—Oh, por favor. Lo siguiente que vas a decirme es que crees en los ángeles y que todo lo que pasa estaba escrito. Han acusado a Terence Smith del asesinato de Richard Moat.

—Todo lo que pasa estaba escrito.

—No pareces tan sorprendido como me habría gustado.

—Estoy sorprendido, créeme.

No lo estaba, había recibido una llamada, poco más que unos susurros al oído, unos susurros con acento ruso. No tenía ni idea de cómo, pero Tatiana parecía saberlo todo. Se preguntó si te mataría después si te acostabas con ella. Se dijo que cabía la posibilidad de que valiera la pena.

—¿Jackson?

—Sí.

—Tu Terence Smith era una ola delictiva de un solo hombre.

—No era mío.

—También era el típico tarado, dejando pruebas y rastros por todas partes. Los técnicos encontraron restos de sangre y sesos de Richard Moat en el bate de béisbol. Llevaba el teléfono de Moat en el bolsillo, y cuando registraron su piso encontraron el portátil de Martin Canning, que es de donde sacó su dirección, supongo. Así que parece que mató a Moat por error, y que después de todo sí que iba detrás de Canning. Como venganza por haberle arrojado el maletín, pero se topó con Richard Moat en su lugar. ¿Quién sabe?

—Todo encaja a la perfección.

—Bueno, no tanto. Aún no hemos encontrado nada que lo relacione con tu chica muerta inexistente, ni en su piso ni en el Honda.

—Existe, créeme. Terence Smith la mató siguiendo órdenes de Graham Hatter. Usó el coche de Hatter para deshacerse de ella: encontradlo y encontraréis las pruebas. Es probable que Hatter esté tomando cócteles con lord Lucan en Sudáfrica, o donde sea que los asesinos fugitivos se esconden hoy en día.

—Y todo eso confiando en la palabra de una chica de alterne rusa a la que nadie excepto tú conoce. Oh, y Gloria Hatter. Que también es una «fugitiva», como tú has dicho. No hay nada que relacione ni a Terence Smith ni a Graham Hatter con la chica. Una chica que, ¿hace falta que lo repita?, nadie ha echado en falta.

—Conozco a gente que la echa en falta —insistió Jackson—. Se llamaba Lena Mikhailichenko. Tenía veinticinco años. Nació en Kiev. Su madre aún vive allí. En

Rusia era contable. Era Virgo. Le gustaba la música disco, rock y clásica. Leía periódicos y novelas policíacas. Tenía el cabello rubio y largo, pesaba cincuenta y cinco kilos y medía un metro sesenta y siete centímetros. Era cristiana. Era bondadosa, amable, atenta y optimista, todas dicen que optimista. Le gustaba leer e ir al teatro. También le gustaba ir al gimnasio y nadar y tenía una errónea «confianza en los mañanas», así que quizá su inglés no era tan bueno como afirmaba. Creo que esa es otra forma de decir optimista de nuevo. Y los parques. A todas les gustan los parques, de hecho todas dicen más o menos lo mismo. Puedes ver una foto suya en www.lasmejoresnoviasrusas.com, donde aún está a la venta, aunque dejó Rusia hace seis meses para comprobar si en Edimburgo los caminos eran de rosas. Fue entonces que se lio con Favores y conoció a su Némesis en la persona de Graham Hatter. Creo que si investigas te encontrarás con que nuestro señor Hatter estaba implicado en Favores, y Dios sabe en qué más.

—¿No te rindes, eh? Tienes que volver.

—No.

—Por Dios, Jackson.

—No. Estoy cansado de estar involucrado. Estoy cansado de ser un testigo.

—Martin necesita que aportes pruebas en su defensa, mató a alguien. Te salvó la vida. Es tu amigo.

—No es mi amigo.

Hubo una larga pausa. Las Supremes le pidieron que se detuviera en nombre del amor.

—En fin —dijo él.

—En fin.

—Bueno, no lo olvides —dijo Jackson—, siempre nos quedará París.

—Nunca tuvimos París.

—Bueno, todavía no —repuso él—. Todavía no.

Capítulo 55

El novio escocés de Sophia se abalanzó sobre ella en cuanto entró por la puerta para tironear de la cremallera en la pechera de su uniforme rosa. Encontraba aquellos uniformes rosa un poco pornográficos, como si Barbie hubiese diseñado su uniforme de enfermera ideal. Sophia llevaba el suyo muy corto y se había preguntado muchas veces si en las casas a las que iba habría hombres que empleaban el tiempo en tratar de mirar debajo de su falda cuando se agachaba o levantaba los brazos. Cuando pensaba en ella en el trabajo, solían aparecer también plumeros, y la imaginaba inclinándose de forma provocativa sobre las camas o arrodillada en el suelo para fregarlos con el respingón culo checo en el aire.

—Espera —espetó ella dándole un empujón.

—No puedo. Llevo todo el día pensando en este momento.

Sophia deseaba quitarse la chaqueta, tomarse una copa de vino tinto, comerse una tostadas con judías, lavarse la cara, poner en alto los pies, hacer un centenar de cosas que estaban más arriba en su lista de prioridades. Ese día había tenido que trabajar horas extras.

—Tenemos nuevos métodos —les dijo el ama de llaves.

También el ama de llaves era nueva. La escocesa de cara agria había desaparecido de la noche a la mañana y ahora tenían a una irritable bruja moscovita en su lugar. En Favores había habido «cambios en la dirección». El nuevo régimen no le causaba muy buena impresión a Sophia. Pensaba que igual había llegado el momento de dejar de trabajar ahí, de volver a Praga y recuperar su vida real. Se imaginaba a sí misma en el futuro, una destacada científica internacional, viviendo en Estados Unidos, con un marido guapo y un par de niños; se imaginaba echando un vistazo a las fotografías de su estancia en Escocia: el castillo, el desfile militar, colinas y fiordos. Quizá quitaría las fotos de su novio escocés para que el marido norteamericano no tuviera celos. Por otra parte, quizá no.

—Venga —gimoteó el novio escocés tironeándole de la ropa.

Cuando tenía ganas, a veces no había manera de sacárselo de encima.

Fue cuando le levantaba el uniforme rosa en torno a las caderas que notó que algo se le clavaba incómodamente en la espalda.

—Espera un momento —dijo.

Él soltó un gruñido y rodó sobre el costado, con su gran pene escocés paliducho tieso en el aire como un asta de bandera. Sophia no tenía con qué compararlo, pues era el primer celta que veía, pero le gustaba imaginar que eso era lo que todos los escoceses ocultaban bajo sus faldas a cuadros, aunque las demás criadas, entendidas en la materia, se morían de la risa cuando decía eso.

Encontró la fuente de sus molestias en uno de los bolsillos de la chaqueta. La muñeca. Una de las matrioskas del escritor. Tenía el vago recuerdo de haberla recogido entre el espanto de su casa. No abultaba gran cosa, pero no era la más

pequeñita de todas. La abrió y separó las partes. Como un huevo, tenía un secreto dentro. Frunció el entrecejo al verlo.

—Una tarjeta de memoria Sony —dijo su novio escocés—. Para un ordenador.

—Ya lo sé —repuso.

A veces él olvidaba que era una científica de una sofisticada capital europea. A veces se comportaba como si cultivara patatas en la Edad Media. La tarjeta de memoria llevaba una etiqueta: «muerte en la isla negra».

—Greg, el del piso de arriba, tiene un Sony —dijo él con entusiasmo, el asta de bandera ya flácida y olvidada. Le gustaba todo lo relacionado con ordenadores—. Podemos ver qué hay ahí dentro. Debe de ser importante, si estaba oculto.

—No lo creo —contestó Sophia—. No es más que una novela.

Pero sintió alivio cuando lo oyó precipitarse ruidosamente escaleras arriba hacia el piso de Greg. Al menos ahora podía quitarse los zapatos y tomar una copa de vino. Se acordó de la casa del escritor, de cómo era antes de que pasara en ella aquella cosa horrible. Casi pudo oler las rosas en el vestíbulo.

Capítulo 56

La corriente volvió a llevar el cuerpo a Cramond, como si la chica estuviera decidida a regresar una y otra vez al mismo sitio hasta que alguien le prestara atención. El patólogo presente pensó que era posible que la hubiesen estrangulado («hematomas post mórtem en el cuello»), pero tendrían que esperar a la autopsia para tener mayor certeza. Tres días en el agua del Forth subiendo y bajando por la costa con las olas no le habían hecho ningún favor. No acababa de ser como Ofelia, arrastrada por la corriente, engalanada de flores.

Cramond quedaba bajo la trayectoria de vuelo del aeropuerto de Edimburgo, y Louise se preguntó qué parecerían desde el aire, ¿arañitas que correteaban sin meta, o un ejército bien instruido de hormigas que trabajaban juntas? Desde el solitario agente de policía que había respondido a la llamada, el número de gente había aumentado exponencialmente en el término de una hora. Era su equipo, su caso. Su primer asesinato. Habían encontrado el coche de Hatter en el aparcamiento de estancias prolongadas del aeropuerto de Edimburgo. Jackson tenía razón, el maletero rebosaba de ADN: era de esperar que encontrarán coincidencias con el cadáver. Tarde o temprano encontrarían a Graham Hatter.

Se llevaron el cuerpo en una lancha de la policía, pero tanto el fiscal como el patólogo optaron por volar en el helicóptero. Louise fue en la embarcación con el cuerpo, como una guardia de honor. Tocó el grueso plástico de la bolsa del cadáver.

—Hola, Lena —susurró.

Había sido la chica de Jackson todo aquel tiempo, ahora era suya.

Marcó su número. Había toda clase de cosas que le habría gustado decirle, pero al final, cuando él respondió, solo dijo:

—La hemos encontrado. Hemos encontrado a tu chica.

Capítulo 57

Cuando aterrizaron en el aeropuerto de Ginebra, cogieron un taxi para ir derechas al banco.

En su fresco interior, Tatiana habló con una mujer en el mostrador de recepción.

—Esta es la señora Gloria Hatter, ha venido a retirar fondos.

Gloria supuso que la gente que trabajaba en bancos suizos probablemente hablaba mejor el inglés que los ingleses. Habría jurado que Tatiana no parecía tan rusa como antes.

La recepcionista descolgó un teléfono y murmuró algo con discreción en francés, y al cabo de unos segundos fueron conducidas al lujoso interior de una habitación privada.

—Bonito banco —comentó Tatiana con admiración.

Media hora después, volvían a estar bajo la luz del sol. Así de fácil fue. Tatiana le había dado instrucciones a Gloria de disponer que le entregaran el dinero en títulos al portador de alto valor. A Gloria los títulos le parecieron poco sólidos, habría preferido la onerosa realidad del dinero en efectivo. «Pasta gansa», dijo Tatiana, y rio.

Fueron a una cafetería antigua y cara y Gloria repartió los títulos a partes iguales entre las dos.

—Uno para ti, uno para mí —dijo.

Tatiana se embutió los suyos en el sujetador y Gloria la imitó. Entonces Gloria encendió el móvil y escuchó los mensajes en el buzón de voz. Había uno del tipo de la empresa de seguridad preguntándole dónde estaba y por qué habían envuelto su casa en la cinta policial que indicaba el escenario de un crimen. Había un mensaje de Emily, que parecía irritada por la llegada del Segundo Advenimiento. Había un mensaje del hospital. Gloria sacó un segundo teléfono del bolso y escuchó el único mensaje que contenía. Era un anuncio que llevaba esperando desde el martes y confirmaba el mensaje del hospital.

Se trataba de algo trascendental y definitivo.

—Graham ha muerto —dijo, pero hablaba sola.

Tatiana había desaparecido.

Se tomó su tiempo con el café. Lo acompañaba un buen pedazo de algo que se llamaba «torta Eglantine», y dejó una buenísima propina al pagar. Recordó que era viernes, el día de Beryl, y se preguntó si su viejísima suegra advertiría que no estaba allí.

Fuera en la calle hundió el segundo teléfono en la primera papelera que encontró. Estaba segura de que no tardarían en vaciarla, pues los suizos tenían fama de limpios.

Lo que había visto del país hasta el momento le parecía muy atractivo. Se imaginó comprando un pequeño chalet de madera oscura en el campo, con las jardineras de las ventanas llenas de geranios trepadores en verano y montones de nieve recién caída en invierno. Y una cesta con gatitos durmiendo junto a una estufa de leña encendida.

Había mucho trabajo que hacer. Recorrería el mundo reparando daños. Legiones de gatitos, caballos, periquitos, chicos destrozados, muchachas asesinadas; todos la estaban llamando. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque se verán saciados».

Los malos le tendrían miedo. Se convertiría en una leyenda en vida. Se convertiría en la justicia cósmica. Eso debería decirse con letras mayúsculas, desde luego. Justicia Cósmica. De forma incontrovertible y sin discusión, la Justicia Cósmica era una buena cosa.

Capítulo 58

Jackson había llegado hasta el cruce de Scotch Corner cuando dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el Norte. Descubrió que no podía, después de todo, largarse así, tan tranquilo. Martin le había pedido ayuda y él le había dicho que sí. El tipo le había salvado la vida y necesitaba que testificara en su defensa, y no podía darle la espalda y desentenderse.

El Ángel del Norte volvió a aparecer ante sus ojos, desplegando sus alas de avión rojo herrumbre sobre la tierra como un gran protector. Jackson se había desviado del camino recto, pero no pasaba nada; ahora ya volvía a estar en él.

Capítulo 59

No necesitaba la pistola, en realidad. La única explicación que se le ocurrió para su desaparición fue que Martin la había cogido cuando estaban juntos en aquella habitación de hotel, antes de que le administrara el cóctel somnífero. Debió haber comprobado que seguía ahí antes de dejar el hotel. Eso fue una equivocación. En su carrera no tenían cabida las equivocaciones. Quizá había llegado la hora de dedicarse a otra cosa, de emprender una dirección distinta, de sacarse aquella licenciatura en la universidad a distancia, de montar una granja de avestruces, de regentar una pensión. Eso no son más que locuras, Ray.

Cuando por fin había abierto la bolsa de deporte, había una Biblia Gideon dentro en lugar de la pistola. El trofeo de golf reposaba inocentemente encima, aunque un poco torcido respecto a su posición inicial, de forma que sabías que el pequeño golfista cromado no conseguiría nunca darle bien a la pelota. Ray había jugado al golf unas cuantas veces y le gustó bastante: la fuerza del drive, la precisión del putting. Le había resultado atractivo a ambas vertientes de su destreza natural. Había conseguido el trofeo en una tienda benéfica. Un niño muerto de hambre en algún lugar del mundo se había beneficiado del penique obtenido por el trofeo de golf de algún viejales. R. J. Benson. No podía evitar preguntarse quién sería, cómo habría sido su vida. El trofeo estaba fechado en 1938. ¿Habría luchado en la guerra R. J. Benson, habría muerto en la guerra? ¿O había vivido más que todos sus conocidos y había muerto solo? ¿Le ocurriría eso a él? No, se volaría primero la tapa de los sesos. Haz lo que te gustaría que te hiciesen a ti.

Aunque sí podía imaginar que le ocurriese a Martin. Experimentó una inesperada punzada de cariño hacia él. Le había contado demasiadas cosas de sí mismo. Cualquier cosa era demasiado, incluso nada era ya demasiado. Para cuando Ray había vuelto a Los Cuatro Clanes en su busca, para preguntarle por la pistola, Martin había desaparecido. Le habría gustado matarlo por meterse en sus asuntos de esa manera, pero también era cierto que el tipo le había salvado la vida, de forma que le debía una. Una vida a cambio de otra.

En ese sitio, una pistola resultaría demasiado obvia e innecesaria considerando que cuanto tenía que hacer era tender la mano y apagar un interruptor. Básicamente, podía limitarse a desconectar al tipo. Solo Dios sabía a qué estaba conectado; daba la sensación de que solo las máquinas se interpusieran entre él y la eternidad. Era probable que pudiese dejar simplemente que la naturaleza siguiera su curso, pero más valía prevenir que curar. Eso decían. Además, le habían pagado por hacer un trabajo, de modo que haría el trabajo.

Había sido bastante fácil colarse en la unidad de cuidados intensivos. La gorda enfermera de guardia esa noche le había preguntado si era pariente cercano, y él puso cara de tristeza y respondió:

—Soy su hijo, Ewan. Acabo de llegar en avión de Sudamérica.

Y ella había puesto una cara igual de triste y le había dicho:

—Por supuesto, deje que le enseñe dónde está su papá.

Se había sentado un rato con «papá», amigablemente, como si en realidad fuese su hijo.

—Eres un hombre difícil de encontrar, Graham —le susurró.

Lo había estado buscando por todas partes. No había forma de que su cliente se pusiera en contacto con él una vez había empezado el trabajo. Era así que le gustaba hacerlo. Más vale prevenir que curar. Una llamada telefónica al principio, una llamada telefónica al final.

Era gracioso estar de vuelta en el hospital. En urgencias todo había sido ruido y caos, no como ahí. Todo estaba tranquilo junto a la cabecera de Graham, aparte de los parpadeos y pitidos de las máquinas. Había pensado en él como «Hatter» cuando rastreaba su paradero, pero al encontrarlo así, tan indefenso como un bebé, se dijo que el tipo merecía un poco de ternura. Sacó la jeringa del bolsillo interior de la chaqueta. Estaba llena de nada. De aire. Necesitabas aire para vivir, no lo considerabas algo que podía matarte. El aire viajaría por su vena, encontraría el corazón, detendría el sistema de bombeo, detendría el flujo de sangre, pararía el corazón. Mataría a Graham en seco. Solo hacía falta el más pequeño detalle. Levantó las sábanas a los pies de Graham y encontró la vena en un tobillo.

—Esto no va a dolerte nada, Graham —dijo.

Rayo de luz, Rayo de oscuridad. Rayo de sol, Rayo de noche.

Volvió a taponarlo con la sábana. Graham sufriría un paro cardíaco al cabo de unos segundos y se desataría un infierno, con enfermeras corriendo por todas partes, hasta la gorda de guardia haría bambolear heroicamente las caderas a lo largo del pasillo.

Era hora de irse. Le dio unas palmaditas a la pierna de Graham bajo la sábana.

—Buenas noches, Graham. Que duermas bien.

Afuera, empezaba a chispear otra vez. Hizo la llamada telefónica a su cliente. No hubo respuesta, de modo que le dejó un mensaje en el buzón de voz.

—Felicidades, señora Hatter —dijo—. Nuestro asunto ha concluido.

Agradecimientos

Debo mi gratitud a Martin Auld, Malcolm R. Dixon (inspector adjunto de la policía de Escocia), Russell Equi, al comandante Michael Keech, al juez de distrito Andrew Lothian, a los doctores Doug Lyle y Anthony Toft por contarme cosas que ellos sabían y yo no. Me disculpo si he malinterpretado dicha información o, alguna que otra vez, la he empleado mal o tergiversado intencionadamente.

Gracias a David Robinson y Donald Ross del Scotsman, a Reagan Arthur, a Kim Witherspoon y a Peter Strauss y a Little Brown, en Estados Unidos, y Transworld, en el Reino Unido.

Gracias también a David Lindgren por tratar de explicarme, normalmente sin conseguirlo, derecho mercantil y, más importante aún, por ser un abogado que sale a almorzar.

Gracias asimismo a Alan Stalker y Stephen Cotton por acudir en mi rescate en momentos difíciles.

Y por último, pero no por eso menos importante, gracias al escritor Ray Allan por la gentileza de permitirme robarle una historia de su vida.



KATE ATKINSON (York, 1951) es una escritora británica. Estudió Inglés y Literatura en la Universidad de Dundee y tras graduarse, realizó un postgrado en Literatura Americana. Fue profesora en Dundee y allí comenzó a escribir cuentos cortos en 1981, además de colaborar con revistas femeninas. Desde 1986 ha recibido diversos premios por sus cuentos.

Recibió el Whitbread Book Award con su primera novela, *Entre bastidores*. En 2004 salió *Expedientes*, la primera novela protagonizada por el expolicía e investigador Jackson Brodie. Unos años más tarde se publicó *Incidentes* y *Esperando noticias* es la tercera del ciclo.

Una y otra vez es la novela que marca la vuelta de la gran autora a la ficción pura y dura, un paso más en su carrera que ha sido aplaudido por el público y la crítica.

Actualmente vive en Edimburgo y colabora ocasionalmente en periódicos y revistas.

Notas

[1] En inglés, «tormenta». (*N. de la T.*). <<

[2] Famoso barco fantasma que habiendo zarpado de Nueva York, el 5 de noviembre de 1872, fue encontrado a la deriva y sin tripulación un mes después. (*N. de la T.*). <<

[3] En inglés, *sandy*, referido al cabello, significa «rubio rojizo», y suele aplicarse a personas con ese tono de pelo y tez clara y pecosa (*N. de la T.*). <<

[4] En inglés, «afortunado». (*N. de la T.*). <<